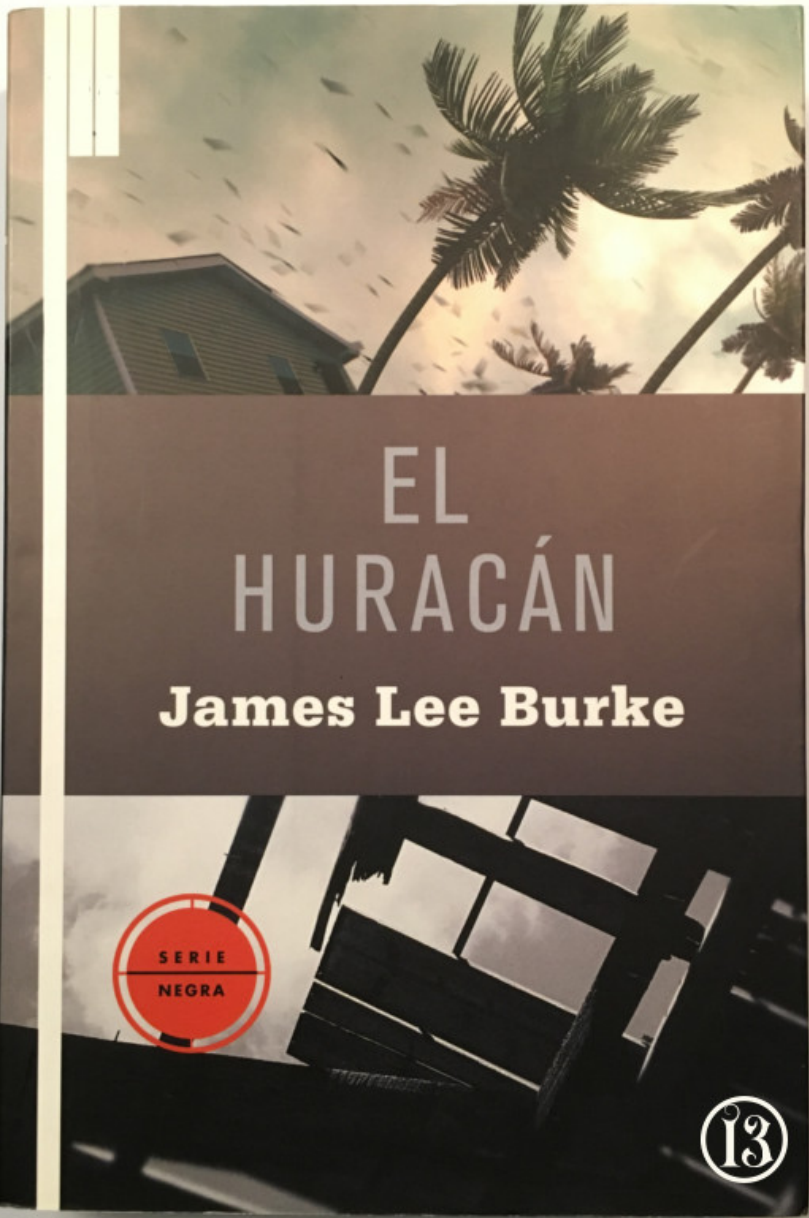

EL
HURACÁN
James Lee Burke
SERIE
NEGRA
13

Nueva Orleans era una canción que sucumbió bajo las olas. La catástrofe era tan inmensa, tan omnipresente, que costaba creer que toda aquella destrucción hubiese sobrevenido en sólo veinticuatro horas. Pero el Katrina no fue lo peor. Una mezcla de hombres de negocios, mafiosos y psicópatas, todos juntos y revueltos. Y los más impredecibles y peligrosos, aquellos que no aparecen en el radar: los criminales amateurs. En una ciudad bajos las aguas, un enorme campo roturado de cadáveres, tres jóvenes negros saquean un barrio residencial de blancos. Entran en la vivienda equivocada y roban, sin saberlo, el botín de sus vidas. Lo que no saben es que su infierno ha acabado de comenzar.

James Lee Burke

El huracán

Dave Robicheaux
16

Título original: *The Tin Roof Blowdown*
James Lee Burke, 2007
Traducción: Claudio Molinari, 2009

-

Revisión: 1.0
19.03.2023

Quiero dar las gracias a Glen Pitre por su relato personal sobre las arañas reclusas y lo que les ocurrió a los desesperados que intentaban huir del huracán por la Autopista 23.

Dedicado a John y Kathy Clark

«Antes que fueran cimentadas las montañas,
antes que las colinas, yo nací,
cuando Él no había hecho aún la tierra ni los espacios
ni los primeros elementos del mundo.
Cuando Él afianzaba el cielo, yo estaba allí,
cuando trazaba el horizonte sobre el océano,
cuando condensaba las nubes en lo alto,
cuando infundía poder a las fuentes de las profundidades,
cuando fijaba su límite al mar
para que las aguas no transgredieran sus bordes.
Cuando afirmaba los cimientos de la tierra,
yo estaba a su lado como un maestro artesano
y era su deleite día tras día,
recreándome ante Él siempre,
recreándome en la tierra habitada que Él había creado,
y me regocijaba por estar entre los hijos de los hombres.»

Proverbios 8,22-31

1

En mis peores sueños siempre aparecen imágenes de aguas barrosas, prados cubiertos de altas orejas de elefante y del golpe de aire descendente que producen las aspas de los helicópteros. Mis sueños son en color, pero en ellos todo es silencio. No se oyen ni los gritos ahogados en el río, ni las explosiones que hacen volar por los aires las chozas de la aldea que acabamos de incendiar, ni el batido de los rotores del HH-53, al que apodamos «el Gigante Verde», ni el de los helicópteros artillados que se aproximan en vuelo bajo a las copas de los árboles, como insectos recortados contra un sol incandescente.

En mi sueño me encuentro tumbado encima del forro de mi uniforme de campaña, deshidratado debido al efecto del expansor de sangre, desgarrado por la cintura y la parte superior del muslo, como si me hubiesen atacado unos lobos. Estoy convencido de que moriré, si no me trasladan al batallón a recibir una transfusión y primeros auxilios. Junto a mí yace un cabo negro que sólo lleva puestos pantalones y botas. Su piel es negra como el carbón y su torso está abierto de punta a punta, desde la axila hasta el vientre, como si a sus carnes les hubieran bajado la cremallera. La herida que ha sufrido es tan dolorosa, tan traumática, tan terrible de ver y tocar que el pobre no atina a comprender lo que le ha ocurrido.

—Me están entrando mareos, teniente —me dice—. ¿Qué tal me veo?

—Nos hemos ganado el billete del millón de dólares, Doo-Doo —respondo—. Estamos a un paso de subir al avión que nos llevará de vuelta a casa.

El cabo tiene la cara cubierta de sudor y la boca húmeda y brillante, y cuando intenta sonreír parece que llevara barra de labios.

El Gigante Verde carga a Doo-Doo y a otros doce heridos y

levanta el vuelo. Yo alzo la vista hacia la extraña forma rectangular con ruedas que se eleva, hacia las aspas y el cielo lavanda de fondo, y siento el resentimiento de que sean otros los que se vayan y que a los demás nos dejen atrás a esperar un buey de carga, corriendo el riesgo de que entre la hierba se nos esté acercando un buen número de soldados del ejército norvietnamita.

Entonces soy testigo del hecho más extraño, cruel, y acaso injusto, de toda mi vida. Mientras el Gigante Verde se eleva sobre el río y vira hacia el Mar de la China, el solitario proyectil de un lanzagranadas surge de la densa selva, traza una curva de cuarenta y cinco grados y estalla dentro del compartimento de carga del helicóptero. La nave se estremece y se parte en dos, sus depósitos de combustible estallan en una enorme bola de fuego anaranjada. En llamas, los heridos de a bordo caen al agua y van perdiendo la vida por las esquirlas y balas, por el fuego líquido que se les pega a la piel y, finalmente, por ahogamiento. De hecho, son obligados a morir tres veces. Ni a un torturador medieval se le habría ocurrido un final más diabólico.

Despierto del sueño y me quedo un buen rato sentado en el borde la cama, con los brazos cruzados y apretados contra mi pecho, como si hubiese pillado frío o la malaria se hubiese adueñado de nuevo de mi metabolismo. Me repito que no ha sido más que un sueño, que si hubiese sido real habría oído los ruidos y no sólo visto las imágenes. Imágenes que ya son historia y que, lamentablemente, carecen de interés incluso para quienes tenemos que revivirlas.

También me digo que el pasado es un recuerdo en descomposición y que no tengo que revivirlo ni darle importancia, a menos que lo desee. Como alcohólico rehabilitado que soy, sé que no puedo permitirme el lujo de indignarme con mi gobierno por mentir a toda una generación de jóvenes hombres y mujeres que creían luchar por una causa noble. Tampoco puedo sentir resentimiento hacia aquellos que, a nuestro regreso a Estados Unidos, nos trataron como a bichos raros, e incluso como parias.

Cuando vuelvo a dormirme, me repito que ya no tengo que presenciar el sufrimiento de civiles inocentes a gran escala ni la forma en que abandonábamos a nuestros compatriotas cuando más nos necesitaban.

Pero todo aquello ocurrió antes del huracán Katrina, antes de la tormenta que golpeó con una onda expansiva más fuerte que la de Hiroshima y arrasó con todo lo que cubría el extremo sur de Luisiana. Antes de que una de las ciudades más bellas de Occidente muriera tres veces, y no sólo a manos de las fuerzas de la naturaleza.

2

La parte central de mi relato gira en torno a un hombre entrañable llamado Jude LeBlanc. Cuando lo conocí era un chaval bien parecido que repartía el *Daily Iberian*, jugaba al béisbol en el Instituto Católico y comulgaba cada semana en mi misma iglesia. Su madre no poseía gran educación y se dedicaba a trabajos serviles, y su padre había muerto en la explosión de un pozo de petróleo. Sin embargo, Jude sonreía siempre, rebosaba confianza y nunca se dejó desanimar por su mala fortuna.

He dicho que sonreía, pero es no es del todo así: Jude se obligaba a creer que el mundo era bello. Esquivaba los peores puñetazos que éste le lanzaba y sabía cómo hacer de tripas corazón para que nadie se enterara de que había sido lastimado. De su madre judía heredó los ojos achinados y el cabello castaño, que peinaba hacia atrás en un moño, al estilo de las estrellas de cine de los años treinta. Jude reconfortaba a los demás, nos hacía sentir que el mundo era un lugar ideal, que el día era estupendo y que a todos nos ocurrirían cosas buenas. Pero cuando Jude se fue haciendo hombre, me vi forzado a aprender la vieja lección de que la mejor gente que nos rodea a menudo está destinada a morar en el Jardín de Getsemaní.

Los hombres y mujeres corrientes percibimos el paso del tiempo de forma secuencial, por medio de relojes y calendarios. Los habitantes de Getsemaní no. Aquí conocerán algunas de sus historias, todas ellas emotivas en cierto modo. Como la del chaval de Nueva Iberia que creció y se convirtió en un buen hombre, sin haber hecho nada tan malo como para justificar los acontecimientos que el destino le impondría.

El viernes 26 de agosto de 2005, Jude LeBlanc despierta en el

Barrio Francés de Nueva Orleans, en un apartamento de la primera planta con vistas a un patio interior y al reloj de la catedral de St. Louis. Llueve con fuerza, y él observa cómo el agua corre por las tuberías, inundando los parterres de hibiscos, bananos y hortensias del patio, formando charcos en el suelo de ladrillos hundido donde crece la hierbabuena salvaje.

Por un instante, casi consigue olvidar el nudo de dolor que siente en la base de la columna vertebral veinticuatro horas al día. Una latina llamada Natalia le prepara café con leche tibia en la pequeña cocina aneja al salón. Lleva un vestido de algodón violeta oscuro, estampado con flores color hueso de estambres rosados. Es una mujer delgada cuyas manos fuertes y tensos músculos dan una falsa impresión de la vida que lleva. Mira a Jude por encima del hombro, su gesto muestra profunda preocupación y pena por ese hombre que se peina hacia atrás como el Mickey Rooney de las viejas películas que ella alquila en el videoclub.

Cuando trabaja, Natalia lo hace para un chuloputas que conduce su propio taxi. Ella y su chulo suelen encontrar clientes a primeras horas de la madrugada en Bourbon Street, y de allí los llevan a un aparcamiento privado o a un solar que hay detrás de un edificio siniestrado, no lejos de Tchoupitoulas, o a un bungaló de madera descascarada en North Villiere, propiedad del cuñado del chulo. De esa manera evitan problemas con competidores más organizados, muchos de los cuales gozan de protección tanto de la poli como de los vestigios de la antigua mafia.

En una bandeja, Natalia trae el café, la leche tibia y un *beignet* cubierto de azúcar impalpable que compró en el Café du Monde. Corre las cortinas, apunta el ventilador hacia Jude y lo enciende.

—¿Quieres que te chute yo? —le pregunta.

—No, ahora mismo no lo necesito —responde Jude—. Esperaré hasta más tarde.

—No creo que hayas dormido mucho anoche.

Él no contesta y se queda mirando cómo cae en picado el agua de lluvia desde el tejado. Cuando se incorpora en su catre, una corriente de electricidad le sube por los muslos hasta el vientre, como si fuera un manojo de tentáculos. Natalia toma asiento a su lado y el vestido forma un valle entre sus rodillas. Tiene una melena negra, espesa y brillante de lavársela tan a menudo, da gusto

mirarla cuando se la suelta sobre los hombros. No fuma ni bebe y ni su ropa ni su piel delatan la vida que lleva. Eso si uno ignora las marcas de pinchazos que esconde en el interior de los muslos.

Ella está absorta en sus pensamientos. Quizá esté pensando en él, quizá en ella misma, pero él no está seguro. Para Natalia, Jude es un misterio que nunca ha conseguido descifrar del todo, pero lo acepta y lo ama por lo que es —o lo que no es— y no emite juicio alguno al respecto.

—¿Quieres que haga algo más por ti? —le dice Natalia.

—¿Como qué?

—A veces siento que no te hago bien, que no puedo hacer nada por ti.

—Pues ya me has hecho el desayuno.

Cambiando de postura y sin bajarse de la cama, ella se arrodilla detrás de él y le frota los hombros, apoyándole la mejilla en la nuca y apretándolo contra su pecho por un instante.

—En México las compañías farmacéuticas tienen medicamentos que aquí no son legales —dice ella.

—Mi medicamento eres tú.

Ella lo abraza y, por un momento, él siente el deseo de dar rienda suelta a toda la desesperación, la falta de esperanza y el constante sentimiento de pérdida que han caracterizado su vida. ¿Pero cómo puede explicarle a Natalia que un diagnóstico equivocado de una biopsia de próstata, basado en el mal uso de la escala Gleason, puede arruinarle la vida a una persona? La mayoría de la gente ni siquiera comprende la terminología. Además, Jude no desea que nadie pierda la fe en la ciencia médica; hacerlo sería como quitarles la única creencia que aún poseen.

La lectura de la escala Gleason indicaba que el cáncer no se había extendido más allá de la próstata, por lo que el cirujano decidió no extirpar el nervio eréctil. El resto de células malignas se extendió a los nódulos linfáticos y a los vasos seminales.

Natalia se pega a él, presionándole la espalda con su vientre. Él siente el deseo pero procura no hacerse cargo, deseando quizás evitar así los problemas de conciencia que le impiden escapar de su soledad.

Se levanta del catre y se pone los pantalones intentando no dejar ver su erección. Su alzacuello de sacerdote católico cae de la mesilla

de noche al suelo y se cubre de polvillo y de pelos de animales. Jude va hacia el fregadero e intenta quitarlos, pero sólo consigue ensuciar aún más la blancura del alzacuello y mancharlo con la grasa de un cazo mal lavado. Apoya las manos en el fregadero y siente una desazón imposible de ocultar.

Afuera, el fuerte viento barre la lluvia del tejado formando cortinas. Una maceta cae del balcón y se hace pedazos contra el suelo de ladrillos. Al otro lado del patio, las contraventanas del vecino golpetean contra sus marcos a la velocidad de un martillo neumático.

—¿Irás hoy al Ninth Ward? —pregunta Natalia.

—Es el único distrito donde todavía me aceptan.

—Quédate conmigo.

—¿Te da miedo la tormenta?

—Me da miedo lo que pueda pasarte. Quédate aquí, conmigo. No puedes andar por ahí sin tus remedios.

Ella los llama «remedios» para no ofender a su amante. Sabe que ya lo han arrestado en dos ocasiones por comprar con recetas robadas, y una por posesión de morfina robada; sabe que él no se diferencie en nada de cualquier otro yonqui del Barrio Francés. La ironía es que es una campesina del tercer mundo que se prostituye para pagarse el vicio quien le brinda el amor espiritual y el respeto que pocos de sus conciudadanos estarían dispuestos a ofrecerle.

Entonces siente por ella una ternura repentina muy parecida al amor. La besa en los labios, se cubre con un periódico, sale andando bajo la lluvia y coge uno de los pocos autobuses que aún llegan hasta el extremo más oriental del Ninth Ward, el barrio obrero situado al este de Nueva Orleans.

3

Otis Baylor se siente orgulloso de ser un trasplantado de Alabama del norte que se siente como en casa en cualquier parte del mundo, ya sea en Nueva Orleans, en Nueva Iberia o allí donde lo mande su compañía de seguros. Otis es un hombre efusivo, generoso y consagrado a su familia. Hasta donde es posible, se niega a juzgar a los demás y caer en los prejuicios de sus contemporáneos, al contrario de lo que ocurría en los pinares de su lugar natal, donde de niño vio a su padre y a su tío acudir con traje de ceremonia a las reuniones del Ku Klux Klan.

De hecho, Otis había empezado desde abajo en el negocio de los seguros, recorriendo los barrios negros y las zonas obreras de Birmingham en busca de clientes morosos. Allí donde los demás fracasaban, Otis tuvo éxito. En una convención de vendedores en Mobile, Alabama, un competidor le preguntó cínicamente cuál era la clave de su secreto. «Te sorprendería ver lo bien que reacciona la gente cuando la tratas con el debido respeto», respondió Otis.

Hoy Otis regresa a casa temprano, bajo la lluvia y en medio de un tráfico denso. Se repite que ni él ni su familia se verán afectados por las fuerzas que ha desatado la naturaleza. Su casa, construida en 1856, ha sido testigo mudo de la ocupación *yankee*, de las epidemias de fiebre amarilla, de las batallas callejeras entre las fuerzas leales a la Unión y los paramilitares de la Liga Blanca, de los linchamientos de inmigrantes italianos y de marejadas tan violentas que dejaban tras de sí cadáveres de marineros colgados de los árboles. Los constructores de aquella casa habían trabajado a conciencia y, gracias a los generadores de gasolina que Otis había instalado en el garaje —además de las linternas, suministros médicos, comida enlatada y agua embotellada con que había colmado sus despensas—, estaba seguro de que él y su familia podrían superar incluso el peor de los desastres naturales.

Ten fe en Dios, pero también en ti mismo. Eso le había dicho siempre papá.

Pero mientras Otis mira fijamente cómo la lluvia empapa los robles de Virginia de su jardín, otro temor se agita dentro de él, más turbador que la perspectiva del huracán que se aproxima girando enloquecido hacia la ciudad, succionando con sus fauces las aguas del Golfo de México.

Otis siempre ha creído en la ética del trabajo, en cuidar de uno mismo y de los suyos. Desde su punto de vista la suerte como tal no existe, ni la buena ni la mala. Cree que el victimismo se ha tornado una cultura autoperpetuada, una cultura con la que él nunca estaría de acuerdo. Cuando la gente pasa una mala racha, se decía, generalmente se debe a sus propias acciones. La serpiente no obligó a Eva a comer la fruta prohibida, ni obligó Dios a Caín a matar a su hermano.

Pero si eso era cierto, ¿por qué el sufrimiento le sobrevino de un modo tan brutal a su única hija, una chica fea, triste y gorda, cuya autoestima era tan baja que se volvió loca de alegría cuando aquel escuálido muchacho con caspa en los hombros y unas gafas que hacían que sus ojos parecieran los de un pececillo dorado la invitó al baile de fin de curso?

Después del baile, Thelma y él tomaron la Interestatal 10 y se dirigieron a una fiesta. Pero el joven, que se había mudado a Nueva Orleans sólo dos meses antes, se perdió y acabaron en los alrededores del Desire, el barrio de protección oficial. Estúpidamente, el joven apagó el motor y preguntó a un transeúnte dónde se encontraban. Luego cayó en la cuenta de que la batería estaba descargada y de que no podía arrancar el motor, así que se marchó a buscar un teléfono público para llamar a Otis, con lo que dejó a Thelma sola. Los tres gamberros negros que se toparon con la hija de Otis seguramente iban colocados de hierba y vino peleón, pero eso no explicaba la ferocidad del ataque. Le metieron un pañuelo rojo en la boca, le retorcieron los brazos por detrás de la espalda y se la llevaron a un callejón entre dos edificios. Se turnaron para violarla y sodomizarla mientras la quemaban con cigarrillos.

Han pasado dos años de aquello y Otis sigue buscando explicaciones para lo ocurrido. Los atacantes de Thelma nunca

fueron capturados y Otis duda que eso vaya a suceder algún día. Ni siquiatras, ni terapeutas, ni el sacerdote de la parroquia de Otis, han conseguido que Thelma se recupere; si es que alguien puede recuperarse de eso. Otis sigue despertándose en medio de la noche y sentándose en el estudio para evitar por todos los medios que su mujer descubra el tormento que anida en su alma.

Y más importante aún, Otis se niega a sentir rencor. Se niega a unirse a sus vecinos, ese cuarenta por ciento de votantes que respaldaron a David Duke, exmiembro del Klan y nazi, en su carrera hacia el gobierno.

Prepara un sándwich de queso, lechuga y mayonesa, lo coloca en una bandeja junto con una lata de gaseosa y una rosa de tallo largo, y sube las escaleras. Encuentra a su hija encerrada en su habitación, encorvada sobre su escritorio. Thelma viste una camiseta negra, vaqueros negros con puntillas de bronce, y lleva puestos los cascos. Él no tiene ni idea de lo que escucha, hay días en que su hija se embelesa con grabaciones de pájaros cantores o cascadas, y otros en que escucha unas bandas de *heavy-metal* que hacen que Otis desee haber nacido sordo.

—Pensé que te apetecería un tentempié…

Thelma lleva la boca pintada con barra de labios violeta, el pelo recién lavado y el flequillo cortado como con tazón. Su cara muestra una perpetua expresión de besugo, convencida de que los demás tienen un problema de comunicación, no ella. Oscila entre rachas de anorexia, atracones de comida y bulimia. En términos corrientes, Thelma no resulta una persona querible. ¿Y por qué iba a serlo?, se pregunta Otis. ¿Cuántas jovencitas están preparadas psicológicamente para encajar el daño que aquellos hombres le habían infligido?

Thelma empieza a comer el sándwich sin quitarse los cascos ni molestarse en hablar con su padre. Él se agacha y le separa el acolchado de gomaespuma de la cabeza.

—¿No vas a saludar a tu padre?

—Hola, papaíto.

—¿Me ayudarás a cerrar las contraventanas cuando hayas acabado?

Ella alza la vista. En su mente, oculto tras sus ojos, se forma un pensamiento intenso, como un pájaro negro.

—Un tipo de Protección Civil anunció que va a ser terrible —dice ella.

—Puede ser. Pero nosotros somos chicos duros.

Él intenta leer la expresión de su hija y ve que no es de temor ni de aprehensión. De hecho, cree que ella hasta desea que ocurra. Su hija lee a Nostradamus y se interesa por las profecías de destrucción y de muerte, como si desease que la infelicidad de su vida se contagiase a las vidas de todos los demás.

—Las compañías de seguros le van a dar por el culo a la ciudad, ¿verdad? ¿Tu compañía paga primas por la destrucción que pueda causar el agua? —pregunta la joven.

—Vaya tontería.

—No lo es si eres uno de los que van a encular.

Otis abandona la habitación y cierra la puerta tras de sí, reprimiendo la ira que siente en el pecho.

En la planta de abajo, su esposa está metiendo bolsas de quince kilos de hielo molido en el congelador. Se llama Melanie e insiste en que Otis no la llame «Mel», aunque ése fuera el mote cariñoso que él le puso cuando se conocieron.

—¿Por qué haces eso?

—Para poder refrigerar la comida si sufrimos un apagón total —responde ella al tiempo que una nube de aire congelado se eleva hasta su rostro.

Él le explica que ya se ha adelantado a esa eventualidad con su instalación de generadores de gasolina, que en realidad el hielo está ocupando el lugar de los alimentos perecederos que podrían almacenar en el congelador.

Pero Otis no discute. Cuando la conoció cinco años atrás en una playa de las Bahamas, él era viudo. Ella se había divorciado, era rubia, estaba muy bronceada y era mucho más joven que él. Una mujer físicamente fuerte, de aspecto audaz, y unos ojos castaños y algo separados que nunca parpadeaban. Su risa sugería desdén por lo convencional y quizá un cierto grado de osadía sexual. Era el tipo de mujer que podía ser amiga y amante.

Por aquel entonces, Otis tenía cincuenta y tres años. Estaba prematuramente calvo pero se sentía orgulloso de sus manos y hombros fuertes, y no le avergonzaban ni su libido, ni el profuso sudor que expulsaba cuando trabajaba, ni el fuerte olor a

testosterona que a veces desprendían sus ropas. Otis era lo que era y no simulaba ser otra cosa. Obviamente Melanie, o «Mel», lo consideraba suficientemente atractivo.

En muchos aspectos eran opuestos, pero cada uno poseía una serie de cualidades que compensaba las deficiencias del otro; ella, una sofisticación urbana y un título de la Universidad de Chicago en la especialidad de finanzas; él, su ética de trabajo y un sentido común que le facilitaba el trato con la gente.

Se despidieron en las Bahamas sin consumar su breve noviazgo, pero continuaron llamándose a larga distancia e intercambiando correos electrónicos y regalos. Pasaron dos meses, y una noche de verano, con la luna brillando en lo alto del cielo, Otis ya no pudo soportar su soledad y le pidió a Melanie que se reuniera con él en el Ritz-Carlton de Atlanta. Se quedó sorprendido de la agresividad de ella en la cama y de que en la primera noche que pasaron juntos ella hubiera tenido tres orgasmos, algo que ninguna otra mujer había hecho en su compañía. Una semana después, Otis le propuso matrimonio.

Sus amigos lo consideraron impetuoso, creían que esa mujer veinte años más joven se estaba aprovechando de él. ¿Pero qué puedo perder?, contestó Otis. Su hija necesitaba una madre y él necesitaba una esposa. Y además, seamos realistas, mujeres guapas como Melanie no se presentan todos los días.

Después del primer año de convivencia, Otis comprendió que se había casado con una mujer compleja y temperamental. Aunque el tema en cuestión fuese insignificante, sus actitudes eran a menudo inflexibles. Melanie canceló el servicio de televisión por cable porque el técnico había embarrado el vestíbulo. Acusaba a Otis de dejar demasiada propina a los camareros y de permitir a los jardineros hacer mal su trabajo y salirse con la suya. Parecía disponer de un caudal de ira que utilizaba como una cachiporra contra la sociedad o, selectivamente, para armar escándalos en sitios públicos y conseguir como fuera lo que quería.

Un conocido de Otis que vivía en Chicago le contó que el exmarido de Melanie era alcohólico. La información del pasado que le suministró su amigo sólo lo confundió aún más. Melanie es estrictamente abstemia y Otis no comprende cómo el comportamiento de su exmarido podía llegar a justificar los

impredecibles cambios de humor de la Melanie de hoy.

Pero la transformación que a Otis más le costó aceptar ocurrió después del ataque a Thelma. Empezó a mostrarse fatigada por la noche, a quejarse de náuseas y a refunfuñar por problemas económicos inexistentes. Contraía la espalda cuando, en la cama, él la tocaba. Los sábados y domingos ella se levantaba una hora antes que él, bajaba las escaleras y emprendía sus actividades diarias, neutralizando así cualquier insinuación romántica de Otis.

En una ocasión la espió y vio cómo recogía unas prendas de él del respaldo de una silla, las olisqueaba y las lanzaba con asco al cesto de la ropa sucia.

Ahora que la peor tormenta de la historia de Luisiana se aproxima a la ciudad, él se pregunta si Melanie lo culpa por el ataque que sufrió Thelma. ¿Será ésa la razón de su irritabilidad, de las críticas implícitas a todo lo que él hace? ¿Será que ella ya no lo ve como el protector de la familia?

—Me voy al gimnasio a hacer ejercicio —le dice Otis—. ¿Te vienes?

—¿Ahora? No hablarás en serio…

—Mi padre solía decir: «Respeta a la madre naturaleza, pero clava bien las contraventanas y no dejes que te asuste».

Ella no consigue ocultar su hastío cada vez que Otis menciona a su padre, un empleado de aserradero que sólo había acabado la primaria.

—Entonces llégate a Thelma —le dice.

—No le gusta ir al gimnasio.

Melanie no responde. Empieza a sacar platos del lavavajillas y a guardarlos ruidosamente en los armarios.

—¿Qué ocurre? —pregunta Otis—. ¿Por qué te enfadas tanto conmigo?

Ella duda. No sabe si debe responder la pregunta directamente. Sus ojos brillan como cargados de intención, pero el momento pasa.

—No estoy enfadada. Sólo me parece que a Thelma no le hace bien encerrarse en su habitación todo el día. Quizá debería plantearse buscar un empleo.

Pero Otis siempre ha sospechado que su esposa es como muchos otros norteños. Le gusta la gente de color colectivamente, como abstracción, pero no se siente cómoda cuando trata con ellos

individualmente. Resulta obvio que desde la noche del ataque ella no quiere que sus amistades sepan que su hijastra fue víctima de unos violadores negros.

—¿Crees que he defraudado a Thelma? —le dice.

Mientras mira la lluvia tamborilear sobre los filodendros, bananos y palmeras del patio lateral, Melanie extiende las manos sobre el fregadero y empieza a mirarse las articulaciones de los dedos. Últimamente suele quejarse de una supuesta artritis, aunque hace un año que no va al médico.

—¿Por qué le permitiste ir al baile de fin de curso con un imbécil que no sabe ni usar champú anticaspa y mucho menos proteger a su chica de unos bestias?

—¿Tú nunca cometiste errores cuando tenías su edad? —responde él.

—¿De esa magnitud? Pues no. Ese error lo cometí cuando me convertí en una mujer madura.

Él se echa la bolsa de deporte al hombro, baja por la galería cubierta hasta el garaje y al sacar el coche haciendo marcha atrás incrusta el cubo de la basura en el seto. Sabe que nunca conseguirá arrancar de su memoria el último comentario de Melanie, independientemente de la disculpa o retractación que ella le ofrezca. Si es que alguna vez se le ocurre hacerlo.

Ese pensamiento le envuelve el corazón como un vapor helado y por un instante el neón titilante morado y rosa de la farmacia de la esquina se le desenfoca, y también la avenida y la «zona neutral» barrida por el viento.

El gimnasio está casi vacío. En la pista de baloncesto suenan los ecos de un jugador solitario cuyos lanzamientos dan contra el aro de metal. Es el vecino de Otis, Tom Claggart, un tipo que se dedica a importar y exportar y a viajar en su *jet* privado con sus compañeros de negocios a cotos de caza en el oeste, donde matan animales de criadero liberados de sus jaulas o corrales poco antes de la llegada de los cazadores. Con un guiño lascivo, Tom también le ha confiado a Otis que él y sus amigos suelen aterrizar en una pista privada cercana a un burdel de las afueras de Las Vegas.

—¿Ya has cerrado las escotillas? —bromea Tom con la pelota

entre las manos.

—Casi todas —responde Otis.

El torso de Tom es sólido como un tocón de ciprés, su cabeza es cónica como una bala. Cada semana un barbero le recorta el bigote, mechado de canas, le enjabona el cuero cabelludo y se lo afeita a navaja.

—Creo que cuando el huracán toque tierra, los «monos» se van a volver locos.

—Me parece que no te comprendo —dice Otis.

—Los «nativos» se ponen inquietos tras los desastres naturales —dice Tom sonriendo, como si los dos compartiesen un código privado.

—Supongo que pronto lo averiguaremos.

Tom lanza la pelota de baloncesto al fondo de la pista y la mira botar sobre el suelo de madera de arce hasta que ésta se pierde en la oscuridad. Por las ventanas se ve como chorrea el agua y las ramas azotan los cristales. El gesto de Tom se torna pensativo.

—Nunca te he hablado de esto —dice—, pero mi cuñada me contó lo que le ocurrió a tu hija. ¿Llegaron a coger a esos tipos?

—Todavía no.

—Lo lamento. Si no los han cogido hasta ahora, probablemente ya no lo hagan.

—Eso no lo sé —responde Otis.

—¿Tienes algún arma?

—¿Por qué?

—Porque cuando llegue el lunes, esos cabrones van a invadir nuestro barrio. Yo en tu lugar dejaría de tocarme la pilila y me pondría las pilas.

—¿Qué te ha hecho creer que puedes hablarme así?

—Sólo te lo digo en calidad de vecino y de amigo.

—Pues no lo hagas.

—Tú no eres así, Otis.

Eso es lo que tú crees, imbécil, dice Otis para sí, sorprendido por la virulencia de sus pensamientos.

4

Es sábado por la noche en Nueva Orleans y los automóviles parten en caravana hacia el norte por la Interestatal 10, a pesar de que ya corren rumores de que no hay habitaciones libres en ningún motel desde allí hasta St. Louis, Missouri.

Pero para quienes llevan la alegría en el alma, la vida continúa a todo gas en el Barrio Francés. En la esquina de Ursulines, en un bar donde nunca retiran las lucecillas navideñas, se encuentra Clete Purcel. Se ha situado junto a una ventana para poder vigilar una casa con las contraventanas cerradas. Delante de ésta un hombre negro, sentado en una furgoneta de reparto de los años cincuenta mal aparcada, fuma un cigarrillo. Ha parado de llover y en ese aire extrañamente verdoso se percibe el denso y pesado hedor del Golfo. En medio de las nubes se ve un destello de color blanco hueso, como si estuviera a punto de atardecer de nuevo. El hombre negro de la furgoneta de reparto habla por el móvil y echa por la ventanilla el humo del cigarrillo, que se queda inmóvil en el aire, como un trozo de algodón mojado. Entonces el hombre gira la cabeza y mira fijamente hacia el interior del bar. Por un momento Clete cree que lo ha identificado.

Pero el hombre negro está mirando a una mujer que baja por la acera con tacones de aguja, *shorts* muy ceñidos y un bolso de flecos que le golpea las nalgas. El dueño del bar abre todas las puertas para que el local se llene de aire fresco con olor a salmuera y troncos mojados. Los juerguistas reaccionan como si un acontecimiento terrible acabara de tener lugar en sus vidas.

—¿Quieres otra copa? —dice el dueño del bar—. La casa invita.

—¿Tengo pinta de que no puedo pagarme mis propias copas?

—No, tienes pinta de tener los pelos de punta. Quizá deberías buscar a alguien que te eche un polvo.

Clete le lanza al dueño una mirada que hace que el tipo desvíe la

vista. El dueño se llama Jimmy Flannigan y es un exluchador profesional que ahora lleva pendientes y se depila todo el cuerpo en un local de Airline Highway.

—Pues no eches ningún polvo —dice el dueño—, pero estás poniendo nerviosos a mis clientes. A nadie le gustan las manadas de elefantes de circo fuera de control.

Hace tiempo ya que Clete ha dejado de hacer caso a los insultos de Jimmy.

—Tengo una noticia para ti —le contesta—: el Apocalipsis podría arrasar este tugurio y tu clientela ni se percataría de ello.

Jimmy coge una botella de Scotch con pico cromado y llena el vaso de Clete. El whisky se arremolina dentro de la leche y recuerda a un helado derretido.

—¿Qué es lo que te tiene a mal traer, Purcel? ¿Andas con el mono? —le dice.

Clete se bebe la mitad del contenido del vaso.

—Sí, algo así.

Clete no puede explicarle a Jimmy Flannigan la sensación de temor y *déjà vu* que le reseca la boca y hace que el cuero cabelludo se le encoja hasta apretarle el cráneo. Ni describir aquellos helicópteros despegando del tejado hacia un cielo estriado por nubes rojo sangre, mientras las turbas de civiles vietnamitas aterrorizados luchan entre sí y ruegan a los marines de los Estados Unidos que les permitan subir a bordo. Tarde o temprano, uno aprende que existe cierto tipo de experiencias que no se puede compartir con nadie, ni siquiera con quienes han pasado por lo mismo.

Clete vuelve a aproximarse a la ventana y procura concentrarse en el hombre de la furgoneta aparcada al otro lado de la calle. El tipo se llama André Rodion, tiene veintitrés años y ha incumplido su libertad bajo fianza. Pero esto resulta menos importante que la información que puede proporcionar sobre otros dos fugitivos que han hecho lo mismo que él y que deben más de treinta de los grandes a los fiadores y empleadores de Clete: Nig Rosewater y Wee Willie Bimstine.

Dos copas más tarde, la escena no ha cambiado. Tampoco lo ha hecho el nudo de ansiedad que Clete siente en el estómago, ni la tensión que le aprieta la cabeza como una cuerda de piano.

Clete está convencido de que se está cociendo un trapicheo de metanfetamina. Los otros dos involucrados son los hermanos Melancon, delincuentes de jornada completa fichados por robo con violencia, posesión de armas de fuego e intimidación de testigos. Clete sospecha que uno de los hermanos Melancon, quizás ambos, va a presentarse pronto.

Pero nada ocurre ni dentro ni fuera de la casa de las contraventanas, y el tipo de la furgoneta se inquieta y empieza a encender y apagar la radio, a arrancar y apagar el motor.

¿Qué debo hacer?, se pregunta Clete. ¿Detener a Rochon por saltarse la libertad bajo fianza o apostar a que vayan a aparecer los Melancon? Cuando la tormenta alcance la costa, mañana por la noche o el lunes por la mañana, los delincuentes o acabarán desparramados por aquí y por allí por el viento, como desechos, o saquearán la ciudad. En cualquier caso será casi imposible echarles la red a Rochon y a los Melancon.

Clete decide que es hora de actuar.

Se lleva un cigarrillo apagado a la boca, se mira en el espejo que hay detrás de la barra, se arregla el pelo y se pone su sombrerito. Lleva unos pantalones crema bien planchados, mocasines color guinda lustrados y una camisa hawaiana tirante sobre sus inmensos hombros. Ajustada al tobillo en una cartuchera de velero lleva una pequeña pistola calibre 25, cachiporra y linterna en un bolsillo del pantalón, y en el otro unas esposas. Siente que preferiría estar en un avión, elevándose por encima de las autopistas plagadas de coches, autobuses y camiones, todos ellos con sus focos apuntando hacia el norte. O en Nueva Iberia, donde tiene un segundo despacho y una habitación de alquiler en un motel de East Main. Pero no se abandona el lugar donde uno ha nacido por la llegada de hombres malvados ni por un desastre natural, se dice Clete, y se pregunta si dentro de veinticuatro horas pensará lo mismo.

—¿Te has decidido a visitar a una dama después de todo? —le pregunta Jimmy.

—No, tengo una cita con un tipo que debió convertirse en una mancha de mierda en el tazón hace ya tiempo —responde Clete—. Oye, si en la calle las cosas se ponen feas, no quiero que nadie telefonee a la policía. ¿Entendido?

—En este bar, él 911 no es más que la fecha del atentado a las

Torres Gemelas al revés.

—Eres genial, Jimmy. Ah, no te olvides de hinchar un par de cámaras de neumático y tenlas preparadas sobre el tejado.

—¿Y tú que harás?

—¿Alguna vez te has enterado de que en Nueva Orleans se ahogaran los elefantes del circo? ¿Lo ves? No hay precedentes.

Clete sale a la acera. La luz ha desaparecido del cielo, por encima de su cabeza pasan nubes negras. Siente que el barómetro cae a toda velocidad y huele ese aroma parecido al azufre, a huevos podridos o a un montón de escarabajos de agua muertos atrapados en la rejilla de la alcantarilla. André Rochon mira fijamente hacia delante, sus muñecas descansan tranquilas sobre el volante. Clete sabe que Rochon ya lo ha calado, que piensa que es un poli o un detective a sueldo de los fiadores, y está decidiendo si liarse a hostias o arrancar la furgoneta y largarse a North Rampart.

Clete cruza la calle, saca la placa y se la pone ante la cara a Rochon.

—Sal del vehículo y pon las manos donde pueda verlas —le dice —. No es una sugerencia, o lo haces o vas a la cárcel.

Clete escoge bien sus palabras, como para adelantarle a Rochon que aún tiene posibilidades y que, con un poco de cooperación y tacto, puede esquivar el delito de incumplimiento de libertad bajo fianza y seguir libre otra temporada.

Rochon salta al asfalto y cierra la portezuela tras de sí. Lleva zapatillas deportivas sin calcetines, pantalones manchados de pintura y una camiseta cortada de la Universidad de Luisiana que le deja los brazos y la tripa al aire. Sus brazos están cubiertos de tatuajes cutres de un azul desteñido. Apesta a sudor rancio y a restos de comida podrida entre los dientes. Una sonrisa se dibuja en un costado de su cara delgada. Rochon se acaricia el vientre descubierto como lo haría un narcisista, luego se mete el dedo en el ombligo.

—¿Eres investigador privado, tronco?

Clete mira la farola de la esquina y pestañea.

—Escúchame bien —contesta—. No me gustan los motes, especialmente si me los pone gente de colorines como tú. Ahora mismo estás con la mierda hasta el cogote. Así que en el próximo minuto van a pasar dos cosas: o entregas a los hermanos Melancon

o vas directo a la Prisión Central. Y si prefieres estar en la planta baja cuando golpee el huracán, puedo arreglarlo.

—Eddy y Bertrand han salido de la ciudad con los demás evacuados. Sólo he venido aquí por mi sobrino. Te estoy diciendo la verdad, tío.

Rochon posa su mano en el pecho, indicando que habla con el corazón.

—Oye, eso que haces también me molesta. George W. Bush se pone la mano en el pecho cuando quiere mostrar que es sincero. ¿Te crees George W. Bush? ¿Te crees el presidente de Estados Unidos?

Rochon está confundido, rápidamente mira hacia un lado de la calle y hacia otro.

—¿Por qué me amenazas así? ¿Es por algo que han hecho Eddy y Bertrand?

—No, es porque le diste calabazas al juzgado y porque jodiste a Nig y Wee Willie, que depositaron la fianza para sacarte. A Willie y Nig no les gustan los tipos que no se duchan y que no se cepillan los dientes. Apestas, y cada vez que apareces por el despacho tienen que echar espray a las sillas que usas. Y ahora, encima, les has faltado al respeto.

—Tío, has estado privando de la botella equivocada.

Las manos de Clete cuelgan a los lados, secas y rígidas. Las abre y las cierra y se humedece los labios. Siente su ira crecer hasta niveles peligrosos, una ira que tiene muy poco que ver con André Rochon.

—Coge tu móvil y diles a Eddy y a Bertrand que se saquen los calabacines del culo y vengan aquí de inmediato.

—No tengo sus números.

—¿De veras? Pues ahora veremos qué es lo que tienes o no tienes.

Clete lo empuja contra el lateral del coche y lo cachea. Cuando Rochon se vuelve para hablar, Clete le estampa la cara contra la carrocería con tanta fuerza que hunde la chapa.

—Joder… —dice Rochon, chorreando sangre por la nariz—. No he hecho nada para que me golpees así.

—¿Qué llevas en la furgoneta?

—Nada. Y además no tienes orden de registro para entrar a

fisgonear.

—Yo trabajo para unos fiadores, no necesito orden de registro. Puedo cruzar las fronteras estatales, derribar tu puerta de una patada y hacer pedazos tu casa. Puedo detenerte y tenerte prisionero donde se me ocurra y por el tiempo que me apetezca. ¿Y sabes por qué, André? Porque cuando alguien paga tu fianza tú te conviertes en su propiedad. Y si hay algo que se respeta en este país es el derecho de propiedad.

—No llevo farlopa, tronco. Haz lo que te parezca. Pero yo no te he hecho nada, así que cuando hayas acabado te voy denunciar por maltrato.

Clete abre la portezuela del conductor y con su linterna de bolsillo ilumina debajo de los asientos delanteros y al fondo de la furgoneta. En el suelo de tablas hecho a mano no hay nada, excepto un rollo de cuerda de polietileno que descansa sobre una rueda de recambio. Encajado entre el suelo y el lateral metálico de la furgoneta hay un oso de peluche rosa de garras blancas.

Clete apaga la linterna con un clic, pero enseguida vuelve a encenderla. Las imágenes de la cuerda y el animal de peluche le recuerdan una historia aparecida en un periódico hace un par de semanas. ¿No trataba de un secuestro en el Ninth Ward? Clete está casi seguro de que el artículo ha aparecido en el *Times-Picayune*, pero no recuerda los detalles.

—¿De quién es ese oso de peluche?

—De mi sobrina.

—¿Y para qué es la cuerda?

—Estaba colocándole un tendedero a mi tía. ¿Qué te pasa, tronco?

Clete oye que, a espaldas de Rochon, dobla la esquina un coche con el silenciador reventado.

—Te vienes conmigo a la Prisión Central —le dice—. Y ahora quítate esa estúpida sonrisa de la cara.

El coche del silenciador reventado acelera tanto que un tapacubos se desprende de una rueda y rodando da un bote y salta a la acera. Clete se vuelve en el mismo momento en que la parrilla de un coche de gran cilindrada de los setenta embiste la portezuela de la furgoneta con gran estruendo, arrancándola de sus bisagras y lanzándola contra la cara y el cuerpo de Clete. En esa fracción de

segundo alcanza a ver a dos hombres negros en el asiento delantero del coche, pero enseguida sale despedido hacia atrás y cae con la piel y el cabello cubiertos de cristales rotos. Golpea contra el asfalto con tanta fuerza que el aliento se le escapa en un resuello largo e incontrolable, y queda inmovilizado y boqueando en busca de aire. El coche de gran cilindrada ha aplastado el sombrerito de Clete y ha torcido rápidamente por la esquina con su larga cola. Mientras Clete intenta quitarse la portezuela de encima, André Rochon aprovecha para arrancar la furgoneta de reparto y salir quemando neumáticos en la dirección opuesta. Clete ve las luces traseras de la furgoneta encenderse al frenar en la intersección y desaparecer rápidamente en la oscuridad.

Jimmy Flannigan y los parroquianos del bar alzan a Clete del suelo, le quitan los cristales de la ropa y, sorprendidos de que su amigo siga con vida, lo palpan de arriba abajo como a una fruta madura. Alguien incluso marca el 911 y descubre que todos los polis y vehículos del servicio de emergencias del distrito de Orleans están ya sobrecargados de obligaciones. En medio de la calle, Clete se bambolea aturdido y desilusionado, le cuesta aceptar que acaban de vencerle tres tipos mugrientos que no serían capaces de despegarse un chicle del zapato sin un manual de instrucciones.

Dice a sus amigos que vuelvan a entrar al bar, se acerca a la casa de las contraventanas y abre la puerta. En el interior hay un chico de unos diecisiete años. Está sentado en el suelo viendo los dibujos animados en la televisión, junto a sus pies hay una bolsa de papel llena de ropa. El volumen del aparato es ensordecedor.

—Apágalo —le gruñe Clete.

El chico hace lo que se le dice. Lleva anchos pantalones estilosos y una camiseta de talla inmensa: la vestimenta típica de los pandilleros. Sólo que las prendas parecen recién salidas de la caja y el chico es tan esmirriado que parece un muñeco de palotes.

—¿Dónde están tus padres? —pregunta Clete.

—Mi tía está haciendo cola en el Superdome para conseguirnos catres —responde el chico—. Mi tío André me llevará allá en un rato. Se supone que debemos llevar comida para cinco días. Eso me han dicho.

—¿André Rochon es tu tío?

—Sí, señor.

—¿Tú cómo te llamas?

—Kevin Rochon.

—Tu tío ha tenido que marcharse a un sitio. Si vas a ir al Superdome tendrás que ir andando.

—No hay problema —dice el chico, y vuelve a concentrarse en la pantalla.

Tú mismo, se dice Clete. Regresa al bar, da cuenta del whisky con leche y pide una jarra helada de cerveza y tres chupitos de Jim Beam. Al cabo de una hora está tan ebrio como cualquiera de los clientes del local, sintiéndose seguro en ese ambiente lleno de sudor, música de máquina de discos y buen rollo artificial. Su cara está grasienta y enrojecida, en su cabeza resuenan sonidos procedentes de inexistentes vehículos blindados y aspas de helicópteros. Dos alumnas extraviadas de la UCLA bailan encima de la barra, una de ellas da caladas a un porro que sujeta contra los labios con unas pinzas de cejas. Flannigan coge a Clete por la nuca y aprieta su piel marcada como si aferrara una boca de incendios.

—Acabo de llegar del Superdome —le dice—. Deberías ver las colas, toda la gente de Iberville quiere entrar como sea.

—¿Ah, sí? —responde Clete sin comprender el comentario.

—¿Por qué envían al Dome a la gente de los barrios de protección oficial? —insiste Jimmy.

—Tiene tribunas —replica Clete.

—¿Y para qué necesita tribunas la gente de los barrios de protección oficial?

—Porque cuando las aguas del lago Pontchartrain cubran la ciudad, quizá alguno de esos pobre diablos consiga subirse a ellas, estirar el cogote y no morir ahogado.

5

Es domingo por la tarde en Nueva Iberia, las nubes están grises y las hojas de los robles de Virginia que flanquean Main Street crepitan ante alguna que otra ráfaga de viento. El final del verano ha llegado con su olor a polvo, sus lluvias distantes y el humo de barbacoa proveniente de City Park, el parque de la ciudad situado en la otra orilla del *bayou*, que es como llamamos a los pantanos aquí en el sur. Sin embargo, aún no hay indicios de que un torbellino blanco de viento y agua se esté aproximando a las costas de Luisiana y Misisipi desde el Golfo, un torbellino tal que sólo una fotografía hecha desde un satélite podría mostrarlo en toda su magnitud.

Viendo en la televisión cómo se desarrolla la tormenta, me siento como el testigo de un holocausto en ciernes. Durante dos días, la gobernadora de Luisiana, Kathleen Blanco, ha estado pidiendo ayuda a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharla. En Metairie, un funcionario de emergencias estatales se ha derrumbado durante una entrevista en la CNN. Ha empezado a agitar los brazos desesperadamente y la piel se le ha cubierto de manchas, como si se recuperara de una cogorza. En términos muy claros dice que si la tormenta continúa avanzando con la intensidad actual de Fuerza 5 y golpea Nueva Orleans de lleno, perderán la vida sesenta y dos mil personas.

Alafair, mi hija adoptiva y recién licenciada por el Reed College, contesta al teléfono en la cocina. Espero que sea Clete Purcel para avisar de que ha aceptado marcharse de Nueva Orleans y quedarse en nuestra casa. Pero no es Clete. Quien llama es Helen Soileau, sheriff del Distrito de Iberia, y tiene otras preocupaciones.

—Acabamos de pillar a Herman Stanga —me informa—. Encontramos su laboratorio de metanfetaminas y cogimos a dos de sus mulas.

—¿Sabes cuántas veces hemos detenido a Herman Stanga?

—Por eso quiero que supervises el caso, machote. Esta vez quiero que no vuelva a ver la luz.

—Tratar con Herman Stanga es como recoger mierda de perro sin guantes. Dale el caso a otro, Helen.

—Ahora mismo, las mulas resultan más interesantes que Stanga. Tengo a los dos tipos encerrados en un calabozo.

—¿Por qué iban a interesarme dos tipos con el coeficiente intelectual de un vegetal?

—Ven y compruébalo por ti mismo.

La celda con barrotes carece de ventanas y huele al desinfectante que se utiliza para fregar las superficies de acero y de hormigón que conforman su mobiliario. Los dos presos se han sacado la camisa y los zapatos y hacen flexiones de brazos, pero con los pies apoyados en un banco de madera. Sus brazos y pectorales musculados están cubiertos de tatuajes azules en letras góticas. Tienen las axilas depiladas. Sus dorsales, duros y lisos como tablas de tonel, se insertan en cinturas de setenta centímetros y abdómenes como barras de chocolate del esternón a las ingles. Con cada flexión el entramado de tendones parece querer salirse de la piel tirante. Tienen manos de albañil o de esos tipos que limpian piscinas con ácido muriático o cortan y cincelan piedras a temperaturas bajo cero. La fuerza de sus cuerpos me recuerda un muelle de acero tensado a punto de saltar al más mínimo estímulo externo para activarse.

Uno de ellos interrumpe su tanda de ejercicios y se sienta en el banco inhalando y exhalando fuertemente por la nariz. Se muestra indiferente a que Helen y yo nos encontremos a menos de un metro de él, observándolo como si fuera un animal del zoo.

—Me gustan tus tatuajes —digo—. ¿Sois de los Calle Dieciocho?

Sonríe pero no responde. Lleva el pelo cortado al cero, pero algo más largo por arriba. Su cuero cabelludo está surcado de cicatrices.

—¿De los Latin Kings?

—¿Quiénes? —se burla.

—¿Qué me dices de la Mara Salvatrucha? —insisto.

Hace una pausa antes de contestar. Extiende y tensa los dedos encima de la rodilla, da golpecitos juguetones en el suelo con la

suela de sus zapatos.

—Lo digo porque en un párpado llevas tatuado «MS» y un «13» en el otro.

—Me has pillado, tío.

Alza la vista y me sonríe, pero la negrura opaca de sus ojos no invita a devolverle la sonrisa, sino a tragar saliva.

—Pensé que estabais en la Costa Oeste —le digo—, o creando nuevas oportunidades de negocios en el norte de Virginia.

El muchacho mira fijamente hacia delante, como si las sombras del calabozo tuvieran para él un significado, o quizá esté repasando imágenes dentro de su cabeza, recordando hazañas que confirmarían la teoría de que no todos descendemos del mismo árbol genealógico. Luego, como un boxeador que espera la campanada inicial, echa la cabeza hacia delante, hacia atrás y contra los hombros intentando aflojar el cuello.

—¿A qué hora se jama? —pregunta.

—La comida llega a las seis.

El otro muchacho se levanta del suelo y, mostrándonos sus nalgas estrechas, empieza a tocarse los dedos de los pies. Una única y pulcra arruga se le forma a la altura del ombligo. Echo un vistazo a los impresos que llevo en el sujetapapeles.

—¿Tu alias es «Chula»? —le digo al que está sentado en el banco.

—Ajá. Así me dicen, tío.

—¿Y qué significa tu nombre?

—«Reviéntala», tío, como en el frontón. Antes de que el jugador estampe la pelota contra la pared, todo el mundo le grita: «¡chula!», es decir, «reviéntala».

—Pues tenéis unas fichas impresionantes. Habéis estado enchironados en Lewisburg, Pelican Island, Marion… ¿Por qué os habéis mezclado con un chuloputas de cuarta como Herman Stanga?

—¿Así se llama ese negro? —dice el del banco—. Nosotros sólo nos detuvimos a pedirle que nos indicara el camino, y de repente empiezan a salir polis de todas partes.

—Claro, a veces pasan esas cosas —respondo—. Pero te voy a explicar lo que ocurre, Chula. Se nos viene encima un huracán y no tenemos tiempo de oír las trolas de unos forasteros que no han

pagado ni el impuesto municipal. Verás, Luisiana no es un estado sino un país del Tercer Mundo. Eso significa que nos mosquea que unos forasteros crean que pueden llegar y limpiarse el culo con nuestras corbatas. Vosotros sois tipos duros, así que no voy a perder el tiempo intentando intimidaros: cumplir condena en Angola es una putada, especialmente si os enviamos con cargos jodidos. Si estáis dispuestos a comer mierda por proteger a Herman Stanga, a mí me da igual. Pero no nos hagáis perder el tiempo porque os vamos a arrancar los huevos.

El muchacho que se había estado tocando los dedos de los pies se queda quieto y me encara.

—Mira esto, tío —me dice.

Y dando con un pie contra la pared, en un instante, da un salto mortal completo y vuelve a caer de pie.

—¿Qué me dices? Lo aprendí en El Salvador de los tipos que mataron a toda mi familia y se turnaron para violarme antes de venderme a un circo ambulante. Venga, tío, dime, ¿qué piensas de eso?

—Sinceramente, creo que debiste quedarte en el circo.

La intención de mi réplica no es hundir el anzuelo hasta el fondo, pero eso es precisamente lo que ocurre. Justo cuando Helen y yo estamos a punto de salir del pasillo, el muchacho al que llaman Chula coge un jarro y golpea los barrotes como si fueran un xilofón.

—¡Eh, tú, el compañero de la marimacho! ¿Dices que no hemos pagado el impuesto municipal aquí? Mi hermana se folla a un cura yonqui de Nueva Iberia. ¿Eso no vale como impuesto municipal, tío?

Helen se da media vuelta y regresa con los brazos tensos.

—¿Cómo me has llamado? —le dice.

Chula se encoge de hombros y sonríe retraído.

—No quise insultarla, pero su amigo no debió burlarse de una persona que fue vendida a un circo.

Y dicho eso, Chula se apoya contra la pared y se desconecta del mundo exterior. Las sombras de los barrotes le cruzan la cara.

Cuando regreso a casa, intento olvidar a los dos presos del calabozo. Molly, mi esposa, es exenfermera y en su momento trabajó en

Centroamérica con las misioneras Maryknoll. Tiene pecas en los hombros y una espesa melena caoba oscuro que lleva muy corta en la nuca. Ella y Alafair están en el patio trasero recogiendo las herramientas de jardinería y guardándolas bajo llave en el cobertizo de chapa, tras la *porte cochere* o entrada de carruajes. Apenas corre brisa, el aire está fresco y huele a lluvia. Los robles de Virginia y las pacanas están inmóviles como imágenes de un cuadro.

—¿Ha llamado Clete? —les pregunto.

—No, pero le he telefoneado yo —me dice Molly—. No quiere irse de Nueva Orleans.

Molly estudia mi gesto y sabe que no estoy pensando en Clete.

—¿Ha pasado algo en la cárcel?

—Hace un año, un sacerdote de la zona llamado Jude LeBlanc cayó por un agujero y fue a parar a otra dimensión. Sufre de cáncer terminal, es adicto a la morfina y tiene tres órdenes de captura.

La verdad es que no me apetece hablar. Si es cierto que la edad nos vuelve sabios, esa sabiduría radica en comprender que hablar no suele servir de mucho y que no debemos entrometernos en el dolor ajeno.

—¿Y qué tiene que ver eso con la cárcel? —pregunta Molly.

—Un miembro de una pandilla salvadoreña llamada MS-13 me dijo que su hermana estaba enrollada con Jude.

—¿Le preguntaste dónde estaba tu amigo?

—A un criminal nunca se le da la ventaja, no importa cuántos ases tenga en la manga.

Una fuerte racha de viento atraviesa el largo corredor formado por los árboles que flanquean Bayou Teche, arrugando el agua como si fuera la piel de un anciano, llenando el aire de olor a huevas de pez y a hojas que ya se han amarilleado y se han ennegrecido en la humedad. El huracán Katrina tocará tierra en las proximidades del lago Pontchartrain en las próximas siete horas.

—Preparemos la cena —dice Molly.

—No tengo mucha hambre —contesto.

Su gesto es adusto, vacío, y las mejillas se le hunden un poco.

—Dios santo —suspira—, ¿qué va a ser de toda esa pobre gente?

Los huracanes no se prestan a las descripciones, en eso se parecen a

la pirotecnia que desata la incursión de un B-52 en el punto de impacto. He visto a supervivientes de lo segundo, sufren de un modo que nadie desea ver: lloran, sueltan una especie de maullidos y todo lo que dicen resulta ininteligible. Siempre he sospechado que pasan a formar parte de un grupo que la Biblia denomina los «prisioneros del Cielo», seres ungidos, pero de una manera a la que la mayoría nos resistiríamos aun reconociendo que es el dedo de Dios el que nos ha tocado la frente.

Un huracán de Fuerza 5 produce una onda expansiva varias veces superior a la de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima en 1945.

Pero a diferencia de un arma de destrucción masiva fabricada por el hombre, un huracán crea un ambiente que va modificando la naturaleza. En los días previos, el aire adquiere un tono verde químico de una densidad que podría asirse con la mano. Los rayos y truenos llegan como amigos conocidos, pero pronto se desvanecen en el éter y se convierten en poco más que un chaparrón de verano. Al caer, la lluvia forma anillos que unen los valles entre las grandes olas de crestas blancas, como encadenándolas; el viento huele a sal pulverizada y a arena apisonada y caliente. Todo esto hace que uno se pregunte si tantos preparativos y alarmas no han sido en vano.

Entonces la marea retrocede y se aleja de la costa, como si en el centro del Golfo de México hubiesen destapado un sumidero gigantesco, las palmeras se enderezan en el aire quieto y sus ramas de pronto dejan de moverse. Para evitar la sensación de estallido en los oídos, uno traga saliva, con la misma impotencia que sentiría a bordo de un avión que está perdiendo altura velozmente. Hacia el sur, a lo lejos, empieza a formarse una joroba larga y negra que eleva las aguas como lo haría una ballena enorme que asomara a todo lo largo del horizonte. Cuesta dar crédito a lo que uno está presenciando. Entonces la joroba negra empieza a aproximarse a la costa, cobrando mayor impulso y tamaño, aumentando su velocidad tan rápidamente que la propia ola absorbe su cresta antes de que ésta consiga romper contra la superficie que tiene delante.

Es una ola sísmica y puede convertir un sistema de diques de contención en simples montoncitos serpenteantes de arena negra, o arrasar una ciudad entera si ésta no cuenta con defensas naturales. Y es que en la costa de Luisiana, las islas que hacían las veces de

barrera natural fueron víctimas de la erosión o de los empresarios que las cargaron enteras en barcazas para venderlas luego como pizarra para aparcamientos. También las empresas petroquímicas han dragado unos quince mil kilómetros de canales en los pantanos, permitiendo que la penetración de agua salada envenene y mate las marismas de agua dulce desde el distrito de Plaquemines hasta Sabine Pass. Entretanto, los diques de contención que corren paralelos al río Misisipi expulsan cientos de toneladas de barro a la cornisa continental, impidiendo que esos sedimentos se acumulen donde más falta hace: en el oeste, junto a la costa. Las marismas de Luisiana continúan desapareciendo a un promedio de ciento veintidós kilómetros cuadrados al año.

Es la 1:00 de la madrugada y oigo el viento soplar entre los robles y las pacanas. Aunque vibran ligeramente, las contraventanas con celosías están bien aseguradas. Los únicos signos de irregularidad climática son el destello de algún rayo entre las nubes o un súbito chaparrón que cubre nuestro tejado de latón con agujas de pino. A dos horas de coche hacia el este, los habitantes de Nueva Orleans que no llegaron a ser evacuados están viendo cómo el huracán arranca de sus cimientos los edificios de su ciudad. ¿Por qué algunas personas se salvan y otras no? No tengo respuesta para ello. Pero he decidido que mientras haya personas decentes ahogándose en sus hogares, los dos criminales recién llegados no van a disfrutar de la seguridad de nuestra cárcel. No al menos en los términos que ellos pretenden dictar.

Telefoneo al carcelero de noche y le digo que separe a los dos pandilleros de la MS-13.

—¿Y qué les digo si me preguntan por qué? —me contesta.

—Diles que en el distrito de Iberia las normas prohíben que dos homosexuales compartan la misma celda.

—¿Está seguro?

Media hora más tarde llego a mi despacho y releo los faxes e impresos que me han llegado acerca de los dos miembros de la MS-13. A los criminales siempre se les pueden ajustar los tornillos, sólo hay que tomarse el trabajo de averiguar cuáles son. Puede que sepan manejarse en las prisiones y puede que tengan la astucia de un animal salvaje, pero cuando llega la hora de enfrentarse al sistema y vencerlo son como soldados trepando una colina

empinada defendida por un cañón Howitzer.

Entrego mi arma de fuego en la entrada a las celdas y pido al carcelero que traiga a Félix «Chula» Ramos a la sala de interrogatorios. Éste llega con las cadenas de los tobillos y las que lleva alrededor de la cintura tintineando. Lleva puestos sólo unos bóxers blancos que lucen extrañamente impolutos contra la piel tatuada.

—¿Me quitas las cadenas, capi? —dice Chula.

El carcelero de noche es un tipo mayor, su nariz está surcada por las venas reventadas del bebedor habitual. No le interesa ni la actitud histriónica de los demás ni ayudarlos a que arrumen aún más sus vidas.

—Cuando llegue a la reja, deme un grito —me dice.

Chula toma asiento en la mesa de metal, cortesía de los depósitos de muebles viejos del gobierno, y coge mis fichas. Su otra mano descansa relajadamente sobre la mesa.

—Podría arrancarte la garganta antes de que tuvieras tiempo de suplicar —me dice Chilla, y chasquea los dedos.

Me froto los párpados fatigados.

—Tu compañero de desventuras, ese tal Luis, es un ignorante, pero me parece que tú eres todavía más estúpido que él.

La piel debajo del ojo izquierdo de Chula tiembla como si un insecto se le hubiese posado encima.

—¿Qué has dicho?

—Nos despreciasteis a mí y a la sheriff porque hay órdenes de captura federales contra vosotros. Pensasteis que os sacaríamos de esta celda de mala muerte y os mandaríamos a una prisión federal de categoría. Pero eso no va a ocurrir.

—¿Nos vas a enviar a Angola? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Quizá más adelante. Ahora pienso enviarte a la Prisión Central de Nueva Orleans. Habrás notado que he dicho «enviarte» y no «enviaros». Sobre ti y tu amigo hay órdenes de captura pendientes en el distrito de Nueva Orleans. Por gilipolleces, está claro, pero cumpliremos el protocolo a rajatabla y tú saldrás hacia allí antes de que amanezca.

—No jodas, tío, que la ciudad está a punto de desaparecer del mapa.

—Con suerte, el personal de la Prisión Central no abandonará a

los prisioneros. ¿Pero quién sabe? Los funcionarios del distrito de Orleans no ganan ni para pipas. ¿Puedes caminar sobre el agua de una celda inundada, rodeado de tipos que sólo quieren escapar igual que tú?

—Eso no tiene gracia, tío.

—La sheriff se mondó de risa al ver vuestras fichas. Tu colega robó un banco en Pensilvania, pero se le reventó un rotulador rojo en la bolsa y manchó todos los billetes. Así que el idiota llevó los setenta y cinco mil dólares en billetes robados a una lavandería de barrio y los lavó una y otra vez hasta que quedaron todos rosaditos. Después, con esos mismos billetes, intentó comprar un monovolumen de cuarenta mil pavos. El descerebrado de tu amigo no sólo te involucró, sino que además te jodió del derecho y del revés. Ahora tú vas a tener que pasar diez primaveras en Angola, cinco de ellas por culpa de él. Y si crees que miento, llámame después de que te encierren y te pongan el mono de rayas anchas. ¿Sabes qué significa «Menú de Medianoche» en Angola? ¿No? Pues imagínate a un negro sudoroso de ciento cincuenta kilos metiéndote un tren de carga por el culo.

Le guiño un ojo. Él mira el blanco opaco de la puerta y en la frente se le forma una arruga profunda. Puedo oír su respiración en el silencio. Un relámpago estalla afuera y las luces del edificio parpadean durante unos segundos.

—¿Qué es lo que quieres de mí, tío?

—Dijiste que tu hermana se lo montaba con un cura yonqui…

6

A media mañana los presentadores de todos los telediarios del país ya anunciaban que el huracán Katrina había cambiado de dirección y que su Fuerza 5 se había reducido a Fuerza 3 justo antes de llegar a tierra firme. Gulfport había sido devastada, pero la ciudad de la que nadie se ocupaba se había salvado.

Las calles de Nueva Iberia estaban atestadas de tráfico, al igual que las del resto de pueblos y ciudades del sudoeste de Luisiana. El aparcamiento del Wal-Mart local se convirtió en el centro de coordinación de los esfuerzos de las iglesias fundamentalistas, que abrieron sus puertas resueltamente a todo aquel que necesitara ayuda. Pero aquello se parecía más a la primavera que al verano: el sol estaba radiante, el viento traía consigo unas pocas gotas de lluvia y la vegetación florecía a lo largo de East Main. Todos respiramos hondo, seguros de que lo peor había pasado ya y de que las advertencias de los catastrofistas habían quedado en agua de borrajas gracias a nuestra fe colectiva.

Pero los presentadores de los telediarios se equivocaron y nosotros también. La noche oscura del alma de Nueva Orleans acababa de empezar.

Durante la noche, los vendavales huracanados y la ola sísmica habían impulsado tierra adentro océanos de agua por la desembocadura del río Misisipi, llamada comúnmente «Canal Mr. Go». Desde allí el agua procedente del Golfo de México subió por el distrito de St. Bernard hasta el de Orleans, y luego hasta los barrios de las zonas más bajas, a lo largo del Canal Intercostero. Después del amanecer, los residentes del Lower Ninth Ward dijeron haber oído explosiones en las bases del dique que contenía las aguas del lago Pontchartrain. Los rumores se extendieron de casa en casa como un reguero de pólvora: unos terroristas, o racistas, estaban dinamitando la única barrera que impedía que las aguas del lago

acabaran ahogando a la población mayoritariamente negra del Lower Ninth.

Por supuesto los rumores resultaron ser falsos. Los diques estallaron porque eran débiles estructuralmente y sólo había una posibilidad entre mil de que resistieran una tormenta de Fuerza 3, y mucho menos una de Fuerza 5. Esto lo sabían todos los funcionarios de emergencias estatales. Lo sabía el Cuerpo de Ingenieros del Ejército estadounidense. Lo sabía el Centro de Huracanes de Miami.

Pero aparentemente el Congreso de Estados Unidos y el gobierno de Washington D.C. lo ignoraban, puesto que pocos meses antes habían recortado drásticamente los fondos destinados a efectuar las reparaciones del sistema de diques.

El pandillero de la MS-13 finalmente me facilitó la dirección de mi amigo, el sacerdote yonqui Jude LeBlanc. Pero a las nueve de la mañana del lunes, Helen Soileau entró en mi despacho con la placa colgada al cuello como un escapulario y mis prioridades cambiaron de repente.

—Reúne tus cosas y mételas en un cubo, machote. Hemos sido asignados a la «Ciudad del Vicio» —me dijo.

—¿Qué ha sucedido? —respondí.

—Todo lo que se te ocurra.

Hasta que llegamos al extremo este de Morgan City no comprobamos el daño devastador que el viento había causado. La caña de azúcar estaba aplastada contra el suelo como si una apisonadora la hubiera triturado hasta convertirla en una alfombra de polvo negro. Había postes de teléfono partidos por la mitad, secciones enteras de vallas publicitarias destrozadas y los tejados de las tiendas adyacentes a la carretera habían sido arrancados de cuajo. La autovía de cuatro carriles estaba cubierta por una capa de lodo gris mezclado con hojas procedente de los bosques inundados que flanqueaban la carretera. En el cielo miles de pájaros graznaban sin parar, desesperados quizá por no tener dónde aterrizar. Helen conducía con gesto sombrío. Detrás de nosotros venían más de una docena de coches patrulla con las sirenas destellando, algunos de ellos remolcando botes cargados hasta los topes de material de primeros auxilios, generadores de gasolina, comida, ropa donada y

agua embotellada. La carga, protegida y cubierta con lonas, se balanceaba enganchada a los vehículos.

Helen era una mujer atractiva y musculosa cuya inteligencia e integridad siempre había admirado. Empezó su carrera en el Departamento de Policía de Nueva Orleans como revisora de parquímetros, en una época en que una mujer tenía que demostrar su valía ante los varones. El que ella no escondiese su naturaleza andrógina la convirtió en el blanco ideal de varios miembros del departamento, sobre todo para un uniformado expoli de la brigada antivicio llamado Nate Baxter, un degenerado cuyo lugar, en mi sincera opinión, estaba en un inodoro.

Una mañana a la hora de pasar lista, después de que un francotirador disparase desde un tejado del Barrio Francés sobre varios transeúntes, Nate tomó la palabra como oficial de guardia y habló ante todos los uniformados de la sala.

—Quiero a todo el mundo en la línea de fuego, con chaleco antibalas, artillería y huevos —dijo—. Nuestro plan es que ese tipo salga con los pies por delante y nadie más, ni civiles ni polis, salga lastimado. ¿Entendido?

Hasta ahí todo iba bien. Entonces, con la comisura de la boca arrugada, dirigió su mirada hacia Helen.

—Oye, Helen —dijo Nate—. Dinos si tienes huevos u ovarios, así sabremos si incluirte o no.

Varios polis se rieron. Helen, que estaba en la segunda fila, se inclinó hacia delante con los ojos todavía fijos en el bloc de notas que tenía apoyado en un muslo. En la sala se oyeron una o dos voces, pero luego se hizo el silencio.

—Me alegro de que haya sacado el tema de los genitales, detective —contestó Helen—. Un par de semanas atrás, una informadora me comentó que cuando usted trabajaba en antivicio se hizo comer la porra por unos travestís en el asiento trasero de un coche patrulla. Por entonces, mi informadora se hacía llamar Rachel. Pero Rachel es varón y se llama Ralph. Ralph dice que usted se hizo alargar el pene. Y como no puedo usar el mismo servicio de los que tenéis dos huevitos, realmente no puedo asegurar que Ralph me haya dicho la verdad. Quizá alguno de vosotros, agentes, pueda confirmármelo…

Dicho eso, Helen perdió la mirada en el vacío. Después de aquel

día, la carrera de Nate Baxter nunca volvió a ser la misma. Utilizando la burocracia del departamento, Baxter lanzó una *vendetta* personal contra Helen, pero el hecho es que sus compañeros empezaron a ver a Baxter como a un cobarde malintencionado que no podía competir cabalmente en igualdad de condiciones.

Cuando estábamos sobre el puente que cruza el Misisipi, advertimos que la masa de agua marrón que corría por debajo se extendía desbordada, inabarcable. La imagen nos quitó el aliento. Por debajo del puente, girando en la corriente, de repente asomó flotando una casa que había dado una vuelta de campana. Helen arrancó con los dientes el envoltorio de una barrita energética y escupió el papel sobre el volante.

—¿Qué es lo que te preocupa? —pregunté.

—Nada —respondió ella con un carrillo repleto de barrita energética.

No insistí. Llegamos al otro extremo del puente y tomamos una rampa de salida elevada que pasaba por encima de unos bosques inundados; las copas de los árboles carecían de hojas, pero de sus ramas pendía todo tipo de basura.

—Se supone que debemos coordinar nuestras actividades con media docena de departamentos locales —me dijo—, incluido el Departamento de Policía de Nueva Orleans. Y una mierda, eso opino yo. Antes de entrar en acción hablaré con todos los nuestros, haremos nuestro trabajo pero según nuestras propias normas. Eso significa que no dispararemos a los saqueadores y que las compañías de seguros deben hacerse cargo de sus pérdidas. Pero si alguien nos dispara, lo tumbamos sin pestañear.

Al ver mi expresión, me clavó la vista:

—¿Te parece gracioso?

—Ojalá hubiese estado en el DPNO cuando trabajabas allí.

—¿Te importaría entrar en detalles?

—No, jefa. Ni en broma.

Mordió su barrita energética y me echó otro vistazo, luego siguió conduciendo hasta llegar al centro de la ciudad. Ninguno de los dos estábamos preparados para lo que íbamos a ver.

Lo que abrumaba no eran los kilómetros de edificios con las tejas arrancadas y las ventanas rotas, ni las calles cubiertas de agua y basura flotante, ni los robles de Virginia incrustados en los tejados, sino el aspecto literalmente muerto de la ciudad. La red de suministro eléctrico había quedado inutilizada, y pronto los grifos se quedaron sin presión de agua desde el distrito desde St. Bernard hasta Nueva Orleans. Las bombas encargadas de extraer el agua de las bocas de tormenta también habían quedado sumergidas y por tanto también estaban inutilizadas. Las tuberías de la red de gas ardían bajo el agua o estallaban en llamas desde las entrañas de la tierra, esparciendo por todo el cielo las hojas de algún árbol añoso. En el lapso de una noche, la ciudad entera había quedado reducida al nivel tecnológico de la Edad Media. Pero mientras avanzábamos por debajo de la autovía elevada en dirección al Centro de Convenciones, vi una imagen que nunca olvidaré. Es la imagen emblemática que resume lo que experimenté en Nueva Orleans, Luisiana, el lunes 29 de agosto de 2005, año de Nuestro Señor. Se trataba de un hombre muerto, negro y gordo, meciéndose boca abajo junto a un pilote. Entre sus ropas se habían formado globos de aire, y tenía los brazos estirados como un crucificado. La estela de nuestro coche empujó una capa de mugrienta espuma amarilla y ésta cubrió la cabeza del muerto. Su cadáver seguiría flotando allí durante tres días.

El orden que en principio había reinado en el Centro de Convenciones estaba degenerando rápidamente en un caos total. A los miles de personas refugiadas allí se les había pedido que trajeran alimentos para cinco días. Pero muchos de ellos provenían de barrios de protección oficial o de las barriadas más pobres, no tenían ni coche, ni dinero ni comida de sobra a fin de mes. Muchos habían traído consigo a parientes ancianos y enfermos: diabéticos, parapléjicos, pacientes de alzhéimer, personas necesitadas de diálisis de riñón. El sol brillaba como un disco blanco, el aire estaba claro y luminoso por la calima. El proscenio de hormigón en torno al Centro de Convenciones estaba abarrotado de gente en busca de sombra o agua potable. Casi todos gritaban enfurecidos tanto a los coches de la policía como a los vehículos de las cadenas de televisión.

—¿Quieres establecer un puesto de mando aquí? —pregunté.

Vi que Helen se mordía el labio inferior y apretaba fuertemente el volante.

—No. Nos descuartizarían —respondió—. Se supone que las calles del Barrio Francés están secas. Será mejor girar hacia Jackson Square…

—¡Detente! —exclamé.

—¿Qué pasa?

—Acabo de ver a Clete Purcel, junto a la entrada.

Helen entrecerró los ojos para intentar distinguir algo través de la calima y bajó la ventanilla. El aire sofocante entró por la ventana como una racha de vapor de una tintorería industrial.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Helen.

Tardamos un momento en comprender la escena que se estaba desarrollando junto a la pared del Centro de Convenciones. Un hombre inmenso y bronceado, de pantalones crema sucios y camisa hawaiana con los hombros rasgados, intentaba colocar una caja de cartón invertida encima de una anciana blanca en silla de ruedas. La mujer estaba muerta y fláccida, y Clete no podía taparla con la caja sin que la muerta se le escurriera de la silla.

—Aguarda, Helen —dije saliendo del coche antes de que me pudiera contestar.

Por el rabillo del ojo la vi girar el coche en U, frenar un instante y luego dirigirse al Barrio Francés seguida de la caravana de coches. Helen era un alma buena y sabía que pronto me reuniría con ella, seguramente acompañado de Clete. Helen también sabía que nosotros no somos de los que dejan atrás a sus compañeros, independientemente de lo que esté haciendo el resto de los mortales.

Sostuve a la muerta derecha en su silla de ruedas mientras Clete le cubría la cabeza y el torso con la caja. De sus ropas brotó un olor que me recordó una guerra lejana que deseaba olvidar.

—¿Crees que esto es un asco? —me dijo Clete—. Pues entra en el Centro y verás: las tuberías están todas destrozadas, hay muertos apilados en los rincones y los pandilleros disparan sus armas y violan a diestro y siniestro. ¿Tienes una pipa de más?

—No —respondí—. ¿Dónde está tu arma de repuesto?

—Me parece que la perdí en la calle Royal. Un balcón entero se derrumbó y una maceta que salió volando me dio en la cabeza.

Se enjugó el sudor de los ojos con el dorso de la mano y se quedó contemplando la devastación de la ciudad y a los saqueadores que vadeaban las calles cargando con todo lo que podían.

—Aquí no hay ningún grupo terrorista —me dijo—. Y mira el puto desastre que se ha armado…

A quienes desestiman la creencia de que en nuestros genes queden residuos simiescos y a quienes creen que la probidad de nuestra sociedad surge de un impulso gregario surgido del corazón mismo del ser humano, los siguientes días no iban a ofrecerles ningún consuelo. Helen estaba preocupada por la posibilidad de tener que entregar el mando de su departamento al Departamento de Policía de Nueva Orleans o a las autoridades federales del estado de Luisiana. Ése, sin embargo, era el menor de nuestros problemas. Por encima de nosotros no había autoridad alguna: la cadena de mando y el sistema de comunicaciones del DPNO habían sido destruidos por la tormenta. Entre cuatrocientos y quinientos agentes —aproximadamente un tercio del departamento— habían salido por pies hacia los terrenos más elevados. El DPNO había establecido su puesto de mando en un edificio ubicado en las inmediaciones de Canal Street y, en honor a la verdad, hay que decir que no abandonaron sus puestos y recorrieron los alrededores con el agua hasta el pecho durante dos días enteros. No tenían ni comida ni agua potable, y muchos se vieron obligados a hacer sus necesidades dentro de sus uniformes y con los brazos en alto para mantener sus *walkie-talkies* fuera del agua.

Desde un bote o cualquier otra posición elevada, hasta donde llegaba la vista, Nueva Orleans parecía una ciudad caribeña derribada por las olas. El sol ardía sin piedad y la humedad se metía por la ropa como hormigas en fila. La cuadrícula de un barrio sólo se distinguía por las copas de los árboles que asomaban del agua donde hubiera jardines, por aquí y por allá; y por las hileras interminables de tejados donde grupos de supervivientes esperaban sentados escaldándose las manos sobre las tejas.

Yo nunca había experimentado olores parecidos. El agua era de color marrón chocolate y la superficie relucía con una pátina azul

verdosa, mezcla de aceite y productos químicos industriales. De las cloacas rotas surgían heces enteras y papel higiénico usado. Y el olor nauseabundo y gris de la descomposición impregnaba el aire y todo lo que tocáramos. Los cuerpos de animales muertos, ciervos incluso, subían y bajaban en las estelas que dejaban nuestros botes de rescate. Y lo mismo ocurría con los cadáveres humanos, cuyos hombros, brazos o nucas, asomaban de repente para hundirse poco después bajo aquella espuma repugnante.

Unos se habían ahogado en los sótanos y en las primeras plantas de sus casas; otros, a lo largo de la Autovía 23, cuando intentaban salir del distrito de Plaquemines, o en residencias de ancianos, subidos a los árboles y coches mientras agitaban sus brazos desesperados hacia los helicópteros que los sobrevolaban. Habían muerto en hospitales y clínicas de reposo, por deshidratación o agotamiento, por exposición al calor o porque la enfermera que los atendía ya no pudo continuar accionando el ventilador de mano hora tras hora sin descansar.

Si por casualidad llega usted a oír una cinta con las llamadas recibidas en el contestador del 911 —el número de Emergencias—, provenientes de los móviles de esos áticos, aléjese tan pronto como pueda. A no ser que desee convivir con unas voces que regresarán para interrumpir su sueño durante el resto de su vida.

Los helicópteros del Cuerpo de Guardacostas de Estados Unidos volaban sin interrupción, se deslizaban a baja altura con el sol a sus espaldas, recibían impactos de los francotiradores, descolgaban a efectivos mediante cables, mientras la corriente de sus rotores ondulaba las aguas. Primero rescataron a niños, ancianos y enfermos, más tarde intentaron regresar a por los demás. Abrieron tejados a hachazo limpio para luego colocar arneses e izar a bordo a personas que jamás habían subido a un avión. Sujetaron contra su pecho a bebés y a mujeres de ciento cincuenta kilos y, sobrevolando las aguas, los trasladaron hasta terrenos más elevados con una delicadeza digna de ángeles. Los helicópteros del Cuerpo de Guardacostas de Estados Unidos rescataron a más de trescientas personas, e independientemente de cómo se reescriba la historia, ningún grupo de personas superará jamás el coraje y la entrega que demostraron ellos tras la llegada a tierra firme del huracán Katrina.

Después del atardecer de aquel 25 de agosto, primer día del

desastre, el cielo se había convertido en una mancha de tinta veteada por el humo de las fogatas que los vándalos encendieron en el Garden District. También hubo momentos eléctricos: destellos luminosos en el cielo, relámpagos producidos por el calor o quizá por las armas automáticas o la trayectoria incandescente de balas trazadoras. Las normas del comportamiento civilizado se estaban yendo al garete.

Los saqueadores atacaban primero las farmacias, las licorerías y las joyerías, y a partir de allí iban bajando por la escala, tomando lo que les apeteciera, como en un bufé. Un grupo de policías corruptos del DPNO llegó a establecer un cuartel general de ladrones en el décimo piso de un hotel céntrico: en las habitaciones guardaban los bienes saqueados, tenían a la plantilla aterrorizada y hasta amenazaron a un periodista con dispararle por hacer demasiadas preguntas. Otros policías de Nueva Orleans decidieron tomar prestados automóviles de un concesionario de Cadillac. Los pandilleros reunidos en el Garden District se corrieron una juerga al estilo visigodo, incendiando antiguas casas construidas antes de la Guerra Civil y llevándose todo aquello que no estuviera atornillado.

Un grupo de evacuados al Superdome y al Centro de Convenciones intentaron cruzar andando el puente que llevaba al distrito Jefferson. Muchos de ellos eran negros y cargaban en brazos a sus criaturas, todos estaban exhaustos, hambrientos y deshidratados. Unos policías armados del distrito de Jefferson les cortaron el paso y dispararon por encima de sus cabezas con escopetas para advertirlos de que ninguno de ellos debía abandonar el distrito de Orleans.

Un policía del DPNO asomó su escopeta del 12 por la ventanilla de su coche patrulla y mató a un hombre negro justo delante del Centro de Convenciones, ante cientos de testigos. El poli se largó a toda velocidad antes de que lo atacaran, y algunos testigos afirmaron que el policía aplastó el cadáver con las ruedas de su vehículo. El agente afirmó que disparó porque el hombre había intentado atacarlo con unas tijeras.

A media manzana de la clínica médica estatal, conté los cadáveres de nueve personas negras, todas ellas flotaban boca abajo formando un círculo, como paracaidistas en caída libre, suspendidos en un colchón de aire en las alturas.

Corrían historias de gente que disparaba desde tejados y ventanas. El personal de los servicios de emergencia, que se desplazaba en botes, empezó a temer a las personas que supuestamente debía rescatar. Algunos rescatados del Lower Nine por los helicópteros del Cuerpo de Guardacostas explicaban que los disparos eran un intento desesperado por llamar la atención de los botes que en la oscuridad buscaban supervivientes. ¿Quién estaba diciendo la verdad? ¿Qué policía o bombero o voluntario —arrodillado en la proa de un bote, intentando amarrar en un tejado— quería averiguarlo? ¿Quién quería recibir un balazo de un AK-47?

Los hospitales Charity y Memorial se convirtieron en necrópolis. Los pisos inferiores estaban inundados, mientras los pandilleros negros volteaban los botes que intentaban evacuar a los pacientes. El personal del hospital se vio forzado a seguir funcionando sin electricidad ni hielo, ni agua corriente, ni comida en buen estado; a ocuparse de los pacientes más indefensos de sus salas: heridos de bala recientes cuyas funciones vitales dependían por completo de aparatos, pacientes a quienes acababan de extirpar algún órgano, y los más vulnerables —los ancianos y los aterrorizados—, todos ellos encerrados en un edificio que se estaba cociendo en su propio caldo pestilente.

Pero muchos policías del DPNO fueron fieles a su placa y a su juramento, y trabajaron sin descanso con nosotros, hombro con hombro, durante las setenta y dos horas siguientes. Entre ellos se encontraban muchos de los más apasionados detractores y enemigos de Clete, pero hasta los más vehementes tuvieron que admitir que Clete Purcel era un gran compañero en momentos de crisis, la clase de hombre que te cubre la espalda, te ajusta las correas y te acomoda el petate. Clete conocía cada calle y escondrijo donde pudiera esconderse la escoria de Nueva Orleans, y había pescado en cada *bayou*, bahía y canal desde Barataría hasta Lake Borgne. Trataba de tú a tú a putas, estafadores, rateros, curas borrachines, yonquis, dueños de puticlubs, travestís, polis malditos, *strippers*, depravados, quinquis, agentes de fianzas, y hasta a viejos mafiosos que ahora cuidaban los jardines de sus casas en los suburbios. Su valentía era incuestionable.

La indiferencia que mostraba ante el dolor físico o el insulto era

para sus enemigos como el vinagre y la bilis. Su lealtad, de una naturaleza tan pertinaz que era capaz, muy conscientemente, de jugarse la vida por sus amigos.

Pero ni siquiera el Katrina cambió la afición de Clete por lo visceral y sibarita. El 31 de agosto me dijo que iba al Barrio Francés a ver el estado de su apartamento y de su despacho en la calle St. Ann. Pasaron dos horas y Clete no regresó. Después del mediodía, Helen y yo nos encontrábamos en un bote por Gentilly, rodeados de agua y casas que empezaban a apestar por los cadáveres que había en su interior. La combinación de calor, humedad y falta de viento era insoportable; el sol era un globo amarillo y bamboleante atrapado bajo la superficie del agua. Helen apagó el motor y dejó que la corriente nos llevara hasta la sombra que proyectaba un tramo elevado de la Interestatal 10. Helen tenía la cara y los brazos muy quemados, su camisa estaba tiesa a causa de la sal reseca.

—Ve a buscarlo —me dijo.

—Clete sabe cuidarse —respondí.

—Dile que mueva el culo y regrese aquí. Necesitamos a cada poli con dos huevos en activo.

—Eso mismo solía decir Nate Baxter.

—Recuérdame que me lave la boca con detergente.

Alguien me llevó en otro bote hasta un terreno elevado y después hice el resto del camino a pie. La lluvia y el viento habían golpeado el Barrio Francés, habían arrancado las contraventanas de sus bisagras y hecho volar calle abajo los suelos de tablas de los balcones, enteros, como si fueran ondulantes teclados de piano. Pero el Barrio Francés no se había inundado. Gracias a sus generadores de gasolina algunos bares habían seguido de marcha a tope durante tres días. Sus dueños estaban tan aturdidos y mamados que parecían estatuas de cera olvidadas junto a una lámpara.

Encontré a Clete a dos manzanas de su despacho, en un antro situado en una esquina. Llevaba su camisa tropical y sus pantalones color crema ennegrecidos por las manchas de aceite. El sol le había ampollado la piel, se estaba pelando y tenía la cara roja de beber de la inmensa jarra de cerveza que tenía delante y del chupito de whisky que se zarandeaba dentro de ella. La mujer que bebía a su lado tenía una melena morena, una blusa sin espalda y unos vaqueros cortados por encima de la rodilla. Su muslo rozaba el de

Clete. Tenía cadenas de rosas tatuadas en la parte superior de los pechos y llevaba cuentas de vidrio moradas y verdes en el cuello. Su maquillaje escurrido me recordaba al de un payaso.

—Hora de ahuecar, Cletus —le dije.

—Tranqui, gran jefe. Bébete una soda con lima. Este tipo tiene gambas frías que guardó en hielo seco.

—Estás pedo, Clete.

—¿Y qué? Te presento a Dominique, es artista, viene de París. Vamos a ir un rato a mi apartamento. ¿Has visto el avionazo que pasó por aquí?

—No, no lo vi —respondí—. Acompáñame afuera un segundo.

—Era el Air Force One. Después de tres días, míster Bush se ha dignado venir a sobrevolarnos… Joder, no sabes lo bien que me siento ahora.

Clete tumbó medio cuerpo encima del mostrador, abrió el grifo, llenó la jarra y vertió dentro una medida de Jim Beam. Con los ojos fijos en los míos elevó la jarra y se bebió hasta la última gota. Me sonrió, su cara irradiaba ternura.

—Esta tierra es nuestra, gran jefe, hemos luchado por ella —me dijo—. Yo digo que les den por el culo a todos esos mamones. Nadie se la juega a la Ciudad del Vicio cuando los mellizos de homicidios están de servicio…

No tenía ni idea de lo que quería decir con eso. Pero en Alcohólicos Anónimos te enseñan a no intentar razonar con los borrachos. Y en el caso de Clete, procuras no invadir la catedral privada donde a veces se guarece.

—Le diré a Helen que te reunirás con nosotros más tarde —dije.

Apoyó sobre mi hombro el peso completo de su gran brazo y me acompañó a la puerta. La nube de testosterona y sudor cervecero que brotó de su axila estuvo a punto de asfixiarme.

—Dame una hora. Sólo necesito bañarme y preparar algo de comer para mí y Dominique —me dijo.

—¿Vas a cenar?

—¿Qué tiene de malo?

—Esa mujer no es francesa, solía trabajar en un salón de masajes en Lafayette. Era una de las putas de Stevie Giancano.

—Nadie es perfecto. Además, siempre tienes algo negativo que decir de las mujeres que conozco.

—Eso demuestra tu falta de juicio, no el mío.

Antes de poder retractarme, vi reflejarse en su rostro el daño que le había causado mi comentario. Me quitó el brazo de encima y salió a la acera. La calle estaba cubierta de pedazos de yeso, cristales rotos, ladrillos de chimenea, latas de cerveza, vasos de plástico rojo y tejas, además de miles de escarabajos de agua expulsados por las rejillas del alcantarillado que reventaban cuando los pisaban. Curiosamente, en aquel crepúsculo, a la sombra proyectada por un edificio a nuestras espaldas, mientras en el mástil de un balcón chasqueaba al viento la bandera de Mardi Gras, sentí por un segundo que aún no habíamos perdido la antigua y más agradable faceta de Nueva Orleans.

—Perdona lo que acabo de decirte, Clete.

Él entrecerró los ojos y se le formaron pequeñas patas de gallo. Con dos dedos, sacó un pedazo de papel del bolsillo de la camisa y me lo dio.

—Además de su carrera como pintora, Dominique conoce a todas las chicas del Barrio Francés. ¿Todavía quieres encontrar al cura yonqui que se enrolla con la hermana del pandillero de la MS-13?

Clete Purcel no daba puntada sin hilo.

7

De camino a nuestro encuentro con Helen, nos detuvimos en el apartamento de la primera planta donde Jude LeBlanc vivía con una latina llamada Natalia Ramos. Pero la puerta del apartamento estaba cerrada con llave y las contraventanas trabadas. Una vecina, una cajún que había decidido quedarse a pesar de la tormenta, nos informó de que Jude se había marchado el viernes por la tarde al Ninth Ward y que Natalia había decido acompañarle.

—He oído que están pasando cosas feas por allí —me dijo la vecina—. Puede que no vuelvan, ¿verdad?

—¿Sabe usted a qué parte del Ninth Ward iban?

—Por allí no le preguntan sobre su vida privada. Natalia me dijo que la iglesia era de estuco y que tenía un campanario.

—Gracias —contesté, y me dispuse a marcharme.

—¡Eh… Usted…! —gritó un vecino.

—Dígame.

—Quizá no esté bien que Jude viva con una mujer, porque que es cura y todo eso. Pero es un buen hombre, se lo digo yo.

Esa noche presencié muchas imágenes surrealistas que, según sospecho, tienen un origen menos consciente que inconsciente. A mi alrededor, las personas tenían el mismo aspecto y actuaban del mismo modo que en los sueños. No parecían del todo reales, sus cuerpos relucían a causa del sudor y sus ropas estaban hechas jirones. Eran como criaturas sobreviviendo a su destino en medio de un paisaje lunar.

Vi a un hombre que remaba de espaldas en un bote. Remaba vigorosamente, y en la proa llevaba dos cadáveres amontonados. Su gesto era decidido, estoico, como si sus esfuerzos pudieran deshacer la peor jugada del destino.

Vi a un bebé negro que pendía de las ramas de un árbol. La corriente mecía sus manitas, su pañal de plástico lucía inmaculado a

la luz de la luna. Vi gente que engullía unos sobrecitos plásticos de mostaza y de kétchup. Acababan de saquear un café; vi cómo se repartían lo poco que habían conseguido. A diez metros de ellos, una vaca muerta y cubierta de moscas yacía en la caja de una camioneta destrozada, con una cuerda retorcida alrededor del cuello.

Un gordo gelatinoso en calzoncillos y con gafas espejadas pasó a nuestro lado flotando sobre una cama hecha con cámaras de neumáticos. Sobre la tripa se balanceaba un paquete de doce cervezas. Alzó la mano como haciendo un brindis a un hidroplano que pasaba por allí.

—¿Quiere que lo llevemos a un terreno más elevado? —le pregunté.

—¿Está de guasa? —respondió abriendo otra lata de cerveza—. ¿Y perderme este espectáculo?

Vi a chavales alejarse corriendo de una casa antigua que acababan de incendiar, sus siluetas recortadas contra el fuego me recordaron a los niños que piden caramelos en Halloween. Luego estallaron las tuberías de gas y llovieron chispas por todo el barrio. A dos manzanas de allí, un grupo de vigilantes parapoliciales armados con escopetas y rifles para cazar ciervos surcaba las calles inundadas en un bote de pesca equipado con un silencioso motor eléctrico. Uno de ellos llevaba un fanal y otro un sombrero de safari con cinta de piel de leopardo. Todos bebían de la misma petaca de plata y estaban más contentos que un cerdo revolcándose en la mierda. No sé si encontraron alguna presa. Lo cierto es que ya no me importaba, estaba demasiado cansado.

Corrían rumores de que equipos de tropas de élite de las fuerzas especiales, los rangers, o quizá los SEAL, estaban liquidando sin contemplaciones a los francotiradores. También oímos que en la primera planta de una casa inundada, junto al Industrial Canal, un cocodrilo se había comido a un ciervo. Algunos polis del DPNO comentaban que los funcionarios de la Prisión del Distrito de Orleans se habían largado de la ciudad y habían abandonado a los presos, que seguramente se ahogarían. Otros aseguraban que una turba del centro de la ciudad tomó un puesto de mando creyendo que allí se distribuían alimentos y agua, y que un ayudante del sheriff se asustó y empezó a disparar un arma automática al aire.

Eso aumentó los rumores generalizados de que la policía estaba matando a inocentes de forma arbitraria.

Con el correr de las horas aumentaba el número de saqueadores, pirómanos y delincuentes peligrosos detenidos, y ya no había más sitio donde meterlos. A los saqueadores los dejábamos en libertad, sólo para volverlos a encontrar dos horas más tarde en la misma zona de detención temporal. Es probable que algunos de los presos fueran asesinos, camellos o sociópatas que, aprovechando la tormenta, se habían cargado a la competencia o ajustado viejas cuentas. Se instaló un recinto vallado, un perímetro de tela metálica en la zona del aeropuerto, y empezamos a cargar a los peores criminales en autobuses escolares y a enviarlos por la Interestatal 10 hacia el distrito de Jefferson.

Fue entonces cuando oí a una mujer, esposada y encadenada a otros detenidos, gritarle al ayudante del sheriff de Iberia que intentaba subirla a empujones a un autobús. La mujer se sentó pesadamente en el bordillo, haciendo caer a los otros prisioneros.

—¿Qué pasa aquí, Top? —pregunté.

—Esta mujer escupió a un bombero y le arañó la cara —dijo el ayudante—. Después empezó a gritar algo acerca de un sacerdote en el tejado de una iglesia. Creo que está loca. También llevaba consigo unos cuantos fármacos.

La mujer tenía aspecto latino y llevaba un vestido morado estampado con flores color hueso. Su cabello y piel estaban cubiertos de aceite de motor, sus pies descalzos sangraban.

—¿Quién es ese sacerdote? —le pregunté.

Ella alzó la vista.

—El padre LeBlanc —me contestó.

—¿Jude LeBlanc?

—¿Lo conoce?

—Conocí a un sacerdote que se llamaba así en Nueva Iberia. ¿Dónde está?

—En el Lower Nine, en St. Mary Magdalene. A veces hace sustituciones allí porque no tienen un sacerdote fijo.

—¿Puedes soltarla? —pregunté al ayudante.

Con la llave de las esposas en la mano, el ayudante se inclinó sobre la cadena.

—Será un placer —repuso.

La mujer se puso en pie, pero le costaba mantener el equilibrio. La sujeté con una mano y juntos nos dirigimos a un puesto de primeros auxilios.

—¿Qué le ha pasado en los pies? —pregunté.

—Perdí los zapatos hace dos días. Estábamos subidos a un techo sin tejas y los tablones estaban llenos de clavos que sobresalían.

—¿Dónde está Jude, Natalia?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Su hermano es Chula Ramos, un pandillero de la MS-13. Él me contó su relación con Jude.

Tenía el vestido estampado pegado a la piel y la frente picoteada por los insectos. Un helicóptero equipado con un reflector pasó rugiendo por encima de nuestras cabezas, persiguiendo a los saqueadores del distrito financiero. Entonces Natalia se quitó mi mano de encima y me encaró.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Lo está usando para que lo lleve hasta Jude?

—O baja el tono o vuelvo a encadenarla con los demás presos.

Natalia paseó su mirada sobre mi cara, mordiéndose la comisura del labio.

—Jude intentaba convencer a la gente de Mary Magdalene de que se marcharan. Pero sólo unos pocos tenían coche. Nos acercamos a la iglesia, que tiene un ático grande. Entonces Jude vio pasar un bote con motor flotando y sin nadie dentro, y se zambulló para cogerlo. Eso fue hace dos noches.

Noté que Helen me hacía señas. En uno de los autobuses había estallado una refriega. Por la ventanilla vi las siluetas de hombres lanzándose golpes unos a otros.

—Continúe —dije a Natalia.

—Vi a Jude arrancar el motor y regresar con el bote hasta la iglesia. Yo lo iluminaba con una linterna para que pudiera ver mejor. Era un bote verde, con un pato pintado en el costado, y pude ver a Jude sentado en la parte de atrás, enfilando hacia la iglesia para sacarnos a todos de aquel ático. Había conseguido un hacha e iba a abrir un agujero en el tejado, porque la ventana era demasiado pequeña y no todos podían pasar por ella.

»Oí que empezaba a dar hachazos. El nivel del agua seguía subiendo y yo no sabía si Jude iba a tener tiempo de atravesar las

tablas del tejado. Poco después dejé de oír los hachazos, pero oí unos pies corretear por el tejado y luego un grito. Es probable que fuera Jude.

Las ráfagas incesantes de los hidroplanos, el lento runrún de los motores diésel de camiones y autobuses y el golpeteo de las hélices de los helicópteros eran como un taladro de dentista perforando un nervio expuesto. Helen hizo parpadear su linterna para llamar mi atención. Se le estaba acabando la paciencia.

—Tengo que irme —le dije a Natalia—. Cuando le curen los pies, quiero que se suba a aquel camión. En un par de horas la llevará a un centro de acogida en el distrito de St. Mary. Le voy a apuntar en esta tarjeta el número de mi móvil. Llámame apenas llegue al refugio.

—Los que no pudieron salir por la ventana se ahogaron —me dijo.

—¿Cómo ha dicho?

—Casi toda la gente que estaba en el ático murió ahogada. Yo lancé por la ventana a los niños, pero no volví a verlos. Los demás eran demasiado viejos o demasiado gordos y los abandoné… Los abandoné sin más, y nadé hasta un árbol grande que pasaba flotando. Oí como todos gritaban en la oscuridad.

Quise decir algo para consolarla, pero hay veces en que las palabras no sirven de nada. Me alejé y me uní a Helen y a los demás efectivos de mi departamento, los cuales estaban solucionando problemas tan tangibles como transitorios.

Y cuando busqué a Clete Purcel entre el gentío, no lo encontré.

8

Otis Baylor se sentía orgulloso de que su casa hubiese resistido tan bien a la tormenta. Construida en madera de roble y ciprés por un capitán de clíper que más tarde luchó junto al almirante confederado Raphael Semmes, la casa de dobles chimeneas de ladrillo no había perdido ni un solo cristal tras sus bien aseguradas contraventanas ni tenía goteras, aunque sobre el tejado se hubiesen desplomado ramas de roble de cincuenta kilos. A medida que el epicentro del huracán avanzaba hacia Misisipi arrasándolo todo, los vecinos iban quedándose sin suministro eléctrico y sin comunicaciones, mientras que los generadores de Otis funcionaban maravillosamente, iluminando su casa con una radiante luz rosada de tarta de cumpleaños.

Al mediodía del martes, Otis estaba quitando ramas caídas de la entrada de coches y cortándolas con una motosierra para poder sacar el coche del garaje y acudir a la oficina central de su compañía, en Luisiana del Norte. La calle seguía inundada —el nivel del agua llegaba hasta los jardines de sus vecinos—, pero él estaba convencido de que el sistema de bombas para tormentas pronto entraría en funcionamiento y conseguiría desaguar el distrito residencial de Nueva Orleans. ¿Y por qué no? La ciudad se había inundado en 1965 y había salido airosa, victoriosa incluso. Sólo había que ver los acontecimientos de forma objetiva.

Pero a medida que la pila de ramas cortadas crecía, comprendió que para despejar el camino de entrada de los escombros más grandes haría falta un camión con grúa. También cayó en la cuenta de que hasta un ochenta por ciento de sus vecinos había evacuado la ciudad, abandonado sus casas, dejándolas desprotegidas y a disposición de quien quisiera apoderarse de ellas. Otis no los condenaba, pero se preguntaba qué clase de hombre dejaría su hogar a merced de las fuerzas de la naturaleza o de criminales.

Al atardecer el cielo se tornó morado y cientos de pájaros descendieron sobre el jardín trasero para alimentarse de los gusanos que, empujados por la inundación, habían salido a la superficie. Otis fue a la cocina, se sirvió un vaso de whisky, le añadió una cucharada de miel y lo bebió a sorbos mientras observaba a través de la ventana trasera los rayos doradas del sol atravesando con una belleza fatal las ramas destrozadas de sus árboles.

—El váter no funciona —le dijo su hija Thelma.

—¿Llenaste el depósito con agua de la bañera? —repuso Otis.

—No funciona porque todo se está saliendo. Es un asco.

—Las cloacas volverán a funcionar pronto, ya lo verás.

—¿Por qué no nos marchamos, como todo el mundo? Ha sido una estupidez quedarnos aquí.

—Por esta única vez estoy de acuerdo con ella —terció Melanie, su esposa, desde la cocina.

Apoyaba un hombro contra la jamba de la puerta y fumaba un pitillo. Cada cabello dorado de su melena estaba perfectamente peinado.

—Pues yo he preparado una cena fría —dijo Otis—: sándwiches de pollo y ensalada de pepino. Y de postre, helado. Creo que deberíamos sentirnos afortunados por todo lo que tenemos.

—Igual que nuestro visitante de ahí fuera —repuso Melanie, soltando el humo por un costado de la boca y señalando con la barbilla.

Otis dejó el vaso de whisky y fue al salón. A través de las ventanas del frente y de la maraña de ramas caídas en el jardín, distinguió calle arriba a cuatro negros jóvenes en un bote. Habían pagado el motor y lo habían inclinado sobre la popa, levantando la hélice de modo que no golpeara contra el bordillo cuando se acercaran al jardín inundado de una casa deshabitada.

Uno de ellos bajó al agua y, tirando de la amarra, acercó el bote hasta la puerta delantera de la casa.

—¿Por qué no telefoneamos a nuestro alcalde negro? —dijo Melanie.

—Ese tipo de comentario no ayuda en absoluto —repuso Otis.

Melanie se quedó callada durante un rato. Aplastó el cigarrillo y después se le acercó a Otis por detrás.

—¿Has visto si van armados? —preguntó a su marido.

—No puedo verlos bien en la penumbra —dijo Otis atisbando por una ventana lateral—. Mira, ahí está Tom Claggart. Si esos tipos buscan problemas, Tom se los va a proporcionar.

—Tom Claggart es un fanfarrón y un idiota, además de un putero —dijo Melanie.

Otis se volvió y miró a su mujer.

—No me mires así —dijo ella—. La mujer de Tom me dijo que él le contagió la sífilis. Cuando van de caza, él y sus amigos también van de puticlubs.

A él no le interesaba ponerse a hablar de Tom Claggart.

—No podemos responsabilizarnos de lo que los vándalos hagan calle arriba —dijo Otis finalmente—. Iré a echarles la bronca, pero los dueños de las casas decidieron largarse. Las cosas como son.

—No los provoques —dijo Melanie—. ¿Dónde está tu rifle?

—Nuestra casa está bien iluminada. Pueden ver que está ocupada y no vendrán aquí.

—Eso no puedes saberlo.

—Esa gente es como las alimañas, Melanie, viven debajo de las piedras. No les gusta la luz del día.

Ella se le había acercado todavía más. Él olió la nicotina en el aliento de su mujer, cuya voz se había convertido en un susurro.

—Tengo miedo, Otis.

Ella cogió a su marido del brazo y él sintió la punta de su seno.

No recordaba la última vez que ella había sido tan clara en cuanto a sus necesidades, tan dependiente de la fuerza de él.

—Lleva el rifle a nuestro dormitorio —dijo ella—. Sé que lo tienes, te vi con él el otro día.

—Lo dejaré a mano, te lo prometo.

Melanie soltó un suspiro y apoyó la mejilla en su hombro. En diez segundos, la mujer amargada con la que había estado viviendo desapareció, reemplazada por la encantadora e inteligente mujer que había conocido años antes en una playa de las Bahamas.

Otis esperó hasta que Melanie y Thelma se sentaran a la mesa del comedor y entonces sacó un par de prismáticos del escritorio de su estudio y los enfocó sobre los hombres que estaban allanando las casas al otro lado de la zona neutral. Tom Claggart dio unos golpecitos en una ventana lateral. Otis quitó el cerrojo de las puertas ventanas y la abrió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El club de fans de Snoop Dogg está saqueando todo el maldito barrio —le contestó Tom—. Eso es lo que pasa.

—¿Y qué quieres que haga yo?

La cabeza afeitada de Tom Claggart estaba cubierta de sudor, debido a la humedad, y la camisa, manchada de tierra.

—Tenemos que recuperar nuestro barrio —dijo Tom—. ¿Estás con nosotros o no?

—Lo que quiero es que no hables así cuando estés en mi casa.

—A esos tipos de ahí fuera se les han afilado los dientes, Otis. Teniendo en cuenta lo que le ocurrió a Thelma, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Si intentan entrar en mi casa los mataré, pero hasta ahora no lo han intentado. Ahora ve con tu familia, Tom.

—Mi familia se marchó.

Al decir aquello su gesto se ensombreció. Sus ojos pequeños se abrieron pero no había vida en ellos, como si acabara de anunciar algo que ni él mismo había asimilado todavía.

—Lo lamento, Tom. No puedo ayudarte.

Otis cerró las puertas ventanas y las trabó. Mientras observaba la expresión de su amigo a través de los cristales, sintió una gran tristeza por él. La misma que había sentido por su propio padre, un hombre trabajador como una mula pero ignorante y con una autoestima tan baja que tenía que vestir la toga del Klan para saber quién era.

—¿Quién era? —preguntó Thelma.

—Un tipo que nunca poseerá nada que valga la pena.

—¿Y eso qué significa? —dijo Thelma.

—Significa que es hora de cenar —dijo Otis dándole una palmadita en la espalda.

Pocos minutos después, Otis Baylor comprendió que había llegado a una de esas encrucijadas de la vida en las que una decisión, un acontecimiento sin importancia aparente, lo cambia todo para siempre. Había olvidado guardar los prismáticos en el escritorio y en la luz tenue del crepúsculo Thelma los había cogido. Ahora su hija observaba lo que ocurría al otro lado de la calle.

La joven se quedó helada. De su garganta surgió un gruñido apagado, como si hubiera pisado una piedra afilada.

—¿Qué pasa, mi niña?

—Los tipos del bote…

—Cogerán lo que quieran de las casas y se irán. No se acercarán.

—No, papaíto. Son ellos…

Él le arrebató los prismáticos y los enfocó sobre los cuatro varones negros que navegaban calle arriba, todavía al otro lado de la zona neutral.

—¿Son ésos los hombres que te atacaron?

—Del que va al frente del bote, estoy segura. No dejó de encender cigarrillos ni de reírse mientras los otros me hacían cosas —dijo—. El que va detrás, el que lleva el martillo en la mano, se parece al que…

—¿Al que qué?

La cara de la niña empezó a enfurruñarse.

—Al que me obligó a meterme su cosa en la boca.

Otis carraspeó ligeramente, como si se hubiera atragantado con un trozo de hueso. Sintió su pecho esforzarse por seguir respirando con normalidad. Luego, con los brazos pegados a las piernas, empezó a abrir y cerrar las palmas de las manos. Su boca se secó más de lo que se le había secado jamás.

—¿Estás completamente segura?

—¿No me crees? ¿Crees que señalaría a cualquier grupo de hombres negros y los acusaría? ¿Crees que haría algo así?

Su gesto fue tan patético que Otis no se atrevió a mirarla a los ojos.

Salió al porche y miró fijamente calle abajo, hacia los cuatro hombres. El bote en el que se desplazaban era de aluminio, grande y pintado de verde. A la sombra de la vivienda, los hombres negros y su bote verde resultaban casi imperceptibles. Otis subió las escaleras hasta la planta de arriba y al llegar al pasillo tiró del cordón de la trampilla, y ésta se convirtió en una escalera abatible que conducía a una buhardilla. Apoyado contra una caja de cartón llena de viejas ropas de su madre, de las que no había podido desprenderse, se hallaba el rifle. Su padre le había regalado aquel Springfield cuando cumplió dieciséis años. Era el mejor regalo que Otis había recibido, sobre todo porque su padre casi no tenía posesiones; ni siquiera era propietario de la barraca de madera en la que vivían. La posesión más preciada de su padre había sido aquel

rifle Springfield.

Todavía tenía sus sencillos accesorios militares, culata de oscura madera veteada, correa de cuero y puntos de mira de acero; pero la suavidad del mecanismo y la precisión con que disparaba no tenían parangón.

A Otis aquella buhardilla mohosa y polvorienta le resultaba extrañamente acogedora y tranquila, pese a la luz dura de la única bombilla que pendía del techo. Echó hacia atrás el cerrojo de una caja de munición militar de ocasión y empezó a sacar los proyectiles de calibre 30-06 y a hundirlos uno tras otro en el cargador del rifle.

Sintió que el muelle se endurecía bajo su pulgar y empujó hacia delante el cerrojo, introduciendo en la recámara un proyectil de camisa metálica y punta cónica.

Volvió a descender por la escalera abatible y atravesó su dormitorio en dirección a las puertas de cristal que daban al balcón. Pero el cielo se había oscurecido, el humo había velado las estrellas y la luna, y resultaba imposible ver a través de la maraña de árboles caídos en los jardines vecinos. Otis abrió las puertas y, enroscando el brazo izquierdo en la correa del arma, salió al balcón. La cálida corriente de aire que brotaba de los parterres del jardín le recordó la primavera, la predictibilidad de las estaciones, nuevos comienzos. Pero un indicador más realista de la situación, se dijo, era la fetidez otoñal que flotaba en el aire. El otoño era una estación mortecina, que para Otis no había comenzado con el huracán sino con la violación de su hija.

Nunca había intentado explicar a sus conocidos la furia que sintió al ver a su hija en la sala de urgencias del Charity Hospital. Los atacantes le habían quemado los pechos incluso. Una policía negra había querido consolarlo, prometiéndole que el Departamento de Policía de Nueva Orleans haría todo lo que estuviera en su poder para atrapar a los atacantes de Thelma. La mujer policía insistió en que su hija lo necesitaba, en que debía quitarse de la cabeza los pensamientos que ahora estaba teniendo, en que ahora debía convertirse en un observador y dejar a otros la tarea de cazar a quienes habían torturado a su hija, y en que el aspecto legal del caso no le correspondía resolverlo a él.

La mirada que Otis le devolvió a la mujer policía la hizo estremecerse. A partir de aquel día, Otis resolvió no permitir nunca

que los demás conocieran la intensidad de la ira que se agitaba en su interior. No hasta que encontrara a los tres hombres negros sin rostro que durante veinticuatro horas al día lo observaban tranquilamente desde un rincón de su mente.

Otis dudaba que muchos fueran capaces de comprender los procesos mentales, la obsesión en que queda atrapado un padre cuando despierta cada mañana sabiendo que los cobardes degenerados que arruinaron la vida de su hija viven a sólo unos kilómetros y se ríen de lo sucedido. Quizá las emociones de un padre son de origen tan atávico, se decía, como la necesidad de proteger la caverna. Quizá esos sentimientos estén integrados en algún circuito del cerebro por una buena razón y habría que andarse con mucho cuidado antes de desafiarlos.

Después de que Thelma fuese detenida por posesión de marihuana, Otis acudió a varias reuniones de Alcohólicos Anónimos en el Garden District. Había sólo un hombre que se mostraba tan reticente como él, un contable atildado, empleado de una fundación religiosa. Durante cinco reuniones el contable permaneció sentado educadamente y no pronunció ni una palabra. Una noche el líder del grupo preguntó al contable si las reuniones le estaban haciendo bien a él y a su esposa alcohólica. El contable consideró la pregunta durante un instante.

—Cuando en una excursión mi hija fue violada por su profesor —dijo—, pensé en blanquear unos diez mil dólares para hacerlo castrar. En la actualidad, no sé si es lo correcto o no. Así que supongo que sí, que he hecho algún progreso.

Fue tal el silencio que siguió que Otis creyó que habían extraído todo el oxígeno de la estancia. Acabada la reunión, Otis siguió al contable hasta el aparcamiento. Acababa de llover, tres ranas croaban y el aire de la noche estaba impregnado del aroma acre de las magnolias.

—¡Oiga! —le dijo Otis.

—¿Qué quiere? —dijo el contable.

—Que se lo pase bomba, amigo —respondió Otis.

—¿Está intentando decirme algo?

—Acabo de hacerlo.

Otis volvió a descender las escaleras con el rifle cargado y pegado al pecho. Oyó a Thelma hablar con Melanie en la cocina. Le

decía que estaba segura de que los hombres del bote verde eran quienes la habían atacado. Entonces empezó a contarle a su madrastra lo que le habían hecho, con todo lujo de detalles.

Otis salió al mullido césped que crecía como una alfombra verde azulada en su jardín. A cuatro casas calle arriba, al otro lado de la zona neutral que divide muchas calles de Nueva Orleans en dos carriles, advirtió el haz de una linterna en la primera planta de un edificio. Era una mansión de antes de la Guerra Civil donde había vivido Varina Davis, esposa del presidente de la Confederación. Otis se preguntó si serían los vándalos que acababa de ver u otros. Cruzó el jardín de Tom Claggart bordeando el agua sucia que cubría la acera y se extendía casi hasta la casa. De repente se vio bañado por la luz del farol eléctrico de pilas que Tom acababa de sacar a la galería.

—Apaga ese chisme —dijo Otis.

—¿Ya has localizado a esos tíos? —preguntó Tom.

—No estoy seguro. Vuelve a entrar, Tom.

—Unos amigos míos vienen hacia aquí. Podemos rodear la manzana y arrancar el problema de raíz. ¿Me sigues?

—No, no te sigo.

Tom apagó su farol.

—Si necesitas a la caballería, llama a mi puerta —insistió Tom —. Mis amigos no son de los que toman prisioneros.

Otis chapoteó hasta mitad de la calle, donde dio con el pie contra el bordillo de la zona neutral. Pero incluso allí, de pie encima de la isla divisoria de cemento, el nivel del agua le llegaba a los tobillos. Bajó la vista y vio la estela en forma de V de una serpiente mocasín de agua dirigiéndose hacia un montón de ramas de roble que cubrían completamente un automóvil.

Otis se colocó detrás del tronco de una palmera y fijó la vista en la casa de cuyo interior surgían ruidos de vidrios rotos y muebles volcados. Se imaginó irrumpiendo por la puerta delantera, avanzando escaleras arriba y liquidándolos uno por uno, mientras los orificios de salida de los disparos salpicaban de sangre el empapelado y los cuerpos caían al suelo como sacos de arena.

No, tenía que ser ojo por ojo, se dijo. Thelma sólo había identificado a dos de esos hombres como sus atacantes y él no podía matar arbitrariamente, si es que en realidad era capaz de matar.

Imaginarlo era más fácil que hacerlo. ¿Sería capaz de apretar el gatillo cuando llegara el momento de la verdad? ¿Estaba dispuesto a convertirse en un hombre de la calaña de Tom Claggart o sus amigos?

Pero si los saqueadores lo amenazaban, si iban armados o rehusaban las advertencias de largarse, entonces ya sería otra cosa, ¿no es cierto?

Una casa empezó a arder en la siguiente manzana, y chispas anaranjadas se elevaron al cielo formando espirales. Oyó disparos a lo lejos y pudo ver un helicóptero que intentaba aterrizar sobre el tejado de un hospital. Otis se preguntó si el aparato estaría recibiendo disparos de francotiradores. Notó que sus manos sudorosas estaban mojando la culata del rifle; gotas de sudor le escocían en los ojos. Al tragar saliva notaba un sabor metálico, como de sangre.

Cruzó la isla de la zona neutral al otro carril y avanzó calle abajo, dejando atrás automóviles con las lunas rotas y huecos en los salpicaderos donde antes había habido equipos de música. Vadeó hasta el jardín de la casa que estaba siendo destrozada y observó el haz de la linterna pasar de una habitación a otra. El portador de la linterna descendió por los escalones y el haz de luz hizo lo propio bajando por el hueco de las escaleras e iluminando el vestíbulo de la planta baja. Otis enroscó el brazo izquierdo en la correa y afirmó el cañón del rifle contra el tronco de un roble de Virginia, a la espera de que la puerta se abriera.

Entonces la linterna se apagó. El interior de la casa quedó completamente a oscuras y la puerta delantera permaneció cerrada.

¿Dónde habrán dejado el bote?, se preguntó Otis.

Escrutó la penumbra a ambos lados de la casa, pero no consiguió ver nada importante. Un relámpago veraniego chasqueó entre las nubes y de repente Otis pudo ver que la inundación del jardín delantero de la casa no era nada en comparación con la del fondo. De hecho, el callejón y los garajes que recorrían transversalmente la manzana se habían convertido en el cauce de un río de aguas rápidas, un canal navegable que atravesaba el barrio de un extremo a otro.

Oyó el arranque eléctrico de un motor fueraborda y poco después vio la proa del bote de aluminio dirigiéndose callejón

abajo. En su interior, las sombras de cuatro hombres que se agachaban para no ser vistos.

Otis regresó a su casa con el rifle al hombro. En el jardín de Tom Claggart, éste y sus amigos vociferaban, encendían pitillos y sonreían a Otis. Un par de ellos llevaban camisetas verde oliva y pantalones de camuflaje de grandes bolsillos.

—Espero que nos hayas dejado alguno —bromeó uno de los hombres.

—Ya se han largado —repuso Otis.

—Vaya putada.

—Una putada, sí. No hay nada como colgar un trofeo negro en la pared, ¿verdad?

Otis pronunció aquella frase cargándola con toda la amargura e ironía posible. Sus interlocutores, en cambio, sintieron que provenía de un compañero de armas y rieron estruendosamente. Sin embargo, aquel momento iba a quedar grabado en la memoria de Otis como una huella dactilar sucia sobre un cristal empañado, como una mancha que volvería a aparecer cuando menos lo esperara.

9

Eddy y Bertrand Melancon no eran amigos de las complicaciones. Lo suyo era la simplicidad. Si se les presentaba una ocasión, la aprovechaban. Si podía convertirse en un embrollo, la descartaban. ¿Qué tenía eso de malo?

A Eddy y Bertrand la tormenta les pareció un regalo de Dios. Durante trescientos años, los blancos de Nueva Orleans habían estado forrándose a costa de los negros y había llegado la hora de cobrárselo. La zona residencial de la ciudad —desde Lee Circle, pasando por St. Charles Avenue, hasta el Carrollton District— era un ciruelo maduro para la cosecha. Los hermanos Melancon no se dedicaban al robo con escalo, eran especialistas del atraco a mano armada y sólo asaltaban a gente de pasta. Ellos creían que robar casas era para esos pringados que por lo general recibían exactamente lo que se merecían: una descarga a bocajarro de una escopeta del calibre 16. ¿Pero que iban a hacer ahora que los polis se habían largado por pies o rapiñaban todo lo que podían? ¿Cómo iban a ignorar las casi diez mil casas y tiendas abandonadas, sin electricidad y con los sistemas de seguridad inservibles? ¿Iban a hacinarse en el apestoso Superdome o en el Centro de Convenciones y pelear con aquella gente por un sitio, por un pedazo de suelo donde no hubiera vaciado sus intestinos algún desgraciado?

El bote que se habían levantado en el Ninth Ward era ideal para sus propósitos: manga ancha, poco calado, asientos con cojines y un fueraborda de 75 caballos. Mientras evitaran cargar con objetos pesados como televisores y ordenadores, y se concentraran en las joyas, las colecciones de monedas, las armas y la platería, no les sería difícil acumular una suma de cinco cifras antes del amanecer. Sólo tenían que hacer que todo fuera lo más sencillo posible. El único tipo que podía mandarlos a la Prisión Central era Purcel, un montón de grasa blanca que trabajaba a destajo para Wee Willie

Bimstine y Nig Rosewater. Pero ya habían atropellado su culo gordo en el Barrio Francés, y el hijoputa no había tenido tiempo ni de enterarse.

Por eso recorrían ahora aquella calle inundada, donde los robles estaban partidos o derribados en los jardines, inspeccionando casa por casa. Sólo en una de ellas funcionaba la luz eléctrica. Los helicópteros iban y venían, depositando heridos en el tejado del hospital, y no había lanchas de la poli a la vista. Por eso Eddy y Bertrand se encontraban en la planta superior de una mansión con camas doseladas estilo *Lo que el viento se llevó*. En una bolsa de la colada, Eddy embutió un abrigo de pieles y un puñado de collares que había encontrado al fondo de un cajón con medias. Bertrand apuntó la linterna hacia la parte de arriba del ropero.

—Mira lo que hay aquí, tío —dijo.

Eddy dejó lo que estaba haciendo y clavó la vista en el panel que su hermano estaba arrancando del fondo del ropero. Ambos hermanos eran tipos fornidos, de hombros musculosos y duros como el acero de tanto levantar mancuernas de 30 kilos con sus trapecios, una con cada mano. Iban con el torso descubierto y sudaban profusamente en aquella casa asfixiante, Bertrand llevaba un pañuelo anudado en la cabeza.

Bertrand metió la mano en el hueco de la pared y extrajo un revólver pavonado de cañón corto y empuñadura ajedrezada de nogal, y una bolsita de plástico con cierre hermético llena de cristales granulados.

—Ay, mamá —dijo—. Acabo de encontrar el 38 y la farlopa del blanquito. Este tipo se va a cabrear mucho. Espera, creo que hay algo más.

Bertrand se metió la bolsa de cocaína en la cintura del pantalón y le pasó el arma a su hermano. Volvió a meter la mano en el hueco y sacó cinco fajos de billetes de cien dólares, cada uno de ellos enrollado y sujeto con una gruesa banda elástica.

—Este hijoputa es de los nuestros… —exclamó Bertrand.

—Entonces quizá no deberíamos llevarnos nada —repuso Eddy.

—Chitón, que nadie sabe que estamos aquí. Ésta es una oportunidad cojonuda y no la vamos a joder.

—Tienes razón, además los blanquitos ya no cortan el bacalao. ¿Qué haces?

Bertrand iba metiendo los rollos de billetes en el saco. En el resplandor de la linterna sus ojos no paraban de ir de un lado a otro.

—Nada, olvídalo.

Un tercer hombre entró a la habitación. Se había quitado la camiseta dorada y púrpura que llevaba puesta, la había hecho un rebujo y con él se secaba el sudor de pecho y axilas. Llevaba unos pantalones manchados de pintura y deportivas sin calcetines. De la barbilla le creían unos pelos como un puñado de cables negros.

—Kevin cree que vio a un tipo en la calle —dijo el recién llegado.

—Ese crío lleva toda la noche cagado de miedo —dijo Bertrand —. Te dije que no lo trajeras.

—Sólo me ha contado lo que vio, tío…

Entonces bajó la vista y se percató de la bolsa de cierre hermético que le sobresalía del pantalón de Bertrand.

—¿De dónde has sacado esa farlopa?

—Del mismo sitio del que sacamos el 38 —respondió Bertrand —. Ahora ve a tranquilizar a Kevin, nosotros estaremos aquí. Y no quiero volver a oír hablar de ningún tipo que anda merodeando. Este barrio me recuerda el videoclip de *Thriller*, está todo muerto, pero los que tenemos las palas y las lápidas somos nosotros. El hijoputa que entre se come un plomazo del 38. ¿Me has entendido, André? Así que baja de una puta vez y trae el bote. Y no arranques hasta que hayamos llegado todos.

—¿Qué hay en la bolsa de la colada? —dijo el recién llegado.

—¿Qué tengo que hacer para que me hagas caso, André? —dijo Bertrand.

—Sólo preguntaba —respondió éste—. Estamos juntos en esto, ¿verdad?

—Así es —terció Eddy—. Así que haz lo que dice Bertrand.

André resopló por la nariz y desapareció escaleras abajo. Primero con un puño y luego con el otro, Bertrand fue golpeando la pared, al tiempo que paseaba la mirada por toda la habitación.

—Aquí hay más —dijo—. Puedo sentirlo. Es como si pudiera oler toda la pasta que hay escondida en las paredes.

—Lo que hueles son las flores que hay por toda la casa —dijo Eddie—. ¿Qué clase de gente pone flores en todas las habitaciones

justo antes de que llegue un huracán?

Era una pregunta lógica. ¿Qué clase de gente podía permitirse rellenar los floreros de las doce habitaciones cada dos días con rosas, orquídeas y claveles recién cortados? ¿A quién se le ocurre hacer semejante cosa? Bertrand estudió las manchas en el papel pintado y finalmente presionó con suavidad la pared de listones y yeso que había debajo. El estómago le ardía como el demonio; por debajo del pañuelo escapaban las gotas de sudor.

—Hay un montón de pasta dentro de estas paredes, Eddy —dijo —. Debe de ser una entrega de mercancía o algo así.

—Déjalo ya, tío —se quejó Eddy—. Esto es un horno. Debemos de estar por lo menos a cincuenta grados aquí arriba.

Bertrand hizo una mueca: las úlceras empezaban a dolerle de nuevo. Puede que éste sea el golpe de nuestra vida, pensó. ¿Por qué tenían que traicionarle sus entrañas justamente ahora? ¿Por qué siempre sentía la cabeza llena de vidrios rotos? ¿Por qué no era todo más sencillo en este mundo?

—Vale —accedió Bertrand con un suspiro.

—Así me gusta, tío —dijo Eddy—. Siempre andas preocupado, cabreándote por cosas que no puedes cambiar. Nosotros no hicimos el mundo. Así que disfruta un poco de la vida y no te preocupes tanto.

Con el haz de la linterna recorriendo el suelo delante de ellos, los hermanos bajaron por las escaleras. Bertrand apagó la linterna y ambos subieron al bote junto con André y su sobrino. El cielo estaba anaranjado a causa de un incendio que se había desatado en la otra manzana. En medio del humo, la bruma y la humedad, el aire apestaba a basura quemada en un día de frío en el vertedero de la ciudad.

Por encima del hombro, Bertrand volvió la vista hacia la casa. Sin llegar a comprender por qué, sintió que haber entrado en aquella vivienda antigua deshabitada había cambiado su vida irreversiblemente. ¿Pero para bien o para mal? ¿Por qué siempre sentía cuchillos arremolinándose dentro del vientre?

De repente, como si en su mente se hubiera abierto el obturador de una cámara fotográfica, vio a una niña forcejeando para quitarse la cuerda de polietileno que le inmovilizaba brazos y piernas, pateando contra el suelo de una vieja furgoneta de reparto; a su

lado, un oso de peluche. Bertrand se quitó la imagen de la cabeza y encaró el viento. El bote de aluminio surcó el callejón inundado a toda velocidad. En la estela del motor se bamboleaban los cubos de basura flotantes, los helicópteros sobrevolaban evacuando a los más desesperados de los desesperados del hospital en el que Bertrand Melancon había venido al mundo.

Otis se preparaba para ir a dormir, era casi medianoche. Extrajo un proyectil de la recámara del Springfield, lo metió en el cargador una vez más y trabó el cerrojo. Apoyó el rifle junto a la ventana abuhardillada, desde donde se divisaba todo el jardín delantero, y comprobó que todas las puertas de la casa estuvieran cerradas. Dio un beso de buenas noches a Thelma y después preparó un par de *old-fashioned* para él y Melanie. En una bandeja de plata, los subió a la planta de arriba junto con tres trozos de chocolate.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella.

—Nos merecemos un gusto. Creo que mañana será un gran día, realmente lo creo.

Ella llevaba puesto un camisón rosado y leía estirada encima de las sábanas. Los generadores de gasolina no daban para poner en marcha el aire acondicionado, pero sí hacían funcionar el ventilador de techo. Dejó el libro en el suelo, mordió una tableta de chocolate francés y con un dedo se metió los trocitos partidos en la boca. Sus hombros desnudos lucían preciosos en la brisa que entraba por la ventana.

—Apaga la luz —dijo sonriéndole a su marido.

Un rato más tarde Otis se quedó dormido, pensando en cosas agradables. Su cuerpo se había vaciado de toda la furia y la conmoción que le acosaban desde la violación de su hija. Sin embargo, su casa había sobrevivido al huracán Katrina, su esposa volvía a ser su esposa, y había ido tras los atacantes de su hija con un propósito firme y hasta piadoso. Y lo más importante: en medio del colapso social había hecho de su hogar un lugar seguro, el jardín delantero y el camino de entrada estaban protegidos por una cortina de luz que alejaba la oscuridad y a los hombres que acechaban en ella. No era poco para un hombre haber conseguido todo aquello.

Escondido al fondo de una farmacia Rite Aid, Bertrand Melancon tenía la sensación de que las paredes de su estómago estaban siendo devoradas por hormigas de fuego. André y su sobrino aún no sabían lo del dinero oculto en la bolsa de la colada, pero sólo era cuestión de tiempo que adivinaran por qué Eddy se estaba comportando de forma tan extraña. Tal vez lo mejor sería dividir el botín en partes iguales y acabar con el asunto, se dijo Bertrand. Aunque destrozada y en penumbras, la farmacia era un buen sitio para recuperar la calma, hacerse un par de rayas de la farlopa de primera calidad que habían encontrado en la casa de las flores y aprovechar para resolver los asuntos pendientes. Sí, eso es lo que haría. Si no le robas a nadie no tienes que andar cuidándote las espaldas, se dijo Bertrand. Pero repartir la pasta que *él* había encontrado y que *él* había sacado de la pared no iba a ser fácil, ni desde su punto de vista ni desde el de los demás.

—Oíd —dijo Bertrand—, Eddy y yo tenemos una sorpresa. En la pared de la última casa, hemos encontrado dinero escondido. Os vamos a dar vuestra parte ahora, por si algo sale mal y pillan a alguno de nosotros.

En la estancia el silencio se hubiera podido cortar. Sentado encima de un escritorio metálico, André estaba bebiendo una lata de Coca-cola caliente encontrada debajo de un expositor roto junto a la entrada de la farmacia. Se había deshecho de su camiseta sucia de la Universidad de Luisiana y, a la luz de los destellos de los relámpagos de verano que entraban por la ventana, su piel lucía como un cuero polvoriento y sus pezones como monedas marrones.

—¿Y cómo es que no nos habíamos enterado hasta ahora? —preguntó André.

Bertrand mató de una palmada un mosquito que le acababa de picar el cuello y se lo quedó mirando.

—Porque no quería complicaciones allí dentro —explicó—. Porque no me gusta tener que explicar las cosas mientras las estoy haciendo. Y porque te estoy dando la parte de lo que no has encontrado, además de otra parte igual para ese sobrino tuyo, André, aunque ni tú ni él hayáis encontrado la pasta. Así que, en tu lugar, yo mostraría un poco de humildad y daría las gracias por lo que tengo.

—Siempre hemos dividido a partes iguales, ¿no? —preguntó

Eddy.

—Si no ha sido así, tampoco tendría manera de saberlo, ¿no crees? —repuso André.

Pero a Bertrand ya le daba igual si André les creía o no. La casa del callejón inundado rebosaba pasta, pasta gansa. Con sólo diez minutos más de martillo y palanca, habría podido arrancar todo el revestimiento de la planta alta hasta suelo. Bertrand se imaginó montones de efectivo cayendo a sus pies.

Echó un vistazo a su reloj: era la una de la madrugada. Eddy y él podrían recorrer el camino de vuelta al callejón en menos de media hora, apagar el motor y desde la calle lateral vadear el trecho restante tirando del bote. Puesto que ya conocían la distribución de la casa, podrían trabajar sin necesidad de utilizar linternas. Nadie iba a enterarse de su presencia. Éste era *el* gran golpe, tío. Había sido justo con André y su sobrino, pero ahora había llegado hora de entrar en acción. A la mierda con tanta diplomacia gilipollas.

—Eddy y yo vamos a volver —dijo Bertrand—. Vosotros quedaos aquí.

André tenía la mirada vacía y frunció los labios.

—¿Y por qué tenemos que quedarnos? —dijo pellizcándose los abdominales.

—Deja que te haga una pregunta mejor —repuso Bertrand—: ¿por qué te estás sobando todo el tiempo?

—Déjame en paz, tío —dijo André—. Por si no lo has notado, los autobuses y los tranvías no funcionan. ¿Cómo esperas que llevemos nuestra parte del botín hasta la otra punta de la ciudad?

—André tiene razón —terció Eddy—. Todos para uno y uno para todos. Volvamos juntos.

Encendió un cigarrillo y sin quitarse el pitillo de entre los labios echó el humo. Luego miró al sobrino de André.

—¿Estás de acuerdo con lo que he dicho, chavalín?

Kevin estaba sentado en el suelo, comiendo un pastel frito. Su cabello crespo brillaba por el sudor. El chico se limpió la boca con el puño de la camisa.

—Yo no tengo miedo —dijo.

A Bertrand le entraron ganas de asfixiar a Eddy en un inodoro.

Otis dormía el sueño de los justos, con su esposa acurrucada junto a él y el ventilador del techo refrescando sus cuerpos. Soñó con sus padres y con la diminuta barraca amarilla en la que creció. En los atardeceres de primavera el césped húmedo siempre olía a tréboles, y cuando su padre llegaba del aserradero ambos jugaban al béisbol en el jardín delantero. En un campo que se extendía detrás de la casa había vacas y caballos, y en el jardín lateral un gran almez proyectaba su sombra sobre el tejado en las horas más calurosas del día. Otis amaba la casa en la que había crecido, amaba a su familia y creía que ellos lo amaban también.

Hasta aquella tarde del veranillo de San Martín en que su padre descubrió que su esposa le era infiel. El padre de Otis mató al amante en los mismos escalones de la iglesia bautista en la que éste ejercía de pastor. Después regresó a su casa, y allí le pegó un tiro y lo mató un agente voluntario con quien solía ir a pescar.

Otis se incorporó en la cama. Después fue al baño y quiso lavarse la cara. El grifo del lavabo hizo un fuerte chirrido y la tubería vibró bruscamente dentro de la pared.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Melanie.

—Soy yo. Me olvidé de que había cerrado la llave de paso.

—Creo que he oído algo ahí fuera…

Pisando la alfombra con cuidado, Otis volvió a entrar en el dormitorio. Pero sólo oyó el zumbido monótono del ventilador del techo y la brisa que mecía los árboles del lado norte de la casa. Otis atisbó la calle. La luna había asomado entre las nubes, convirtiendo la superficie de las aguas crecidas en un espejo negro. En la zona neutral, en medio de la calle inundada, la solitaria rama de una palmera crujía al raspar contra un tronco. Un cubo de basura giraba en el remolino de una alcantarilla atascada.

—Tuve una pesadilla —dijo Otis—. Debí de hablar en sueños.

—¿Estás seguro de que no hay nadie ahí fuera?

—Nunca te he contado cómo murió mi padre…

Apoyándose en un codo, Melanie se incorporó a medias. Aún tenía las marcas de la almohada en la cara.

—Pensaba que tenía leucemia —dijo ella.

—Así es, pero no murió de eso. Un amigo suyo, un agente de policía, le pegó un tiro. Mi padre iba a matar a mi madre.

Otis relató aquello sentado en el borde de la cama, de espaldas a

su mujer y con la vista perdida. En la habitación se hizo un silencio muy prolongado. Cuando él volvió a acostarse, ella le cogió la mano.

—Otis… —dijo, alzando la vista en la oscuridad.

—¿Qué?

—No debemos hablar de esto con nadie. Nunca. Eso no fue lo que ocurrió en tu familia.

Iluminado por el resplandor de la luna que entraba por la ventana, el rostro de Melanie parecía una escultura de alabastro.

—¿Cómo dices? —preguntó Otis incrédulo.

—Eres un ejecutivo de seguros respetado en Nueva Orleans y debes seguir siéndolo. Esa historia que me cuentas no tiene razón de ser en la vida que llevamos ahora.

—Mel…

—Por favor, Otis, te he dicho que no me llames así. ¿Es demasiado pedir?

Otis bajó al estudio, se tumbó en el sofá de cuero negro y se cubrió la cabeza con un cojín. Los oídos le silbaban como silba el viento en las caracolas.

Durante el largo trayecto hasta la casa donde habían encontrado el dinero, la farlopa y el 38, Bertrand no consiguió controlar el resentimiento que sentía hacia Eddy. A su hermano le encantaba el papel de pez gordo, hacer favores al personal y llevarse el pitillo a la boca con aspavientos, encenderlo con su Zippo y después cerrar la tapa de un chasquido, como el que nota que lo tiene todo bajo control. Sólo que Eddie había sido generoso con algo con lo que no tenía derecho a serlo, es decir, con el golpe más importante de sus vidas. André iba en la proa del bote, como un vigía que otea el horizonte o una especie de comando a punto de cargarse al puto Osama Bin Laden.

Qué par de payasos. Quizás era hora de deshacerse de ambos.

Pero Bertrand sabía que la verdadera razón de su resentimiento hacia Eddy y André tenía poco que ver con el golpe a aquella mansión. Cada vez que los miraba a la cara Bertrand veía la suya propia, y lo que veía le prendía fuego en el estómago.

Quizá podría alejarse de Eddy y André, empezar de cero en otro

sitio y olvidar lo que habían hecho el día del colocón. Sí, y tal vez hasta compensarlo, escribirles una nota a esas chicas y enviarla al periódico desde otra ciudad. De todos modos, no había sido idea suya. Era Eddy quien tenía esa fijación con las jovencitas blancas y andaba siempre diciendo barbaridades cuando frenaban junto a alguna de ellas en un semáforo. André, por su parte, se había convertido en un maníaco sexual desde que salió de la Prisión del Distrito de Lafourche. Pero a Bertrand lastimar a las personas no le ponía.

Sin embargo, todas las veces que repasaba en su mente el ataque a las dos jóvenes llegaba a la misma conclusión respecto a su participación: lo había hecho de buen grado, y cuando vio la cara de repulsión que puso la chica al sacarla del coche que no arrancaba, él fue incluso más violento que su hermano y André.

En momentos como éste Bertrand se odiaba a sí mismo. A veces hasta deseaba que alguien le metiera un balazo en la mollera, así no tendría que volver a tener estos pensamientos que le encendían el estómago.

La calle estaba totalmente a oscuras, excepto por una casa cuyo dueño obviamente contaba con generadores. Al llegar al final de la manzana, Eddy apagó el motor y dejó que el bote flotara, entre troncos de robles medio sumergidos, hasta al jardín lateral de la casa donde habían robado tres horas antes.

A los pocos minutos, los cuatro ya se encontraban arrancando las placas de escayola y los listones de todas las habitaciones de la casa. De hecho, destrozarla les resultaba divertido. El aire se llenó de un polvillo blanco que cubrió las moquetas, los floreros yacían hechos pedazos y las flores desparramadas por el suelo, la cocina quedó hecha un desastre y los cables eléctricos colgaban de las paredes como si fueran espagueti.

—Este hijoputa se va a cagar encima cuando vuelva —dijo Eddy —. Eh, mira lo que está haciendo André en la cocina…

Bertrand no podía creerlo. André se había desabotonado los pantalones y orinaba en el fregadero trazando un gran arco amarillo.

—Eres un enfermo, tío —dijo Bertrand.

—Tienes razón —repuso André.

Se dio la vuelta y orinó encima de la cocina y dentro de un cajón

lleno de especias. Pero se guardó un poco para mear dentro del congelador.

Ésta es la gota que colma el vaso, se dijo Bertrand. No quiero saber más nada de estos dos.

Entonces, con su palanca, Eddy abrió un boquete en el contrachapado del techo de la despensa. Por el agujero empezaron a lloverle rollos de billetes de cincuenta y de cien dólares.

—Tenías razón, tío —le dijo a Bertrand—. Esto en un puto banco…

Los cuatro se pusieron a juntar el dinero y a lanzarlo a una bolsa de basura. Bertrand iba calculando la suma contando los golpes de los fajos contra el fondo de la bolsa. Al llegar a los sesenta mil se le acabó la matemática.

—Somos ricos —dijo André—. Somos ricos, tíos. Nadie se lo va a creer…

—Claro que no —respondió Bertrand—. Porque no se lo vas a contar a nadie.

—No le hables así a un hermano —salió en su defensa Eddy—. No seas así, André es un tío guay…

—Eddy —le advirtió Bertrand—, quítate la cera de los oídos y escúchame con mucha atención: ésta es la última vez que te haces el pez gordo a costa mía.

—¡Eh! Somos ricos, como dice André. No perdamos el tiempo peleándolos —intervino Kevin—. ¿Vamos a incendiar la casa para deshacernos de las huellas y todo ese rollo, o no?

Los tres hombres se lo quedaron mirando boquiabiertos.

Calle arriba, al otro lado de la zona neutral, Tom Claggart y dos de sus amigos dormían sobre unos palés en el salón, con la esperanza de disfrutar de la brisa que entraba por la puerta y evitar, dentro de lo posible, las capas de aire caliente acumuladas contra el techo. Sus pistolas, escopetas y rifles de caza estaban engrasados, cargados y apoyados contra el diván o colgados de los respaldos de las sillas. Las cajas con munición de bronce y cartuchos de escopeta estaban dispuestas ordenadamente encima de la repisa de la chimenea. Envuelta en bolsas herméticas, estaba la basura: latas vacías de cerveza, envoltorios de pan, botes vacíos de *corned beef* y pavo

deshuesado, frascos de mostaza y de pasta de rábano picante, platos de plástico sucios y cubiertos de plástico. Si uno ellos tenía que aliviar el cuerpo, cogía una pala militar plegable e iba a hacer sus necesidades al jardín del fondo.

No había campamento de caza mejor organizado ni más ordenado. Sólo había un problema: Tom Claggart y sus amigos no habían tenido oportunidad de descerrajar ni un solo tiro en toda la noche, pese a que ellos y varios otros habían hecho salidas en bote y a pie por dos barrios cercanos, desde donde las chispas de las casas en llamas llegaban flotando como luciérnagas entre los robles de Virginia.

Era una verdadera injusticia.

—No pasemos junto a la casa iluminada, tío —dijo Bertrand desde la proa del bote—. Volvamos por donde vinimos.

—No, tío, nos largamos ya —repuso Eddy, sentado de costado en la popa y dándole al acelerador—. No hemos molestado a esa gente y ellos no van a molestarnos a nosotros.

—No me haces ni puto caso, tío —se cabreó Bertrand, pero el rugido del motor ahogó sus palabras.

El bote esquivó varios montones de ramas rotas que bloqueaban la calle y rodeó el bordillo de la zona neutral. Mientras tanto, André hundía la mano en la bolsa de plástico, tanteaba los rollos de billetes apretados y reía, y su sobrino masticaba una de las barras de chocolate que encontró en la farmacia Rite Aid. El viento había barrido el humo de la calle, el agua estaba negra y la capa aceitosa de la superficie reflejaba un arco iris. Una tubería rota de la red de suministro de agua lanzaba al cielo un géiser como la fuente de un parque. Si Bertrand conseguía salir de ésta con su tajada del botín intacta, se largaría de Nueva Orleans para siempre y empezaría de nuevo en otro sitio. En la Costa Oeste quizá, donde la gente vivía en barrios normales, con jardines, playas y bonitos supermercados en las inmediaciones. Sí, joder, un sitio donde siempre hiciera veintitrés grados, donde con la pasta del golpe pudiese abrir un restaurante o un lavado de coches, donde pudiera recorrer las avenidas bordeadas de palmeras en un descapotable nuevo, escuchando a Three 6 Mafia a un volumen atronador.

Sí, joder. Así era como iba a vivir.

Entonces el motor se ahogó, petardeó y se detuvo. La propia estela de la embarcación la levantó y arrastró hasta un roble caído. Las ramas rasparon ruidosamente los costados de aluminio. Bertrand sintió que se le tensaba la piel de la cara; en el silencio se le destaparon los oídos.

—No me lo puedo creer… —masculló.

—Se acabó la gasolina —dijo Eddy—. No es mi culpa…

—¿No miraste el indicador?

—Tú tampoco lo miraste, tío. Así que no me des la lata.

—Quizá se metió algo dentro del motor —terció André.

—Está vacío, tío —dijo Eddy.

Torpemente, André se puso en pie haciendo bambolear al bote. Levantó el depósito de gasolina y lo dejó caer de nuevo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —exclamó.

—Vas a cerrar el puto pico y dejar de hacer barullo —gruñó Bertrand.

—Sólo intentaba ayudar —dijo André—. Podemos remolcarlo…

—Aquí hay dos metros de agua.

André quiso volver a hablar, pero Bertrand lo interrumpió:

—Déjame pensar.

Los cuatro permanecieron sentados en silencio en medio de la oscuridad. Las ramas del roble caído se les clavaban en los ojos, la espalda y la nuca cada vez que el viento movía el bote. Bertrand saltó por la borda al agua.

—Esperad aquí y no hagáis nada. No habléis, no hagáis ruido, ni juguéis con el dinero de la bolsa. Mantened vuestros culos dentro del bote y el pico cerrado. ¿Me habéis entendido?

—¿Qué piensas hacer? —dijo Eddy.

—¿No oyes ese ruido? Ese tipo tiene generadores en el garaje, lo cual significa que también tiene que tener gasolina.

—¿Por qué caminas inclinado y cogiéndote el estómago? —preguntó André.

—Porque me dais úlceras —repuso Bertrand.

—No quise ofenderte —dijo André—. Eres un tipo inteligente.

No, no lo soy. Sólo soy menos capullo que todos vosotros, pensó Bertrand.

Vadeó hasta la zona neutral y se acercó a la entrada de coches

de la casa iluminada. Había una bombilla encendida en la galería delantera y otra en el garaje. La luz que salía por la ventana de la cocina iluminaba parte de la entrada de coches y el jardín trasero. A Bertrand se le salía el corazón del pecho y sentía cómo le latía la arteria del cuello. A llegar al bordillo tropezó y casi cayó de cabeza al agua. En medio de aquella oscuridad tuvo la sensación de que, desde la maraña de arbustos y ramas del jardín, unos ojos lo observaban. Se preguntó si estaría perdiendo la razón. Se detuvo y miró fijamente hacia el jardín, y entonces comprendió que la inundación había forzado a varias liebres a refugiarse entre las ramas caídas. Las pieles mojadas de los animalillos, subidos a las ramas como si fueran pájaros, brillaban mojadas.

Para evitar la luz, Bertrand rodeó la *porte cochere* por el lado más alejado. Empujando las ramas húmedas, cruzó entre dos inmensos arbustos de camelias y entró en el aparcamiento por la zona que los blancos de los barrios finos llaman «la casa de carruajes». ¿Por qué la llamaban así si ya no había carruajes? Quizá porque era una manera de decirle a todo el mundo que el general Robert E. Lee había cagado en su váter en 1865.

Bertrand oyó los dos generadores pistoneando por la puerta entreabierta de la «casa de carruajes». Se desvió por el jardín trasero, cruzó a la propiedad del vecino y echó un vistazo en derredor. Después extrajo algo del interior de la pechera de su camisa, se inclinó brevemente y regresó por el mismo camino al jardín de Otis Baylor. Las úlceras estaban hundiendo sus raíces profundas en las paredes de su estómago. Bertrand entró en la casa de carruajes y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad: contra la pared había cinco bidones de gasolina. Cogió uno en cada mano y salió hacia la calle. El grueso césped que rodeaba el garaje se hundía bajo sus pies, la gasolina se balanceaba pesadamente en los bidones. Lo había conseguido. ¡Cojonudo, Bertrand! En su interior, una voz le repetía: eres el puto amo, chaval.

Dejó atrás el cono de luz eléctrica que iluminaba el jardín y regresó a la seguridad de la calle y a las tibias aguas crecidas que, como una vieja amiga, le acariciaban los tobillos y a veces le subían hasta las pantorrillas. Pronto rompería con Eddy y los Rochon y por fin llegaría a la meta sin contratiempos y con los bolsillos llenos

para pagar a buenos doctores y permitirse una buena vida. Sería el adiós final a estos dos capullos subnormales. Bertrand Melancon se marcharía a California.

Entonces vio que Eddy, con un pitillo apagado en los labios, tiraba del bote hasta sacarlo de su escondite detrás de las pilas de ramas caídas. André y Kevin también se habían bajado del bote y maniobraban entre los obstáculos que flotaban en el agua. Ahora todos ellos eran perfectamente visibles desde la casa de la que Bertrand acababa de robar los bidones de gasolina.

—¿Qué cojones haces, tío? —dijo Bertrand—. ¿Por qué no os quedasteis donde os dije?

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo Eddy—. ¿Te la estabas cascando ahí dentro? Anda, llena el depósito y larguémonos.

Eddy chasqueó su encendedor Zippo y la ruedecilla de esmeril raspó el sílex una, dos, tres veces. Bertrand quiso advertirle:

—Eddy…

El Zippo ardió en la oscuridad, encendió el extremo del cigarrillo e iluminó la sonrisa de Eddy, que miraba inquisitivamente, como si no hubiese entendido lo que su hermano quería decirle.

Bertrand oyó una única detonación a sus espaldas, pero no conectó el sonido con lo que ocurría ante sus ojos. De la garganta de Eddy surgió una flor roja, y una fracción de segundo después, justo detrás de su hermano, el casquete de Kevin Rochon se despegó de su cráneo desparramando sus sesos sobre el agua como gachas recién cocinadas.

10

En los barrios pobres de Estados Unidos hay dos empresas que los alborotadores nunca incendian cuando se desatan los disturbios: la funeraria y la oficina del fiador. Para Clete Purcel, la mayor ventaja de perseguir a quienes se saltaban la libertad bajo fianza era que esa inmensa clientela de rufianes era aduladora por naturaleza a la hora de obtener favores de aquellos que, como Nig Rosewater y Wee Willie Bimstine, tenían poder sobre sus vidas. Tanto los pesos pesados que habían estado enchironados en la cárcel de Angola como los tipos duros que preferían ser molidos a cachiporrazos en un callejón antes que traicionar a un amigo eran capaces de delatar a sus madres con tal de llevarse bien con Nig y Willie.

Desde el momento en que atropellaron a Clete en el Barrio Francés y le aplastaron el sombrerito, corrió la noticia: Bertrand y Eddy Melancon y su amigo, el mierda de André Rochon, eran hombres muertos.

Mientras los Melancon, Rochon y su sobrino navegaban a toda velocidad por la zona residencial de Nueva Orleans, felices y contentos por el increíble botín que estaban reuniendo, zampando anfetaminas robadas de una farmacia, bebiendo cerveza tibia y comiendo pollos asados cortesía de Winn-Dixie, en el recinto cercado del aeropuerto, los representantes de Nig y Willie estaban procurando cantidades industriales de fianzas y habían conseguido que al menos dos delincuentes delataran a los saqueadores.

Irónicamente, la perdición de Bertrand no se debió a la traición de sus colegas. Por primera vez en su vida quizás, había actuado con un desinterés total por su propia seguridad. Mientras André huía calle abajo, Bertrand cargó en el bote a su hermano, que perdía tazas de sangre por la herida de la garganta.

Con las manos aún temblándole, llenó el depósito del fueraborda; estaba seguro de que el tirador seguía allí, en uno de los

jardines o en una de las casas del otro lado de la calle. Estaba convencido de que el tirador seguía apuntándole, paseando la mira telescópica o la mira abierta por la cara, el pecho o acaso su escroto, tomándose su tiempo, disfrutándolo mientras se mordía el labio y su dedo presionaba el gatillo. Esa imagen produjo en Bertrand la sensación de que le estaban arrancando la piel a tiras. Sus manos no sólo estaban viscosas a causa de la sangre y la saliva de Eddy, sino que le temblaban tanto que al presionar el botón de arranque el pulgar se le resbaló.

Cuando el motor finalmente arrancó, Bertrand aceleró todo lo que pudo y el bote salió rugiendo por las aguas crecidas. La estela del bote hizo cabecear en el agua el cadáver de Kevin. En el cruce, el bote chocó contra un animal muerto y dio un salto, Bertrand oyó la hélice girar en seco con un zumbido agudo y volver a desplazar agua nuevamente. Una lancha del DPNO cargada hasta los topes de polis fuertemente armados pasó tan cerca que casi lo partió en dos. Bertrand corcoveó sobre la estela y se escabulló por una calle perpendicular. Al llegar a un callejón se detuvo en un garaje el tiempo suficiente para ocultar entre sus vigas las bolsas de basura. A lo lejos, divisó las luces de un helicóptero que descendía sobre el tejado del hospital. Redujo la velocidad, respiró hondo y espiró lentamente. Había encontrado un sitio seguro, un lugar donde podría cuidar de su hermano y salvarle la vida. Era el mismo edificio en el que ambos habían venido al mundo. Fue casi como volver a casa.

Bertrand, que en su vida había oído hablar del noveno círculo de Dante, estaba a punto de hacer una visita guiada.

La planta baja del hospital se encontraba bajo un metro de agua. Y a excepción de los haces de las linternas con las que se guiaba el personal, los pasillos estaban oscuros. El tufo recalentado de los deshechos clínicos y humanos que flotaban en el agua obligó a Clete a subirse la camisa y meterse los faldones en la boca para poder respirar sin sentir arcadas. Dos veces intentó conseguir que le indicaran el camino, pero el personal del hospital pasaba junto a él como si no existiera. Desistió de ello y volvió a salir, llenando los pulmones con el aire fresco de la noche. El sudor que le cubría la

cara se enfrió como agua helada.

Un policía del DPNO que pesaba por lo menos ciento veinticinco kilos iluminó la cara de Clete con una linterna. Con la otra mano empuñaba una recortada calibre 16 de pistones, que apoyaba en la cadera. Las mejillas sin afeitar estaban cubiertas de polvillo negro, su cuerpo apestaba a moho y a sudor de vestuario. Se llamaba Tee Boy Pellerin, y en su época de policía estatal había levantado él solo el coche patrulla que aplastaba el pecho de un compañero.

—¿Qué buscas, Purcel?

—Un herido por arma de fuego llamado Eddy Melancon.

—¿Vivo o muerto?

—No lo sé. ¿Estáis almacenando los cadáveres dentro del hospital?

—Qué más quisiera. Ahí fuera tengo cuatro fiambres en un bote. He recorrido toda la ciudad intentado deshacerme de ellos, pero nadie tiene cámaras frigoríficas. ¿Ese Eddy Melancon que buscas es el del Ninth Ward?

—Ajá, es el hermano de Bertrand Melancon. Nig Rosewater se enteró de que recibió un disparo cuando saqueaba una casa a este lado de Clairborne.

—Prueba en la segunda planta. Ahí arriba reúnen a las víctimas de trauma que no han muerto en urgencias. ¿Tienes linterna?

—La perdí.

—Coge ésta, yo tengo una de más. ¿Ya has estado arriba?

—No.

Tee Boy perdió la mirada en el vacío, como si de pronto sintiera el cansancio de un largo día y una larga noche.

—¿Qué hay arriba? —quiso saber Clete.

—En la segunda planta está la sala geriátrica —dijo Tee Boy—. Yo en tu lugar no subiría.

—¿Qué intentas decirme?

—Que en esa planta no hay historias bonitas, Purcel. Después de esta noche, voy a rezar todos los días para que Dios no me deje morir en una cama.

Clete subió por las escaleras hasta la segunda planta. El calor allí era sofocante, como si un vapor de verduras cocidas se hubiese pegado al techo. Clete entró en una zona donde habían sacado a los ancianos a los pasillos para que disfrutaran de la escasa brisa que

entraba por las ventanas del lado sur del edificio. La gente de las camillas llevaba la ropa tiesa, endurecida por la mezcla de comida reseca y sus propias heces. La piel les brillaba con ese relucir pútrido de los pescados que la marea deposita en las arenas tórridas. Clete pasó junto a una mujer que le agarró la camisa. Su cara era pura palidez, sus ojos azul cielo, como los de un recién nacido que ve el mundo por primera vez.

—¿Va a venir mi hijo? —gimió la anciana.

—¿Qué dice, señora?

—¿Eres tú? ¿Eres tú, hijo mío?

—Creo que llegará de un momento a otro, señora —respondió Clete, y prosiguió pasillo abajo con un nudo en la garganta.

La zona de cuidados intensivos le recordaba un osario. En el techo se habían formado bolsas de agua que, como inmensas pústulas, goteaban sobre pacientes que en su mayoría aún llevaban puesta la ropa de calle. Los pacientes llegados de la sala de urgencias habían sido tiroteados, apuñalados, cortados, golpeados, electrocutados, atropellados por coches y rescatados medio muertos de las alcantarillas; algunos aún tenían huesos rotos sin recolocar. Una mujer con quemaduras en el ochenta por ciento del cuerpo estaba envuelta en una sábana que se le había pegado a las heridas. Un hombre que había sido golpeado por la hélice de un hidroplano emitía unos sonidos que Clete no había vuelto a oír desde su convalecencia en un hospital de campaña en las montañas de la zona central de Vietnam. Casi todos los pacientes estaban sedientos, la mayoría necesitaba morfina. Todos los que yacían inmóviles tenían que hacerse las necesidades encima.

Clete cogió a un médico del brazo. El tipo tenía el físico fibroso de un corredor de fondo, sus ojos nerviosos miraban de un lado a otro y la calva sudada le brillaba.

—Quíteme la mano de encima —gruñó el médico.

Clete alejó las manos como disculpándose.

—Soy detective —dijo—, represento a unos fiadores y estoy buscando a un fugitivo llamado Eddy Melancon. Un informante me dijo que su hermano lo trajo a este hospital.

—¿Y eso a quién diablos le importa?

—A las víctimas de sus crímenes.

Al parecer esta vez el médico meditó su respuesta.

—¿Melancon, eh? Sí, lo atendí yo. Está allá, en la tercera cama. No está muy charlatán que digamos.

—¿Está vivo?

—Si quiere decirlo así.

—Oiga, sé que ustedes lo están pasando mal. Pero este tampoco es el mejor día de mi vida, ¿vale? Así que hábleme claro de una puta vez.

—El disparo le seccionó la médula espinal. Si sobrevive, será un saco de patatas durante el resto de su vida. ¿Quiere habar con el hermano?

—¿Está aquí?

—Lo estaba hace cinco minutos. —El médico alumbró con su linterna hacia el fondo del corredor, donde se veía a un hombre sentado en el alféizar de una ventana abierta—. Es ése de ahí. Que se divierta.

Clete se abrió paso entre las camillas y con la linterna dio unos golpecitos en el hombro de Bertrand Melancon.

—Hola, capullo. ¿Te acuerdas de mí? La última vez que me viste estaba pegado al parabrisas de tu coche.

—¿Sé quién eres? Trabajas para esos fiadores judíos.

—Y casualmente también soy el tipo que atropellaste con tu coche.

—No tengo coche. Oye, ¿te importa moverte, tío? Me tapas la brisa…

Clete sintió que la boca se le secaba y que dentro de la cabeza se le desconectaban ciertos cablecillos.

—¿Te gustaría sacar el resto del cuerpo por la ventana?

—Haz lo que hayas venido a hacer, tío.

Bertrand Melancon personificaba todo lo que Clete más detestaba de la gentuza que constituía su clientela habitual: tipos criados por sus abuelas que no tenían ni idea de quiénes eran sus padres, tipos violados en la cárcel, por lo que sólo concebían los roles sexuales en términos de depredador y presa, tipos que mentían instintivamente aunque no hubiese necesidad de hacerlo. Intentar comprenderlos era imposible, eran inmunes a los insultos, su destino les resultaba indiferente y carecían tanto de vergüenza como de culpa. Pero lo que más molestaba a Clete era la certeza de que cualquier persona criada de esa manera y en esas circunstancias

seguramente se convertiría en otro Bertrand Melancon.

—Date la vuelta. Vamos a ir a ver a un poli negro llamado Tee Boy Pellerin —dijo Clete, desenganchando las esposas de la parte de atrás de su cinturón—. Te caerá bien, él también creció en el Lower Nine y le encantan los pandilleros que roban a su propia gente a punta de pistola y le venden metanfetamina a sus hijos. Por cierto, no le gusta que le pisen los zapatos lustrados.

Clete le ajustó las esposas a Bertrand y lo hizo girar para poder mirarlo a la cara.

—¿Te has reído? —le dijo.

—No me he reído, tío.

—Te has reído. Te he oído.

—La verdad es que me importa un pijo lo que pienses, gordinflón. Eso sí, deberías darte un baño. Y ahora termina de una vez, que me he cansado de escucharte.

Clete sintió ganas de darle una hostia; no, más bien quería despedazarlo miembro a miembro. Pero ¿cuál era el verdadero origen de su ira? Lo cierto era que no tenía ningún poder sobre este tipo que lo había atropellado e intentado huir. No había adónde llevarlo. Clete había conseguido llegar al hospital gracias a unos polis que lo trajeron en un hidroplano y que después siguieron su camino hacia el distrito Carrollton. La Prisión Central estaba bajo el agua y no había manera de transportar a Bertrand hasta el recinto cercado del aeropuerto. Con suerte podría dejar a Bertrand al cuidado de Tee Boy, cobrarles a Nig y a Willie honorarios por recuperar a un fugitivo que había incumplido su libertad bajo fianza, y cobrar otra vez por haber encontrado a Eddy Melancon entre los muertos vivientes de aquel hospital. Pero seguramente Bertrand aprovecharía el caos causado por el Katrina y se escurriría una vez más por los recovecos del sistema.

Además, André Rochon seguía suelto y Clete tenía una cuenta personal que ajustar con él. Clete bajó a Bertrand por las escaleras y lo sacó a la calle a empujones.

—Yo no estoy peleando contigo, tío —dijo Bertrand—. Así que deja de empujarme.

—Cierra el pico.

Lo condujo hasta Tee Boy. Sentado en la pared baja que separaba el aparcamiento del hospital, el policía comía un sándwich

medio envuelto en papel de aluminio.

—¿Qué me traes? —le preguntó a Clete.

—A Bertrand Melancon. Tiene tres órdenes de captura: por robo a mano armada, intimidación de testigos y por comportarse como un subnormal desde que fue defecado a este mundo. Lo dejo bajo tu custodia. Ya le dije lo que le pasa a los que te arruinan el lustre de los zapatos.

—Eso no tiene gracia, Purcel.

—Tienes razón, no es gracioso. Bertrand y su hermano Eddy me atropellaron el sábado por la tarde. Lo hicieron mientras yo estaba revisando la furgoneta de reparto de su compañero de aventuras, André Rochon. En el interior de la furgo encontré un animal de peluche y un trozo de cuerda de polietileno. Justo antes de que aliento-mierda, aquí presente, me atropellara, acababa de recordar una noticia: tres negros habían raptado a una quinceañera cuando regresaba de una verbena en el Lower Nine. La niña llevaba un peluche. Esos tipos la metieron en la furgoneta, la maniataron y la violaron. ¿Todavía vives en el Lower Nine, Tee Boy?

—Ajá —respondió éste quitándose las migas de la cara y fijando la mirada en Bertrand.

—¿Crees que este ejemplo sobresaliente de joven hombría podría ser uno de los sospechosos? —dijo Clete.

—¿Qué me dices, chaval? —dijo Tee Boy.

—¿Qué digo de qué? —respondió Bertrand.

—¿No estarás pensando arruinarme el lustre de los zapatos?

—¿Estás loco, tío?

Tee Boy le pegó una bofetada contundente en toda la cara. Era la clase de golpe que hace que los ojos se sacudan dentro de las órbitas.

—Te he hecho una pregunta. ¿Me vas a contestar?

—No, señor. No voy a arruinarle el lustre de los zapatos.

—¿Raptaste y violaste a una niña en el Lower Nine?

—Traje a mi hermano al hospital porque alguien le pegó un tiro en el cuello. A otro chaval que estaba con nosotros lo mataron. No he intentado escaparme, vine aquí a buscar ayuda. Y en el juzgado no me presenté porque estaba enfermo. Eso es todo lo que tiene en mi contra, así que deje de pegarme.

—Date la vuelta —dijo Clete a Bertrand—. ¿Ves aquel bote

atado al parachoques del coche? Esos bultos son fiambres, y te voy a esposar a ellos. El recinto cercado del aeropuerto queda lejos. Si tú fueras Tee Boy y no supieras qué hacer con cuatro fiambres y un mierda como tú y tuvieras la oportunidad de deshacerte de toda la colección en un sitio subacuático conveniente, ¿qué harías?

Clete comprendió que estaba perdiendo el tiempo. Bertrand Melancon había visto cómo un balazo convertía a su hermano en un helado derretido, así que las situaciones horribles que se le pudieran ocurrir al sabueso de unos fiadores sólo alcanzaban un triste segundo puesto en el podio de los shocks. Clete se dio cuenta de que Tee Boy Pellerin tampoco lo estaba escuchando. El policía estaba mirando fijamente a Bertrand y esbozando una sonrisa cada vez más grande al tiempo que ataba cabos con datos e informaciones que Clete desconocía.

—¿Por qué no me cuentas lo que estás pensando? —dijo Clete a Tee Boy.

—Hará unas tres horas, recibimos una denuncia de un tiroteo y de una víctima mortal. Cuatro saqueadores montados en un bote andaban robando por la zona de Clairborne. Un chaval recibió un pepinazo en la cabeza. ¿Adivina en casa de quién estaban robando?

—No lo sé —repuso Clete.

—De un tipo que es propietario de una floristería y de un montón de servicios de acompañantes. Su mujer se parece a la novia de Frankenstein…

Tee Boy ya no podía contener la risa.

—¿De Sidney Kovick? —arriesgó Clete.

—Estos capullos acaban de robarle al gánster más peligroso de Nueva Orleans. Y como si eso fuera poco, le destrozaron la casa. Uno de los nuestros entró y dijo que las paredes parecían atravesadas por un camión de bomberos.

A estas alturas, Tee Boy se estaba atragantando con el pan del sándwich y riendo tanto que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Oye, chaval —le dijo a Bertrand—. Si le has robado algo a Sydney Kovick, devuélveselo por correo contra reembolso desde Alaska. Después compra una escopeta y pégate un tiro. Si tienes suerte, no encontrará tu tumba.

Tee Boy se puso en pie y tosió hasta que se le empezaron a

aflojar las rodillas.

—¿Quién es ese Kovick? —preguntó Bertrand—. Me estáis tomando el pelo, ¿verdad?

11

Después de siete días me reasignaron una vez más a Nueva Iberia. Casi había olvidado a Natalia Ramos, la compañera del padre Jude LeBlanc. De hecho, había intentado con todas mis fuerzas quitarme su nombre de la cabeza. Estaba harto de Nueva Orleans y del dolor ajeno. Sólo quería regresar a Bayou Teche y estar con mi familia, con mi mapache Trípode y con Snuggs, nuestro gato guerrero sin castrar. Deseaba despertar por la mañana y oler el café, las cáscaras de pecanas mohosas acumuladas en el jardín, los arbustos de camelia cubiertos de rocío y el aroma fecundo de los peces desovando en el *bayou*. Quería despertar y contemplar la prometedora Luisiana del Sur donde yo había crecido, verde dorada y bañada por el sol. No quería ser parte del acontecimiento histórico que estaba teniendo lugar en mi estado.

—¡Está sonando el teléfono, Dave! —exclamó Alafair desde la cocina.

—¿Lo puedes coger tú, por favor?

Podía verla por la puerta, estaba de espaldas a mí, friendo huevos y lonchas de jamón y levantando la pesada plancha de hierro por el mango, sin agarradera. Se me hacía difícil creer que era la misma indiecita salvadoreña que rescaté de un avión sumergido en las salinas, hace tantos años ya. Alafair dejó caer la plancha encima de la hornalla y descansó el trasero contra el escurridero. Y luego, mirándome con enfado, levantó el teléfono.

—¿Si se encuentra aquí Dave Robicheaux? —dijo—. Espere un minuto, que voy a comprobarlo.

Alafair bajó el auricular pero sin tapar el micrófono.

—¿Estás aquí, Dave? Porque si estás, una señora quiere hablar contigo…

Eso es lo que ocurre cuando tu hija estudia en Reed College y practica *kickboxing*.

Le quité el auricular de la mano.

—¿Diga?

—Señor Robicheaux, habla Natalia Ramos. Estoy en el refugio al que me envió. ¿Ya ha averiguado dónde está Jude? Aquí nadie puede informarme. Pensé que usted quizá tendría la lista de personas rescatadas por los guardacostas.

—No, señora Ramos. Lo lamento.

—Jude sufre todo el tiempo a causa de su enfermedad. Fue al Lower Nine a dar la comunión a su congregación. Siempre le ha dado miedo dar la comunión durante la misa…

—Lo siento, señora Ramos, pero no le entiendo.

—Es porque las manos le tiemblan y tiene miedo de que se le caiga el cáliz. Otro sacerdote suele dar la comunión en la misa, pero esta vez Jude iba a decir misa y dar la comunión él solo.

Al otro lado de la línea se oía el eco de voces reverberando en un espacio inmenso, un gimnasio quizá o un arsenal de la Guardia Nacional. Mientras tanto, Alafair me servía el desayuno en la mesa de la cocina, colocaba el plato, el cuchillo, el tenedor, la taza de café y el platito con cuidado, como para evitar hacer ruido. El cabello, largo y negro, le caía sobre los hombros. Tenía un aspecto estupendo con sus vaqueros y su blusa rosa.

Yo no sabía qué contestarle a Natalia Ramos.

—¿Dónde se encuentra? —pregunté.

—En el instituto del barrio Franklin.

—Estaré allí en cuarenta y cinco minutos.

—¿Dónde se encuentra Chula? —me preguntó.

—¿Su hermano?

—Sí, ¿dónde lo encerró?

—En la cárcel del distrito de Iberia, junto con el compañero con el que cayó preso.

Pensé que su próximo comentario iba a ser desagradable, pero me equivoqué.

—Quizá lo puedan ayudar. La cárcel es el único sitio donde Chula se porta bien. Aquí lo espero, señor Robicheaux.

Deposité el auricular en la horquilla, arrepentido de haber atendido la llamada.

—¿Quién era? —preguntó Alafair.

—Una prostituta y yonqui centroamericana que se acuesta con

un sacerdote católico.

Me senté y empecé a comer. A mis espaldas, como una sombra que se recorta contra la luz, sentí la presencia de Alafair. Posó su mano en mi hombro.

—Dave, tienes el corazón más grande de todos los hombres que he conocido.

La sangre me cosquilleó en la nuca.

Bayou abajo, en el distrito de St. Mary, el gimnasio del Instituto Franklin estaba atestado de hileras de catres militares. Por dentro, por fuera y por todas partes correteaban niños lanzando los *frisbees* que un comerciante local había donado. Encontré a Natalia al abrigo del edificio, lavando ropa a mano. Tenía los brazos hundidos en una tina de aluminio y los faldones de la camisa vaquera anudados por debajo de los pechos. Le pedí que me volviera a contar sus últimos momentos con Jude LeBlanc.

—Acercó el bote hasta el tejado de la iglesia y se puso a abrir un agujero a hachazos para poder sacar a todo el mundo. Oí que hubo una pelea y después ya no lo volví a ver.

Hacía calor a la sombra, pero la cara de Natalia estaba seca y fresca. Bajo la piel morena se le marcaban las costillas. Llevaba puestas unas sandalias y pantalones de hombre color caqui. Parecía una campesina del tercer mundo lavando la ropa de niños ajenos, no una prostituta o una yonqui.

—¿Ha traído drogas al refugio? —pregunté.

—¿Ha venido hasta aquí para preguntarme eso?

—Las llevaba encima cuando la detuvieron. Hice que no la esposaran a los otros presos y que la trasladaran aquí, y eso la convierte a usted en mi responsabilidad. Por eso le pregunto si ha traído drogas al refugio.

—Estoy intentando quitarme. Hay gente en el gimnasio que ha formado un grupo de Narcóticos Anónimos y voy a empezar a acudir a las reuniones.

Natalia había conseguido contestar a mi pregunta sin tener que contestar a mi pregunta.

—Señora Ramos, si me entero de que está usando o distribuyendo narcóticos en el refugio, haré que la saquen a patadas

y la encierren.

Ella retorció un par de vaqueros de niño hasta escurrirlos del todo, luego los colocó en el borde de la tina.

—Tengo que volver a Nueva Orleans —dijo.

—Creo que es un error —repuse.

—Sigo viendo a Jude ahogándose en la oscuridad sin nadie que lo ayude…

—Es un hombre que sabe defenderse, no lo trate como si no lo fuera.

—Los sábados por la tarde, solía celebrar una misa de reconciliación especial para las prostitutas, yonquis y gente sin techo. Absolvía a todo el mundo, a todos a la vez, sin importar lo que hubieran hecho. Lo atacaron para quitarle el bote, y creo que lo mataron. Necesito averiguarlo, no puedo vivir sin saber lo que le pasó.

—Señora Ramos, ahora mismo hay diez mil personas desaparecidas. La AFGE, la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, está intentando…

—¿Y cómo es que no acudió nadie?

—¿Cómo dice?

—Por todo el barrio la gente se ahogaba, pero nadie vino a socorrernos. Vi a una negra gorda subida a un coche, haciendo señas al cielo. Llevaba un vestido violeta que flotaba alrededor de ella, sobre el agua. Esa mujer estuvo subida en el techo del coche durante media hora, agitando los brazos mientras el agua subía y subía. Luego el agua le tapó la cabeza y desapareció.

Yo no quería oír más historias sobre el Katrina. Nunca conseguiría olvidar lo que había presenciado durante los siete días posteriores al huracán. No podía permitirme la ira que me producía todo lo que había visto ni quería lidiar con el racismo latente en nuestra cultura, que ya empezaba a asomar la cabeza. Según el *Washington Post*, un legislador de Baton Rouge manifestó lo siguiente a varios miembros de grupos de presión: «Por fin hemos limpiado las viviendas de protección oficial de Nueva Orleans. Nosotros no habíamos podido hacerlo, pero Dios lo consiguió».

¿Cómo explica uno semejante declaración a las víctimas del peor desastre natural de la historia norteamericana? La respuesta es: no se les explica. Y no se intenta reparar un mundo destruido, me dije,

ni curar a gente destrozada con tiritas.

—Creo que Jude querría que usted permaneciera en el refugio —le dije a Natalia—. Usted puede hacer mucho bien aquí. Le prometo que haré todo lo que esté en mis manos para averiguar qué le pasó a Jude.

—Creo que lo mencionó a usted…

—¿Qué?

—Jude me contó que solía repartir el periódico en casa de un policía que tenía una tienda de venta de cebos. Decía que el policía era un borracho, pero que también era un buen hombre e intentaba ayudar a la gente que no tenía ningún poder. ¿Se refería a usted?

Esa mujer sabía cómo hacer que uno picara.

Después de comer cogí el coche, regresé al Departamento del Sheriff del Distrito de Iberia y subí a mi despacho. El contraste entre mis tareas burocráticas aquí en Iberia y los siete días que acababa de pasar en Nueva Orleans era como la diferencia entre la ilusión y la confianza de la juventud y la condición mental de la víctima de una enfermedad arbitraria y fatal. El interior del edificio estaba impecable y el sol entraba a raudales, y el aire fresco hacía lo propio por los conductos de ventilación de las paredes. Una de las secretarias había colocado flores en los alféizares. En la entrada del edificio, un grupo de ayudantes del sheriff, de uniformes limpios y cartucheras lustradas, tomaban café y rosquillas en el mostrador de recepción. Desde la ventana de mi despacho, ubicado en la primera planta, podía ver las copas de las palmeras y los robles de Virginia que dan sombra a un barrio obrero. Detrás de la catedral, divisaba un cementerio con criptas de ladrillo blanqueadas con cal cuyos muertos confederados nos recordaban que la batalla de Shiloh no es un concepto histórico abstracto.

Helen echó un vistazo a través del cristal de la puerta y entró sin llamar.

—Se te ve bien, guapetón —me dijo.

—Me lo suelen decir bastante.

Se acercó a la ventana y siguió con la mirada el Sunset Limited que pasaba traqueteando por las vías. Llevaba una camisa blanca pulcramente arremangada y unos pantalones ajustados, de cuyo

bolsillo trasero asomaba una libreta de notas tamaño esquela. Helen enganchó los dedos en el cinturón de la cartuchera.

—¿Estás más descansado? —dijo.

Cerré bien los ojos y los volví a abrir.

—Suéltalo, Helen.

—Acabo de hablar con la AFGE y con el FBI. El funcionariado y la estructura gubernamental de Nueva Orleans están destruidos. Nos va a caer un montón de papeleo que no nos corresponde.

—¿No deberías informar de esto a todo el departamento?

—El caso al que me refiero incluye a uno de los fugados de Clete Purcel, y también a un tipo que tú conoces, un tal Otis Baylor.

—¿El agente de seguros?

—El mismo. Durante el huracán se cometieron varios homicidios y los federales creen que pudieron cometerlos los parapoliciales para divertirse. También creen que Otis Baylor pudo cargarse a un par de los saqueadores que acababan de destruir la casa de Sidney Kovick.

—¿Entraron a robar en la casa de Sidney Kovick?

—Así es, evidentemente se trata de los cuatro capullos más estúpidos de Nueva Orleans. A uno le volaron la tapa de los sesos y el otro ha quedado tetrapléjico para el resto de su vida. Los federales creen que Baylor odia a los negros, porque fueron unos negros los que violaron a su hija, y quizá aprovechó la oportunidad para borrar del mapa a un par de malhechores.

—Ése no es el Baylor que yo conozco.

—Los federales están recibiendo críticas por perseguir a los pandilleros negros e ignorar a los blancos armados. A ellos este caso les importa tanto como un adorno de jardín, pero se supone que debemos colaborar en lo que podamos. ¿De acuerdo, *bwana*?

—¿Y qué tiene que ver Clete Purcel en todo esto?

Helen sacó la libreta amarilla del bolsillo del pantalón y le echó un vistazo.

—El hermano del tetrapléjico se llama Bertrand Melancon. Clete lo detuvo, pero Melancon escapó cuando lo trasladaban al recinto cercado del aeropuerto. Y he aquí la ironía de este asunto, Dave: Clete les dijo a los federales que él sospechaba que los hermanos Melancon y un tal André Rochon pueden ser los que violaron a la joven Baylor.

—¿En qué se basan?

—Clete dice que la furgoneta de reparto de Rochon contenía pruebas que podían relacionar a Rochon, y quizá a los hermanos Melancon, con un rapto y violación ocurridos en el Lower Nine.

—Es cierto, me comentó algo acerca de esos tipos. Son los que lo atropellaron justo antes de la tormenta. ¿Quieres que vaya a ver a Baylor?

—¿Te importaría?

En Vietnam conocí a un artillero de helicópteros que se negaba a irse de permiso al extranjero por miedo a no regresar a cumplir con su deber. Así que se pasaba el tiempo fumando hierba, fumaba sentado en la portezuela de su Huey, fumaba en la selva, fumaba en Saigón… Y así acabó su año de servicio sin haber salido ni una vez de aquel asilo mental al aire libre que era Indochina. Mientras Helen aguardaba mi respuesta, el punto de vista de mi amigo empezó a parecerme mucho más razonable de lo que me pareció en su momento.

A la mañana siguiente a primera hora, saqué un coche patrulla y volví a Nueva Orleans. El cielo sobre las zonas inundadas seguía lleno de pájaros huérfanos de hogar y destino. Cuatro días después del paso del Katrina llegaron a la ciudad efectivos de la 82.ª División Aerotransportada, pero para entonces la mayor parte de los saqueos y la violencia habían cesado. Aun así, el ochenta por ciento de la ciudad continuaba bajo las aguas y decenas de miles de personas seguían sin tener adónde ir.

Giré por St. Charles y me abrí paso entres montones de árboles caídos en varias de las calles laterales que llevaban a casa de Otis Baylor. Finalmente, aparqué el coche patrulla y recorrí el resto del trecho andando y vadeando los jardines vecinos.

El porche delantero de la casa de Otis Baylor estaba cubierto por un tejado semicircular sostenido por columnas dóricas. Alcé el picaporte de bronce y llamé. El agua ya se había retirado de la calle, dejando a la vista la zona neutral. Calle abajo, en la acera opuesta, divisé la casa de Sidney Kovick. Una cuadrilla de operarios arrancaba las hojas de contrachapado que habían protegido los ventanales.

Otis Baylor abrió la puerta delantera. Tenía la cara redonda y una expresión vacía, como la de quien acaba de regresar de un funeral.

—¿Qué se le ofrece?

—Soy David Robicheaux, del Departamento del Sheriff del Distrito de Iberia —respondí—. Me han designado ayudante en el caso de los dos individuos abatidos frente a su casa. Puede que me recuerde de Nueva Iberia.

—¿En qué puedo ayudarlo? —contestó sin tenderme la mano.

—Tengo un pequeño problema. Verá, delante de su casa le volaron los sesos a un estudiante de instituto y le dieron en la médula espinal a un tipo que nació y morirá perdedor. Los federales creen que los tiradores pertenecían a un grupo parapolicial. Para serle franco, dudo que esta investigación vaya a prosperar. Sin embargo, nuestro departamento está a disposición de la ciudad de Nueva Orleans y debemos ayudarlos en lo que podamos.

Baylor desvió la mirada durante un instante, acaso un microsegundo.

—Pase, tiene suerte de encontrarme en casa —dijo abriéndome la puerta—. Por lo general suelo estar en la calle con mis tasadores, pero ahora tengo el despacho aquí. ¿Le apetece un poco de té? Todavía queda un poco en el congelador.

—No, gracias. Prefiero acabar con esto cuanto antes.

Me invitó a sentarme en su estudio. La mayoría de los libros de las estanterías eran obras de referencia y enciclopedias, libros comprados a clubes de lectores especializados en historia popular y biografías. El escritorio estaba cubierto de papeles. Por la ventana vi a un hombre de cabeza cónica subido a una escalera, intentando quitar una gran rama de roble de encima del tejado.

—Un investigador del FBI dijo que usted oyó un único disparo, pero que no sabe de dónde provenía —dije.

—Yo estaba durmiendo y el disparo me despertó. Al mirar por la ventana abuhardillada vi a un joven flotando en el agua y a otro tumbado con medio cuerpo dentro de la proa del bote.

—¿Es propietario de un arma, señor Baylor?

—Llámeme Otis. Sí, tengo un rifle Springfield de cerrojo, modelo 1903. ¿Quiere verlo?

—Ahora no, pero gracias por el ofrecimiento. Después de ver a

un joven en el agua y a otro con medio cuerpo dentro del bote, ¿salió usted?

—Cuando terminé de vestirme, vi que el bote ya estaba a la altura de la esquina, dentro iban el herido y el tipo que lo había cargado. El otro se alejaba corriendo.

—¿Eran todos negros?

—Hasta donde pude ver, sí. Estaba oscuro.

—¿Y no vio a nadie más? ¿Ni en la calle, ni en un porche, ni asomado a una ventana…?

—No, no vi a nadie.

Abrí el sobre de papel *kraft* que traía conmigo y leí las notas que me leyó por teléfono un agente del FBI que investigaba desde Baton Rouge.

—Los federales y la gente del DPNO creen que el disparo provino de este lado de la calle —dije.

—Puede que así sea, pero no lo sé.

—Las únicas casas habitadas en los alrededores eran la suya y la de su vecino.

—No voy a discutir las conclusiones de otras personas. Ya le he dicho lo que vi y lo que oí. —Y mirando su reloj añadió—: ¿Quiere ver el Springfield?

—Si no le importa.

Subió las escaleras y regresó con el rifle. Me lo entregó con el cerrojo abierto y el cargador vado.

—¿Estoy en la lista de sospechosos? —preguntó.

—Por ahora sólo estamos eliminando posibles candidatos.

—¿Por qué no se llevaron mi rifle sus compañeros? Yo lo hubiera hecho.

—Porque no tenían dónde guardar la evidencia, porque no traían una orden y porque el sistema se ha desintegrado.

Pero también había otro factor que no le comenté a Baylor: el proyectil que había reventado la garganta de Eddy Melancon y vaciado la sesera de Kevin Rodion no se detuvo, y los rastros metálicos hallados dentro de las heridas no tenían gran valor como evidencia.

Levanté el rifle y olisqueé la recámara.

—¿Acaba de engrasarlo? —pregunté.

—No recuerdo exactamente cuándo lo limpié por última vez.

—¿Puedo ver la munición que utiliza?

—No sé si tengo.

—¿Qué clase de munición utiliza cuando dispara?

—Es un rifle calibre 30-06, así que dispara munición calibre 30-06.

Yo me encontraba sentado en un sillón de cuero blando color burdeos, a través de los árboles exteriores se filtraba una luz otoñal verde dorada. Pero aquel ambiente acogedor no coincidía con la inquietud que estaba empezado a carcomerme.

—No me refería a eso, señor Baylor. Ésta es un arma militar, ¿dispara usted munición de punta cónica y camisa metálica?

—Yo no voy de caza; hago tiro al blanco, así que uso la munición que encuentre en oferta. ¿Qué significa todo esto?

—Cazar con munición militar es ilegal porque atraviesa al animal hiriéndolo en vez de matarlo. Creo que las dos víctimas fueron alcanzadas por un proyectil de camisa metálica y no uno con punta de plomo. Y hay algo más, usted ha llamado «chico» al muerto, y «tipos» a los otros saqueadores.

—No me había dado cuenta.

—Y tiene razón, el muerto era un adolescente. Pero el herido y su hermano son adultos ambos, y el que huyó corriendo, un tal André Rochon, probablemente también lo sea. Usted se refiere a ellos con cierta familiaridad, como si los hubiera visto de cerca.

Baylor, que estaba sentado tras su escritorio, puso los ojos en blanco, y aunque estuvo a punto de decir algo al final desistió. La camisa blanca de manga larga estaba empezando a arrugársele. Su rostro impasible, sus manos cuadradas y su aspecto limpio me hicieron pensar en un granjero que va a la iglesia obligado por su mujer. Seguí observándolo en silencio.

—Oiga, señor Robicheaux…

—Llámeme Dave.

—Le he dicho cuanto sé. Ahora mismo hay cientos de personas en Luisiana y Misisipi esperando tener noticias de su compañía aseguradora, y ése es mi trabajo. Le deseo mucha suerte, pero me temo que esta conversación se ha acabado.

—Yo me temo que no —contesté cerrando la carpeta de papel *kraft* y colocándola junto a mi pie, como si su contenido ya no fuese relevante—. Hace años acudí a una convención de policías de

Luisiana y Misisipi que tuvo lugar en el hotel Evangeline de Lafayette. Aquel fin de semana el FBI dragaba el río Pearl en busca de una víctima de linchamiento. No encontraron al tipo que buscaban, pero encontraron a otros tres, uno de ellos con el cuerpo aserrado por la mitad. Yo me encontraba en el bar del hotel cuando, detrás de mí, oí a cuatro polis de paisano riéndose en un reservado. «¿Os enterasteis del negrata que robó tantas cadenas que no pudo cruzar el río Pearl y se ahogó?», dijo uno. El otro contestó: «¿Sabes cómo lo encontraron? Sacudieron un talón del paro y entonces una cabeza de pelo mota salió del agua y gritó: "¡Aquí estoy, amito!"».

»No sólo sentí vergüenza de ser policía, sentí vergüenza de ser blanco. Yo creo que usted es un hombre parecido a mí, señor Baylor. No creo que usted sea ni racista ni parapolicial. Sé lo que le ocurrió a su hija. Sepa que si mi hija fuera atacada por unos degenerados sádicos, yo también sentiría la tentación de hacer justicia a lo bruto. De hecho, un padre que no tenga esos sentimientos no es un padre.

Baylor tenía los ojos azules y grandes, como si carecieran de párpados. El dorso de sus manos, extendidas sobre las rodillas, era áspero como una estrella de mar.

—Cuénteme lo que sepa, compañero —le dije—. La justicia es abstracta y selectiva, no permita que unos cuantos burócratas lo dejen en la estacada.

Sus ojos seguían clavados a los míos; sus pensamientos, impenetrables. De pronto, toda conjetura o conclusión sobre la que hubiera estado especulando se esfumó. Baylor dirigió la vista hacia la puerta.

—Hola, Melanie —dijo—. Éste es el señor Robicheaux, de Nueva Iberia. Pasaba por el barrio y vino a ver cómo nos encontrábamos. Le he dicho que estamos de maravilla.

—Sí, lo recuerdo —me dijo la esposa tendiéndome la mano, en la otra llevaba una bebida helada—. Es muy agradable volver a verlo. Tal como están las cosas, nos va bastante bien.

Entonces vio el rifle Springfield apoyado contra la silla.

—Su visita no estará relacionada con los negros que fueron tiroteados, ¿verdad? —prosiguió—. Ya les hemos dicho a las autoridades todo lo que sabemos. Cuesta creer que algo así haya sucedido delante de nuestra casa…

Me acerqué a la casa vecina y alcé la vista hacia la escalera de mano, donde el tipo de la cabeza cónica bregaba con una rama de roble caída sobre su techo. En el callejón, una carretilla elevadora de horquilla descargaba un inmenso generador de un camión. Le mostré la placa.

—¿Puedo hablar con usted? —dije a voz en grito.

El tipo de la cabeza cónica descendió, tenía la cara roja por el esfuerzo. Le expliqué quién era yo y por qué visitaba el barrio.

—Me llamo Tom Claggart —dijo, estrechando cálidamente mi mano con su mano regordeta.

—¿Han hablado con usted la policía de la ciudad o el FBI?

—Espere un segundo.

Salió al callejón y le indicó al conductor de la carretilla elevadora en qué parte del jardín debía depositar el generador. Después regresó, sin dejar de mirar por encima del hombro para asegurarse de que el generador quedara donde debía: encima de un patio de ladrillos medio tapado de fango.

—Un amigo mío que tiene un astillero me regaló este generador —explicó—. Debí de conseguirme uno antes de la tormenta, como Otis. ¿Qué me estaba diciendo?

—¿Anduvieron por aquí la policía de la ciudad o el FBI?

—No, pero ojalá lo hubieran hecho.

—¿Oyó el disparo?

—No oí nada, estaba durmiendo profundamente. Si no, habría perseguido a esos hijos de puta por todo el barrio.

—Entiendo. ¿Por qué dice que el FBI o el DPNO hubieran debido hablar con usted antes?

—Para poder decirles que limpiaran la maldita ciudad, para eso.

Asentí con una expresión amable, mis ojos fijos en el parterre.

—¿Es usted propietario de armas de fuego, señor Claggart?

—Puede apostar su culo a que sí.

—¿Cree que la otra noche alguno de sus vecinos se hartó de que les robaran e intimidaran?

—¿Puede explicarse con un poco más de claridad?

—La gente se harta, a veces se harta y se asusta. Imagínese este caso: un ama de casa coge un pistolón y dispara, y el intruso sale despedido destrozando una ventana de cristal. Resulta que el tipo era un violador en serie. En la mayoría de las comisarías un hecho

así se festeja en la reunión de la mañana con una ronda de aplausos.

Claggart me miró sin expresión alguna, su boca era una costura apretada.

—La segunda enmienda —continué— nos da derecho a poseer armas de fuego para defender nuestros hogares y a nuestros seres queridos. En momentos de anarquía social, los buenos a veces se ven obligados a tomar medidas extremas. Creo que lo que acabo de decirle es comprensible. ¿Me está escuchando, señor Claggart?

—Otis carga con una gran cruz…

—Estoy al tanto de ello —dije sin quitarle los ojos de encima.

Claggart resopló por la nariz y miró hacia la casa de Otis Baylor. Por un instante, una nube de resentimiento o envidia le ensombreció la cara y se apoderó de su expresión.

—Dijo algo acerca de «colgar un trofeo negro» en la pared… —comentó Claggart.

—¿El señor Baylor dijo eso?

—Lo dijo aquel día al anochecer, cuando vio a unos tipos robando en la casas de enfrente.

—¿Alguien más oyó esa frase?

—Un par de amigos que estaban conmigo aquí en el jardín. Otis había salido con su rifle. Oiga, yo no lo culpo… De hecho le ofrecimos ayuda.

—¿Podría apuntarme los nombres de sus amigos y sus direcciones, por favor?

—Espero no estar causándole problemas a nadie —dijo quitándome de la mano mi bolígrafo y el bloc—. Sólo quiero hacer lo que corresponde.

Con amigos como Tom Claggart, Otis Baylor no precisaba enemigos.

No pude resistirme a entrevistar a un personaje secundario llamado Sidney Kovick, un tipo enigmático cuya personalidad podía ser la de un sociópata o la de un maestro de actores. Kovick era alto, robusto, de cabello oscuro, ojos más bien juntos y ceño fruncido. Solía llevar ropa fina y mocasines burdeos con borlas, bien lustrados. Al caminar, lo hacía con ese sonido invisible que emiten el dinero y el poder. Cuando entraba en una habitación, la mayoría

de la gente empezaba a susurrar automáticamente, incluso aquellos que no lo conocían.

Había crecido en North Villiere Street y trabajó como repartidor de UPS. Después se alistó en las fuerzas aerotransportadas y se marchó a Vietnam, y regresó con una Estrella de Bronce y un Corazón Púrpura. Pero a Sidney no le interesaba su propio heroísmo. El ejército le había gustado porque le resultaba comprensible, porque apreciaba su coherencia y su predictibilidad. También apreciaba la cantidad de trapicheos que la institución le facilitaba: Sidney prestaba dinero al veinte por ciento de interés a otros soldados, tenía conexiones con chulos del Bring Cash Alley de Saigón y vendía en el mercado negro vietnamita camiones llenos de productos destinados a las tropas. Sidney no creía que una nimiedad como la geografía debía interferir en el desarrollo de su talento.

Cuando alguien le pedía consejo sobre cualquier problema, su respuesta era siempre la misma: «Nunca permitas que los demás sepan lo que estás pensando».

Ahora era dueño de una floristería, le encantaba el cine y llevaba siempre un clavel en la solapa. Su cita preferida era una versión de la frase que Rhett Butler pronuncia en *Lo que el viento se llevó*: «Se pueden hacer grandes fortunas durante el apogeo y la decadencia de las naciones». Sidney siempre estaba invitado al baile de investidura del gobernador, paseaba en carroza durante Mardi Gras y una vez incluso actuó sobre el ala de un biplano en un espectáculo aéreo sobre el lago Pontchartrain. Acostumbrados a los desechos callejeros con los que lidiaban habitualmente, los policías veteranos lo consideraban una brisa de aire fresco. El único problema que empañaba el halo romántico de Sidney Kovick era que podía aplastarte como a una cucaracha mientras sorbía un vaso de borgoña.

Los trabajadores entraban y salían de la casa, y yo entré sin llamar. Parecía como si un ejército de vikingos hubiera arrasado la casa. Sidney estaba en el salón, contemplando una araña de cristal que alguien había convertido en colgajos enredados con un rastrillo.

—Te han golpeado duro, ¿eh? —dije.

Me miró como si estuviera estudiando las páginas de una agenda giratoria Rolodex.

—Sí —repuso—. No hay duda de que la población negra está

fuera de control. Creo que deberían lanzar productos anticonceptivos de forma masiva sobre dos tercios de la ciudad. ¿Qué haces aquí, Dave?

—Investigar los disparos que recibieron los tipos que entraron a robar a tu casa.

—Los que entran a robar no se mean dentro de la nevera y el horno.

—Tienes razón —dije, mientras unos trozos de escayola crujían bajo mis pies—. Parece que arrancaron todos los paneles de las paredes y algunos del techo. ¿Crees que buscaban algo en particular?

—Los secretos del Código da Vinci. ¿Sigues sin darle al jarabe?

—Sigo en Alcohólicos Anónimos, si a eso te refieres.

—No seas tan estirado, que se te va a partir el cogote. No era mi intención ofenderte. Sólo te iba a invitar a un par de dedos de Jim Beam, es lo único que te puedo ofrecer. Me enteré de que uno de esos negros quedó más blando que una babosa.

—Tú lo has dicho. Pero aún no he hablado con él.

—¿No?

No sabía si Sidney me estaba escuchando o si quería que le repitiera lo que le acababa de decir. Le ordenó a un operario que cogiera una escalera y descolgara la araña destrozada. Después acarició la superficie de la mesa del comedor y se quitó el polvo de los dedos.

—¿En qué hospital se encuentra esa babosa humana?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque siento lástima por él. A la madre de alguien que le hace esto a la casa de un desconocido la debieron de fecundar con una bolsa de colostomía agujereada.

—Siempre has tenido el don de la palabra, Sidney…

—¿Qué esperabas? Nací en Nueva Orleans. Ésta era una gran ciudad, ¿recuerdas la música y el parque de atracciones en el lago Pontchartrain? ¿Y los puestos de helados en las esquinas y las familias sentadas en los porches? ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste seguro andando de noche por Nueva Orleans?

Cuando vio que no le contestaba, me disparó con un dedo.

—Te he pillado —me dijo.

Al salir al jardín me percaté de la presencia de Eunice. La esposa

de Sidney provenía de una aldea de pescadores del distrito de Plaquemines, una aberración geológica que se adentra como un cordón umbilical en el Golfo de México. Eunice era igual de alta que su marido, tenía cara de caballo, los ojos hundidos y hombros masculinos. Durante décadas su familia mantuvo una alianza política con cierto juez que gobernaba el distrito de Plaquemines como si fuera su propio feudo, un racista declarado que llegó a clausurar una iglesia católica porque el obispo había designado como pastor a un sacerdote negro.

Al menos hasta donde yo sabía, Eunice tenía poco que ver con su familia. De hecho, su padre había dicho de ella: «La pobre es tan fea que hace descarrilar los trenes. Pero tiene un gran corazón, da de comer a todos los perros callejeros y negratas del distrito».

El hecho de que Eunice se hubiera casado con Sidney Kovick era algo que superaba mi entendimiento.

—¿Cómo estás, Eunice? —le dije.

—Muy bien, Dave. ¿Y tú?

—Lamento lo de tu casa. ¿Tenéis un buen seguro?

—No lo sé, pero pronto lo averiguaremos.

—¿Tienes idea de por qué estos tipos arrancaron todas las paredes y techos de vuestra casa?

—¿Qué te dijo Sidney?

—No hizo conjeturas.

—Vaya sorpresa.

Eunice tenía una de las sonrisas más dulces que yo haya visto en mujer alguna.

—Nos vemos, Eunice.

—Cuando gustes.

La última parada la hice en el hospital donde Bertrand Melancon había dejado a su hermano herido.

12

Pero descubrí que Eddy Melancon había sido trasladado a un hospital de Baton Rouge. Me dirigí hacia la Interestatal 10 y acabé en medio de un tráfico denso que sorteé con la sirena del coche patrulla. Finalmente llegué a las afueras de Batón Rouge. Las calles estaban atestadas de coches, camiones, autobuses y grúas de remolque. Pese a la prioridad que me otorgaba mi vehículo, no conseguí llegar al hospital de Nuestra Señora del Lago hasta media tarde.

Ojalá no hubiese llegado nunca. Me imaginaba que a lo largo de su corta vida Eddy Melancon habría causado daños irreparables a muchas personas. Y si eso que llaman karma realmente existe, éste le había caído encima a Eddy como una bola de demolición con pinchos.

Parecía menudo, tumbado en la cama. Sus ojos se asemejaban a los de un mapache, como si le hubiesen pintado la piel de alrededor con polvillo de carbón. Cables y tubos le ensartaban el cuerpo, y los brazos yacían inermes a sus costados. Le mostré la placa y le dije quién era.

—¿Sabes quién te metió el pepinazo?

Él fijó su mirada en la mía, pero no respondió.

—¿Puedes hablar, Eddy?

Apretó los labios, pero no habló.

—¿Sabes si el disparo provino del otro lado de la calle?

Su garganta emitió un chasquido húmedo y un sonido como el que sale de la cámara pinchada de una pelota de rugby.

—Ajá —susurró.

—¿Viste el fogonazo?

—No.

—Oíste el disparo pero no viste el fogonazo…

—No, no lo vi.

—¿Estás enterado de que entrasteis a robar en la casa de Sidney Kovick?

—Yo no entré a robar en ninguna casa.

—Claro —respondí, y acerqué la silla a su cama—. Escúchame, Eddie. Si viene a verte gente que no conoces, asegúrate de que sean policías. No dejes que ningún desconocido te saque de este hospital.

Me miró con ojos burlones.

—Oye —le dije—. Si habéis obtenido un buen botín en casa de Sidney, él va a recuperarlo, y para ello utilizará cualquier método que dé resultados.

Eddy quiso hablar, pero se atragantó con la saliva. Me incliné sobre él y pegué mi oído a su boca. Sus palabras me humedecieron la mejilla, su aliento olía a tumba.

—Repite lo que has dicho —dije.

—Robamos un bote —gimió—. Nada más.

—¿A Sidney Kovick?

—No, en el Lower Nine. Sólo queríamos seguir vivos. No estuvimos en ninguna casa de los barrios residenciales.

Le dejé una de mis tarjetas de visita encima del pecho:

—Te deseo mucha suerte, chaval. La vas a necesitar.

Esa noche, cuando llegué a casa, dormí como un tronco.

Al amanecer, sentado en los escalones del porche trasero de mi casa, tomé un cuenco de cereales Grape-Nuts, plátanos en rodajas y un café con leche. La bruma teñía de gris los robles de Virginia y las pacanas; Trípode, nuestro mapache de sólo tres patas, y nuestro gato Snuggs comían sardinas de una lata a mis pies. Molly abrió la puerta mosquitera y se sentó junto a mí, aún llevaba puesta su bata de andar por casa. Me rozó la nuca con sus uñas.

—Alafair pasó la noche en casa de los Munsons —me dijo.

—¿De veras?

Contempló la pendiente hacia abajo, en dirección al *bayou*. Al pie de los troncos, los dondiegos de noche, dorados y rojos, seguían abiertos. En medio de la bruma un pez orondo chapoteaba entre los nenúfares.

—¿Tienes tiempo de entrar un rato? —le pregunté.

A las diez de la mañana, Helen Soileau entró a mi despacho.

—¿Qué tal te fue ayer? —preguntó.

—Escribí todo lo que averigüé y lo envié por fax a la oficina del FBI en Baton Rouge. Dejé una copia en tu bandeja. También hablé por teléfono con un tipo del DPNO. Este caso va para largo.

—¿No crees que Otis Baylor haya disparado a esos tipos?

—Su vecino se mostró muy dispuesto a acusarlo, aunque también tuve la sensación de que le falla el lóbulo frontal. Van a seguir apareciendo cadáveres bajo los escombros y el fango durante meses. ¿Quién va a perder el sueño por un par de saqueadores que se comieron un proyectil de alta velocidad cuando destruían las viviendas de otros ciudadanos?

—De acuerdo, continuemos. El centro de acogida de City Park está lleno de evacuados. Necesitamos trasladarlos a Houston, si es posible. El Hospital General de Iberia y el Dauterive están hasta los topes. Y en el de Lafayette la situación está aún peor. Créeme, colega, he visto follones en mi vida, pero ninguno como éste.

No iba a discutírselo. Es más, ni siquiera me apetecía comentarlo.

—¿Qué opinión te merecía Lyndon Johnson? —me preguntó.

—¿Antes o después de tener que ir a Vietnam?

—Cuando el huracán Betsy golpeó Nueva Orleans en el 65, Johnson aterrizó en la ciudad y se dirigió a un centro de acogida lleno de personas evacuadas de Algiers. Estaba oscuro allí dentro, la gente estaba asustada y no sabía qué podía llegar a pasarles. Johnson se iluminó la cara con una linterna y dijo: «Me llamo Lyndon Baines Johnson. Soy su maldito presidente y he venido a decirles que mi gobierno y el pueblo de Estados Unidos están con ustedes». Vaya tío, ¿eh?

Pero yo no le prestaba atención. Había un detalle en la investigación sobre Otis Baylor que no le había mencionado a Helen. Por lo general no le interesaban las complejidades, y mucho menos cuando no caían dentro de nuestra jurisdicción.

—Ayer pasé por la casa de Sidney Kovick y tuve una charla informal con él —dije—. Los saqueadores arrancaron los paneles, las molduras y el yeso de casi todas las paredes y los techos.

—Apúntales un tanto a los ladronzuelos.

—Creo que le han robado muchísima pasta. Sidney nunca ha

tenido problemas con hacienda, por lo que no me extrañaría que sus paredes estuvieran atiborradas de dinero en metálico.

—¿Y qué?

—Me quiso sonsacar en qué hospital se encontraba el tetrapléjico.

—¿Y?

—Está en Nuestra Señora del Lago, en Baton Rouge. Le advertí que estaba en peligro, pero Eddy Melancon no es de los que escuchan.

Helen me tiró de un lóbulo.

—Oye, *bwana*…

—¿Qué?

—Esa pandilla va a cosechar lo que ha sembrado. ¿Me has entendido?

—Y así ha de ser.

Bertrand Melancon no se le escapó a Clete Purcel durante el traslado al recinto cercado del aeropuerto, sino carretera arriba, cerca de Gonzalez, cuando el autobús del servicio penitenciario en el que viajaba el reo se detuvo en un campo inundado a esperar que pasara la peor parte del huracán. Cientos de presos provenientes de dos cárceles de distrito, y sus guardias, se apiñaron en aquel prado, mientras los rayos estallaban sobre sus cabezas y la lluvia casi les arrancaba la ropa. Sospecho que muchos de ellos pasaron por uno de los momentos más religiosos de sus vidas. En cambio, Bertrand Melancon llegó cuando el drama de sus compañeros había pasado a la historia y el prado se había convertido en un par de hectáreas de tierra removida y cubierta de residuos, donde las garcetas y las gaviotas sin hogar competían por la basura.

—Eh, tío —preguntó Bertrand al guardia—, ¿cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí?

—Ahora mismo, el hotel Four Seasons está un poco lleno. Pero ya avisamos a las doncellas que estabais por llegar y les dijimos que tengan vuestras habitaciones preparadas cuanto antes.

La mayoría de los presos del autobús no sentía ningún deseo de escapar. Estaban agotados, cubiertos de picaduras de mosquitos y quemaduras de sol, y con descomposición a causa de la mala

comida. La mayoría sólo ansiaba llegar a una prisión importante para poder sentarse a mirar la televisión con aire acondicionado, camas limpias y comida caliente. De haber podido elegir, habrían preferido estar en unas instalaciones rodeadas de muros de dos metros de espesor y cimientos que ni el diluvio de Noé pudiese estremecer.

Pero Bertrand tenía otros planes. Al anochecer, cuando el autobús salió a la carretera, Bertrand levantó el enrejado de una de las ventanas traseras y se lanzó a una zanja de agua de lluvia. Hasta que el autobús no recorrió la mitad del camino a Shreveport, nadie notó su ausencia.

Nig Rosewater fue al apartamento de Clete en St. Ann, a darle la noticia personalmente. Nadie podría decir que Nig tuviera «un cuello como el de una boca de riego», porque Nig no tenía cuello en absoluto. Los mofletes y la barbilla bajaban directamente hasta los hombros, y la camisa almidonada y el alfiler de corbata dorado que llevaba no mejoraban su apariencia. De hecho, con esa nueva corbata dorada parecía un cerdo masticando una hoja de mazorca untada de mantequilla.

—Nig, yo entregué la mercancía y me dieron un recibo firmado por la transferencia de la custodia —se defendió Clete—. A partir de ese momento, Bertrand Melancon pasó a ser responsabilidad del distrito de Nueva Orleans. En cuanto a la otra mitad de tus treinta mil pavos fugados, se encuentra en Nuestra Señora del Lago. Me debes tres de los grandes.

—Tú no tuviste nada que ver con la captura del vegetal que está en el hospital. Así que tus tres mil son mil quinientos, en el mejor de los casos —respondió Nig—. Pero no es por eso por lo que he venido. Esta mañana a las siete, dos matones de Sidney Kovick llamaron a mi puerta. Les dije que no sabía dónde estaban Bertrand Melancon y André Rochon y que si lo supiera no tendría un descubierto de quince de los grandes en el banco. Entonces me preguntaron en qué hospital estaba el vegetal. Les dije que tampoco lo sabía, porque el gobierno no suele consultarme cuando envía gente de una punta a otra del país.

»Uno de ellos me dijo: “Me limpio el culo con tus quince mil. Y será mejor que entregues a los negratas que entraron en casa del señor Kovick, porque si no, el señor Kovick cargará en tu cuenta lo

que ellos le hayan robado o destrozado".

El apartamento de Clete está encima de su despacho. Hacía un día claro y soleado, y en el balcón se amontonaban los pájaros, tiesos y con las plumas al viento, que el vendaval había estampado contra el costado del edificio.

—No sé qué tengo que ver yo con todo eso —dijo Clete—. Especialmente cuando estás intentando quedarte con los honorarios que me corresponden por recuperar al reo.

—Quítate la cera de los oídos, Purcel. Estos tipos han robado algo que Sidney no tenía asegurado y que no puede desgravar como pérdida de negocios. Sus matones me dijeron que se limpiaban el culo con mis quince mil. ¿Qué te dice eso? Que esos idiotas se llevaron un botín de los gordos, quizá algo de lo que no podrán deshacerse. Imagínate que sean títulos al portador o material militar de alta tecnología. ¿A quién beneficiaría que ese par de rateros saliera bajo fianza? ¿Quién tiene los contactos para vender o blanquear lo que los negratas le hayan robado a Sidney?

Como para ocultar su reacción, Clete hundió la nariz en el pañuelo y se sonó.

—Yo te diría que le pusieras un par de huevos y los mandaras a tomar por culo. No dejes que Sidney te pisotee.

—Me estás cabreando, Clete.

—Vaya, lo siento mucho.

El apartamento tenía la luz cortada y Nig sudaba como un pollo dentro de su americana.

—¿Por qué no quitas los pájaros muertos del balcón? —dijo Nig —. Aquí dentro apesta.

Sus ojos mostraban la inconfundible pátina del miedo.

Antes de la llegada del huracán, Clete había llenado la bañera y el lavabo con agua del grifo. Ahora utilizaba esa misma agua para lavarse con una esponja, afeitarse, cepillarse los dientes y llenar el depósito del váter. Cuando Nig se hubo ido, Clete se puso ropa limpia y se peinó, se colocó la sobaquera de nailon y metió en ella su Smith & Wesson pavonado. Bajó al patio y arrancó el último Cadillac que había adquirido, un viejo descapotable azul pastel con la pintura ampollada por el calor y la capota mohosa. En el

momento de arrancar el motor sonó una explosión y una gran nube de humo negro salió por el tubo de escape. Con el sombrerito ladeado y mordiéndose la comisura del labio, Clete salió a la calle, preguntándose hasta dónde podía presionar a un hombre cuyo poder nadie —ni en los bajos fondos de Nueva Orleans ni en las fuerzas del orden— conocía con certeza.

Al otro lado del río, en Algiers, barrios enteros habían sobrevivido a la tormenta sin sufrir inundaciones y sólo con cortes del suministro eléctrico. Clete cruzó el puente con la capota del Cadillac bajada y miró de reojo la extensión de agua marrón que todavía cubría la mayor parte de Nueva Orleans, kilómetros de casas con los tejados arrancados, ríos de lodo que habían anegado los automóviles hasta llenarlos de bloques de fango duros como el cemento. La imagen era tan descarnada, tan irremediablemente triste, que Clete pisó a fondo el acelerador y a punto estuvo de estrellarse contra el camión cisterna que tenía delante.

Al llegar a Algiers aparcó en una calle residencial, frente a una floristería incrustada en los bajos de un edificio de ladrillos morados. Bajo el toldo verde y blanco a rayas que daba sombra al escaparate, dos empleados de Sidney Kovick jugaban al *gin rummy*. Eran los restos de la antigua familia Giancano que, durante un breve periodo de tiempo, habían creído que su buen momento ya había pasado. Pero entonces llegó, como un regalo del cielo, el 11-S, y la bestia negra gubernamental se olvidó de los negros que vendían *crack* en los barrios de protección oficial y fijó su atención en los jóvenes de Oriente Medio que compraban móviles a lo loco en Wal-Mart.

Clete bajó a la acera, se abrió la chaqueta y de su sobaquera extrajo, con la punta de los dedos, su 38. Sostuvo el revólver en el aire para que los dos hombres pudieran verlo y después lo dejó caer en el asiento del Cadillac.

—No lo pierdas de vista, ¿eh, Marco?

—Descuida.

—Eh, Purcel, parece que tu descapotable tiene herpes.

—Es verdad —respondió Clete—. Le dije a tu hermana que no se sentara encima, pero no me hizo caso.

Entró en la tienda y la campanilla de la puerta tintineó encima de su cabeza. El hombre alto que lo esperaba detrás del mostrador

lucía pantalones de claqué y una camisa azul de manga larga. El cuello abierto dejaba entrever un pecho con espesos rizos de pelo negro.

—¿Qué hay de nuevo, Sidney? —saludó Clete.

Sidney empezó a colocar rosas de tallo largo en un florero verde.

—¿Nig Rosewater te ha enviado a verme? —respondió.

—Nig dice que buscas a los negros que te robaron, y te entiendo. Pero contigo ya somos cuatro: tú, yo, Nig y Wee Willie Blimstine. He venido a explicarte que no tenemos ni idea de dónde se encuentran.

—No me mientas. A uno lo encontraste en el hospital, aunque ya no está allí.

—Es cierto, lo encontré. Pero lo trasladaron a «paradero desconocido». Así que no digas que te miento.

—¿Entonces a qué has venido?

—Porque evidentemente los mensajeros que enviaste esta mañana a visitar a Nig le hicieron una amenaza velada. Y creo que eso demuestra falta de elegancia.

—¿Falta de elegancia?

—¿Tiene eco tu tienda?

Sidney señaló con un gesto la mesa junto a la pared lateral.

—Siéntate. Estoy a punto de comer. ¿Te apetece un café?

—No tocaría una silla usada por Charlie Weiss o Marco Scarlotta si antes no la desinfectan de ladillas.

Sidney deslizó la mano dentro de la camisa, se rascó una picadura de insecto y luego se inspeccionó las yemas de los dedos.

—¿Es cierto que cuando estabas en el DPNO te cargaste a un informante federal? ¿Que el tipo ni se enteró?

—¿Y eso qué tiene de interesante? —dijo Clete desviando la mirada.

—Nada. Eres un tipo extraño, Purcel…

Clete carraspeó y dejó pasar unos minutos.

—Te diré lo que voy a hacer —expuso Clete—. Voy a devolver a André Rochon y a Bertrand Melancon a las autoridades como sea. Y lo voy a hacer porque tengo una cuenta pendiente con estos tipos, no por nada relacionado contigo. Si recupero el dinero o los bienes que se llevaron de tu casa, tú me pagas una comisión del veinte por ciento del total. Y si eso no te mola habla con tu compañía de

seguros, a ver cuánto te devuelven ellos.

»Mientras tanto, déjanos tranquilos a Nig, a Willie y a mí. Yo también estoy al tanto de la historia del tipo de Metairie y la motosierra. Personalmente, creo que es otra fábula de la mafia. En cualquier caso yo me encargo de los negros. Tú dile a Pin y Pon que no se metan. ¿Te parece razonable, Sidney?

—El diez por ciento.

—El quince.

—Me lo pienso y te llamo.

—Que te folle un pez.

La mirada de Sidney se perdió en el escaparate, donde sus dos hombres jugaban a las cartas a la sombra del toldo.

—¿Qué te hace pensar que puedes cumplir lo que prometes? —dijo Sidney.

—Es como rezar, no tienes nada que perder.

Sidney colocó, una a una, tres rosas de tallo largo en el florero.

—No la cagues —dijo, y clavó los ojos en los de Clete.

Un rayo de sol le cruzaba la cara como un tajo de cuchillo.

—¿Estás loco? —exclamé cuando Clete me telefoneó para contarme lo que había hecho.

—¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que un animal como Kovick nos amenace a mi jefe y a mí?

De fondo se oía algo así como el entrechocar de los bolos en una bolera.

—¿Por qué no mueles un poco de vidrio y lo mezclas con tu desayuno? —le dije—. Te ahorraría el tiempo y el esfuerzo de lidiar con Kovick.

—¿Recuerdas esa frase de Maquiavelo acerca de tener a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más?

—Será de Maquiavelo, pero es una chorrada —respondí.

—Oye, necesito un lugar donde quedarme. Sigo sin electricidad y una cosa con tentáculos negros se ha asomado por el desagüe.

—¿Qué pasó con tu habitación del motel?

—Se la alquilaron a unos evacuados.

—Quédate con nosotros —dije.

Intenté mantener un tono calmo, pero no por eso ignoré el

sinnúmero de acontecimientos de pesadilla que podían producirse por tener a Clete de huésped.

—¿Molly no se molestará?

—No, se alegrará.

—Estoy en la bolera de East Main, pero salgo ahora mismo hacia allá. Dile a Molly que no prepare nada, tiarrón, que yo me encargo. Está todo controlado.

A las seis en punto, Clete apareció en su coche. Traía un cubo de pollo frito Popeyes, bollos de suero de leche, un gran cubo de ostras fritas y arroz salteado con menudillos. Y además, una bolsa con platos, tenedores y cuchillos desechables, servilletas de papel y un paquete de seis refrescos Dr. Pepper. Clete puso la mesa enseguida, mientras Molly y Alafair intentaban disimular la risa.

—Tenemos platos y cubiertos, Clete —le dije.

—¿Para qué ensuciar? —repuso él.

Molly negaba con la cabeza, indicándome que no lo riñera. Alafair no era tan diplomática.

—¿Hay un poco de ensalada ahí dentro, Clete?

—Por supuesto —contestó él, y extrajo con orgullo un kilo de ensalada de patatas de la bolsa.

El buen humor de Clete era a menudo una señal de preocupaciones y recuerdos que no compartía con cualquiera. De cara al mundo, era un embaucador y un hedonista irresponsable que sembraba el caos y el desastre dondequiera que fuese. Pero cuando dormía, Clete seguía soñando con dos adultos que se peleaban por las noches, con las veces que su padre lo hacía hincarse con las rodillas desnudas sobre el arroz que había desperdigado por el suelo, con chozas de paja en llamas bajo una lluvia de fósforo líquido. Aunque a veces Clete parecía desconcertado, nunca admitiría que por esa ventana oscura acababa de ver a una campesina vietnamita muerta que le devolvía la mirada.

Tras la cena, salió solo a dar una larga caminata por City Park, luego regresó y se acostó temprano en la habitación de invitados. Poco después de las cuatro de la madrugada, oí a Trípode corretear de una punta a otra del tendedero al que enganchábamos su cadena. Procurando no despertar a Molly, me puse mis pantalones caquis y abrí la puerta del fondo. Ahí estaba sentado Clete, en

calzoncillos y a la luz de la luna. Cuando oyó que se abría la puerta mosquitera, quitó la botella de bourbon de la mesa de secuoya y la puso detrás del muslo.

—No tienes por qué esconderla —dije.

—No podía dormir. Pensé que había oído truenos, pero el cielo está despejado.

Me senté a su lado.

—¿Qué es lo que te preocupa, compañero? —pregunté.

—El otro día regresé a mi antiguo barrio, en el Canal de los Irlandeses. Siempre he odiado a mi viejo y la casa donde crecí, pero volví. Al ver los destrozos que había sufrido durante la tormenta, sentí cosas que nunca antes había sentido. Eché de menos a mi viejo y el traqueteo de su camión lechero cuando se marchaba a las cuatro de la mañana, eché de menos a mi mamá haciendo panqueques en la cocina. Fue como si toda mi niñez hubiera acabado para siempre, a pesar de que yo no quería que acabase. Fue como haberme muerto sin que me hubieran avisado.

Cogió la botella y desenroscó el tapón. Estaba envuelta en una bolsa de papel marrón. Se la llevó a la boca, la inclinó y la luz de la luna destelló sobre el pico. Pude oler el bourbon mientras se escurría cuello abajo. Me imaginé su color ambarino dentro de las duelas del barril de curado, vi la burbuja que se forma en el cuello de la botella cuando el corcho la mantiene cerrada al vacío, vi cómo salpicaba el alcohol al caer en un vaso con hielo y hojas de menta. Inconscientemente, tragué saliva y me acaricié la frente como si se me hinchara una vena de la cabeza.

—Lo llaman «visión de la propia mortalidad» —le dije.

—¿Y eso qué es?

—Son los sentimientos que tuviste al regresar a tu antigua casa.

—¿Tengo miedo de morir?

—Has visto morir Nueva Orleans, Clete. Eso es como haber tenido una aventura con la Gran Puta de Babilonia. Cuando por fin recobras el sentido y tomas de nuevo las riendas de tu vida, te das cuenta de que ella fue la única mujer a la que realmente amaste en toda tu vida.

Clete volvió a empinar la botella y bebió rítmicamente, observándome con un ojo, como si acabara de hablar con uno de los fantasmas de sus pesadillas.

Pero Clete no era el único de Nueva Orleans que había venido a refugiarse al distrito de Iberia. Dos semanas después de enviarme a investigar el tiroteo que mató a Kevin Rochon y dejó paralítico a Eddy Melancon, Helen Soileau me mandó llamar a su oficina. Tenía un fragmento de uña en la lengua y lo escupió.

—Otis Baylor acaba de mudarse de nuevo al centro de la ciudad con su familia —me dijo—. Evidentemente, todavía son propietarios de una casa en Old Jenearette Road.

Esperé a que ella continuara.

—¿Crees que Baylor se cargó a esos dos saqueadores? —preguntó.

—¿Quieres saber si es esa clase de tipo? Pues no, no creo que lo sea. Sin embargo…

—¿Qué?

—Su hija sufrió una experiencia terrible a manos de tres gamberros. Yo no sé lo que habría hecho en el lugar de Baylor.

—Esa última frase no la he oído.

—Quizá Baylor creyó que los tipos iban a irrumpir en su casa. Quizá lo traicionaron los nervios…

—Si este tipo debe una muerte, no quiero que use nuestro distrito como escondite. Ve a hablar con su mujer y su hija.

—Preferiría no hacerlo.

—Y yo preferiría no tener que ir a mi funeral —gruñó—. Ahora lárgate.

La casa de Baylor era una vivienda de dos plantas del siglo diecinueve, de fachada verde oscura, con ventanas y techos altos y un tejado de latón de dos aguas veteado por una capa de óxido que en la sombra daba la impresión de ser morada. No era muy distinta de la mía. Estaba algo alejada de Bayou Teche, entre pacanas, palmeras y un roble de Virginia del que pendía musgo español, y rodeada por una galería con mosquiteras. De una rama del roble pendía una mecedora sujeta por cadenas. En el camino de pizarra de la entrada había aparcado un Honda color habano cubierto de excrementos de pájaros. Una chica de unos diecinueve años me abrió la puerta.

—Me llamo Dave Robicheaux y represento al Departamento del Sheriff —dije desplegando mi placa—. ¿Está el señor Baylor?

—Está en el trabajo.

La joven llevaba pantalones de chándal negros y una camiseta blanca cubierta de pequeños trocitos de hojas.

—Estaba limpiando el jardín de atrás cuando usted hizo sonar la campanilla —explicó.

—¿Es usted la hija de Otis Baylor?

—Soy Thelma Baylor.

—¿Está su madre?

—Mi madrastra está en la tienda de comestibles.

—Me gustaría hablar con usted. Estoy investigando los disparos que alcanzaron a los saqueadores frente a su casa de Nueva Orleans. Tenemos algunas pistas, pero todavía no sabemos dónde se encontraban esos tipos cuando les dispararon.

—Les dispararon. ¿Qué importancia tiene dónde estaban?

—Tiene razón. ¿Puedo pasar?

—Puede mirar cómo rastrillo las hojas…

La seguí por la cocina hasta el jardín trasero. A ambos lados de la sencilla casa se alzaban viviendas de esas que se ven sólo en las postales: mansiones de antes de la Guerra Civil, pertenecientes a antiguas plantaciones. Cien metros más abajo, después del puente levadizo, se extendía una barriada de caravanas donde todas las formas de podredumbre social imaginables eran estilos de vida establecidos.

—¿Le gusta Nueva Iberia? —pregunté.

—¿Siempre hay esos atascos en Wal-Mart o es sólo por el huracán? —me contestó, arrastrando unas hojas ennegrecidas por el moho con su rastrillo de bambú.

Comprendí que esto no iba a ser fácil. Tomé asiento en los escalones traseros.

—¿Oyó los disparos? —pregunté.

Ella dejó de rastrillar y perdió la vista en un punto indefinido del aire:

—Oí un solo disparo, que me despertó.

—¿Sólo uno?

—Sí.

—¿Dónde dormía?

En la sombra, su cara se veía pálida, redonda y carente de expresión. El lápiz de labios era brillante, de un color artificial. El flequillo le caía como la toca de una monja.

—Estaba en mi habitación —contestó.

—¿En la planta de arriba?

—Sí, mi habitación está en la planta de arriba. Oiga, no veo de qué sirve todo esto. ¿Prefiere hablar con mi padre?

—¿Cree que su vecino Tom Claggart es capaz de cargarse a un par de saqueadores?

—El señor Claggart es un pene gigante con brazos y piernas y una cara dibujada en el glande. No sabría decirle de qué es capaz.

Es el momento de arriesgarse, me dije.

—Sé lo del ataque que sufrió hace dos años, señorita Thelma. Tengo una hija un poco mayor que usted. Si yo creyera que ella está en peligro, amenazada por esa clase de hombres que la atacaron a usted, les volaría la cabeza.

Ella empezó a mover el rastrillo más lentamente, a respirar con dificultad.

—Perdí a mi madre y a mi mujer a manos de hombres violentos —continué—. Creo que los hombres que maltratan a las mujeres son cobardes física y moralmente. Creo que los violadores deberían ser los primeros de la fila a la hora de recibir la inyección letal.

La joven se quedó quieta. Tenía pizcas de tierra pegadas en las comisuras de la boca.

—Creo que usted vio y sabe más de lo que me está contando —le dije.

—Vi a un tipo flotando boca abajo en el agua, a otro que estaba herido, a un tercero que huyó chapoteando por el agua. El cuarto tipo intentaba subir al herido al bote.

—Muy detallado, gracias. —Lo apunté en mi libreta y guardé el bolígrafo, como si hubiésemos acabado—. ¿Dónde se encontraba su padre?

—En su dormitorio.

—¿Y su madre?

—Mi madrastra. Mi verdadera madre murió.

—¿Dónde estaba su madrastra?

—En el dormitorio, con mi padre.

—¿Su padre disparó a esos tipos?

—¿Por qué se molesta en preguntar? Si no le creyó a él, tampoco va a creerme a mí.

—Creo que usted carga con un dolor terrible, señorita Thelma.

No he venido a aumentarlo.

—Ya es hora de que se calle, señor Robicheaux.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Por qué cree que sabe lo que me ocurrió? ¿Por qué presupone que mi familia es capaz de vengarse de personas contra las que no tiene nada? No soporto a los hombres como usted. No tiene ni idea de lo que es ser víctima de una violación. Si lo supiera, no estaría siendo tan condescendiente ni intentando manipularme.

—Lamento haberle dado esa impresión.

—No es una impresión.

Me levanté de los escalones y me limpié el fondo de los pantalones.

—De todos modos, lo siento —dije.

—Que le den.

Mientras me alejaba del jardín, miré por encima de mi hombro. La joven parecía flotar en medio de una nube de ligeras partículas de polvo, humo y trozos de hojas resecas. Reemprendió el trabajo, rastrillando el suelo con tanta fuerza que rompió los dientes del rastrillo de bambú contra las raíces de un ciprés. Por un breve instante, su intensa concentración e ira le confirieron un aura de integridad que siempre he asociado con Alafair.

Al día siguiente telefoneé a casa de los Baylor y le pedí a la señora Baylor que se pasara por comisaría a responder a unas preguntas.

—¿Más preguntas sobre los saqueadores a los que dispararon? —respondió.

—Así es.

—¿Es absolutamente necesario?

—Sí, señora. Lo es.

—Estamos en Old Jeanerette Road, un poco más allá de la plantación Alice. ¿Por qué no se acerca usted, si quiere hablar?

Me di cuenta de que Thelma no le había hablado a su madrastra de mi visita.

—Será un placer —repuse.

—Señor Robicheaux, hagamos esto de otro modo. Estoy convencida de que está perdiendo el tiempo investigándonos a nosotros, pero aun así nos gustaría ser sus amigos. ¿Qué le parece si

lo invitamos a usted y a su familia a cenar? Verá que somos personas sinceras, que deseamos ayudarlo en todo lo que podamos. Lo cierto es que estábamos cerca, pero no tenemos ni idea de quién disparó a esos hombres.

—Es muy amable de su parte, señora. Pero hay ciertas normas que no puedo quebrantar. ¿Estará en casa dentro media hora?

—No, tengo cita con el médico.

—¿Y mañana?

—No estoy segura. ¿Puedo llamarlo?

—Necesito fijar una cita con usted ahora mismo, señora Baylor.

—Lamentablemente, eso no va a ser posible, señor Robicheaux. He intentado cooperar con usted, pero este asunto está empezando a cansarme. Me despido de usted y le deseo suerte en su investigación.

La comunicación se cortó.

Error, señora Baylor.

Entré en el despacho de Helen.

—Ayer hablé con la hija de Otis Baylor —dije—, y hoy su mujer me dio una muestra de desdén digna de una estatuilla de la academia.

—Cálmate, colega —respondió Helen reclinándose en su sillón giratorio.

—Están mintiendo —dije desparramando mis notas sobre el escritorio de Helen—. Escúchame: tanto Otis como su hija dicen que oyeron un único disparo. Ambos usan las mismas palabras, dicen «me despertó». Cuando le mencioné a la hija que hubo varios disparos, incluso me corrigió. Desde el principio me molestó que Baylor declarara que había oído un solo disparo. Eso no es lo que dice la gente que oye un tiro y se despierta. Todo lo que saben es que los sobresaltó un ruido y que se despertaron, no se ponen a contar el número de disparos.

Noté que la atención de Helen se agudizaba.

—Tanto Otis como Thelma describieron lo que vieron siguiéndola misma secuencia. Empezaron mencionando a un hombre flotando en el agua. Había cuatro tipos dentro o en torno al bote, pero Otis y Thelma mencionan primero al chico que flotaba en

el agua. ¿Por qué no al que escupía sangre por la boca? Creo que se han puesto de acuerdo para contar la misma historia.

Helen se restregó la nuca. Cuando reflexiona, su rostro sufre una transformación andrógina encantadora y misteriosa a la vez. Creo que en su interior conviven varias personas distintas, pero nunca se lo he mencionado. Había tenido muchos amantes a lo largo de los años, hombres y mujeres, entre los que se contaba Clete Purcel. A veces, Helen me mira de una manera que me hace sentir sexualmente incómodo, como si una de las mujeres de su interior se hubiese descarriado.

—¿Has tenido alguna noticia de los federales o del Departamento de Policía de Nueva Orleans? —me preguntó.

—No.

—Escribe lo que acabas de contarme y envíalo por fax a Baton Rouge, y de paso diles que empiecen a limpiar su propia mierda. Quiero este caso lejos de nuestro departamento.

—¿Por qué has cambiado de parecer?

—¿Has visto el Canal del Tiempo?

—No.

—¿Te has enterado del nuevo huracán, el que se suponía iba a golpear Texas?

—¿Rita?

—Pues ya no va hacia Texas.

¿Existe una razón que explique los acontecimientos que irrumpen en nuestras vidas? ¿O suceden caóticamente, como un desguace que se desploma escaleras abajo? Y si fuera lo segundo, ¿cómo se enfrenta uno a ello?

Si usted es de los que regularmente se deja el dinero en apuestas tipo *parimutuel*, en las que todo lo apostado va a parar a un fondo común, si ha jugado alguna vez una partida de dados en la que le sudaban las manos o se ha permitido creer que tenía el poder psíquico para intuir la siguiente carta que saldría en el *blackjack*, entonces habrá cruzado muchas veces el Rubicón equivocado y ya conoce la siguiente sensación:

Usted percibe una cierta magia en sus manos y en su andar. El cielo magenta sobre el hipódromo y los flamencos despegando de la

laguna bordeada de césped del centro de la pista son señales de que usted y su tabla de calcular apuestas no pueden perder. Llega al casino y siente en la mano que los dados están afilados y sólidos como rubíes, y cada vez que los hace rodar por el fieltro y golpear contra el tablero del fondo, usted dobla sus apuestas. El marcado escote de la joven que reparte en la mesa de *blackjack* nunca será tan emocionante como recibir una carta baja en la quinta vuelta de una partida de *five-card Johnny*.

Usted sabe que no va a perder, que la voluntad de Dios es que no pierda. Los demás se le acercan como polillas a una bombilla incandescente. Sueltan gritos ahogados ante su temeridad y su fe en sí mismo, desean restregarse contra usted para que sus cuerpos absorban parte del poder que usted irradia.

Y entonces la cosa se empieza a torcer. Descalifican a su caballo porque en la curva más alejada de la pista el yóquey embistió al animal de otro jinete. Los dados que tiene en la mano parecen de plomo y sólo consigue lanzar dobles treses, dobles unos y dobles seises. De pronto parece que la joven crupier empieza a darle cachiporrazos, pues sólo reparte las cartas más altas de la baraja, eliminándole una y otra vez, bostezando y tentándolo a la vez con su escote, esa invitación imposible que está a sólo unos centímetros de su cara.

Usted acaba de llegar a «la zona muerta», el sitio al que todo jugador degenerado llega por voluntad propia, aunque se niegue a aceptarlo. Acérquese al bar del hipódromo después de la séptima carrera y verá a un montón de apostadores contentos como cerdos saciados. Han perdido el dinero de la compra, del alquiler, de la hipoteca, de la letra del coche y hasta el que le deben al prestamista. Pero están en paz, porque ya no pueden perder más. Por fin tienen la prueba empírica de que el universo ha conspirado para timarlos y dañarlos. Su fracaso personal es el fracaso de Dios. El alma del jugador ha ido a parar a un ataúd lleno de hielo seco. La batalla ha terminado.

Cuando entré en la cafetería del departamento, varios ayudantes uniformados miraban atentos la CNN. Su expresión y postura me recordaron a unos pilotos de helicópteros que había visto muchos

años atrás en una sala de reuniones, justo antes del amanecer y con el Mar de China como telón de fondo. Muchos de esos pilotos eran suboficiales y no superaban los veinte años. Pero nunca pude olvidar la tensión reprimida de sus rostros, sus voces deliberadamente contenidas y el solipsismo autoimpuesto de sus miradas, que te anunciaban que desde el otro lado de la bahía, desde China, el amanecer iba a llegar como un trueno.

El huracán Rita se acercaba generando vientos de trescientos kilómetros por hora, y en un primer momento se calculó que tocaría tierra al nordeste de Corpus Christi, en los alrededores de Matagorda Bay. Más tarde cambió de dirección y enfiló aún más al este. Temiendo una repetición del Katrina en su ciudad, los funcionarios de Houston organizaron una evacuación masiva, obstruyendo por completo las carreteras que comunicaban esta ciudad con San Antonio y Dallas. Entonces el huracán cambió de dirección una vez más y enfiló casi con seguridad en dirección a Beaumont y Port Arthur.

Texas iba a recibir el impacto directo. Nosotros quedaríamos sólo mínimamente expuestos: los vendavales causarían algunos daños, derribarían árboles y cortarían temporalmente el suministro de electricidad. Nosotros respiramos aliviados, la Providencia nos daba un respiro.

Pero entonces el Centro Nacional de Huracanes de Miami nos sacó de nuestro error. De hecho, su predicción resultaba increíble: Luisiana iba a ser golpeada de lleno por marejadas ciclónicas de seis metros y por vientos que arrancarían los tejados desde Sabine Pass hasta el río Atchafalaya. Y lo más increíble era que, según estas informaciones, la tormenta tocaría tierra en el Distrito Cameron, al sur de Lake Charles, el mismo lugar que el ojo del huracán Audrey arrasó en 1957. La oleada sísmica que precedió a la tormenta se elevó sobre el edificio de los tribunales y golpeó como un mazo gigantesco, lo que convirtió en escombros el centro de la ciudad y mató a casi quinientas personas.

—Tú estuviste allí cuando golpeó el Audrey, ¿verdad? —me preguntó un ayudante cuando me vio mirando fijamente la pantalla.

—Sí, estuve allí —respondí.

—¿En una plataforma petrolífera?

—En una barca sismográfica.

—Fue duro, ¿no?

—Lo superamos.

El ayudante era un tipo con aspecto de militar, pelo rapado al cero, demasiado almidón en la camisa y un palillo en la comisura de la boca. Lo sacó, lo echó en una lata de basura y volvió a concentrarse en la pantalla del televisor. Su garganta hizo un ruido húmedo al tragar.

Nadie quiere ir a la misma guerra dos veces. Uno paga el impuesto municipal para poder pasar a la zona muerta, donde se supone que estará a salvo. Por desgracia, la vida no funciona así.

13

Nueva Iberia y Lafayette no sólo estaban superpobladas por la llegada de los refugiados del Katrina, sino también por los evacuados que ahora llegaban huyendo del huracán Rita. Las ventas de armas y municiones se dispararon. La caridad que en un primer momento suscitaron los evacuados de Nueva Orleans estaba sufriendo una extraña transformación. En la radio, los oyentes llamaban a las tertulias de derechas quejándose con furia visceral de que los evacuados recibieran un bono excepcional de dos mil dólares para comprar alimentos y conseguir albergue. La vieja némesis sureña había vuelto a surgir entre nosotros con toda su desnudez y crudeza: el odio absoluto por los más pobres de los pobres.

El viernes al atardecer el aire era dorado como el polen, como en las vísperas del veranillo de San Martín. El descenso de la presión barométrica anunciaba poco más que un chaparrón. Y lo que en principio parecían gotas de lluvia sobre el agua eran en realidad besugos asomándose a través de la superficie del agua, entre los nenúfares. Mi anciana vecina tocaba el piano junto a una ventana abierta. Pero entonces el aire se tornó frío y húmedo, y en el jardín las hojas empezaron a caer de los árboles, dibujando remolinos por la pendiente hasta llegar al agua. Mientras el cielo se llenaba de polvo, una sombra se extendió sobre los patios y jardines de los hogares de East Main, y de pronto pareció que el *bayou* se encogía ante el fuerte viento que soplaba desde el sudoeste. Mi vecina dejó de tocar el piano y empezó a cerrar las ventanas sin escatimar ruidos.

Desde los escalones de mi patio trasero vi cómo el viento arrancaba el tejado de aluminio de un refugio para pícnics, como si

fuera la tapa de una lata de sardinas, que salió despedido dando tumbos por el césped. Vi a un hombre que siguió pescando mientras un rayo partía un roble en mitad del parque. Vi a otro hombre con el pecho descubierto sonreír a los cielos desde un hidroplano que pasó rugiendo. Y oí que en el ayuntamiento hacían sonar la sirena de Protección Civil.

Entré de servicio a medianoche y tuve la oportunidad de reflexionar una vez más sobre la advertencia bíblica de que el sol sale tanto para los hombres buenos como para los malos, de que la lluvia cae igual sobre los justos y sobre los que no lo son. Exceptuando unas pocas tejas rotas y algunas líneas de teléfono y electricidad derribadas por ramas caídas, East Main fue perdonada. Pero al sur del distrito de Iberia una corriente de más de tres metros y medio de agua se abatió sobre las caravanas y las casas bajas. Y eso no fue nada en comparación con lo que sufrieron los distritos costeros.

Una ola sísmica de agua salada, barro, peces muertos, sedimentos de petróleo y restos orgánicos borró literalmente la costa sur de Luisiana. Tierra adentro, la ola arruinó lo que no había conseguido borrar. A lo largo y a lo ancho de las marismas la casi totalidad de viviendas quedaron inhabitables; los postes de teléfono, quebrados a la altura del suelo; las carreteras, infranqueables. Arrozales y cañaverales quedaron cubiertos de agua salada; la maquinaria agrícola, enterrada bajo el lodo, y los asentamientos más próximos al golfo reducidos a amasijos de tuberías retorcidos que asomaban de una masa arenosa cuya superficie recordaba al papel de lija.

Pero los que más sufrieron fueron los animales. Según estimaciones, solamente en los distritos de Vermilion y Cameron unas cien mil cabezas de ganado murieron ahogadas. Se refugiaron en las galerías de las casas, intentaron trepar a los tractores y vagones destinados a la caña de azúcar, e incluso llegaron a subirse a los tejados, pero de todos modos acabaron ahogadas.

Armado de unos prismáticos, me encaramé sobre una máquina de hacer balas de heno. Mirando hacia el sur, hice un barrido de ciento ochenta grados de este a oeste, luego volví al punto de partida: no vi ni una sola criatura viva, ni gatos, ni perros, ni pájaros siquiera. El viento había arrancado las cortezas de los

árboles desnudándolos hasta convertir sus troncos en dedos nudosos. Las casas de ladrillos habían quedado hechas añicos. Barcos camaroneros de quince metros yacían volcados cien metros tierra adentro. Como animales de zoológico apretujados contra los barrotes de la jaula, un montón de ovejas ahogadas bloqueaba la compuerta de una esclusa de irrigación. El agua arrasó las criptas del cementerio y arrastró los ataúdes hasta varios jardines residenciales, incrustando uno de ellos en el escaparate roto de una tienda de pueblo. Vi al menos treinta vacas Hereford enredadas en una alambrada de espino, con los vientres hinchados por el calor, rodeadas de enjambres de tábanos.

El lunes por la mañana ya no podía más.

—Vete a casa, colega —me dijo Helen.

—No.

—¿Por qué no?

—Me iré cuando te vayas tú.

—Yo me marché a casa ayer. Cené, me cambié de ropa y dormí una siesta. Después volví. Cuando me largué, te dejé a cargo a ti.

La miré atontado.

—Vete a casa, *bwana*.

Al adentrarme en Nueva Iberia vi que las aceras seguían cubiertas de hojas húmedas, pero el sol ya secaba las calles. Aparqué mi camioneta en el camino y entré en casa. Alafair, Molly y Clete se habían marchado. Me desnudé en la casa vacía y me metí en la ducha, como el veterano que regresa de una de guerra que aún tiene muy presente, pero de la que no hablará con nadie. Me senté en el suelo dela ducha y, con el agua cayéndome por la espalda, me quedé profundamente dormido.

Mientras el huracán Rita machacaba la costa de Luisiana, Eddy Melancon se encontraba en la tercera planta del hospital de Nuestra Señora del Lago, en Baton Rouge, reclinado para poder mirar por la ventana. Tenía una vista estupenda del cielo nocturno, de la autopista interestatal elevada y de las cortinas de lluvia que caían entre las hileras de vehículos que entraban y salían de la ciudad. Pero a Eddy le daba igual la vista y que la enfermera se hubiera tomado el trabajo de subirle la cama para que viera la ciudad y las

espectaculares luces en el cielo. Lo cierto era que Eddy Melancon no podía dejar de pensar en su cuerpo inerte, sobre el que no tenía control motor alguno, aplastado en aquella cama como si hubiera caído desde tres mil metros de altura. Un cuerpo insensible, fláccido y alimentado a través de unos tubos cuyas agujas le perforaban venas que él ni siquiera sentía.

Era como estar enterrado vivo dentro de su propio cuerpo. Cuando se dormía, veía en su mente imágenes fragmentadas de los instantes previos a que un rifle de alto poder lo tuviera en el punto de mira: oía la pequeña rueda de esmeril de su mechero raspar secamente, veía y olía la llamarada de gasolina dentro del guardallama y entonces, justo cuando llenaba de humo sus pulmones, veía el proyectil de punta cónica acercarse zumbando por encima de las aguas crecidas, atravesar la llama del mechero y hacer un ruido húmedo al entrar y salir de su cuerpo, cercenando la médula espinal como si fuera un tubérculo seco.

En el sueño, Eddy intentaba protegerse el rostro con los brazos o zambullirse en el agua, pero nunca conseguía moverse, ni correr, ni soltar el mechero encendido que tenía en la mano. Y al despertar, por un instante creía que su terror era producto de la pesadilla, que ya había recuperado su control motriz y podía ir andando al baño y orinar en la taza del váter, mientras el día y el mundo se ajustaban a sus designios. Pero la parálisis lo tenía atrapado en un bloque de hormigón. Sacaba la lengua y se humedecía los labios, abría y cerraba los ojos en la oscuridad, esperando que algún movimiento transmitiera a su cuerpo alguna sensación. Miraba sus manos posadas sobre las sábanas y esperaba que éstas obedecieran sus órdenes. Y entonces, dentro de su cabeza oía un grito más desgarrado que cualquier grito del mundo real.

Eddy se quedó contemplando las cortinas de agua que chorreaban por la ventana y las sombras que la lluvia dibujaba sobre su piel. Entonces dos hombres con uniforme verde de enfermero entraron en la habitación. Eddy creyó que iban a comprobar su catéter, lavarle con esponjas o quizá sujetarle un vaso con pajita para beber. Quizá venían a decirle algo. Su laringe no había sido dañada y mientras pudiera hablar aún poseía cierto control sobre su vida, podría conversar con esos tipos sobre su recuperación. Seguramente hay maneras de curar médulas

seccionadas, se dijo. Claro que sí, sólo habría que ir a un hospital mejor, a algún hospital de Houston, Boston o Nueva York. Bertrand seguramente habría ocultado el botín de la casa, se dijo, y con esa pasta podrían pagar buenos médicos, buenos programas de rehabilitación. Mientras tanto, que estos inútiles sigan encargándose de cambiarme los orinales…

Uno de los hombres de verde se inclinó sobre la camilla. Desde el punto de vista de Eddy aquella cara flotaba sobre él como un globo blanco.

—¿Qué tal te sientes? —preguntó.

—Me siento bien —susurró Eddy.

¿Por qué le había contestado de ese modo, como un chavalín que escupe semillas de sandía y baila claqué para el amito blanco? Nunca antes le había hablado así al personal del hospital. ¿Por qué era diferente este tipo?

—Mejor —respondió el hombre—, porque queremos que estés cómodo durante el trayecto a la sala de operaciones.

—¿Van a bajarme en mitad de la noche?

—Todo está hecho un lío, Eddy. La tormenta nos ha hecho una faena —explicó el hombre. Luego bostezó y se miró el reloj—: Bajemos por el pasillo, que tengo que volver a casa con los niños.

El segundo hombre colocó una camilla con ruedas junto a la cama de Eddy. Entonces un rayo como una rama blanca se recortó contra el cielo negro y Eddy pudo ver la cara del hombre. Era cóncava y de ojos hundidos, su cabeza era calva y alargada, y sus labios del mismo color rosado que la goma de un lápiz. El segundo hombre empezó a desconectarle los tubos que, hasta unos segundos antes, Eddy consideraba un incordio.

—¿Qué haces, tío? —le increpó.

El hombre de la cara cóncava le sonrió desde lo alto.

—Relájate —le dijo—. Estás en buenas manos.

Sin esfuerzo alguno, los hombres de verde alzaron a Eddy y lo depositaron en la camilla con ruedas. Mientras lo empujaban por el pasillo hacia el ascensor, continuaban mirándolo con expresión benevolente, dándole palmaditas tranquilizadoras para hacerlo callar. Al llegar a la planta baja, Eddy oyó abrirse las puertas del ascensor. Y un momento después, un resoplo neumático y de nuevo un sonido de puertas que se abrían. Entonces olió la lluvia y los

escapes de los motores, y oyó las sirenas ulular a través de las calles.

Los hombres levantaron la camilla y la cargaron en una ambulancia.

—¿Quiénes sois? ¿Qué estáis haciendo? —exclamó Eddy—. ¡Socorro!

El hombre de la cara cóncava y los ojos hundidos entró con él en la ambulancia y cerró las portezuelas. El vehículo salió del aparcamiento, se incorporó a la calle y se alejó a toda velocidad. Dentro, Eddy se zarandeaba de un lado a otro en su camilla.

—¿Tienes miedo? —le dijo el hombre.

—Yo no le tengo miedo a nada —repuso Eddy—. Ni a los blanqueos ni a nadie.

El hombre se metió una barra de chocolate en la boca.

—Pues deberías —dijo, sonriendo mientras masticaba.

Clete Purcel estaba usando de base su segundo despacho, el de Main Street, y mientras tanto vivía con nosotros. Pero regresó tres veces a Nueva Orleans en busca de los hermanos Melancon y André Rochon. Para reconstruir las rutas de escape que Bertrand Melancon pudo haber utilizado para huir tras el tiroteo, Clete utilizó un callejero del vecindario de Otis Bailor. Recorrió jardines traseros y callejones, y en una intersección de aquel barrio residencial encontró a una mujer que estaba deshaciéndose de los restos de su vajilla de cocina, destrozando platos y copas contra las losas del suelo de una terraza. El sudor se le escurría por debajo de la diadema.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le dijo a Clete cuando notó que la observaba.

Él le mostró su placa de detective privado y le recordó el tiroteo ocurrido calle abajo. Luego le mencionó la fecha y la hora aproximada en que había tenido lugar.

—Estoy al tanto de lo que pasó —dijo la mujer—. Creo que recibieron lo que se merecían.

Llevaba una blusa sin espalda, shorts y chanclas. La melena castaña le caía sobre la frente, su piel blanquísima estaba cubierta de lunares. Clete dudaba que aquella fuera la clase de mujer que se

dejaría ver llevando una blusa sin espalda y shorts si no fuera por el intenso calor que hacía en el interior de la casa.

—Dos de esos tipos siguen sueltos y me gustaría encontrarlos —dijo Clete—. Viajaban en un bote de aluminio verde con motor fueraborda.

—¿Cree que han aparcado por aquí esperando a que usted llegue a buscarlos?

—No. Creo que han ocultado el botín en algún lugar cercano y quiero recuperar los bienes robados para mi cliente.

La mujer caminó hasta el borde de su jardín, puso los brazos en jarras y miró hacia la intersección. La parte superior de sus pechos estaba surcada por venas azules.

—Vi un fueraborda como el que usted describe casi embestir un hidroplano lleno de policías. En la popa iba un hombre negro, y parecía que otro iba tumbado en el pantoque. Torcieron por detrás de mi casa y subieron por el callejón. ¿Ésos son los tipos que usted busca?

—Por su descripción, parece que sí. ¿Se detuvieron?

—Ojalá lo hubieran hecho.

—¿Perdón?

—Si los saqueadores hubieran entrado en mi casa, les habría servido sándwiches llenos de veneno para ratas. Había mezclado el veneno con mostaza para que no lo notaran. Tenía una docena de ellos.

Clete apuntó la descripción del bote en su libreta.

—¿Le importa que le haga una pregunta personal?

—¿De qué se trata? —respondió ella, arrugando el rabillo del ojo izquierdo.

—¿Por qué está destrozando sus platos?

—Porque la maldita compañía de seguros no cubre daños por inundación, así que pensé en darles a esos estúpidos un daño que pudieran comprender. Y porque la maldita compañía de seguros me acaba de quitar hasta el último centavo que obtuve de mi divorcio.

Clete desvió la vista calle abajo, intentando ocultar su sonrisa.

—Oiga, no me ha dicho su nombre —dijo Clete—. ¿Le apetece tomarse un descanso y comer algo?

Era mediodía del miércoles, y yo me encontraba en el despacho de Clete en Nueva Iberia, en un edificio de ladrillo remozado en Main Street, mientras él me relataba su último viaje a Nueva Orleans. El techo de latón del siglo diecinueve lucía una orla de flores de lis y las paredes estaban decoradas con armas antiguas. Por la ventana trasera, podía verse el patio con suelo de ladrillos donde Clete suele comer, sombreado por palmeras y bananos en tiestos. Pero ese día mi compañero no podía parar de hablar de los hermanos Melancon, de André Rochon y de la nueva mujer que acababa de conocer calle abajo, más allá de la casa de Otis Baylor.

Tuve la impresión de que Clete seguía perturbado a causa del Katrina, que se había entregado a una obsesión. Una obsesión según la cual debía pillar a los tipos que lo habían atropellado, pues sólo así conseguiría cambiar los acontecimientos que habían convertido nuestra ciudad caribeña de ensueño en una víctima impotente desgarrada por una manada de chacales.

—Ya lo tengo resuelto, gran jefe —me dijo—. Bertrand Melancon estuvo a punto de chocar con un hidroplano lleno de polis del DPNO. Por lo visto, torció por el callejón que se encuentra detrás de la casa de Courtney…

—¿La casa de quién?

—La mujer de la que te hablé, la que estaba rompiendo la vajilla por toda la terraza. Bertrand se largó callejón abajo y en alguna parte del trayecto ocultó el botín de Sidney Kovick. El hospital está a sólo tres calles de la casa de Courtney. Creo que hasta encontré el bote, estaba escondido bajo una pila de árboles caídos. Alguien se ha llevado el motor, pero el bote es verde y de aluminio, y tiene pintado *Ducks Unlimited* en el casco. Apuesto a que lo robaron de una operación de rescate.

—Creo que estás dedicando demasiado tiempo a estos tipos —dije.

—¿Cómo has llegado a esa brillante idea?

—Apretarle los tornillos a esos tipos no va a resucitar Nueva Orleans, Clete. La ciudad ha desaparecido, igual que nuestra juventud. La ciudad que conocimos ahora sólo existe en los libros ilustrados de historia.

Clete se puso en pie, salió de detrás del escritorio y miró por la ventana. Llevaba puesta una camisa de manga corta estampada con

flores y pájaros azules. Tenía la nuca picada, el pelo corto y con un poco de gel. Vi cómo le subían los colores por el cuello.

—No digas eso de Nueva Orleans.

—Vale, no lo haré. Quizá los políticos que durante dos días dejaron que la gente se ahogara ahora van a gastar millones y millones en la reconstrucción de los barrios pobres.

Clete se volvió y se encaró a mí. La vieja cicatriz que le cruzaba una ceja y parte de la nariz tenía el color y forma de un parche de neumático alargado.

—La placa que llevo vale lo mismo que las que vienen en las cajas de cereales —me dijo—. La única credibilidad que tengo es el respeto que infundo a basura como los hermanos Melancon. Ojalá fuera diferente, ojalá estuviera en el DPNO. Pero hace tiempo que me cargué mi carrera legítima. Así que no me vengas con sermones, compañero.

La habitación estuvo en silencio un buen rato.

—Esta mañana Bertrand Melancon me llamó al móvil —me dijo.

—¿Los Melancon tienen tu número? —pregunté, feliz de poder cambiar de tema.

—Nig se lo dio a Bertrand y éste llamó para avisar de que secuestraron a su hermano en el hospital. Quiere rescatarlo. Eso es lo que intentaba decirte, pero no parabas de interrumpirme.

—¿Quién lo hizo?

—Bertrand cree que fue la gente de Sidney Kovick.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no trabajo para malhechores, especialmente cuando sospecho que son violadores.

—Cuéntame el resto.

—Cometí un error, debí convencerlo de que viniera. En casa de Kovick, Bertrand debió de encontrar algo que no puede vender. De hecho, tengo la impresión de que no sabe muy bien lo que tiene en su poder.

—No te entiendo.

—Eso mismo le dije yo a Bertrand. Pero él quiere llegar a un acuerdo con Sidney para rescatar a su hermano. Aunque teme que el botín sea tan ilegal que, después de recuperarlo, Sidney los liquide a él, a Eddy y a André Rochon.

—No te mezcles más en esto.

—Y eso que no has oído ni la mitad del asunto. Bertrand empezó a decirme que en el Lower Nine había visto cadáveres debajo del bote, cadáveres que brillaban bajo la aguas. Dice que irá al infierno por algo que hizo. Le dije que fuera a ver a un cura y que borrara mi número de su teléfono. ¿Sabes qué me contestó?

Yo ya no quería oír hablar más de todo aquello. En la cara de Clete aparecieron unas manchas de color, como solía ocurrir cuando su hígado necesitaba desesperadamente un trago.

—Bertrand dijo que lo último que quería ver era un cura —continuó Clete—. Dijo que fue el cura quien hizo que los cuerpos brillaran bajo el agua.

—Me voy.

Lo oí gritar a mis espaldas:

—¿Ves lo que pasa cuando te cuento la verdad?

Regresé al apartamento con la cabeza latiéndome. La enorme pérdida de vidas en Nueva Orleans hacía que el interés de los medios se centrara en el Katrina, pero el huracán Rita también nos había golpeado duro; había destruido o inundado miles de casas a lo largo de la costa sudoeste de Texas. En Lake Charles y Orange, ciudades del estado de Texas, había manzanas de viviendas que recordaban un depósito de tablones tras el paso de un tornado. Mi teléfono fijo y el móvil sonaban continuamente, la bandeja de entrada estaba llena a rebosar, y el buzón, cubierto de notitas rosadas con recados. Cada poli, bombero y sanitario del distrito se las arreglaba con apenas dos o tres horas de sueño, a veces echados encima de un escritorio. Nos habían cedido temporalmente a polis y bomberos de otros estados, pero la cantidad de trabajo era apabullante. Yo no tenía tiempo de preocuparme por gente que había tomado malas decisiones en su vida ni de aquellos a quienes no podía ayudar, como el padre Jude LeBlanc.

Palabras desperdiciadas, palabras al viento.

Pero, en su despacho, Clete había mencionado un detalle acerca del bote de aluminio que yo no conseguía quitarme de la cabeza. Cogí el teléfono de mi escritorio y tecleé su número.

—¿Dijiste que encontraste el bote que usó Bertrand Melancon?

—Sí —me explicó Clete—. Estaba volcado bajo una pila de

ramas y basura, junto a la entrada de urgencias. Creo que tenía manchas de sangre en la proa.

—Y tenía las palabras *Ducks Unlimited* pintadas en el casco…

—Sí. ¿Qué tiene eso de extraño?

—¿Tenía algo más pintado en el casco?

Clete pensó un segundo.

—Un ánade…, con las alas extendidas. ¿Qué ocurre?

—La novia de Jude LeBlanc dijo que Jude había conseguido un bote para evacuar a sus feligreses de la iglesia. Dijo que el bote tenía un pato pintado en el casco. Alguien atacó a Jude cuando intentaba abrir a hachazos un agujero en el tejado. Después de eso, ya no lo volvió a ver.

Clete no contestó, y supe que había hecho algo que no le apetecía compartir conmigo.

—¿Qué me estás ocultando?

—Hace tres minutos me volvió a llamar Bertrand Melancon —me dijo—. Quiere que lo ayude, pero sin acercárseme. Cree que voy a partirle la cara o entregarlo a Sidney Kovick. Así que le di tus números, el del móvil y el de tu despacho.

—Has hecho bien.

—¿Lo dices en serio? —dudó—. ¿Te sientes bien?

Esa noche, Molly y yo cenamos a solas en la cocina. A Clete ya le habían devuelto su vieja habitación en el motel, calle arriba, más allá del Winn-Dixie. Alafair estaba trabajando como voluntaria en el centro de acogida de City Park.

—Pensé que ibas a querer carne guisada, como siempre —dijo Molly—. ¿No te gusta la comida?

No conseguí prestar atención a su pregunta.

—Creo que Jude LeBlanc se ahogó en el Lower Nine —dije—. Pero puede que su muerte haya sido un homicidio.

Vi la exasperación apoderarse de su rostro, como un mal recuerdo de la noche que la luz del día no llegaba a disipar.

—Dave, nadie podrá cambiar jamás lo que ha pasado en Nueva Orleans. Recuerdo a Jude y me caía bien, pero era un hombre enfermo.

—Puede que me haya topado con un asesinato y soy policía. No

puedo decir: «Lo lamento, cabrón, yo tengo mis propios problemas».

A través de la ventana, Molly fijó la vista en las copas de las pacanas, los robles de Virginia y la amplia extensión del Bayou Teche, que ya había inundado seis metros de nuestro jardín. Depositó su tenedor en el plato. Se rascó con el pulgar un callo en la palma de la mano.

—Quizá deberías dormir una siesta y descansar antes de volver a entrar de servicio —me dijo.

—Un ratero llamado Bertrand Melancon le dijo a Clete que vio cadáveres de ahogados brillando bajo su bote en el Lower Nine. Creo que él y otros malhechores atacaron a Jude para robarle la embarcación. Creo que así perdieron la vida Jude y las personas que esperaban ser rescatadas en el ático de la iglesia. Me resulta muy difícil ignorar todo eso.

Molly sólo se había acabado la mitad de su plato, pero lo cogió y salió de la casa, mirando más allá de la pendiente del jardín, como si quisiera ver el ocaso. Pensé que quizá quería acabar su cena sola en la mesa de pícnic. Pero echó al suelo la carne guisada, el arroz, la salsa y la crema de maíz para que Trípode y Snuggs comieran. Volvió a entrar, fregó sus platos y sus cubiertos, los colocó en el escurridor y suspiró hondo.

—Voy a dar una vuelta —me dijo—. ¿Te apetece venir?

—Ahora no, gracias.

—Entonces te veré luego.

—Me encanta la comida, Molly. Pero no puedo quitarme de la cabeza a toda esa gente muerta, y cuantas más vueltas le doy más quiero cargarme a alguien. Así están las cosas.

La oí salir y cerrar la puerta. Por la ventana lateral distinguí al rotundo y afeminado hijo de mediana edad de mi vecino. Estaba en el jardín trasero, acabándose un tercio de cerveza, bebiendo y tragando. Un rayo de sol tardío destelló en el contenido de la botella.

Quince minutos después, un Honda color habano se detuvo en el bordillo. Alafair se bajó, dio las gracias a la joven que lo conducía y entró.

—¿Dónde está Molly? —me preguntó.

—Salió a dar un paseo. ¿Quién era esa chica?

—Thelma Baylor.

—¿En serio? —dije.

—Me contó que fuiste a su casa.

—Así es.

—Dice que tú crees que su padre disparó a unos tipos negros.

—Es una de las posibilidades.

—No creo que el señor Baylor sea esa clase de hombre.

—Quizá no lo sea, Alf.

—No me gusta ese estúpido apodo.

—La hija del señor Baylor fue violada, sodomizada y quemada con cigarrillos por tres degenerados negros. Si eso te pasara a ti, me convertiría en una persona distinta de la que tú crees que soy.

—No digas esas cosas, Dave.

—No quiero decirte a quién debes o no debes ver, pero yo en tu lugar me alejaría de Thelma Baylor.

—Lo que dices es prejuicioso e injusto.

—Matar gente también lo es.

—¿De qué estás hablando?

—Como acabas de decir, el señor Baylor no parece la clase de hombre que disfruta volándole los sesos a un chico de diecisiete años. ¿Pero qué me dices de su hija? ¿Crees que ella sería capaz de hacerlo?

—Acabo de llegar del centro de acogida y ya me siento como si estuviera en una habitación llena de telarañas.

—¿Has comido?

—¡Cómo eres! —exclamó ella.

Crucé las vías del ferrocarril, en medio del canto de las cigarras, y me dirigí a la reunión de Alcohólicos Anónimos que se celebraba dos veces por semana en una casa situada justo enfrente de mi antiguo instituto. Terminada la reunión, fui andando hasta la oficina y empecé a ordenar el papeleo en mi bandeja de entrada. A las 10:14 sonó mi teléfono.

—¿Tú eres Robicheaux?

—Sí, diga.

—Esos hijoputas de Baton Rouge no van a hacer nada para rescatar a mi hermano.

—¿Puedes dejar de maldecir?

—¿Qué? Acaban de secuestrar a mi hermano, ¿y tú te preocupas de los putos tacos que suelto?

—Déjame a adivinar… Eres Bertrand Melancon.

—Oye, tío, no sé si esas piedras vienen manchadas de sangre o qué, yo sólo quiero recuperar a mi hermano.

—¿Piedras manchadas de sangre?

—¿Tienes problemas de oído?

Yo andaba con los cables pelados y la batería baja. El comportamiento de los violentos y los estúpidos nunca varía. Su actitud problemática y su visión retorcida del mundo siempre son culpa del otro, nunca de ellos. Cuando eres un profesional, te vuelves lacónico e indiferente, y utilizas su propia energía contra ellos. Pero esta vez me habían pillado con la guardia baja.

—Escúchame, imbécil. A tu hermano le pegaron un tiro porque se lo merecía. No sé a qué piedras te refieres, y no estoy aquí para protegerte a ti ni a tu hermano.

—Intenté explicárselo al gordinflón de Purcel, pero no me escuchó. Tío, quiero sacudirme de encima esta ciudad, quiero llevarme a mi hermano de aquí y quiero remediar el mal que hemos hecho. No te estoy soltando una trola, tronco. ¿Me vas a ayudar o no? Si no lo vas a hacer, dímelo ya.

—¿Dónde estás?

—Dame tu palabra, tío.

—No estás en mi jurisdicción. Las órdenes de captura que pesan sobre ti son del distrito de Orleans. Ésa es la única garantía que puedo ofrecerte.

Podía oírlo respirar por el auricular.

—¿Conoces la zona de Jeanerette? Y entérate: si veo una lechera o un uniforme, saldré disparado como un puto cohete.

14

El club estaba en un callejón de Jeanerette próximo al puente levadizo sobre el arroyo Teche. Era una construcción de bloques de hormigón ligero coronada por un tejado de latón plano, recuperado de un granero. El cielo estaba oscuro, pero unos focos iluminaban los carteles que anunciaban la ventilla de servicio rápido del local, por la que el dueño vendía daiquiris helados a los alegres motoristas de la mañana a cinco pavos la copa. Los focos iluminaban también la estructura de hierro del puente y la superficie del *bayou*, cuyas aguas amarillo óxido habían crecido hasta lo alto de los pilotes. Al bajar de la camioneta, sentí palpitar el aire con el croar de ranas verdes y el viento que llegaba desde un cañaveral perdido en la oscuridad. No deseaba entrar en el club. No quería respirar humo de cigarrillos ni sentir el olor del desinfectante de baños y del sudor refrigerado: no quería volver a visitar el mundo donde pasé gran parte de mi juventud y adultez. Pero eso fue precisamente lo que hice.

En el interior del local las únicas fuentes de luz eran los anuncios de neón de marcas de cerveza ubicados detrás la barra y las puertas entreabiertas de los servicios. Los reservados, tapizados de vinilo rojo, estaban cortados, cuarteados, agujereados y quemados por cigarrillos, y me parecieron una hilera de cuevas oscuras pegadas a la pared. La mayoría de los bebedores del club era una mezcla de afroamericanos, trabajadores rudos, negras fuertes y sexuales, y esas personas que se autodenominan criollas y viven a caballo entre las dos razas. El sitio no irradiaba ni alegría ni desesperación y rara vez era escenario de violencia o de un idilio. Allí la gente acudía cuando quería poner sus vidas en pausa, los relojes no importaban y el canal de noticias Fox les aseguraba que los problemas de sus vidas siempre eran culpa de los demás.

Al fondo del local, vi a un negro joven sentado solo en un

reservado, delante de una cerveza y una butifarra blanca recalentada en el microondas. Llevaba un sombrero de fieltro de ala estrecha con una plumita roja en la cinta, muy parecido al que usaba John Lee Hooker. Su cara mostraba la misma expresión atormentada de presidiario que había visto en la ficha de color amarillo claro que saqué del archivador de mi despacho. El joven alzó la vista.

—¿Tú eres Robicheaux? —espetó.

Me senté frente a él.

—Por teléfono me llamaste «señor Robicheaux» —dije—. Cuando te dirijas a mí, llámame «señor» o «detective».

—Lo que tú digas…

—Tengo una larga noche por delante. ¿Qué es eso que tanto puede interesarme?

—Joder, tío, has venido con una onda muy hostil. ¿Cuál es tu problema?

—Tú.

—¿Yo? ¿Y yo qué te he hecho?

—Sé de muy buena fuente que tú, tu hermano y vuestros amigos sois unos violadores.

—¿Puedes bajar la voz tío?

Empecé a sentir en mi interior un temblor como si me estuvieran removiendo las tripas con un tenedor. Una vez vi a varios soldados americanos colgados de unos árboles a los que habían despellejado vivos. Entonces sentí esa ira que te anula la humanidad y justifica falsamente el daño que a tu vez puedes infligir a otros. Ese mismo sentimiento me sobrevino al ver a Bertrand Melancon.

Fui a la barra, regresé con una botella de agua con gas y me volví a sentar. Bebí a morro y enrosqué bien el tapón.

—¿Qué os llevasteis de la casa de Sidney Kovick? —dije.

Bertrand intentó leer la expresión de mi rostro, como si estudiara a un animal peligroso a través de los barrotes de una jaula.

—Un treinta y ocho, algo de pasta, cubertería de plata y gilipolleces —me contestó—. Escúchame, tío, antes de que siga…

—¿Qué son esas piedras que me mencionaste?

—No, tío, primero tienes que aclararme un rumor que he oído sobre ese Kovick. ¿Es cierto que le cortó las piernas a uno con una

motosierra?

—Sidney y su mujer vivían en Metairie. Tenían un hijo de cinco años. Un día el niño estaba jugando con su triciclo en la entrada de coches del vecino. El vecino llegó a casa borracho, atropelló al niño con el coche y lo mató. Unos seis meses después, el vecino desapareció. Nadie sabe qué fue de él. Sin embargo, algunas personas dicen que Sidney se puso un impermeable y unos guantes de goma, bajó a un sótano de Shreveport e hizo cosas terribles. Yo no le daría mucha importancia a esos rumores.

La expresión de Bertrand se tornó sombría, se había puesto gris de miedo. Respiró hondo, apretó los dientes, entrelazó las manos y las apretó entre las piernas.

—No me cuentes esas cosas, tío —susurró.

—Es lo que pasa cuando jodes a Sidney. Cuéntame lo de las piedras que robaste de su casa.

—Ningún perista las quiere tocar. Kovick ya ha hecho correr la voz: el tipo que tenga esas piedras acabará colgado en un congelador de carne, en pedazos. No te camelo, tío. Tres tipos distintos me dijeron exactamente lo mismo. Por eso se han llevado a Eddy. No soporto ni pensar en lo que le estarán haciendo.

Su aliento apestaba y su piel estaba cubierta de una pátina grasienta. Bertrand se agarró la tripa y apretó los párpados.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Tengo úlceras.

—¿Y comes butifarra y bebes alcohol?

—Oye, ¿y si meto el botín en una bolsa y te lo entrego a ti? Yo me quedo con una parte y tú le devuelves el resto al señor Kovick…

—¿De dónde provino el disparo?

Bertrand tragó saliva, desconcertado, furioso por la impotencia y porque yo continuaba dando nuevos giros a la conversación.

—No sé de dónde salió —me confesó—. Sólo vi caer a Eddy…

—¿Sabes lo que más me molesta de esta historia, Bertrand? Que tú nunca mencionas a Kevin Rochon. Tenía diecisiete años y era el único de vosotros que no tenía antecedentes. Le volaron la tapa de los sesos, pero tú sólo hablas de ti y de tu hermano.

—Le advertimos a André que no lo trajera, no fue culpa nuestra. ¿Por qué sigues metiéndote conmigo, tío?

—El bote lo robasteis en el Lower Nine, ¿no es cierto?

Bertrand se agarró la tripa una vez más y abrió la boca en una mueca. Un espasmo de dolor le atravesó las vísceras y el recto.

—No aguanto más —gruñó—. Ojalá me hubiesen dado a mí en vez de a Kevin o a Eddy. Sólo quiero rescatar a mi hermano y largarme de aquí.

El tipo no estaba actuando. Sinceramente, creo que Bertrand Melancon habitaba en ese lugar carente de límites geográficos del que nos hablan la mitología y las religiones pasadas de moda.

—Yo en tu lugar le devolvería a Kovick sus cosas, enviándoselas a su floristería de Algiers. Con suerte, soltará a tu hermano y no irá tras de ti.

Procuré fijar mis ojos en los suyos sin parpadear, pero él leyó en ellos mi mentira.

—Estoy muerto, ¿verdad?

—Dime lo que le hicisteis al sacerdote del Lower Nine.

—Ese blanquito gordinflón dijo que eras legal. Pero no, tú no eres diferente para mí. Siempre andas buscando algo, camelando, intentando hacerme sentir asqueado y asustado para conseguir lo que quieres. La gente brillaba debajo el agua, tío… Eso fue lo que pasó en el Lower Nine. Nadie me cree, pero yo lo vi. Ojalá acabe como ellos.

Quizá algún día tú también te sientas como me siento yo ahora, hijoputa…

Envolvió su butifarra en el papel encerado en el que la habían recalentado y se marchó. Desenrosqué la tapa de la botella de agua con gas y eché un trago a morro. Me sorprendí de la facilidad con que me había ocupado de despedazar a un hombre lastimado. El club estaba en silencio, podía oír hasta las burbujas que borboteaban en la botella que tenía en la mano.

Cuando llegué a casa, Molly dormía con la cara vuelta hacia la pared. Sus caderas curvaban la sábana. Doblé la camisa y el pantalón sobre una silla, pero no me metí en la cama. Preferí sentarme en el suelo en calzoncillos, apoyado contra el bastidor de la cama, dentro del rectángulo de luz de luna que formaban los visillos. Allí me quedé durante un rato largo, aunque no sabría decir por qué. A lo lejos oí el ruido metálico del puente levadizo de Burke

Street y el zumbido de un lanchón de gran calado navegando *bayou* abajo.

—¿Qué haces en el suelo? —me dijo Molly desde la cama.

—No quería despertarte.

La oí desplazarse sobre el colchón para poder verme mejor.

—No te estarás volviendo loco, ¿verdad?

Molly intentaba quitarle hierro al asunto.

—Por más que quiera, hay recuerdos que no puedo borrar —respondí—. Es como intentar exorcizar un demonio sin ayuda, pero yo no tengo el grado de convicción espiritual que hace falta. Recuerdo cosas que ocurrieron ayer o hace años, recuerdo a los malnacidos que las perpetraron y quiero regresar en el tiempo y hacerles mucho daño. No, no he sido honesto… Lo que quiero es pintar las paredes con su sangre.

Molly se tumbó boca abajo, se apoyó sobre los codos y dejó la cabeza colgando cerca de la mía.

—¿No puedes confiar en mí? —me dijo—. ¿No somos socios cuando hay que lidiar con los problemas que nos presenta la vida? ¿Tan mal está nuestro matrimonio?

Me hundió un dedo en el cuello.

—Acabo de hacerle una pregunta, soldado —insistió.

—Acabo de apretarle los tornillos a un chaval negro en Jeanerette. Es un ratero, un camello que trapichea metanfetaminas y, probablemente, un violador. Pero no debí hacer leña del árbol caído.

Molly posó su mano sobre mi hombro y lo apretó.

—Tú no has hecho daño a una persona inocente en tu vida —me dijo—. Y cargas con el dolor de los demás sin que te lo pidan. Tu mayor virtud es tu mayor debilidad.

Volví la cabeza y la miré. A la luz de la luna su boca lucía rosada y su piel lustrosa. Llevaba el pelo corto, por lo que lo sentí más grueso al tocarlo, incluso en los mechones que pendían sobre sus mejillas. Uno de los tirantes del camisón se le había soltado y me llamaron la atención las pecas de sus hombros. Me mesó el cabello con los dedos.

—Sube a la cama, por favor.

Me tumbé a su lado, la atraje hacia mí y sentí su aliento en mi oído. Sus manos me apretaron con fuerza por debajo de la cintura,

luego enganchó un pulgar en el elástico de mis calzoncillos y empezó a bajármelos acariciándome las caderas. Luego desistió y dejó que me desvistiera solo, mientras ella se quitaba las bragas y el camisón. Empecé a ponerme encima de ella, pero me empujó hacia atrás, se sentó sobre mis muslos y cruzó los brazos por detrás de mis hombros. Entonces me miró fijamente, de una manera que no comprendí.

—No sé qué haría si te ocurriera algo, Dave. Nunca pensé que sentiría eso por un hombre, pero eso es lo que siento por ti.

—Molly…

—No. Es la verdad. Cualquiera que intente lastimarte tendrá que matarme primero.

Bajó la mano y me ayudó a entrar en ella. Cuando hubimos acabado, apoyé la cabeza contra su pecho húmedo y oí su corazón latir con la fuerza y la claridad de un tambor.

Al día siguiente, detrás de una clínica veterinaria de Baton Rouge, un sin techo revolvía un contenedor, extrayendo latas de bebidas con un palo que llevaba un clavo insertado en el extremo. Se habían llevado a los animales en previsión del huracán Rita, y el veterinario aún no había regresado a abrir la tienda. El bar contiguo había abierto a las siete, pero el único movimiento era el que hacía un negro oriundo de los pantanos encargado de airear el local y barrer la basura al callejón por la puerta de atrás. El sin techo había llenado de latas su bolsa de plástico y estaba a punto de cerrarla con un nudo, cuando oyó un ruido que no encajaba con la rutina de la mañana.

Cuidadosamente, posó la bolsa sobre el asfalto y dejó que las latas se acomodaran dentro del plástico. Esperó a que el sonido se repitiera pero no oyó nada, salvo el viento que silbaba entre los árboles del cementerio, situado al final de la calle. Anduvo hasta un extremo del callejón y atisbó a ambos lados, luego se dirigió al extremo opuesto e hizo lo mismo. El negro de los pantanos dejó de barrer.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—¿No has oído ese ruido? —dijo el sin techo.

—¿Qué ruido? —dijo el negro.

—Sonaba como un animal atrapado detrás de una pared o algo así.

—En ese local no queda ningún animal. Los rayos quemaron el sistema de aire acondicionado y los dueños vinieron y se los llevaron a todos. Y tampoco hay ningún bicho en la pared.

El hombre de los pantanos volvió a entrar al bar, pero el sin techo continuó plantado en medio del callejón volviendo la cabeza en una dirección o en la otra, según el viento soplara o amainara. Cogió su bolsa de latas y se la echó al hombro. La pesada carga le golpeó la espalda con fuerza. Entonces volvió a oír aquel ruido, y esta vez no tuvo dudas acerca de su origen. Dejó la bolsa en el suelo y abrió una pesada puerta de metal que daba a un vestíbulo y luego a la entrada de servicio de la clínica.

En medio de la oscuridad, distinguió una camilla con ruedas abandonada junto a la puerta de la clínica. Encima, envuelta en una sábana y sujeta con una correa a una colchoneta de goma que apestaba a orina, yacía una figura alargada. El sin techo alzó la sábana y destapó la coronilla de un hombre negro. Siguió tirando y vio los ojos, luego las mandíbulas, con su sombra de barba, y la herida en el cuello. Pero lo que hizo que al sin techo le temblaran las manos fueron los ojos y la expresión del hombre.

—Traeré ayuda… —dijo—. Volveré enseguida, se lo prometo…

Y salió corriendo hacia la puerta trasera del bar, tropezándose con la bolsa llena de latas y sacudiendo los brazos.

Esa misma tarde, recibí una llamada de la agente especial Betsy Mossbacher desde Baton Rouge. Betsy había crecido en Chugwater, Wyoming. Solía llevar vaqueros y botas tejanas, y en una ocasión incluso había traído botas de caballo al despacho de Helen Soileau, a quien llamó en su propia cara «otra socia del club de las lenguas y las rajas». Curiosamente, se hicieron muy amigas.

—¿Cómo va, Dave? —me dijo Betsy—. Voy a hacerme cargo del caso de Eddy Melancon y Kevin Rochon. Me pareció correcto ponerte al tanto de ello.

Betsy Mossbacher era una vaquera desafiante y la representante de la ley más socialmente inepta del FBI, además de la peor conductora abstemia que he conocido en mis años como policía. Sin

embargo, su integridad y coraje eran incuestionables. Llegué a pensar que la investigación del caso Melancon/Rochon iba a caer en saco roto por falta de pistas o debido a la inercia burocrática, pero el nombramiento de Betsy como nuevo oficial a cargo de la investigación del caso era una mala noticia para quien hubiera disparado aquel tiro.

—Sólo estoy involucrado de manera tangencial en la investigación del caso Melancon/Rochon —le expliqué.

—Me encanta tu vocabulario, Dave, pero déjate de rollos. Esta mañana temprano, un sin techo encontró a Eddy Melancon en la entrada de servicio de un hospital veterinario.

—¿Eddy Melancon está muerto?

—Pues no sería erróneo describirlo así… Tiene sensibilidad del cuello para arriba, pero no hay manera de saber en qué estado se encuentra su cerebro. Su boca y nariz tenían restos de cinta adhesiva, por lo que sospecho que lo torturaron con alguna técnica de asfixia. Creo que sus captores tardaron mucho tiempo aceptar que Eddy Melancon no tenía nada que contarles —Betsy hizo una pausa para dejarme calcular las implicaciones—. ¿Y tú qué me cuentas?

—No mucho. Todo comenzó después del Katrina, cuando investigamos lo ocurrido para echar una mano a otro departamento —expliqué—. Ayer por la noche me reuní con Bertrand Melancon en un bar de Jeanerette. Creo que tiene el botín que robó de casa de Sidney Kovick y tiene miedo de quedárselo, pero aún tiene más miedo de devolverlo.

—¿Estuviste con Bertrand Melancon y no lo detuviste?

—Nuestro Ritz-Carlton está lleno. ¿Cómo está el tuyo?

Pude oír como crecía su frustración.

—Oye, Dave, en Nueva Orleans hubo muchos que se lo pasaron bomba disparando contra los negros, al menos eso dice mi jefe. Sabes que esta investigación no iría a ninguna parte si no fuera porque alguien le metió un balazo en el cerebro a un chico negro de diecisiete años y sin antecedentes. Por otra parte, hace tiempo que el FBI tiene a Sidney Kovick bajo la lupa. Así que, cuando entrevistes a criminales relacionados con mi investigación, quiero que me informes de ello.

—Bertrand dijo que tenía en su poder unas piedras que encontró

en casa de Kovick, unas piedras «manchadas de sangre».

Esta vez me tocó a mí hacer una pausa para dejarle comprender las implicaciones.

—¿Diamantes de sangre?

—Eso parece —contesté.

—¿Me estás diciendo que en un simple robo con escalo un ladronzuelo se hizo con millones de dólares?

—Creo que los cambiaría por un billete de autocar a Saskatoon sin pensárselo dos veces.

Yo estaba harto de los hermanos Melancon, de los Rochon y de Sidney Kovick, pero no podía olvidarme del padre Jude LeBlanc. No había mencionado su nombre a Betsy Mossbacher. ¿Por qué? Porque la verdadera cuestión es que las fuerzas de la ley no son capaces de hacer «cumplir» la ley. Lidiamos con los problemas, pero vamos a remolque de los hechos. Atrapamos a los criminales por casualidad: por accidente, en el momento en que cometen el crimen, a través de soplones… Debido a problemas con las pruebas o por dificultades de tipo forense, muchos de los crímenes cometidos por reincidentes ni siquiera llegan a los tribunales. Un gran parte de los presos de nuestro sistema penitenciario se pasa la vida intentando llamar la atención del sistema. Y al final, el único sitio donde se sienten a salvo de fracasar es en la cárcel.

Lamentablemente, en lo último que pensamos es en las víctimas de los crímenes. Éstas se convierten en un aspecto añadido tanto de la investigación como de la acusación del caso, en adverbios en vez de nombres. Pregúntenle a una víctima —violada, machacada a culatazos, golpeada con trozos de tubería o maniatada y torturada— qué opinión le merece el sistema cuando se entera de que sus atacantes quedaron en libertad bajo fianza y nadie se lo notificó.

No estoy a favor de la pena capital, pero no discuto con los fiscales de la acusación que la defienden, pues sus representados suelen estar a dos metros bajo tierra. ¿Qué clase de abogado se negaría a prestarles su voz? Pero yo no podía hacer nada por Jude LeBlanc. Él mismo se había presentado voluntario al Jardín de Getsemaní. Cada uno elige su camino.

Ésos eran los pensamientos que me rondaban por la cabeza a

mitad de mi jornada.

Aquella tarde al anochecer, el firmamento estaba totalmente azul y los árboles se habían convertido en inmensas sombras repletas de tordos que regresaban de su viaje al norte. Mientras retirábamos los platos de la mesa de la cocina, Alafair miró por casualidad a través la ventana:

—Clete Purcel está en el jardín trasero.

Estaba sentado en la mesa de secuoya, mirando pasar un remolcador que bajaba por el *bayou*. Trípode y Snuggs le hacían compañía sobre la mesa, disfrutando del atardecer. Trípode olisqueaba la brisa mientras Snuggs iba y venía, y le daba a Clete en la cara con su cola tiesa.

Mi amigo encendió un cigarrillo, cosa que no le veía hacer desde hacía meses. Salí y me senté a su lado. Tenía la cara roja, pero no olí alcohol en su aliento ni hierba en su ropa.

—Es que he vuelto a la Ciudad del Vicio con la capota baja —dijo adivinándome el pensamiento.

—¿Qué te preocupa? —pregunté—. ¿Andas con la depre?

—Courtney y yo nos volvimos un poco codiciosos…

—Espera, ¿quién es Courtney?

—Courtney Degravelle, la mujer que vive en la misma calle que Otis Baylor, la que vio cómo Bertrand Melancon estuvo a punto de embestir un hidroplano del DPNO.

Le quité a Clete el cigarrillo de la mano, lo tiré al suelo y lo aplasté.

—Dame un respiro, Dave. Hazme el favor…

—¿Cómo es eso de que os volvisteis codiciosos?

Clete cogió a Snuggs por la cola y lo hizo saltar sobre sus patas traseras. Snuggs era un gato de cuello grueso y pelo blanco que marcaba músculos al caminar. Tenía las orejas mordidas y retorcidas y la piel cubierta de cicatrices rosadas. Llevaba una vida amorosa disoluta y era muy celoso de su jardín, libraba batallas terribles para defender a Trípode y muchas noches dormía en el tejado para asegurarse de que ningún intruso violara el territorio de ambos. Clete era la única persona a la que nuestro gato le permitía esas libertades, supongo que porque Snuggs reconocía a un

compañero de armas cuando lo veía.

—Courtney dice que hace un par de semanas vio a un joven negro merodeando detrás de su casa y sacando algo de entre las vigas del garaje. Ella no le prestó mucha atención hasta el día que le comenté mis sospechas de que, antes de llevar a su hermano al hospital, Bertrand Melancon había escondido el botín robado a Kovick en algún lugar de aquel callejón.

—¿Le contaste todo eso?

—Oye, sólo intenta ayudarnos. Ayer me llamó y me dijo que encontró billetes mojados en su seto. Y no un puñado, sino fajos y fajos de ellos. Creo que se le cayeron a Bertrand y flotaron hasta donde vive Courtney.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De diecisiete y pico de los grandes.

—¿Y tú y Courtney os lo ibais a quedar?

—Lo pensé. ¿Qué iba a hacer, devolvérselo a Sidney? ¿Y si no era suyo? ¿Crees que Sidney iba a decirme: «No, no es mío. Quédatelo tú, Purcel, que eres un tipo cojonudo»?

—Entonces ¿qué hiciste?

—Había algo raro en el asunto de esos billetes. Si eran de Sidney, ¿por qué los guardaba en su casa? Y si era dinero negro, hubiera podido blanquearlo a través de un banco sudamericano. Así que le llevé un par de ellos a Fat Tommy Whalen. ¿Recuerdas a Tommy Ballena, el tipo que solía comprar las joyas y los relojes de los alunizajes de los muchachos de Carlucci? Pues Tommy empezó a revisar los billetes con una lupa y a hacer esos sonidos de aprobación, como de burbujeas. Hasta que le dije: «¿Es que te has vuelto rarito, Tommy? ¿Ahora te atraen los presidentes muertos?». Y me contestó: «Has dado en el clavo, Purcel. Es un trabajo de primera, pero este dinero es rarito».

»¿Te lo puedes creer? Esos ladronzuelos no sólo tuvieron la mala suerte de robar a Sidney Kovick y destruir su casa. Además, el dinero que se llevaron es falso.

El relato había sido largo y enrevesado, un método que Clete solía utilizar para evitar admitir una metida de pata.

—Volvamos al tema —dije.

—Ahora mismo me daría un baño de agua con lejía, Dave. Desde que pasó el Katrina, he estado viendo a los corruptos relamerse

como cerditos de camino al comedero. Y cuando por fin llegan los peces gordos de Washington, me he vuelto tan corrupto como ellos.

Le di un golpe con la base del puño entre los omóplatos.

—Eres el mejor de los mejores, Cletus —lo consolé—. Devuélvele los billetes a Courtney Degravelle y dile que se los entregue al FBI. Aléjate de Sidney y asunto acabado.

Snuggs dio una vuelta en U y le dio a Clete en la cara con la cola, como invitando a mi amigo a rascarle entre las orejas.

A la mañana siguiente telefoneé a la extensión de Betsy Mossbacher en la oficina del FBI de Baton Rouge. Me respondió su contestador.

—Puede que Sidney Kovick tuviera dinero falsificado escondido en su casa —decía mi recado—. Algunos billetes aparecieron flotando calle abajo, en un callejón. Pero repito: no estoy seguro de que sean de Kovick. Buena Suerte.

No esperaba noticias de Betsy hasta dentro de unos días, pero a los tres minutos me llamó.

—¿Cómo te has enterado de lo de esos billetes? —me preguntó.

—Por un informante confidencial.

—Ya.

Después saqué el tema que andaba rondándome por la cabeza desde que Natalia Ramos me comentó lo que le ocurrió a Jude LeBlanc.

—¿Sabes algo acerca de un cura ahogado en el Lower Nine? —le pregunté.

—No.

—Se llama Jude LeBlanc. Le quitaron su bote cuando intentaba abrir un agujero en el tejado de una iglesia.

—A mucha gente la arrastró el mar —me dijo—, y aún debe de haber cientos de personas enterradas bajo los escombros. Agentes de la policía estatal creen que hay enterradas más de treinta y cinco personas bajo un solo edificio. El olor es horrible.

—Aún no he acabado, Betsy. Bertrand Melancon dice que en el Lower Nine vio cuerpos que brillaban bajo el agua. ¿Has oído algo por el estilo?

—Creo que debería volver al trabajo…

—No me cortes así. Melancon dice que Jude LeBlanc hizo que

los cuerpos brillaran. A Melancon lo persiguen las Furias, Betsy. Vio o hizo algo malo, quizá cometió un asesinato…

—Éste es un mal momento. ¿Para qué cargar con un peso que te partirá la espalda y no aligerará la carga de los demás? Cuídate, Dave.

Hace muchos años, el senador Huey P. Long —alias «el Pez Gordo»— entregó nuestro estado al mafioso Frank Costello. Costello, a su vez, subcontrató el negocio del vicio en Luisiana a una familia criminal de Nueva Orleans. Y así fue como el Departamento de Policía de Nueva Orleans y la mafia coexistieron como lo habían hecho la mafia y las autoridades de Chicago y Nueva York. El Barrio Francés era la gallina de los huevos de oro y nadie quería arruinar el negocio. Nueva Orleans era un lugar hecho a imagen y semejanza de las Termas de Caracalla. Los ejecutivos de Omaha y Meridian que venían a tomar parte en una convención podían ver espectáculos de striptease total en la calle Bourbon, escupirse unos a otros whisky y soda en sus habitaciones, y follar con fulanas que se parecían a las estrellas de cine; durante Mardi Gras podían retozar con travestís y sacudir sus falos desde los palcos del club nocturno de Tony Bacino. Y aunque la cuenta fuera un poco elevada, casi nadie se quejaba: La norma operativa era sencilla: todo el mundo se lo pasaba en grande y regresaba a casa feliz. La Ciudad del Pecado era un lugar seguro y los pecados cometidos en ella eran perdonados, por cortesía del Departamento de Policía de Nueva Orleans y la delegación local de la maña.

En Nueva Orleans, «la ley y el orden» y «los valores familiares» no eran frases huecas. A los timadores se los lanzaba de los tejados, y a las putas que robaban a los clientes y a los carteristas se les escoltaba hasta los límites del distrito y se les remodelaba la osamenta. Cualquiera que asaltara un restaurante frecuentado por los polis de Nueva Orleans o por mafiosos era liquidado en el acto. Nadie sabía qué les ocurría a los pedófilos, pero siempre sospeché que algunos de ellos se reencarnaron en cebo para peces.

La simbiosis cultural era una forma de vida. El liderazgo de la mafia era amoral y despiadado, pero actuaba siempre de forma pragmática. Eran padres de familia y respetaban ciertas reglas, una

de las cuales era no llamar la atención. Y también eran hombres de negocios y comprendían la importancia de participar en la vida religiosa de la comunidad y en las ceremonias patrióticas, y de llevar una vida decente de cara a la galería. Además, cuando hacían tratos con el DPNO, la mayoría de ellos mantenían su palabra. De hecho, ésa era la única moneda que les permitía seguir operando.

Pero todo esto cambió cuando llegó el *crack*. En el transcurso de dos o tres años, los muertos vivientes ya andaban pululando por todo el centro de la ciudad. Adolescentes negros con melenas que parecían salidas del microondas se paseaban armados con pistolas de 9 mm, totalmente ajenos al sufrimiento y la muerte que causaban. La larga y feliz relación entre Nueva Orleans y la Gran Puta de Babilonia había acabado. Un chaval con el coeficiente intelectual de un pudín de tapioca te robaba la cartera en el cementerio de St. Louis y en el último momento, por alguna razón que ni él comprendía, acababa esparciendo tus sesos por una cripta.

Cuando John Dillinger estaba siendo fichado en la cárcel de Crown Point, Indiana, un periodista le preguntó qué pensaba de Bonnie Parker y Clyde Barrow. Dillinger esbozó una sonrisa ladeada y respondió: «Son un par de gamberros. Están desprestigiando el oficio de robar bancos». En Nueva Orleans, la infraestructura criminal «respetable» había sido reemplazada por yonquis y rateros. Éstos eran los nuevos «gamberros» que le estaban aguando la fiesta a todo el mundo.

Pero algunos miembros del viejo orden se aferraban a las viejas costumbres, negándose a aceptar que se habían convertido en dinosaurios. Uno de ellos era una mole de 265 kilos de esperma de ballena llamada Tommy Whalen, alias «el Gordo», alias «Tommy Ballena», alias «Tommy Aletas». Tommy acostumbraba a llevar trajes de lino color pastel y tenía rendijas en lugar de ojos. El club de campo de su barrio le había retirado el carné porque en una ocasión Tommy se había lanzado haciendo la bomba desde el trampolín, y la ola gigante que provocó arrasó un banquete de boda y acabó derribando a la novia en un parterre. Su vehículo familiar era un monovolumen cuyo chasis se sustentaba en cuatro amortiguadores de tanque. Su hija, la más joven de sus cinco retoños, pesaba casi ciento cuarenta kilos. Años atrás, todos los miércoles y sábados por la noche, Tommy llevaba a toda la familia

Whalen a Metairie, a un restaurante con bufé libre a seis dólares por cabeza. El restaurante quebró. Tommy era una caricatura gelatinosa de ser humano que olía a polvos de talco, agua de lilas y refrescante bucal, un personaje de novela con quien antaño compartí un cubículo en el hipódromo. Pero la cultura de la droga había arruinado al empresariado ilegal de Nueva Orleans, y los valores personales de Tommy se habían ido al garete junto con los del resto de la ciudad.

¿La versión corta? Clete Purcel había metido la cabeza en una hélice de avión.

El suceso que voy a relatar ocupó los titulares del *Times-Picayune*, pero los detalles me los proporcionó un sanitario de Nueva Iberia que trabajó en Nueva Orleans tras el huracán.

Tommy Aletas llegó a la floristería de Sidney Kovick en Algiers hecho un pincel, con sus resplandecientes pantalones blancos talla rinoceronte, una camisa azul cielo y una corbata de lunares larga y suelta. Marco Escarlotti, uno de los gorilas de Sidney, abrió la puerta del monovolumen y acompañó a Tommy hasta la entrada de la tienda, como a un miembro de la realeza. La mañana aún estaba fresca y el toldo a rayas verdes y blancas se hinchaba con la brisa que llegaba del río. Marco abrió la puerta a Tommy «el Gordo» para que éste entrara.

—Sidney llegará unos minutos tarde —explicó el gorila—. Toma un poco de café y unas rosquillas de chocolate, tenemos mogollón.

—Pues no me vendría mal un tentempié. Gracias, Marco.

—Enseguida te lo sirvo. Te veo bien, Tommy, has bajado unos kilos, ¿verdad…?

Al estar hablando con Marco, Tommy Ballena no había prestado atención a la anchura de la entrada y antes de poder darse cuenta, quedó encajado en el marco, con las nalgas incrustadas en una jamba, y la tripa y el escroto en la otra.

—Vas a tener que darme un empujón, Marco —resolló Tommy.

Marco se agachó y, poniéndole el hombro como quien quiere subir un caballo a un remolque, empezó a empujarlo desde atrás. En ese momento, desde el fondo de la tienda llegó Charlie Weiss, el otro guardaespaldas, y empezó a tirar del brazo de Tommy, retorciéndoselo.

—Tienes mala cara, ¿te encuentras bien? —preguntó Marco a

Tommy—. Charlie, tráele un vaso de agua…

—¿Para que pese más todavía? —dijo Charlie—. Maldita sea, se le están aflojando las piernas. Ponte de pie Tommy, éste es mal sitio para sentarse. Mierda…

Cuando finalmente llegaron los sanitarios, la enorme circunferencia estaba encastrada en la puerta como un dirigible medio deshinchado. Tommy tenía los labios cubiertos de baba y su respiración era un jadeo agónico.

—Tranquilízate, amigo —le dijo un sanitario—. Echaremos abajo el tabique.

Pero Tommy, que sudaba a raudales y ya no escuchaba, fijó su mirada en la de Marco.

—Estoy jodido —le dijo.

—No, Tommy, te sacaremos —respondió Marco—. Aguanta un poco más.

Tommy se puso a inspirar y a expirar como si intentara oxigenar su sangre.

—Oye —gimió—. Dile a Sidney que su pasta falsa la tiene Clete Purcel. Y dile que cuide de mi familia…

Acto seguido, Tommy Ballena cerró los ojos y se adentró en el mar, dejándole a Clete una piedra de molino atada al cuello.

15

El lunes a primera hora de la mañana, Otis Baylor se presentó en mi oficina. Llevaba pantalones con tirantes, camisa blanca de manga larga, corbata, e irradiaba la frescura típica de quien se acaba de duchar. Baylor no tenía intención de que yo malinterpretara la razón de su visita.

—Tome asiento —dije.

—El sábado, sin avisar y sin que nadie lo invitara, vino a verme un hombre llamado Ronald Bledsoe —me dijo—. Dijo ser investigador privado y trabajar para el estado. Me mostró una placa dorada y una identificación con su fotografía. ¿El estado ha mandado a ese hombre a verme?

—No estoy seguro. ¿Qué era lo que quería?

—Dijo que investigaba la muerte de esos muchachos negros. Me preguntó si uno de ellos estuvo merodeando en la entrada de coches de mi casa. Le dije que no lo sabía. Me preguntó si había encontrado objetos robados de casas de otras personas en mi propiedad.

—¿Y usted qué le contestó?

—Que si hubiera encontrado objetos robados los habría entregado a las autoridades. Él dijo que mi vecino había visto a uno de los saqueadores en mi entrada de coches.

—¿Qué vecino?

—Al principio no quiso decírmelo, pero luego me confió que era Tom Claggart. No me gustó nada ese hombre, señor Robicheaux.

—Llámeme Dave.

Ignoró mi comentario.

—Creo que ese hombre es un farsante —prosiguió—. Tiene una pinta extraña y una mirada turbadora.

Extraje un bloc de folios amarillos de mi escritorio.

—¿Le dejó una tarjeta personal? —pregunté.

—No, y tampoco se la pedí.

—¿Podría describirlo?

—Es blanco, alto, calvo y con una cara larga y hundida en el medio. Su boca es de un color raro, como si estuviera pintada de carmín, y no pega con su cara. Su voz y su acento son suaves, como los oriundos de Carolina. Tiene los ojos verdes. Mi hija estaba trabajando en el jardín y él no dejaba de mirarla. No quiero que ese tipo vuelva por mi casa.

—Si regresa, dígale que se marche. Si no lo hace, llámenos.

—¿Acudirá usted?

—Sí, señor Baylor.

—Eso es todo lo que necesitaba saber —dijo, y empezó a levantarse de la silla.

—Quería hacerle una pregunta sobre otro asunto —dije haciendo a un lado mi bloc, para sugerirle que ya habíamos acabado con los asuntos oficiales—. El primer rifle militar con el que disparé en el ejército fue un Springfield de 1903…

Ahora él estaba de pie, esperando a que yo tirara del cordel.

—Es un excelente rifle —continué—. ¿Dejó usted el suyo en Nueva Orleans?

—No, está en mi casa de Nueva Iberia. ¿Quiere verlo?

—Pensé que podría disparar con él algún día.

—Por supuesto —me contestó—. Estoy seguro de que tiempo es lo que le sobra.

Cuando se marchó, cogí mi pluma y empecé a dibujar círculos en el cartapacio. Otis Baylor era inocente, o muy listo. Si él o algún miembro de su familia habían disparado a los dos saqueadores, la tentación lógica habría sido ocultar el arma homicida en caso de que el proyectil se hubiese incrustado en una casa o en un tronco al otro lado de la calle. En cualquier caso, sospeché que Baylor no habría llegado tan alto si actuara de forma predecible.

Saqué el expediente del caso de mi archivador y repasé las notas que hice de la entrevista a Tom Claggart. El vecino dijo que estaba profundamente dormido y no oyó el disparo que hirió a Eddy Melancon y mató a Kevin Rochon. Sin embargo, el supuesto investigador privado afirmaba que Claggart le informó de que vio a uno de los saqueadores en la entrada de coches de Baylor. Si el investigador había dicho la verdad, entonces Claggart nos había

mentido a él o a mí.

¿Por qué?

No tenía ni idea.

El martes por la mañana temprano, Clete Purcel despertó en su bungaló del motel con el canto de los pájaros. A su manera cutre, aquella segunda residencia era un sitio espléndido, de otra época, sin teléfonos, sombreado por robles de Virginia, con un jardín que descendía hasta el *bayou*, en cuyas aguas destellaba el sol de otoño. Clete preparó café y echó un filete de pierna de cerdo y tres huevos en la sartén; mientras se hacía el desayuno, se afeitó y se cepilló los dientes. Después abrió las persianas y echó un vistazo al Cadillac y su capota, punteada de mierda de pájaros. Su coche seguía bajo el roble frondoso donde lo había aparcado la noche anterior, pero ahora lo rondaba un tipo alto con una calva extrañamente puntiaguda, que lo estudiaba mientras se tocaba la barbilla. El tipo se agachó, miró las llantas de radios, el cromado oxidado del parachoques trasero y la matrícula de Luisiana cubierta de barro seco. Con el pulgar quitó el barro que cubría uno de los números y después se limpió los dedos.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —vociferó Clete desde la puerta.

—Estaba admirando su vehículo. Restauro coches antiguos como pasatiempo —respondió aquel hombre inexpresivo, cuyas cejas espesas parecían dos estolas de piel—. Tengo un Rolls-Royce, pero también me gustan los Cadillacs. ¿Dónde lo compró?

—Una empresa rodó una película en Nueva Iberia y cuando se marchó de la ciudad vendió todos sus vehículos.

—Ojalá me hubiera enterado —dijo el hombre—. Me llamo Ronald Bledsoe, ¿y usted?

—Tendrá que disculparme, ahora mismo estoy desayunando —dijo Clete, empezando a cerrar la puerta.

—Acabo de mudarme aquí enfrente y quería presentarme.

—Qué extraño, ahí vivía una familia del distrito de Cameron, víctima del huracán.

—Mi agencia los ayudó a encontrar otro sitio. Soy investigador privado.

—¿Por eso revisaba la matrícula?

—No, es sólo una costumbre. Si veo tierra, la quito. Así me educaron, supongo…

—Quizá pueda recomendarme un sitio donde restauren Cadillacs antiguos… —dijo Clete.

El tipo que decía llamarse Ronald Bledsoe se quedó mirando fijamente el *bayou*.

—Ya que lo menciona, conozco a un caballero de por aquí. Deje que le apunte sus datos en mi tarjeta —el hombre hizo un par de anotaciones y le pasó la tarjeta a Clete—. Coméntele que va de mi parte.

—Estupendo —dijo Clete cogiendo la tarjeta y metiéndola en el bolsillo de su camisa—. Le estoy muy agradecido.

Clete acabó su desayuno y me telefoneó.

—Un tipo con acento acaramelado llamado Ronald Bledsoe andaba rondando mi Cadillac. Ese tipo es más retorcido que un sacacorchos. ¿Puedes revisar sus antecedentes en el CNIC?

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué pone?

—Bledsoe fue a visitar a Otis Baylor y a él también le pareció un tipo rara Pero el Centro Nacional de Información sobre el Crimen no tiene ninguna información sobre él.

—¿Por qué fixe a ver a Baylor?

—Al parecer, Bledsoe cree que Bertrand Melancon guardó el botín en la propiedad de Baylor. Bledsoe dice que trabaja para el estado.

—Su tarjeta pone que tiene el despacho en Key West. Llamé al número, pero la línea estaba desconectada. También me pasó los datos de un restaurador de coches en Lafayette, pero el restaurador no conocía a ningún Bledsoe. ¿Crees que trabaja para Sidney?

—Puede ser.

—Ese Bledsoe está loco, Dave.

—¿Cuántos investigadores privados normales conoces?

—No me creo que hayas dicho eso.

—Sabes a lo que me refiero.

—Me alegro de que lo hayas aclarado, porque ya estaba pensado que eras un maleducado del demonio.

Clete había mencionado que desde la llegada del Katrina no paraba de ver a los corruptos relamerse como cerditos de camino al comedero. Creo que la suya era una metáfora benevolente; la realidad era bastante peor. Los nuevos corruptos eran mucho más grandes que los cerditos locales, acostumbrados desde hacía generaciones a chupar de la teta de Luisiana. Esta nueva piara era elegante y universitaria y tenía tanta experiencia en la codicia y la corrupción globales que a su lado los peces gordos de pelo engominado y trajes de poliéster de nuestra asamblea legislativa parecían el Colegio Cardenalicio Eclesiástico. Imagínense una pirámide invertida. Las corporaciones (que gracias a una información privilegiada recibían unas cantidades pasmosas de dinero) subcontrataban a pequeñas empresas que sólo empleaban a trabajadores no sindicados. De este modo, el contrato de retirada de escombros se adjudicaba a una empresa de Miami que no poseía ni un solo camión, y esta empresa a su vez subcontrataba a los trabajadores que efectivamente iban a cargar y retirar dichos escombros. Por otra parte, las reparaciones de emergencia de tejados —llamadas vulgarmente «techados azules»— consistían en colocar chapas de contrachapado recubiertas de fieltro azul. El fieltro en rollos lo suministraba la AFGE, gratis. Los contratistas con información privilegiada recibían mil dólares por metro cuadrado colocado, pero pagaban sólo veinte por metro de techado azul instalado. Mientras tanto, habían llegado a la ciudad cincuenta mil trabajadores sin representación sindical, la mayoría de ellos caribeños, que cobraban entre ocho y nueve dólares la hora por hacer el trabajo mencionado.

¿Para qué darle más vueltas? Es innegable. Después del Katrina, fue obvio que la destrucción de Nueva Orleans iba a ser una tragedia nacional duradera y un hito en la historia del cinismo político. Desde el principio supe que los acontecimientos de Nueva Orleans dejarían una marca indeleble en mi carrera y quizás hasta en mi vida. Pero si hubiese conseguido de algún modo convencerme de lo contrario, la llamada de la agente especial Betsy Mossbacher me habría sacado de dudas.

—Perdona que vuelva a molestarte —dijo Betsy—. Pero tengo una información contradictoria respecto a un tal Félix, alias «Chula» Ramos. Supuestamente, iban a ponerlos a él y a su amigo bajo

nuestra custodia en la Prisión del Distrito de Iberia.

—Así es. Él y su colega fueron detenidos en un laboratorio de fabricación de metanfetaminas. Yo les tomé declaración a ambos. Fue justo antes de que llegara el Katrina. Se suponía que vosotros ibais a venir a buscarlos.

—Dos informantes distintos nos han dicho que Chula está trabajando en Nueva Orleans como electricista y fontanero. He preguntado por Ramos a cinco agentes del distrito de Iberia, incluido tu carcelero, y nadie sabe dónde se encuentra, ni qué le pasó, ni si existió alguna vez… ¿Puedes explicármelo?

—¿Qué me dices de su colega?

—Su colega está en el recinto cercado del aeropuerto. Y a no ser que lo soltéis antes de que lleguemos nosotros, no creo que cause problemas.

—Te llamo en un rato.

Telefoneé a la prisión del distrito y luego al fiscal. Después fui al despacho de Helen.

—El FBI cree que perdimos a Félix Ramos, uno de los tipos que…

—Ya sé quién es, el que me llamó «maricona».

—Sí, ése —dije desviando la mirada—. La ayudante del fiscal a cargo del caso dice que lo iban a enviar a una institución federal, por lo que dejó el asunto en suspenso. De hecho, la fiscal pensaba que el FBI ya se había hecho cargo de él.

—Quizá lo hicieron y luego se les perdió en su propia burocracia.

—Betsy Mossbacher no comete esa clase de errores. Me dijo que Ramos está empleado y cobrando talones en Nueva Orleans. Muchos de los pandilleros de la MS-13 tienen oficios.

—Dame unos minutos —me dijo.

Regresé a mi despacho, ya casi era hora de irme. Me sentía dentro de una pesadilla, incapaz de distanciarme de Nueva Orleans, del caso Melancon/Rochon y del posible homicidio de Jude LeBlanc. Quería largarme, irme a casa y cenar algo caliente con mi familia. Y tal vez, al atardecer, pasear los tres por Main Street y tomar el postre en la terraza que hay detrás del restaurante Clementine's. Quería volver a llevar una vida normal.

Sonó mi extensión.

—Escribieron mal el apellido de Ramos en el parte de detención y el error pasó al ordenador —dijo Helen—. Tenemos a otros tres presos con nombres parecidos. Uno de ellos ya había cumplido su condena, pero el día que debía salir en libertad se encontraba en el Hospital General de Iberia recibiendo tratamiento por una infección venérea. Félix Ramos salió en su lugar. Y por si eso fuera poco, la ayudante del fiscal dice que la detención de Ramos no fue legal, pues cuando se hizo la redada él se encontraba a cincuenta metros del laboratorio y no hay evidencia ni declaraciones de testigos que prueben que estuviera dentro. No hay nada como estar en casa tomando un ron con Coca-cola, ¿eh, hombretón?

Por la mañana decidí que la única manera de archivar el caso Melancon/Rochon era lanzarme de cabeza a resolverlo y dejar de hacer la vista gorda con todos los que habían estado mintiéndome. El sistema telefónico convencional de Nueva Orleans no estaba operativo y yo dudaba que volviera a funcionar pronto. Telefoneé a Otis Baylor y le pregunté si su vecino, Tom Claggart, tenía teléfono móvil.

—Puede que tenga apuntado su número de teléfono en mi agenda Rolodex —me dijo.

—¿Le importaría comprobarlo?

Hizo una pausa.

—Espere un segundo…

Volvió a ponerse al teléfono y me dio el número, pero sin ocultar su impaciencia.

—¿Esta llamada a Tom Claggart nos incumbe? —preguntó.

—No estoy seguro, señor Baylor. Pero se trata de un asunto policial y no estamos obligados a informar al público, ni de los pormenores de la investigación ni de los procedimientos que llevamos a cabo. Creo que es importante que eso quede claro.

Corté la llamada depositando suavemente el auricular en la horquilla. Luego tecleé el número de móvil de Claggart, que al tercer timbrazo respondió.

—Tom Claggart, al habla.

—Le habla Dave Robicheaux de nuevo. Necesito comprobar una discrepancia entre…

—¿Cómo consiguió este número?

—No tiene importancia, señor Claggart.

—Pues a mí sí me importa. Mi número de móvil es privado.

—¿Le gustaría continuar esta conversación esposado?

—Lo siento, todos estamos bajo una gran presión. Debí haber acudido a Otis Baylor. Es un coñazo de hombre, pero al menos es honesto…

—No comprendo.

—Estaba diciendo que debí contratar la póliza que me ofreció Otis Baylor. Mi aseguradora está dándome por culo. He oído que Otis, en cambio, ha estado aceptando las demandas por daños de inundación sin cortapisas. Me figuro que su compañía debe de estar cagándose patas abajo.

Intenté reconducir la conversación a sus cauces.

—En cuanto a los saqueadores tiroteados —dije—, existe una discrepancia entre la declaración que usted me hizo a mí y la que le hizo a un investigador privado. Usted me dijo que estaba dormido y que no oyó ni vio nada. ¿Confirma que fue eso lo que me dijo?

—Esa noche había bebido un par de copas. Se me confundirían las ideas…

—¿Le dijo usted a un investigador privado que vio a uno de los saqueadores en la entrada de coches de la familia Baylor, y que quizá podría haber dejado allí objetos robados?

—No recuerdo haber dicho eso. Quiero decir, no recuerdo haber mencionado eso último.

—El investigador se llama Ronald Bledsoe. ¿Recuerda ese nombre?

—Creo que sí.

—¿Puede pasarse por mi despacho?

—No, no puedo. Estoy muy ocupado en casa, además no sé qué sentido tiene todo esto.

¿Por qué había mentido Claggart? ¿Porque no había movido un dedo para espantar a los saqueadores? ¿O porque querría ocultar que era un fanfarrón? A veces la gente miente por menos que eso.

—¿A Bledsoe le dijo usted la verdad?

—Quizá vi a uno de esos negros en las sombras, pero no vi el tiroteo. Oiga, estoy harto de esto.

—¿Harto de qué?

—De todo. Yo no he herido a nadie, déjeme en paz.

Al otro lado de la línea percibí su miedo:

—¿Señor Claggart…?

Había colgado.

En mi mente vi a Claggart con los ojos cerrados, aferrado al móvil, procurando recapitular sobre cada mal paso que acababa de dar. Lo vi despreciarse a sí mismo por débil y, además, por el hecho de haber quedado como un mentiroso, un fraude y hasta como un cobarde. También había soltado que él no había «herido a nadie» cuando yo no lo había acusado de ello. Cabía la posibilidad muy real de que Claggart estuviera hablando de otro incidente, tal vez de otro crimen que yo desconocía. Fuera por la razón que fuese, él había hecho todo esto sin provocación externa alguna. Creo que Claggart acababa de descubrir que aquello de «andar por mal camino» tenía que ver más con la culpa que con la geografía.

Después de colgar, organicé tres ruedas de identificación fotográfica. Una rueda de identificación fotográfica se compone de seis instantáneas de delincuentes insertadas en un portarretratos múltiple de cartón. De las seis fotografías sólo una pertenece al sospechoso. Lo ideal es que las fotografías de relleno correspondan a delincuentes de edad y raza similares a las del sospechoso. La rueda de identificación fotográfica tiene varias ventajas. El testigo, que a menudo ha sido víctima de un acto violento, evita la vergüenza pública y al mismo tiempo siente menos temor a las posibles represalias de amigos y parientes del sospechoso. Además, así resulta menos susceptible a la influencia de abogados defensores o fiscales presentes en las dependencias policiales. En segundo lugar, las fotografías del reo indican claramente que el sospechoso ha sido encarcelado con anterioridad y que puede ser encarcelado de nuevo.

Inserté las instantáneas de André Rodion, Eddy Melancon y Bertrand Melancon entre las de otros delincuentes, metí las tres ruedas de identificación fotográfica en un sobre de papel *kraft* y me dirigí a casa de Otis Baylor, en Old Jeanerette Road. Un chaparrón a pleno sol dibujaba infinidad de anillos concéntricos sobre las aguas del *bayou*.

A decir verdad, no sé qué esperaba conseguir. Estaba cansado de que todos me mintieran, pero además tenía otra razón para confrontar a Otis Baylor. Los estadounidenses somos una raza extraña. Creemos en la ley y el orden, pero también creemos que los verdaderos crímenes los comete un tipo de persona distinta, cuya vida no tiene nada en común con la nuestra ni con el comportamiento razonable y respetuoso de nuestro mundo. La consecuencia de esto es que mucha gente, sobre todo entre las clases con ingresos altos, ve a la policía como una suerte de personal de mantenimiento suburbano al que se debe tratar con respeto, pero cuya importancia social está sólo un escalón por encima de los jardineros.

¿Alguna vez han visto los *reality-shows* de policías? ¿Han observado a los tipos que por estar en posesión de una simple papelina tienen que huir por jardines oscuros escabullándose entre la ropa tendida, arrastrando las deportivas como si fueran chanclas? ¿A qué conclusión llega el espectador? Pues que quienes cometen los crímenes son rateros descamisados. Los dueños de los barrios bajos y los políticos montados en el dólar nunca salen en esos programas.

Ya iba siendo hora de darles un rostro humano a los hombres que se comieron un proyectil de alta velocidad en la acera de enfrente de la casa de Otis Baylor.

Supuse que Baylor todavía estaría en su casa, pero no estaba.

—¿Puede decirme dónde se encuentra? —pregunté a su hija desde la galería.

—Seguramente estará por la costa, en el distrito de Vermilion. Su compañía aseguró muchas casas de esa zona.

—Tengo entendido que su padre ha cumplido con sus clientes.

Thelma agitó las pestañas como si apenas pudiera soportar mis deficiencias.

—¿Cumplido cómo? —respondió.

—Su padre está cursando las reclamaciones de sus clientes por los daños que causó la inundación. Tengo entendido que mucha gente no tiene esa suerte.

—También es probable que mi padre acabe trabajando de repartidor de periódicos.

—¿Podemos sentarnos en alguna parte?

—Tengo clase a la una.

—¿Está su madre?

—Ya le he dicho que es mi madrastra. Y no, no está en casa.

—No quiero ser grosero, señorita Thelma, pero me estoy cansando de su mala educación. Salga a la luz, por favor.

—¿Para qué?

—Debo asegurarme de que identifica positivamente a los hombres que saquearon su barrio. Uno de ellos está muerto, el otro ha quedado hecho un vegetal y probablemente fue torturado porque sabe dónde está escondido el botín. Y no quiero oír más sarcasmos. De hecho, creo que su familia está a punto de ahogarse en su propia mierda. A lo mejor usted puede ayudarlos si me dice la verdad, para variar.

Estábamos de pie en el jardín. Ella intentó cambiar de humor después del sermón que le había echado, pero bajo el rectángulo negro de su melena su cara estaba pálida y le temblaba el labio inferior. Yo era bastante más alto que ella y no me gustaba la sensación que me producía.

—Aquí tiene —dije poniendo los portarretratos múltiples en su mano—. ¿Alguno de estos hombres se parece a los que vio delante de su casa aquella noche?

Ella fue pasando los portarretratos, deslizándolos uno encima de otro como por obligación. No enfocaba del todo la vista, como si estuviese segura de que nunca reconocería a ninguno de ellos. Pero yo no estaba preparado para lo que ocurrió después. Thelma abrió los ojos de par en par, pero no por la sorpresa sino para frenar las lágrimas que los anegaban.

—Perdona, chica, fui un poco duro contigo. Siéntate en el columpio y tómate tu tiempo. Tú y tu familia sois personas decentes. La vida os ha dado con una bola de demolición, pero ya lo superaréis.

La joven se dejó caer en el columpio, y comprendí que estaba pensando en algo mucho más serio que en las caras de los tipos que habían saqueado el barrio.

—¿Qué ocurre? —le dije.

—¿Qué quiere decir? Nunca he visto a estas personas, era de noche y yo estaba medio dormida. ¿Cómo puedo reconocerlos?

Apretaba fuertemente los portarretratos. Después, como si fuera

una idea del último momento, me los puso en la mano. No quise cogerlos.

—¿No reconoces a ninguno de esos hombres? —insistí.

—No, ya le he dicho que no sé quiénes son.

Me senté a su lado. Las cadenas del columpio raspaban contra la corteza del roble que nos cubría.

—Mírame, Thelma…

—No quiero. Por favor, váyase, señor Robicheaux. Tengo clase de antropología y tengo que prepararme.

Le quité las fotografías.

—¿Por qué te empeñas en mentir? —le dije—. ¿Por qué no admites que reconoces a algunos de los que aparecen en las fotografías? ¿Disparaste tú el rifle?

—No. Nunca he disparado un arma en mi vida. Odio las armas.

Entonces se cubrió la boca con la mano y empezó a dar arcadas. Posé una mano en su cuello y noté que tenía la camisa mojada por la transpiración, pegada contra la piel. Sentí cómo se le contraían los músculos con cada inspiración. Su cuerpo se estremeció y empezó a sollozar y a temblar de pies a cabeza.

De pronto descubrí su secreto. Sólo un tipo de herida produce el daño y la desdicha que Thelma estaba experimentando. Se trata de un daño que nunca desaparece, que acarrea consigo una sensación inmerecida de vergüenza, deshonra, humillación y rabia, y con el que no puede competir ni el peor de mis recuerdos.

—Éstos son los tipos que te violaron, ¿verdad?

—No —respondió guardándose los sentimientos, tragándoselos.

Luego se limpió las lágrimas con los dedos.

—Sí que lo son, Thelma —dije.

—No, no debe decir esas cosas.

—Por alguna extraña razón han vuelto a aparecer en tu vida. Tú los reconociste y se lo dijiste a tu padre, pero no quieres admitirlo porque tienes miedo de proporcionarnos el móvil para que lo acusemos de haberles disparado.

—No nos haga esto, señor Robicheaux.

—Eres una chica legal, pero no estás pensando con claridad. Desde el momento en que le dijiste a tu padre que ésos eran los hombres que te habían atacado, él tenía todo el derecho de usar la fuerza para proteger su hogar y su familia. Conseguid un buen

abogado y decidle la verdad. Después venís a comisaría y nos la contáis a nosotros.

Pero Thelma ya había salido corriendo a refugiarse en su casa, como una niña que, por medio de engaños, hubiera sido obligada a traicionar a la única amiga que tenía.

16

La receta de Clete Purcel para tratar con criminales habituales y malhechores a tiempo completo era simple: si los que reparten la baraja son ellos, los encierras o los entierras. Pero ¿qué hacer con un tipo que no encaja en ninguna categoría? O aún peor, que no conoce los límites.

El sábado por la mañana temprano, Alafair solía acudir a City Park con Clete. Iban a correr juntos por la senda de asfalto que serpenteaba a través de una zona de robles de Virginia que a aquellas horas todavía estaba sumida en la sombra. Por alguna razón Alafair estaba convencida de que conseguiría alejar a mi amigo de su dieta de alcohol y comida frita, y se autoengañaba con la ilusión de que si él levantaba pesas tres veces a la semana mientras se tomaba una jarra de vodka Collins controlaría su peso y reduciría la tensión sanguínea.

Nubes negras cubrían el cielo y bajo la arboleda el aire era tibio y extrañamente luminoso debido a la humedad. Clete y Alafair pasaron trotando junto al viejo edificio del cuartel de bomberos y por el césped, de un tono verde esmeralda a causa de las lluvias. Dejaron atrás los arbustos de camelias y los islotes de jacintos que flotaban en el *bayou*, y el estanque con cipreses situado en medio del parque. Con paso firme cruzaron un puente de madera para peatones y finalmente retomaron la senda de asfalto; el sudor les hacía arder los ojos y el aroma a hojas quemadas se les pegaba a la piel. Unos metros más adelante, en un refugio para campistas, vieron a un hombre sentado que se ataba unas deportivas; su sonrisa socarrona era más bien una mueca. El hombre iba demasiado bien vestido para esa hora de la mañana: llevaba un chándal azul marino manchado de sudor por debajo de la cintura, y bajo el chubasquero abierto, una camiseta demasiado ajustada.

—¿Ves a ese tío de la cara hundida? —dijo Clete jadeando por el

esfuerzo.

—¿Qué hay con él?

—Es un mal bicho. Tira por el césped…

Alafair siguió a Clete, que giró de nuevo en dirección al *bayou*, cruzando entre árboles umbríos y hondonadas salpicadas de hojas con fuerte olor a tanino. Entonces ella cometió un error. Se volvió y echó un vistazo por encima del hombro al hombre de la cabeza alargada, cuya cara tenía aspecto de haber sido derretida y vuelta a moldear hasta parecerse al dorso de un pulgar.

Segundos después sintió que un hombre trotaba pesadamente detrás de ella, respirando con dificultad.

—Ya me parecía que era usted —le dijo el tipo a Clete—. ¿Quién es su amiguita?

Clete aminoró la velocidad para recuperar el aliento.

—Estamos haciendo deporte… —lo cortó Clete.

—Mira esto —le dijo el tipo a Alafair.

Y subió de un salto a una mesa de pícnic con bancos adosados y se aferró de una rama, sonriendo de oreja a oreja y dejando ver su tripa blancuzca cubierta de pelo negro. Luego se dejó caer y, sin dejar de sonreír, se limpió las manos en su chubasquero. Sus ojos verdes y hundidos destellaron como un par de canicas.

—Me llamo Ronald… —le dijo a Alafair.

—Mucho gusto —contestó ella.

—No sé cómo te llamas…

—No se lo ha dicho —intervino Clete—. Tenemos que terminar nuestro circuito, señor Bledsoe. Ya hablaremos en otro momento.

—Veo que estáis cansados. En mi nevera tengo bebidas frías y bocadillos de ostras fritas, tomate, lechuga y mayonesa. —Sus ojos se posaron sobre Alafair llenos de curiosidad, o quizá de una sensación de amo y señor.

—¿Eres la hija del señor Purcel?

—No, no lo soy.

Clete apoyó ambas manos contra un tronco y respiró por la nariz. Los latidos del corazón iban calmándose, pero la cabeza le daba vueltas.

—No se me ocurre otra manera de decirte esto, colega —le espetó a Bledsoe—. Pero ya es hora de que te despidas. Eso significa que sigas tu camino y te alejes trotando… con todo respeto.

—¿Eres de Carolina del Sur? —preguntó Bledsoe a Alafair, ignorando a Clete y apuntando a la joven con un dedo juguetón.

Ella miró su reloj y frotó el cristal con la muñeca, luego le dio un golpecito con la uña como si el segundero se hubiera trabado. Durante ese lapso de silencio, Bledsoe quebró la cadera haciendo crujir una cáscara de pacana.

—Conocí a una chica al otro lado de Savanna que era igualita a ti —continuó Bledsoe—. Era medio india y tenía tu mismo color de piel y unas piernas muy largas. Llevaba una pulsera en el tobillo, de esas que tienen todo tipo de dijes. Le tintineaban al andar. Siempre me encantó esa chica…

—Adelántate un segundo —dijo Clete a Alafair.

—Dave y Molly están esperándonos —replicó ella tirándole del brazo—. Vámonos, Clete…

Clete le entregó las llaves del Cadillac.

—Tú trae el coche, que yo estoy agotado. Sólo me quiero recuperar —y le guiñó un ojo a la joven—. Créeme, estoy cojonudamente.

Las llaves le pesaron en la mano. Las sentía ajenas, como si al dárselas, Clete la hubiese relegado al nivel de un simple objeto, de algo que debía ser protegido. Salió el sol y las partículas de las hojas resecas flotaron en los rayos de luz que se filtraban a través de las copas de los árboles. El aire era húmedo y estaba impregnado del olor séptico de un retrete público situado a pocos metros. Alafair apartó una nube de mosquitos de la cara y sintió que la ira le subía por el pecho, burbujeando. Vio una ardilla zorro corretear por una rama y sin querer alzó la vista. Cuando la bajó, el tal Ronald Bledsoe la observaba intrigado, recorriéndole con la mirada el rostro y el sudor que se le escurría por el sujetador deportivo.

—Voy a coger el coche y regresaré a por mi amigo —le dijo Alafair—. Si vuelve a molestarnos a él o a mí en este parque, lo haré detener.

—No te ofendería por nada del mundo —respondió Bledsoe posando una mano sobre el corazón—. Pero aún no me has dicho tu nombre, cariño.

Ella regresó andando hasta el aparcamiento junto al muelle de hormigón y arrancó el Cadillac de Clete, que expulsó una nube de aceite quemado por el escape. Cuando regresaba con el coche hasta

el bosquecillo de robles, vio que Clete discutía acaloradamente con Bledsoe; notó que aquél tenía los brazos tensos, como un entrenador enfadado con el árbitro. Mientras tanto, Bledsoe se limitaba mirar a Clete y a guardar silencio, asintiendo de vez en cuando, esbozando una sonrisa que parecía un puñado de gusanos retorciéndose en un bollo de masa. Ella condujo el coche por el césped y frenó a un metro de ellos. Las hojas de los árboles caían sobre los asientos de cuero del Cadillac, que tenía la capota bajada.

—Hora de irse, Cletus —exclamó Alafair.

—De acuerdo —respondió él.

Luego, mirando por encima del hombro, abrió la portezuela del acompañante. Tenía la cara roja, como si lo hubieran abofeteado. Alafair hizo girar el descapotable y se alejaron del parque. Enseguida echó un vistazo por el retrovisor.

—¿Qué te dijo ese hombre?

—Nada —repuso Clete—. Es uno de esos tipos a los que les falta un tornillo.

Pero durante todo el camino de regreso Clete no dejaba de darle vueltas a algo, el sudor, al secarse, parecía glasé sobre la piel. Al llegar a su casa, Alafair aparcó el Cadillac junto al bordillo y se bajó.

—Dime lo que te dijo, Clete.

—Ese tipo es un marrón. No te acerques a él.

Clete se colocó detrás del volante y acarició su superficie con las manos. Luego encendió y apagó la radio.

—Deja de hacerte el tonto y dime lo que te dijo —insistió Alafair.

Clete resopló y alzó la vista:

—¿Qué te parece si os invito a todos a cenar?

Calle abajo, justo delante de una antigua mansión llamada The Shadows, Clete quedó atrapado tras un autocar de turistas. Al llegar al semáforo rojo se salió del atasco. Mientras se alejaba por St. Peter's Street hacia su motel, me telefoneó al móvil.

—¿Dave?

—¿Qué hay, Clete?

—Acabamos de cruzarnos con ese Bledsoe en el parque —dijo—.

Empezó a propasarse con Alafair.

—¿Qué dijo?

—Sólo insinuó cosas, pero…

—¿Pero qué?

—Ese tipo me pone los pelos de punta. Se la estaba comiendo con los ojos. Es un sádico, puedo olerlo. ¿Te puede oír Alafair?

—No ha llegado.

—¿Cómo que no ha llegado? Acabo de dejarla en tu casa.

Dejé el teléfono y miré por la ventana hacia la puerta de la calle.

—No está aquí, Clete. ¿Qué fue lo que le dijo ese tipo?

—Mandé a Alafair a buscar el coche y cuando ella regresaba él la miró y dijo: «Si sangran es que están listas para el matadero. Eso dicen los campesinos de Carolina del Sur».

—Te llamo dentro de un rato.

Al sacar el coche haciendo marcha atrás, aplasté el cubo de la basura contra un roble.

Alafair había regresado trotando calle abajo por East Main y cruzado el puente levadizo de Burke Street, repicando las suelas de sus deportivas sobre las rejillas de acero, con pasos largos, respirando acompasadamente. El sol ya se había elevado por encima de los árboles; la superficie del *bayou* centelleaba tanto que le hacía llorar los ojos. A lo lejos, en medio del parque, el hombre que se hacía llamar Ronald Bledsoe esperaba en un refugio para campistas, mirando hacia la otra orilla del *bayou*. Hacia la casa de ella.

Por la senda de asfalto, Alafair fue aminorando el trote, simulando que miraba el suelo, mientras por el rabillo del ojo veía la figura recortada de Bledsoe. Dave le habría dicho que no se enfrentara a un hombre anormal, que no les diera ventaja a aquellos que dirigían su energía destructiva contra sí mismos cuando se los dejaba solos. Pero Clete la había tratado como a una niña y le había ocultado información, como si ella no fuera capaz de enfrentarse al mundo. Además, Bledsoe la había violado con su mirada, con sus palabras, con la mueca lasciva de su boca. Y encima había salido airoso de ello.

Alafair continuó andando hasta el borde del *bayou*. Llegó hasta

unos diez metros del refugio y lanzó un palo a la corriente. El viento rizó la superficie del agua y trajo el olor al carbón de prender que ardía en una parrilla.

—Sabía que regresarías —dijo él desde un extremo de su campo de visión.

—No me diga.

Bledsoe estaba sentado sobre la mesa, con un pie encima de uno de los bancos. Su sonrisa era una hendidura con las puntas torcidas.

—¿Sabes por qué lo sabía? —continuó.

—No, explíquemelo.

—Porque a ti no te gusta que te den órdenes.

—¿De veras?

—Tienes un carácter difícil. Eso significa que la gente no puede contigo, que no permites que un hombre mayor te mande.

El palo que Alafair había lanzado al agua giraba en la orilla de la corriente con un tábano encima.

—No quería que usted se formara una impresión equivocada de mí —dijo Alafair.

—Lo sé, cariño. Sé lo que vas a pensar antes de que tú misma lo pienses.

—Verá, yo soy india. Nací en una aldea de El Salvador. Un sacerdote católico intentó traemos en avión a mi madre y a mí a Estados Unidos, pero el aparato se estrelló cerca de Southwest Pass. Mi madre se ahogó en el avión. Creo que era una mujer valiente.

—Vaya historia que tienes, y pareces educada además. Pero tienes algo más en mente, ¿verdad, mi amor? No ibas a dejar que el señor Purcel te tratara como si tú no supieses lo que quieres.

El hombre metió la mano en la nevera y extrajo una botella de cerveza oscura con etiqueta dorada. Con el pulgar y el índice formó un anillo y por él pasó el pico de la botella para quitarle el hielo, después le quitó la tapa. Entonces dio un paso hacia el sol y se acercó a Alafair sujetando la botella fría.

—Aquí tienes, métetela en la boca y dime si te gusta.

—Le he hablado sobre mi madre porque quiero que entienda que no me importan en lo más mínimo los comentarios racistas y sexistas de un paleto degenerado como usted. Debido a la pobreza en la que se crio y a su ignorancia, dejaré pasar esos detalles y le daré un simple aprobado en la asignatura de ser humano. Y ahora

espero que se largue a un sitio donde no le exijan más que eso. Pero esto es una excepción y ocurrirá una sola vez. No crea que en el futuro lo trataré con tanta generosidad. ¿Es capaz de comprender lo que acaba de oír?

—Cariño, he estado por todo el país, con chicas negras, blancas, indias, latinas y hasta con una esquimal, y siempre pienso en ellas con gran respeto. Pero lo que cuenta no es la montura, sino el hombre que se monta en ella.

Bledsoe avanzó hasta situarse entre ella y el sol, hasta que la sombra ocultó su rostro. Alafair pudo oler su desodorante y su aliento de enjuague bucal de menta. La cogió por el bíceps y empezó a masajearle el músculo con los dedos. Su mano estaba húmeda.

—¿Te apetece montar… en mi coche? ¿Te apetece ir hasta la bahía?

—Suélteme.

Él se inclinó y empezó a susurrarle al oído. Alafair sintió sobre su piel las gotitas de saliva y el aliento de Bledsoe en su oreja. A partir de ese instante, sólo recordaría aquello no como una serie de acontecimientos lineales sino como una sucesión de imágenes, de sensaciones. Alafair dio un paso hacia atrás, giró, se quitó la mano de Bledsoe de encima y elevó su pierna izquierda con tal velocidad que él ni la vio venir. Los pies de Bledsoe se mantuvieron en el suelo, porque recibió la patada de lleno en la boca, y su nariz y labios reventaron con el impacto de la deportiva.

La botella de cerveza se alejó rodando por el desnivel hasta el agua. Bledsoe se cogió la cara con ambas manos, caminó medio encorvado hasta el refugio para campistas y se sentó como alguien que intenta impedir que los sesos se le salgan del cráneo. Yo detuve mi camioneta junto al refugio y me bajé, sin estar muy seguro de lo que había ocurrido. Bledsoe cogió un diente roto de la palma de su mano y se lo quedó mirando. Después me sonrió. Sus labios estaban manchados de un rojo vivo.

—Apuesto a que sé quién es —me dijo—. Es el padre de ella, el amigo del señor Purcel. Yo me llamo Roland, ¿y usted?

Aquella tarde, cuando aparqué mi camioneta frente a la floristería

de Sidney Kovick en Algiers, la humedad resplandecía en el cielo. Al otro lado del río, Nueva Orleans se sofocaba entre el moho y los charcos de aguas residuales. A lo lejos daba la impresión de estar desierta, no había coches ni transeúntes. Clete contempló durante largo rato la ciudad donde había nacido y después entramos en el local. Sidney salió de la trastienda luciendo un delantal hasta los pies, de esos que llevan tiras al cuello y a la cintura. Como siempre, su cara no delató expresión alguna. Detrás de él salió su mujer, Eunice, que nos saludó agitando los dedos de una mano.

—Seré breve, Sidney —dijo Clete—. Encontré un dinero que probablemente fue arrastrado desde el garaje que se encuentra calle arriba de tu casa. Se lo llevé a Tommy Ballena para que me diera su opinión. Me dijo que era falso. Así que lo metí en un sobre, lo remití al FBI y lo eché en un buzón. No sé si ese dinero falso era tuyo o no, el caso es que lo hubiera echado al buzón de todos modos. Pero eso no te da derecho a echarme encima al mierda de Bledsoe.

—Cuida tu vocabulario —siseó Sidney.

—Lo que Clete intenta decirte —tercié— es que probablemente has metido a un hombre muy peligroso entre nosotros. Esta mañana le hizo comentarios desagradables a mi hija y ella le hizo tragarse un par de dientes. Pero sospecho que Bledsoe regresará a las andadas. Si lo hace se lo haré pagar caro, pero antes me encargaré de ti.

Sidney contrajo las mejillas como si estuviera juntando saliva, las aletas de la nariz se abrían y cerraban ligeramente. Fue a cerrar la puerta de la trastienda, volvió y se encaró a nosotros.

—Esos rateros empezaron esto, no yo. Y dos de ellos recibieron lo que se merecían. Si los otros dos me devuelven lo mío, desaparecerán todos sus problemas. Os estáis metiendo en un asunto que os queda muy, pero que muy grande.

—¿De veras? —intervino Clete—. Oye, Sidney, yo estaba en Saigón cuando los pececitos dorados como tú robaban provisiones militares para vendérselas al Vietcong. Así que bájate del pedestal.

Disimuladamente toqué el muslo de Clete para que cerrara el pico.

—Siempre has tenido dos problemas, Purcel —dijo Sidney—. La mayor parte del tiempo estás pedo y nunca aprendiste a mantener

esa polla gorda dentro de tus pantalones. Esas dos cosas te han costado tu trabajo y tu matrimonio. Todo el mundo en Nueva Orleans lo sabe, excepto tú. Te toleran, como tolerarían a un niño. Pero no vuelvas a aparecer por aquí a faltarme al respeto delante de mi esposa.

—Nos estamos alejando del tema, Sidney —interrumpí.

—No, deja que hable —dijo Clete.

Mantuve los ojos enfocados en Sidney, procurando formar una pared invisible entre Clete y yo y el daño que Sidney evidentemente le había causado.

—Mi hija no forma parte de esto —expliqué a Sidney—. Ese tal Bledsoe la insultó sin provocación. Tú exiges respeto para tu familia, pero no se lo das a la mía. ¿Qué te parece que hagamos al respecto?

—¿Quién te ha dicho que ese tal Bledsoe trabaja para mí?

—Estamos hablando como hombres de familia, Sidney. Si quieres mentirnos como si fuéramos tontos, no hay nada más que hablar. Pensé que eras otra clase de hombre.

Su rostro era inescrutable, imposible de leer.

—No tengo ningún control sobre lo que ocurre en Nueva Iberia —dijo.

—Lamento que tomes esa postura —repliqué.

—Vosotros dos entráis aquí como si cagarais rosas, me amenazáis en mi propia tienda, ¿y soy yo el que está fuera de lugar? Yo sé lo que es la pérdida, Dave. ¿Dices que me lo harás pagar? Pues tengo noticias para ti, hace rato que he pagado mi cuota.

La visita había sido una pérdida de tiempo. Ahora Sidney estaba usando la muerte accidental de su hijo para justificar su vida criminal. No puedo decir si lo hacía por puro narcisismo o porque estaba convencido de que los dioses habían sido injustos con él y, por tanto, ya no tenían derecho a juzgarlo por el daño que le infligiera a otros. En cualquier caso, Sidney sabía cómo hacerse la víctima para protegerse.

—Vámonos, compañero —dije a Clete palmeándole en la espalda.

—Esto no acabará aquí, Sidney —le dijo Clete—. Cuando éramos chavales en Magazine, te di la paliza de tu vida y puedo volver a hacerlo.

Abrí la puerta e hice sonar la campanilla de la puerta. Pero Clete permaneció inmóvil delante del mostrador con los puños apretados, mientras la sangre le subía de la nuca a la melena. La acusación de borracho, mujeriego y policía caído en desgracia se le había clavado en la carne como un anzuelo oxidado. Sidney empezó a sacar flores muertas de un florero, sacudiendo el agua de los tallos antes de tirarlos a la basura. Después de unos segundos alzó la vista hacia Clete.

—¿Aún sigues ahí? —le dijo.

Esperé a Clete en la camioneta. Salió de la floristería con su camisa tropical pegada a la piel y el sombrerito inclinado sobre la frente, pero su expresión era sombría. Me recordaba a un almiar. En el Cuerpo de Marines sus compañeros lo llamaban «la Parva», por ser un descontrolado, presa de sus apetitos, un tipo al que las autoridades reconocían de inmediato como un buscapleitos. Pero lo que lo volvía más vulnerable era el poder que otorgaba a los demás; en este caso, a Sidney Kovick.

Subió a la camioneta y cerró la portezuela suavemente, midiendo sus energías para no revelar ni su furia ni su sensación de derrota.

—No le hagas caso, Clete. Le diste una oportunidad cuando se merecía un tiro en la boca.

—Dejé que me tratara como un felpudo.

—Eso no es cierto. Kovick es un chuloputas. Cualquiera que tenga una conversación con él necesita darse una ducha después.

Pero Clete no se lo tragó. Arranqué la camioneta, conduje hasta el final de la manzana y seguí por la calle desde la que se divisaban el callejón y la entrada trasera a la floristería. A través de los cubos de basura y de los plátanos que crecían entre los garajes, vi una furgoneta de reparto aparcada detrás de la tienda. La esposa de Sidney estaba ayudando a un hispano a cargar flores por la puerta lateral de la furgoneta. Clavé los frenos y metí la marcha atrás.

—¿Qué ocurre? —dijo Clete.

—El tipo del callejón —dije—. Tiene tatuajes de letras góticas y se parece mucho a Chula Ramos.

—¿A quién?

—Al pandillero de la MS-13, el hermano de Natalia Ramos. Lo soltaron del recinto cercado de Iberia por error.

—¿Es el hermano de la golfa que vivía con el cura?

—Sí, es ése.

—¿Realmente quieres meterte en este lío, Dave?

—Claro que quiero.

Me metí en el callejón y enfilé hacia a la furgoneta. Una mujer mayor que sacaba su cochazo del garaje se atravesó entre su salida y un contenedor de metal. Le pité y ella respondió mirándome con cara de susto, después se quitó las gafas y, para poder verme bien, empezó a limpiarlas con un kleenex. Saqué mi placa por la ventana y le ordené por señas que quitara su cochazo de en medio. Ella pisó el acelerador y estrelló el faro trasero contra el contenedor.

Me bajé de la camioneta y fui andando hacia la furgoneta de reparto.

—Espera un segundo, chaval —grité, sin estar seguro de que el tipo fuera Ramos.

El hispano cerró la puerta del conductor y se alejó.

—¿Qué ocurre, Dave? —preguntó Eunice.

—¿Cómo se llama tu repartidor?

—Chula Nosequé. ¿Ha hecho algo malo?

Oí que Clete se me acercaba por detrás.

—¿Cómo has conocido a ese tipo, Eunice? —pregunté.

—Sidney lo contrató. La hermana de Chula solía limpiar la oficina que Sidney tiene en el Barrio Francés.

—¿Natalia era asistenta de Sidney?

—Sí, son refugiados centroamericanos y Sidney quiso ayudarlos. ¿Por qué lo preguntas?

Observé su expresión, no había en ella ni malicia ni falsedad.

Aunque Eunice fuera una mujerona de campo y el blanco de las burlas de los polis del DPNO, poseía verdadera belleza interior. Intenté mantener neutros mi mirada y mi rostro. No quería que ella se enterase por mí de las mentiras de su marido.

—¿Tienes la dirección o el número de teléfono de Chula? Creo que tiene cierta información que podría ser de utilidad para un agente federal que conozco.

—Lo dudo. Chula nos hace el reparto en su tiempo libre, cuando puede. Creo que trabaja para la AFGE y vive en un barracón. Pero regresará con la furgoneta alrededor de las ocho. ¿Quieres volver más tarde o dejarle un mensaje?

—No, está bien. Ya lo pillaré en otro momento. Incluso sería mejor olvidar que me has visto, ¿me harías ese favor?

—Si eso es lo que quieres.

—Me alegro de verte, Eunice.

—Lo mismo digo, Dave.

Como solía ocurrirme, cuando Eunice me sonrió volví a quedar convencido de que era la mujer más bella de Nueva Orleans.

Clete y yo regresamos andando a la camioneta. Arranqué al mismo tiempo que él se quitaba el sombrerito y se peinaba la melena. Luego guardó el peine en el bolsillo de la camisa y volvió a ponerse el sombrerito.

—¿Así que Sidney se estaba cepillando a la chica de El Salvador? —me dijo.

—Eso parece.

—¿Por qué se casó Eunice con un cubo de mierda como Sidney?

Lo miré y me encogí de hombros. Casi podía oír girar los engranajes de su mente:

—Da la vuelta y aparca delante de la tienda.

—¿Lo vas a poner en evidencia delante de su mujer?

—Tú no te preocupes. Sólo quédate en la camioneta.

—Lo que vas a hacer está mal, Clete.

La camioneta aún no se había detenido, pero Clete abrió la portezuela de su lado y bajó de un salto. La cerró y se volvió a mirarme por la ventana.

—Deja de juzgarme, colega.

Cuando Clete entró de nuevo en la tienda, Kovick seguía tras el mostrador.

—Eh, Sidney, quería decirte una cosa…

—¿Qué es, Purcel?

—Te va a sorprender, pero intenta vivir con ello. Ya sabes, adaptarte y ver el lado positivo de la vida. ¿Lo *captez-vous*?

—No, no *captez-vous*. Y tampoco me interesa.

—Cuando éramos críos, hice rebotar tu cabeza contra la acera, como si fuera una pelota. Lamento haberlo hecho. Sólo intenta que Bledsoe no se acerque a la hija de Dave. No te guardo ningún rencor.

—¿Ésa es el gran noticia?

—Así es. Y ya que estás, guarda esa pilila tuya en una caja

fuerte.

Sidney se metió una cerilla en la boca y se la pasó por los dientes, buscando el mensaje oculto en las palabras de Clete. Clete regresó a la camioneta luciendo una expresión serena. Cerró tranquilamente la portezuela y me sonrió con los ojos.

—¿Qué ocurrió ahí dentro? —pregunté.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada. Ésa es la gracia de este asunto —respondió—. Venga, gran jefe, arranca de una vez.

17

El lunes por la mañana telefoneé a Betsy Mossbacher al FBI y le informé de que Chula Ramos probablemente trabajaba para Sidney Kovick como repartidor a tiempo parcial.

—¿Repartiendo qué? —me contestó.

—Quizá sólo flores. Oye, Clete Purcel y yo le dijimos a Sidney que sabíamos lo del dinero falso que guardaba en su casa. Nos contestó que nos habíamos metido en algo que nos quedaba muy grande.

—¿Qué tiene que ver Purcel en todo esto?

—No mucho.

—En un buzón de Morgan City apareció una cantidad de dinero falso. El grabado y el papel son de una calidad impresionante. ¿Estamos hablando de ese dinero?

—Puede ser.

—Dile a Purcel que no se meta en asuntos federales.

Me estaba desviando del objeto de mi llamada y creo que eso era lo que Betsy quería. Pero no mordí el anzuelo.

—¿Por qué iba a decirnos Kovick que el asunto nos quedaba grande?

—Creo que está convencido de que es un patriota que defiende su tierra natal. Para mí es un sicótico. Un agente de Misisipi cree que los esbirros de Kovick enterraron el cuerpo de su vecino en Biloxi, en los cimientos de un casino.

—Me he perdido, Betsy.

—Los talibanes financian Al-Qaeda vendiendo heroína. ¿Crees que no son capaces de otras empresas criminales?

Todavía no comprendía de qué estaba hablando y no me apetecía intentar adivinarlo.

—Necesito que me hagas un favor —le dije—. Es posible que un tal Ronald Bledsoe intente lastimar a mi hija. Afirma ser un

detective privado de Key West, pero la policía de Tallahasee no tiene ningún dato sobre él, salvo que consiguió la licencia a través de una oficina de fianzas unos diez años atrás. La NCIC tampoco pudo facilitarme ninguna información sobre él. Estoy seguro de que es peligroso y depravado, la clase de tipo que deja un rastro de mierda tras de sí. Pero me está costando encontrarlo.

—¿Lo has buscado en el Sistema de Identificación Automático de Huellas?

—Aún no.

—Pues inténtalo. Mientras tanto, haré lo que pueda. ¿Qué le hizo tu hija a este tipo?

—Le partió la nariz y los labios, y le hizo saltar un diente.

—¿Y crees que se ha molestado?

Pero los chistes sobre Ronald Bledsoe no tenían gracia.

Tres días antes un trabajador ilegal guatemalteco estaba arrancando los tablones de ciprés que revestían la pared de una vivienda histórica de Nueva Orleans. Ganaba ocho dólares la hora y temía a las autoridades estadounidenses y a las de su propio país, pero más miedo tenía de perder su trabajo. El contratista que lo empleaba estaba especializado en la restauración de propiedades históricas. El contratista además se ganaba bien los cuartos recuperando ladrillos de la época colonial, suelos de pino antiguo, bisagras y aldabas de bronce, clavos de cabeza cuadrada, pomos de vidrio opalino, bañeras con patas en forma de garra, ganchos de hierro para colgar cacerolas y metralla; además de proyectiles del calibre 58, de los que acabaron incrustados en las viviendas durante la toma de Nueva Orleans por la racista Liga Blanca en 1874. Cada objeto susceptible de ser vendido a precio de derribo o de material para restauraciones iba a parar a una pila especial.

El obrero guatemalteco hundió la palanca bajo una tabla de ciprés podrido y cuando la arrancó cayó al suelo una lluvia de termitas de Formosa. Entre el serrín, los insectos y la madera esponjada, descubrió un proyectil deformado no mucho más grande que una falange de su meñique: era de bronce con camisa metálica.

—Eh, jefe, ¿qué quiere que haga con esto?

Justo antes de la hora de marcharme, Helen me mandó llamar a su despacho. Pude ver las primeras gotas de lluvia sobre el cristal de la ventana, y a lo lejos, allá por el cementerio, los árboles inclinados por el viento. Helen me esperaba con un codo apoyado en el escritorio y la barbilla encima del puño. Aquél era el talante y el lenguaje no verbal que utilizaba cuando iba a decirme algo que yo no deseaba oír.

—Acabo de hablar con Betsy Mossbacher —me dijo—. Llegará dentro de una hora y media, con una orden judicial federal para registrar la casa de Otis Baylor.

—Hablé con ella esta mañana y no me dijo que fuera a venir a Nueva Iberia.

—Acaba de conseguir la orden. La semana pasada, los obreros que reparaban la vivienda ubicada frente a la casa de Baylor en Nueva Orleans extrajeron un proyectil de rifle de una pared. El contratista había oído hablar del caso Melanchon/Rochon y telefoneó a la policía de Nueva Orleans, y ellos pasaron el dato al FBI. El proyectil es de calibre 30-06. Atravesó una contraventana y el vidrio que había detrás y se clavó entre dos tablas. Betsy dijo que el proyectil estaba en muy buen estado, considerando que pudo atravesar a dos personas. En cualquier caso, los federales quieren entrar en acción antes de que la información llegue a oídos de Baylor.

—¿Y?

—Tienes que estar presente cuando el FBI entregue la orden judicial.

—No me necesitan para entregar una orden.

—Éste es nuestro distrito. Debemos cooperar con las autoridades de fuera del estado, pero no les cedemos nuestra jurisdicción. Cumple con tu deber, campeón.

Comí un bocadillo en mi despacho y a las siete de la tarde me reuní con Betsy y otro agente del FBI en el aparcamiento, y salimos de la ciudad en dirección a Jeanerette. El cielo estaba luminoso a causa de la lluvia que pronto llegaría del oeste, los robles de Virginia que bordeaban Main lucían un tono verde oscuro. Sentado en el asiento trasero del vehículo me sentía como un imbécil, como el testigo

mudo de la creación de un chivo expiatorio. Baylor había perdido el control de los acontecimientos o quizá no había sabido cómo lidiar con ellos.

Durante el trayecto, Betsy apenas habló. Intuí que aquella tarde ella tampoco se sentía cómoda con su misión. Ella siempre había sido un bicho raro, una mujer sin dobleces cuya torpeza y modales de vaquera le habían creado una injustificada reputación de excéntrica. Igual que ocurría con Helen Soileau, sus compañeros también se burlaban de ella a sus espaldas. Lo cierto era que la mayoría no le llegaba ni a los talones.

—¿Dice que Baylor aún tiene el Springfield? —me preguntó el agente que conducía.

—Eso fue lo que me dijo la última vez que lo vi.

El agente llevaba el pelo de la nuca cortado en ángulos rectos y las manos en posición simétrica sobre el volante. Nunca despegaba la vista del camino y tampoco miraba por el retrovisor cuando me hablaba.

—¿Por qué Baylor no se deshizo del rifle? —me dijo.

—Porque sabe que eso es lo primero que haría un asesino —respondí.

—¿Está diciendo que Baylor es culpable?

—No, estoy diciendo que es inteligente. Y que quizá está cargando con la culpa de otro.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo llegó a esa conclusión?

—Cientos, acaso miles de residentes de Nueva Orleans se ahogaron cuando podrían haberse salvado. Supongo que es porque a sus jefes en Washington les importó un pimiento. Así que ahora, para mejorar su imagen, le dan por el culo con una motosierra al vendedor de seguros. Hay gente que arregla las cosas de ese modo.

Esta vez el agente me clavó los ojos por el retrovisor.

—¿Los de por aquí tienen algún problema?

—¿Nosotros? No, somos felices como perdices…

Betsy me lanzó una mirada capaz de decapar la pintura de un acorazado.

Cuando llegamos a casa de Otis Baylor, el terreno y los árboles circundantes estaban en penumbras. El interior de la vivienda estaba iluminado, se percibían fragancias de flores y de pan recién horneado en el aire fresco, el agua de lluvia se deslizaba por las

hojas de los robles. El hogar de Otis Baylor era el vivo retrato de una familia que vive en paz con el mundo. Pero nada estaba más lejos de la verdad, especialmente después de nuestra llegada.

Betsy subió los escalones, entró en la galería con mosquitero y llamó a la puerta. Tenía los labios apretados y su identificación en la mano, su cabello lucía amarillo como la paja en la luz crepuscular. Echó un vistazo a su reloj y volvió a llamar a la puerta, esta vez ruidosamente, golpeando con la base del puño.

La puerta se abrió y apareció Otis, con camisa y corbata, sujetando una pata de pollo frito.

—¿Es usted el señor Baylor? —preguntó Betsy.

—Sí —respondió él mientras nos miraba alternativamente a Betsy y a mí, como si yo lo hubiese traicionado.

—Soy la agente especial Mossbacher —dijo ella—, y tenemos una orden judicial para registrar su casa. Mientras busquemos, quiero que usted y su familia se sienten en el salón. ¿Dónde está su rifle, señor Baylor?

—Se lo traeré.

—No, no lo hará —replicó Betsy—. Usted me dirá dónde está el rifle, y usted, su mujer, su hija y cualquier otra persona que se encuentre en la casa se quedarán sentaditos en el salón.

—¿Qué diablos es esto?

—Haga lo que ella le dice, señor Baylor —tercié.

El dueño de la casa volvió a la cocina y regresó acompañado de su esposa y su hija Thelma. Tras tomar asiento, los tres nos miraron como niños llenos de expectación, atrapados entre el deseo empedernido de todo norteamericano de respetar la ley y el hecho de que unos desconocidos que no eran ni diferentes ni más poderosos que ellos pudieran interrumpirles la cena y tratarlos como a ganado.

—El rifle está en el ropero del dormitorio principal y la caja de munición, en el estante —explicó Otis—. No hay otra arma en la casa.

—¿Por qué están haciendo esto ahora? —se quejó la señora Baylor—. Pensé que este asunto había acabado.

Melanie Baylor se había traído su bebida de la mesa, era del color del té pero no contenía hielo. La mujer intentó mantener el aplomo, con la espalda recta y la bebida apoyada en la rodilla. Me

recordó un plato de porcelana china surcado por finísimas rajaduras.

—¿Van a informar a los medios? —continuó la mujer—. ¿Sabe las consecuencias que esto va a tener en el negocio de mi marido?

—No se preocupe, señora. No informamos a los medios —explicó Betsy—. Intentamos tratarlos a ustedes de forma respetuosa y de ser lo más discretos posible.

—¿Entonces por qué siguen acosándonos? ¿Para esto pagamos nuestros impuestos? Por el amor de Dios, Otis, di algo…

—Señora Baylor, a los saqueadores de la casa que hay al otro lado de la calle les dispararon a sangre fría —dijo Betsy—. Desde cualquier punto de vista, es un asesinato castigado con pena de muerte. El joven de diecisiete años no estaba fichado y perdió la vida por cometer un robo. En las zonas residenciales de Nueva Orleans hubo parapoliciales que se dedicaron a cazar personas de color. Mis superiores no van a permitir que eso quede sin castigo.

—Quiero hablar con mi abogado —dijo Otis—. Creo que a estas alturas no debemos seguir hablando con usted.

—Está en su derecho, señor Baylor. Pero no somos sus enemigos.

—Deje de mentir —intervino Thelma.

—¿Qué ha dicho, señorita?

—Usted ha venido a meter en la cárcel a mi padre —exclamó Thelma—, así que deje de actuar como si fuera su amiga. Mi padre no ha hecho daño a nadie en toda su vida. Todos ustedes no son más que basura.

—Basta, Thelma —dijo Otis.

El compañero de Betsy apareció desde el fondo de la casa con el Springfield al hombro, con el cañón apuntando hacia abajo y el cerrojo abierto para dejar a la vista el cargador. En la mano izquierda llevaba una caja de munición del 30-06.

—El sueño de los francotiradores de los marines… —dijo.

Betsy bajó la vista hacia Thelma:

—¿Vio las caras de esos tipos negros, señorita?

—Sí —repuso Thelma.

—¿Dónde las vio? —dijo Betsy sorprendida.

—El señor Robicheaux me mostró unas fotografías de ellos hace algunos días.

—¿Los había visto antes de la noche en que se presentaron aquí?

—No.

—Entonces nadie de su familia tenía razones para matarlos, ¿verdad? —dijo Betsy.

Thelma mantenía los ojos clavados en Betsy, pero pensaba a toda velocidad. Su rostro tenía menos expresión que un marco vacío.

—Usted sabe que unos hombres negros me violaron y está utilizando ese hecho para culpar a mi padre, ¿no es cierto?

—Por lo que sé, su padre no dispararía arbitrariamente contra nadie —respondió Betsy—. ¿Qué me dice de eso, Thelma?

—Suficiente —dijo Otis—. Ya tienen lo que habían venido a buscar. Ahora, por favor, márchense de nuestra casa.

—Piénselo bien, señor Baylor, usted es un hombre inteligente. Tenemos razones para llevarnos su rifle. Mañana al mediodía a lo más tardar podemos tener la prueba que lo enviará a usted o a un miembro de su familia a la cárcel de por vida. ¿Es eso lo que quiere?

Otis Baylor tenía las mandíbulas apretadas y un brillo extraño en sus ojos.

Una vez fuera, me ubiqué en el asiento trasero del coche. Estaba contento de poder alejarme de allí, del miedo y la angustia que habíamos sembrado en el hogar de los Baylor. El cielo se había tornado oscuro y las luces de las casas centelleaban en la superficie de Bayou Teche. Vi la cara de Betsy reflejada en el resplandor del salpicadero.

—Estuviste muy callado allí dentro, Dave —me picó.

—Fue como utilizar un arpón para atrapar a un pececillo en una piscina —me justifiqué.

—Una reacción curiosa, viniendo de un policía —dijo el agente que iba al volante.

Betsy estaba medio vuelta hacia mí y me escrutaba con la mirada.

—Tú sabes algo que no me estás contando —dijo.

—Quizá.

—Estamos todos en el mismo bando, colega —dijo el agente al volante, mirándome fijamente por el retrovisor—. Así que deje de interpretar el papel de poli lacónico de Mierdilandia.

—Cuando le enseñé a Thelma Baylor las fotos de los

saqueadores, me pareció que estaba muy afectada —dije—. Creo que fueron ellos los que la violaron y torturaron. Creo que me lo ocultó porque ese hecho habría significado una sentencia de muerte para su padre.

—¿Y no se le ocurre contárnoslo hasta ahora? —dijo el agente que conducía.

Tiré de mi cinturón de seguridad y me incliné hacia delante. Noté unos pequeños huecos en la nuca del conductor, justo debajo de su corte de pelo cuadrado, y que tenía las mejillas caídas en una cara que ya no hacía juego con su cuerpo juvenil.

—Mis conclusiones son de naturaleza especulativa —expuse—. De hecho, están basadas únicamente en mi percepción personal. No tienen valor acusatorio.

La luna brillaba en el firmamento, las cañas de azúcar resecas y duras de una plantación arrasada por el huracán Rita parecían miles de palos de escoba olvidados. El agente que conducía contempló por la ventanilla la hilera de barracas donde vivían los negros. Varias de ellas habían perdido sus tejados de latón, las vigas desnudas habían sido recubiertas con placas de contrachapado y fieltro azul. Calle arriba, un borracho se tambaleaba junto a la carretera, su cuerpo se recortaba contra un anuncio de cerveza de neón en lo alto de una caravana oxidada que hacía las veces de bar.

—Vaya sitio —dijo el agente—. Hay que venir para verlo en todo su esplendor…

A la mañana siguiente, un técnico del Laboratorio Criminológico de Arcadiana consiguió obtener una huella dactilar de la matrícula del coche de Clete, allí donde Ronald Bledsoe había quitado el barro para ver mejor uno de los números. Cotejamos la huella en el SIAH y no obtuvimos resultados.

—No lo comprendo —le dije a Helen—. Esta clase de tipos suele meterse en líos.

—Quizá es más listo de lo que creemos —repuso ella—. Puede que esa personalidad neurótica sea falsa, puede que trabaje para el gobierno.

—¿Y si busco alguna manera de detenerlo?

—No quiero herir tus sentimientos, pero legalmente Bledsoe es

la víctima, no el victimario. Tu hija le dejó la cara nueva de una patada. Él podría denunciarla por agresión y hasta demandar a toda la familia si quisiera. Deberías estarle agradecido, chaval.

—Yo no lo veo así.

—Me lo suponía.

Regresé a casa a comer. Alafair estaba en su habitación, trabajando en su primera novela, tecleando en un viejo ordenador que había comprado en una venta informal en nuestro barrio. Yo le había ofrecido comprarle uno mejor, pero ella me contestó que un ordenador más caro no la ayudaría a escribir mejor. Alafair siempre tenía un cuaderno en la mesilla de noche donde escribía antes de dormir, y había llenado ya doscientas páginas de notas y tramas para su libro. A veces se despertaba en mitad de la noche y apuntaba los sueños que acababa de tener. Por la mañana al levantarse, su imaginación ya había dado forma a dos escenas, y durante las dos o tres horas siguientes las convertía en mil palabras a doble espacio.

A menudo escribía sus párrafos a mano y los editaba uno por uno, después tecleaba e imprimía una copia. A continuación corregía cada folio impreso con un lápiz azul, lo colocaba boca abajo en una bandeja de alambre y empezaba a componer el siguiente. Si me descubría espiando sobre su hombro, me echaba de un codazo en el estómago. Al día siguiente por la mañana, Alafair revisaba todo lo que había escrito el día anterior y entonces se embarcaba en las mil palabras que debía completar ese día. Me asombraban la cantidad y la calidad de trabajo que conseguía producir con su sistema.

El instituto le había otorgado un permiso especial para apuntarse a una clase de escritura creativa dictada por Ernest Gaines en la Universidad de Luisiana, en Lafayette. Gaines creía que Alafair poseía un talento excepcional. Lo mismo pensaba la junta de ingreso de Reed College, en Portland, donde recibió una beca académica y se tituló en literatura inglesa la primavera pasada. También obtuvo una beca de investigación de la Universidad de Stanford, donde comenzaría a estudiar la próxima primavera. El que se hubiera metido en problemas con una aberración como Ronald

Bledsoe me producía una frustración difícil de disimular, sobre todo porque necesitaba discutirlo francamente con ella.

—¿Puedo hablar contigo un segundo, Alf? —le dije.

Ella posó las manos sobre sus muslos y miró fijamente hacia delante, tratando de ocultar la exasperación que le producía ser interrumpida mientras escribía.

—Claro. ¿Qué ocurre?

Acerqué una silla a su escritorio.

—Investigamos a Bledsoe en el SIAH y en el Centro Nacional de Información Criminal, pero no averiguamos nada. Por alguna razón, eso me preocupa más que si supiera que estaba fichado. Está claro que es un bicho, y los bichos dejan rastros de mierda tras ellos. Pero Bledsoe es la excepción.

—¿Y eso qué significa?

—Que es inteligente o que cuenta con el apoyo de alguien muy poderoso.

—Se merecía la patada. Que le den por el culo.

—¿Es necesario que hables de ese modo?

—Me puso la mano encima y pude sentir su saliva en mi oreja. ¿Quieres que te repita lo que me dijo?

—No.

—Me lo imaginaba.

—De acuerdo, Alf.

—¿Puedes dejar de usar ese estúpido mote?

—Oye, hay algo más. Puede que acabe metiendo en la cárcel a Otis Baylor. Sé que tú y Thelma sois amigas, así que…

—Entendido. ¿Qué tal si me reconoces el mérito de poseer más de dos neuronas?

El paso de los años no me ha hecho mucho más sabio, pero he aprendido que, a la hora de cuidar de su hija, un padre tiene que recordar sólo dos lecciones: debe apoyarla sin reservas cuando ella lo necesita y debe saber desconectar cuando ella no lo hace. Para mí, lo último ha sido más difícil que lo primero.

—¿Tienes más de dos? —dudé.

—¿Alguna vez te han dado en la cabeza con una bandeja llena de papel impreso?

Regresé al departamento a la una de la tarde. El torpe e hipertenso Wally, nuestro radio operador y cómico oficial, me interceptó de camino a mi despacho.

—Estaba a punto de poner estos mensajes en su bandeja.

—Gracias, Wally —dije cogiendo los tres memorandos rosados.

—Dijo que se llamaba Bertrand, no quiso darme su apellido. Tiene malos modales.

—¿Era un chaval negro?

—Es difícil asegurarlo, porque me dijo: «Quítate los bastoncillos de la nariz porque no entiendo lo que me dices, blanquito hijoputa». ¿Crees que tiene problemas raciales?

—Puede ser. Gracias por cogerme los recados, Wally.

—Me alegra poder ayudarte, Dave, me encanta este trabajo. Y gracias por presentarme a tus amigos.

Me dirigí a mi despacho y tecleé el número de móvil que Wally había apuntado en los memorandos.

—¿Bertrand?

—¿Es usted, señor Dave?

¿Señor Dave?

—Sí, Bertrand, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Algo extraño. Alguien está regalando móviles a los quinquis de la ciudad, y a la gente de los refugios, a cualquiera que pueda saber algo acerca de esas piedras. Los móviles vienen con el número de un teléfono de contacto. Son de Wal-Mart. André tiene uno, y se comporta de una forma que me hace sentir muy incómodo.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que usted dijo acerca de que yo era un violador es cierto. Lo hicimos con Eddy y con André, en dos ocasiones. Una era una chica del Lower Nine. No he parado de buscarla por allí, también busqué en los centros de acogida. Quizá murió durante la tormenta…

No tenía ganas de ser su confesor. De hecho, me revolvía el estómago la imagen de tres hombres adultos atacando sexualmente a una quinceañera indefensa que tuvo la mala suerte de regresar sola de una verbena.

—¿Sigue ahí, señor Dave?

—Sí, sigo aquí. Si has cometido el crimen, aguanta el castigo.

Pero Bertrand no me escuchaba.

—La otra chica estaba sentada en un coche que no arrancaba, junto al Desire. Era blanca. Dijo que venía del baile de fin de curso. Eddy se cabreó y la quemó con su cigarrillo, le quemó los pechos.

—Si buscas un Valium para tus pecados, Bertrand, te equivocas de hombre.

—¿A quién más se lo voy a contar, tío? Todos en esta ciudad tienen un móvil para chivarse de mí. Dicen que si llamas a ese número un tipo con voz de blanco les promete que si me entregan los hará ricos. Ayer, en el centro de acogida, pasé junto a un tipo que al verme imitó el ruido de una motosierra. A todos les pareció la monda.

—¿Qué le pasó al padre Jude LeBlanc?

Bertrand hizo una pausa, luego respiró hondo.

—Habíamos estado en casa de mi tía. Entonces una ola destrozó el ventanal y nos arrastró hasta el fondo de la casa. Acabamos nadando junto a un montón de basura, pero estaba cubierta de arañas reclusas pardas, esas que se te meten en la carne y después se cagan dentro. En el agua había una mujer que tenía la cara y el pelo cubiertos de ellas. La picaban y ella intentaba quitárselas de encima, chillando y tragando agua a la vez. Entonces apareció el cura con el bote, lo arrimó al tejado de la iglesia y empezó a abrir un agujero a hachazos. Eddy me dijo: «O ese hijoputa o nosotros». Así que, con la ropa todavía cubierta de arañas, nos echamos al agua y nadamos hacia él.

»Yo fui el primero en subir al tejado.

»—Necesitamos el bote —le dije—. Nosotros somos cuatro y tú estás solo. Puede que te llevemos con nosotros, pero el bote nos lo quedamos.

»El cura dejó de dar hachazos.

»—Este ático está lleno de gente —nos dijo—. Me tenéis que ayudar o morirán ahogados.

»¿Ayudarlo? ¿Cómo iba a ayudarlo si Eddy, André y Kevin me miraban fijamente para que hiciera algo? Eddy ya no era el pez gordo, ya nadie se hacía el machito. Ahora se suponía que me correspondía *a mí* hacer algo, así que cogí el hacha. ¿Qué más podía hacer? El cura podría golpearme con ella. Un rato antes había visto a un hombre empujar a un crío de un colchón hinchable. El tipo estiró el brazo, le agarró la cara y lo empujó al agua. El crío tendría

diez años como mucho. Así estaba el paño por mi barrio. Tú no estabas ahí, tío.

—¿Qué le hiciste al padre LeBlanc? —dije con las manos frías y húmedas y el corazón desbocado.

—No quería soltar el hacha y estaba interponiéndose entre nosotros y el bote, que estaba junto al borde del tejado. Me acerqué pero él no se movió, no quiso quitarse del medio.

»—Tío, nos vamos a quedar el bote de un modo u otro —le dije —. No vayas a acabar jodido por algo que no puedes cambiar.

»—No sabes lo que estás haciendo —me contestó.

»¿Qué quiso decir con eso? Yo sabía lo que hacía, estaba salvando mi vida, y la de Eddy, André y Kevin. Claro que sabía lo que hacía, porque no tenía elección. ¿Cómo se le ocurrió decirme eso?

—¿Qué fue lo que hiciste, Bertrand?

—Empezó a forcejear conmigo, pero no era un tipo fuerte. Sus brazos eran como palillos y tenía marcas de pinchazos, y le vi los dientes y olí su aliento mientras intentaba arrancarme los ojos. Yo no daba crédito, tío: el cura era cura, pero también era yonqui. Y entonces le di un puñetazo fuerte en toda la cara. Cayó al agua, de espaldas, y Eddy dijo: “Dale un hachazo a ese hijoputa. No dejes que suba al bote”.

»Pero ya no lo volví a ver. El cura cayó al agua. El agua que rodeaba la iglesia estaba negra. Fue como ver una estatua de piedra irse a pique en la oscuridad. ¿Por qué me dijo eso? Yo sabía lo que estaba haciendo, tío. Estaba salvando el pellejo.

—¿Qué crees que intentaba decirte? La mayoría de la gente atrapada en el ático de aquella iglesia murió por tu culpa. ¿Tan estúpido eres?

Bertrand Melancon se echó a llorar desconsoladamente.

—Voy a ir al infierno, ¿verdad?

Te equivocas, chico, pensé. Ya estás allí.

18

La orden de detención a nombre de Otis Baylor era una orden federal, pero tarde o temprano la oficina del fiscal del distrito de Nueva Orleans, ahora afectada por la tormenta, se pondría en funcionamiento y el estado también presentaría cargos contra él. Irónicamente, los federales detuvieron a Otis empleando el llamado Estatuto de la Reconstrucción, que define el asesinato como la privación de los derechos civiles de un individuo, pues se le arrebata la vida. Era la misma interpretación orwelliana de la ley utilizada para imputar a los miembros del Ku Klux Klan que lincharon a tres activistas de los derechos civiles en Neshoba County, Misisipi, en 1964. Otis acababa de engancharse la corbata en la trituradora del fregadero, y me temía que cuando el sistema judicial terminara con él iban a tener que despegar sus restos con una manguera.

El viernes por la mañana acudí a hacer cumplir la orden al despacho provisional que Otis había montado en Main Street, escoltado por el compañero de Betsy Mossbacher y un agente uniformado de la policía estatal. El agente del FBI era el mismo que había recuperado el rifle Springfield del ropero de Otis. Se llamaba Tisdale y no se andaba con chiquitas. Aparcamos nuestros vehículos junto al *bayou*, justo enfrente de la cafetería de Victor, y avanzamos bajo unos soportales.

—Tengo que estar de vuelta en Baton Rouge en menos de treinta minutos —dijo Tisdale—. Nosotros ya hemos hecho todo el papeleo que nos tocaba, usted sólo tiene que tomarle las huellas dactilares y meterlo en una celda. La transferencia de la custodia se hará en dos o tres semanas. Procure no joderla.

—¿Podría repetirme esa última parte? —le dije.

—Lo vamos a enchironar. No se trata de física nuclear: denle de comer, hagan que se duche cada dos o tres días y no le pierdan el

rastro como a Chula Ramos. Si tiene una pregunta, hable con Mossbacher. Si tiene un problema, llámenos a nosotros. No haga nada por su cuenta, ésa es la clave. Sólo estamos alquilándole a su departamento una habitación en el hotel Barrotes Grises. Todo lo que usted tiene que hacer es asegurarse de que funcione la cisterna del váter.

El policía de uniforme me miró por el rabillo del ojo.

—Te diré lo que haré, colega —le dije—. Nosotros detendremos a Otis para que puedas regresar a Baton Rouge. O si te apetece, puedes quedarte con nosotros haciéndote la cuenta de que formas parte del procedimiento. Pero para eso tendrás que cerrar el pico y quitarte del medio.

—¿Le gusta Luisiana? —preguntó el uniformado a Tisdale, sonriendo de oreja a oreja.

Así que detuvimos a Otis y lo sacamos de su despacho esposado, con la camisa blanca de manga larga arrugada, la corbata ondeando al viento y sus fuertes brazos trabados por detrás.

Para la mayor parte de las personas de clase media, la palabra «cárcel» sugiere castigo por medio de confinamiento. Y en cierto modo tienen razón, las cárceles separan a los bellacos del resto de nosotros. Sin embargo, «confinamiento» no se acerca ni de lejos a las realidades de una prisión. La palabra «violación» se le acerca mucho más.

Comienza en la sala de fichado. Una persona a la que no conoces de nada te coge los dedos y te los incrusta en una almohadilla entintada, y te hacen frotar las manos con una crema limpiadora que parece una secreción glandular. Después te colocan contra una pared y te dicen que sujetes contra el pecho una tabla con números, mientras te fotografían de frente y de perfil. A continuación, un guardia con guante de polietileno te inspecciona el recto y te espolvorea con veneno en polvo por si tienes ladillas. Tu persona física está a merced de personas que no quieren saber ni cómo te llamas, ni mirarte a los ojos, ni establecer ningún tipo de comunicación contigo. A la mayoría de ellas no les gusta lo que hacen para ganarse la vida, y tampoco les gustas tú.

Pronto descubres que la cárcel no es un lugar sino una circunstancia. Tienes que defecar a la vista de todos, tus compañeros de celda orinan encima de la tapa del váter que tú

debes usar después, la comida la preparan unos tipos que no se lavarían las manos ni aunque les apuntasen con un arma de fuego y tienes que ducharte junto con hombres cuyos ojos no paran de mirarte los genitales o con otros que te abrirían en canal con un hierro afilado y ni siquiera tendrían pesadillas.

Como advirtiera el guitarrista de doce cuerdas Huddie Ledbetter, mejor no pensar en el «largo tiempo que te queda por delante».

Los reincidentes de antaño han sido reemplazados por una nueva raza de criminales, el ochenta cinco por ciento de los cuales ha acabado allí a causa de los narcóticos, ya sea por venderlos, por consumirlos o por ambas cosas. Algunos recibieron la primera dosis de cocaína o de algún derivado de la morfina a través del cordón umbilical. Otros sufrieron abusos infantiles tan brutales que incluso yo evito discutir de ello con mis compañeros policías. Casi todos ello satisfarán su deuda con el estado entregándole su vida mediante este sistema de pago.

Otis Baylor pensaba que iba a poder llamar a su abogado o a su fiador y salir en un par de horas.

—Es cierto, ¿verdad? —me dijo en la sala de fichado—. ¿Que me permitirán mi llamada telefónica y después saldré en libertad bajo fianza?

—Me parece que usted no comprende su situación —le dije—. Usted se encuentra bajo custodia federal, acusado de una violación de los derechos civiles. De hecho, nosotros sólo estamos oficiando de ayudantes del juzgado federal, puesto que el sistema legal de Luisiana está colapsado tras los huracanes Rita y Katrina. En mi opinión, usted será acusado por un jurado de la corte suprema y juzgado por asesinato. Ojalá pudiera decirle lo contrario, pero creo que usted no va a salir en mucho tiempo.

—No voy a fugarme, soy propietario de dos casas aquí. Tengo una familia. He trabajado para la misma compañía de seguros durante dos décadas.

—Pronto comparecerá ante el juzgado. Explíquele su situación al juez.

Otis todavía tenía las manos cubiertas de crema limpiadora y no se quería tocar la ropa con ellas. Empezó a buscar con la vista algo con que quitársela.

—Hay un rollo de toallas de papel en el estante —le dije.

—Quiero hacer mi llamada —dijo él.

—Ahora irá directo a una celda, señor Baylor. Un ayudante lo escoltará hasta un teléfono más tarde.

Tuve la impresión de que le costaba pensar. Se apretó las sienes y paseó la vista por la sala, como desorientado.

—¿Dónde dijo que estaban las toallitas de papel?

—Detrás de usted.

Pero se había vuelto a olvidar de lo que buscaba.

—Mi hija está en casa sola —dijo—. Todas las mañanas tomamos café juntos y comemos rosquillas. No debería estar sola tanto tiempo.

Ha habido otros momentos en los que me he sentido más orgulloso de mi trabajo.

Molly trabajaba en un centro de ayuda mutua sobre el *bayou*, destinado a ayudar a la gente a reabrir sus negocios y reconstruir sus casas. La organización benéfica había sido fundada por un grupo de monjas trabajadoras católicas que llegaron al sur de Luisiana en los años setenta. Ya se imaginarán cómo las recibieron. Pero desde entonces habían conseguido ganarse el respeto y hasta el afecto de la mayoría de los habitantes de la zona. Tras la muerte de Bootsie, mi mujer, conocí a Molly por casualidad y al poco tiempo nos casamos. Formábamos una pareja incongruente: una monja trabajadora de origen irlandés que se manifestaba regularmente frente a la Escuela de las Américas, y un inspector de policía con un historial de violencia y alcoholismo. Los amigos que más nos querían nos desearon lo mejor, aunque yo siempre percibí el brillo de compasión y cautela en sus miradas.

Pero los sorprendimos. La hermana Molly Boyle fue mi santo grial. La amo del mismo modo en que amo a mi comunidad religiosa.

El viernes que detuve a Otis Baylor telefoneé a Molly al centro y le pedí que viniera a comer conmigo a El Patio, un restaurante sobre Loreauville Road. Nos sentamos en un rincón bajo un ventilador, lejos del gentío que se apiñaba en torno a la mesa del bufé. Noté que me miraba.

—¿Mal día en el trabajo? —me preguntó.

—Tuve que ayudar a los federales a entregar la orden de detención contra Otis Baylor. Acabamos de trasladarlo a la cárcel del distrito.

—¿Otis?

—El FBI identificó la bala, y coincide con el rifle que Otis tenía en su casa. El proyectil tenía restos de ADN de las dos víctimas del disparo.

—Qué pena, es un buen hombre. Muchísima gente me ha comentado que dio por buenas sus reclamaciones sin cuestionarlas y les consiguió alojamiento en moteles. Algunas de esas compañías de seguros están echando a sus clientes a patadas, como si fueran perros.

—Otis puede que haya matado a un chico de diecisiete años y dejado a otro tetrapléjico.

—Lo sé.

—Intenté advertirle del riesgo legal que corría.

Ella acercó su mano a la mía y me acarició los dedos.

—Ya lo sé, Dave. No es culpa tuya, no te lo tomes como algo personal.

—¿Quieres algo del bufé?

—Claro —dijo—. Oye, Dave…

Pude ver en su rostro la incertidumbre de quien va a encender una vela en una habitación que apesta a gasolina.

—¿Qué?

—Ronald Bledsoe apareció por el centro esta mañana —dijo—. Preguntó a la recepcionista si habían montado algún centro de acogida en el distrito de St. Mary. Dijo que trabajaba para el estado y que buscaba a dos fugitivos negros. Luego le mostró fotos de ellos.

—¿Y qué le contestó la recepcionista?

—Le mintió. Había visto a uno de ellos en un centro de acogida de Morgan City, pero le mintió. Yo estaba de pie detrás de él. Entonces él se volvió y me preguntó cómo me llamaba. Bledsoe da miedo, Dave.

Esa noche no pude dormir. Soñé con Ronald Bledsoe, con él padre Jude LeBlanc y con la confesión de Bertrand Melancon. Soñé con el agua negra cubriendo la cabeza de Jude y con la gente atrapada en

el ático, sacando los dedos por las rendijas que Jude estaba abriendo en el techo con su hacha cuando Bertrand lo atacó. Oí a aquella gente pidiendo auxilio por sus teléfonos móviles y oí el sonido de una lancha alejándose con los hermanos Melancon y los Rochon apretujados en su interior.

Yo odiaba lo que ellos le habían hecho a Jude LeBlanc y a su congregación. Personalmente me repugnaban y me producían asco. Pero no podía permitirme el lujo de odiar; ni como agente de la ley ni como alcohólico en recuperación. En Alcohólicos Anónimos enseñan que quienes más nos irritan están enfermos y que no son tan distintos de nosotros. A veces cuesta convencerse de ese precepto. Lamentablemente, a los alcohólicos en recuperación no se les permite una gran libertad de acción respecto de sus emociones. Mi pasaje favorito de Ernest Hemingway será siempre aquel de *Muerte en la tarde*, en el que sugiere que los males del mundo podrían arreglarse abriendo una temporada de caza de tres días sobre los seres humanos. La parte donde especifica que el primer grupo que él eliminaría sería el de los policías, dondequiera que estuviesen, es menos alentadora.

Fui a la cocina y bebí un vaso de leche en medio de la oscuridad. A la luz de la luna, los robles tenían un color verde negruzco. El *bayou* estaba henchido y sus aguas amarillentas, a causa de las ingentes precipitaciones de las últimas semanas. Intenté ordenar las imágenes de mis pesadillas, meterlas en compartimentos, para poder extirpármelas. Pero una parte de ellas nunca desaparecía: Bertrand Melancon. No sólo continuaba llamándome para justificar o acaso expiar sus pecados, sino que seguía rondando por la zona. Esto último no tenía ningún sentido.

El botín de Kovick habría sido el sueño erótico de cualquier ladrón. ¿Estaba Bertrand tan apegado a su hermano Eddy como para seguir huyendo de un centro de acogida a otro, de ratonera en ratonera, con la vana esperanza de sacar a su hermano del hospital y cuidar de él pese a que, a todos los efectos, su cerebro estaba ya tan inánime como su cuerpo?

¿Por qué Bertrand no desaparecía en la vastedad urbana de Los Ángeles y volvía a empezar de cero? La gente lo hace todos los días. Allí podría vender los diamantes de sangre y luego blanquear el dinero obtenido en Las Vegas o en Reno. A no ser que no tuviera en

su poder ni una cosa ni la otra.

Clete y su amiga habían encontrado más de diecisiete de los grandes en dinero falsificado, que probablemente había llegado a sus manos flotando desde el garaje del callejón. El resto quizá fue a parar a las alcantarillas, los setos, los parterres, y fue recogido por vecinos que no se molestaron en informar del hallazgo al DPNO. ¿Pero qué ocurrió con los diamantes de sangre? Tenían un valor incalculable, Bertrand podría vender un par de ellos, comprar por calderilla un coche dañado por la tormenta o robado, ir hasta Dallas o Jackson y desde allí coger un vuelo y largarse. ¿Por qué no lo había hecho?

Porque es un ladrón, me dije. Y como todo ladrón, en cierto momento decidió que se merecía más que sus compinches y había ocultado las piedras. Pero no había podido recuperarlas.

¿Dónde estaban?

Intenté reconstruir su huida de la casa de Sidney, después de que él, Eddy y los Rochon la destrozaran. ¿Y si Bertrand encontró las piedras y decidió no decir nada a los demás? ¿Y si mientras robaba la gasolina del garaje de Otis, Bertrand decidió esconder los diamantes para no correr el riesgo de que Eddy y los Rochon lo descubrieran? Debió de saber que tenía en su poder cientos de miles de dólares en diamantes robados, quizá millones. Era el botín de su vida. Entonces, ¿por qué iba a dejar que los imbéciles de sus compañeros lo jodieran?

Pero al final Bertrand se jodió él mismo. Habría ocultado las piedras a pocas calles de la casa de uno de los gánsteres más peligrosos de Nueva Orleans, una casa que Bertrand no sólo había saqueado sino destrozado sistemáticamente. Él y sus compinches habían arrancado hasta las arañas del techo a rastrillazos, se habían meado en la cocina, en los cajones de especias, en la nevera…

Regresé a la cama, me tumbé encima de las sábanas y me cubrí los ojos con un brazo. Oí las ramas de los árboles barrer suavemente nuestro techo de latón y, de tanto en tanto, el ruido de una nuez de pacana que caía golpeando contra el metal. Luego recé en silencio por el padre Jude LeBlanc. Cuando por fin me dormí, tuve la sensación de oír su voz encapsulada dentro de una burbuja que, al salir a la superficie, estallaba en un lago negro y centelleante.

Me gusta recordar los años de mi infancia como una época de cazar patos a la hora del crepúsculo, de tardes de verano cocinando cangrejadas en pabellones umbrosos, de bailes de universidad debajo de arboledas adornadas con linternas japonesas, en Spanish Lake. La primavera de nuestras vidas parecía eterna y la llegada del otoño un mero interludio antes de que las flores volvieran a florecer. Pero la Luisiana de mi juventud también tenía un lado brutal que a menudo es mejor no recordar. La mayoría de gente era pobre, y la oligarquía que durante generaciones había dirigido nuestro estado ejercía todo su poder para que aquello no cambiara. Los negros representaban el chivo expiatorio de nuestros problemas, y los sindicatos, a los yanquis buscapleitos del norte. Con la llegada de la integración, a los demagogos del estado les faltó tiempo para avivar las llamas del miedo y el odio racial. Muchos de sus votantes estuvieron a la altura de las circunstancias.

El deporte de los sábados por la noche se llamaba «jodealnegrata», y las comisarías generalmente lo ignoraban. Los jóvenes de los institutos disparaban a la gente de color con sus rifles de aire comprimido o les arrojaban petardos cuando aquéllos esperaban en las paradas de autobús. La mayoría de quienes lo practicaban provenía de hogares donde los rayos del sol de la mañana se filtraban entre polvo y suciedad, un horrible recordatorio del fracaso. Uno de esos jóvenes era mi compañero de habitación en el Southwest Louisina Institute: James Boyd «Bo Diddley» Wiggins.

Su padre había sido ayudante de sheriff en un distrito de Luisiana, pero tras ser detenido en una redada en un prostíbulo de Nueva Orleans fue obligado a renunciar. El viejo Wiggins murió en la pobreza, y su esposa e hijos tuvieron que mudarse a una plantación propiedad de una corporación, donde recogían algodón y desgranaban mazorcas junto a obreros de color. Pero Bo Diddley poseía un talento del que sus hermanos carecían. Para otros, jugar al rugby en la universidad era un deporte; en cambio, para Bo sería la puerta mágica a un mundo que su familia jamás llegaría a conocer.

Llegó al Southwest Louisina Institute con una beca de atleta. A partir de entonces se dedicó a destrozar la defensa del equipo contrario con una ferocidad que preocupaba incluso a su

entrenador. En clase se negaba a sentarse junto a estudiantes negros. Se metía en peleas en bares de carretera y luego llegaba a los dormitorios apestando a whisky y tabaco, con la ropa rasgada, las narices chorreando coágulos de sangre y la cabeza rapada rajada por trozos de vidrio. Sinceramente, creo que Bo sólo se encontraba en paz cuando el daño era tal que ya no era capaz de escuchar sus propios pensamientos. Fue expulsado de la universidad y, por dar una paliza a dos policías militares en Honolulu, el ejército lo dio de baja por mala conducta. Pero el ejército había conseguido algo que nadie más había logrado: le había enseñado a Bo a soldar por arco. Así fue como Bo fundió electrodos y cubrió de cordones metálicos las tuberías de todo el estado de Luisiana y todo Texas. Pronto abrió su propio negocio en Lake Charles, y cinco años más tarde dirigía una docena de empresas en tres estados.

Pero Bo sólo acababa de empezar. Entró en el siglo veintiuno siendo propietario de seis astilleros en la costa sur de Estados Unidos, y además consiguió reinventarse. Volvió a nacer en la Iglesia de la Asamblea de Dios y posó junto a telepredicadores evangelistas ante orfanatos del tercer mundo. Inmediatamente después del 11-S, formó parte de la congregación que voló a Nueva York para participar junto al presidente de Estados Unidos en una ceremonia en memoria de las víctimas de las Torres Gemelas. Seguía teniendo las mismas orejas de soplillo y el mismo corte al cero, los ojos del tamaño de perdigones, hundidos y rojos, aquellas cicatrices en forma de medialuna en los nudillos y esa voz áspera de quien se ha tragado una bolsa entera de tabaco de mascar. No obstante, Bo y la vaca de su esposa aparecían regularmente en los ecos de sociedad de los periódicos de Baton Rouge y Lafayette, y cada año hacían de anfitriones de un torneo de golf donde se codeaban con las viejas glorias de la televisión.

A pesar del paso de los años, por razones que nunca llegue a comprender, Bo siempre mantuvo contacto conmigo. Quizá Bo Diddley había oído la alada cuadriga del tiempo pasar junto a su puerta, como me había ocurrido a mí. Quizá quería tener con quien rememorar su juventud y hacer ver que él también había formado parte de la «inocencia» de nuestra época. A Bo Diddley le había costado sangre y sudor llegar a donde estaba. Lo trágico era que, sin embargo, no había aprendido nada de ello.

El lunes, cuando llegué al trabajo, me estaba esperando delante de mi despacho con la mano extendida. Su cara cuadrada y tensa brillaba con la loción para después del afeitado.

—Sé que estás ocupado, pero no tardaré —me dijo—. Tengo muchos recursos, Dave, y creo que puedo ayudarte en una investigación en la que trabajas.

Mi bandeja de entrada estaba repleta, llevaba más casos de los que podía manejar y parecía que mis problemas con Ronald Bledsoe no iban a resolverse en un futuro cercano. No era buen momento para lidiar con alguien que considera su deber inmiscuirse en asuntos policiales. Bo me siguió hasta el interior de mi despacho.

—¿Ese gordinflón que está en el cubículo del radio operador es el graciosillo de la oficina?

—¿Te refieres a Wally? —dije.

—Me preguntó si había comprado mi puro en una fábrica de neumáticos. Dijo que quería conseguir unos que olieran igual que el mío.

Eché un vistazo a mi reloj para que comprendiera que deseaba acabar cuanto antes.

—Tengo una reunión con la sheriff en unos minutos —le expliqué—. Mencionaste algo acerca de un caso en el que yo estaba trabajando.

—El del cura de Nueva Iberia, el que desapareció en el Lower Ninth Ward.

—¿Jude LeBlanc? ¿Cómo sabes que lo andaba buscando?

—Mi esposa y yo empezamos a hacer trabajos voluntarios en los centros de acogida y conocimos a una salvadoreña, una tal Natalia Nosequé. Creo que se lo montaba con el cura antes de que Nueva Orleans se fuera al carajo.

Puede que Bo hubiese adquirido los símbolos del hombre de negocios coronado por el éxito y renacido, pero su lenguaje y su mentalidad todavía dejaban traslucir las aristas del joven que yo conocí. Los matices no existían para Bo, el mundo y la gente que lo habitaba eran unidimensionales. Otorgarles complejidad era el pasatiempo de un grupo que él denominaba «los profesores sesudos».

—¿Sabes qué le pasó al padre Jude, Bo?

—Tengo un contrato para limpiar el Lower Nine. También estoy

montando para esos pobres diablos todos los barrios de caravanas de la AFGE que pueda. Pero te diré una cosa, el verdadero desafío es hacer que esos hijos de puta trabajen.

—¿Perdona?

La sonrisa se le borró de la cara.

—No te me pongas serio, ¿vale, Dave? Muchos de esos tipos son tan estúpidos que si no les limpiaras la garganta con gasa se atragantarían con su propia saliva. Envié emisarios a todos los centros de acogida del país ofreciendo empleos bien pagados para reconstruir Nueva Orleans, pero no conseguí ni un solo trabajador.

—Te lo oí decir en una entrevista televisiva. Creí entonces que eran chorradas y creo que lo siguen siendo.

Bo meneó la cabeza.

—No estoy poniendo a parir a nadie, tan sólo te cuento lo que ocurrió. Existe una gran diferencia entre decir la verdad y poner a parir a alguien.

Volví a mirar mi reloj.

—Me ha alegrado mucho verte, Bo.

Él aceptó mi respuesta con un arqueo de cejas. Pensé que iba a mostrar su agresividad latente y su deseo de controlar a todo el que estuviera a su alrededor, pero me equivoqué.

—Tengo que pirarme, mi secretaria me está esperando —me dijo —. No quería entrometerme, Dave, sólo pensé que podía echarte una mano.

Pensé que quizá no había prestado a Bo la atención que se merecía.

A través de la ventana lo vi encaminarse hacia un Lexus aparcado al otro lado de la calle del Cementerio de St. Peter. El día aún era fresco y el coche estaba resguardado bajo la sombra. Junto a la portezuela del acompañante, una rubia platino escultural con gafas, falda corta y blusa ceñida, fumaba un cigarrillo. Cuando Bo Diddley accionó el mando automático, ella expulsó el humo hacia arriba, subió al coche y lanzó el pitillo a la alcantarilla. La falda se le subió hasta la mitad del muslo.

Desconozco los talentos de su secretaria, pero dudo que incluyeran desgranar mazorcas de maíz o recoger algodón.

Después de comer me acerqué a la cárcel del distrito para hablar con Otis Baylor, cuya obstinación, en mi opinión, era más producto de su orgullo que de su virtud. La mayoría de presos comunes no quiere meterse en problemas. Cumplen su condena, esquivan a los lobos y se mantienen alejados de las trifulcas raciales. No les faltan al respeto a los guardias y no se hacen el listo con los matones que tienen tatuajes hasta en los lagrimales. Como los japoneses, los presos comunes crean su propio espacio y no invaden el de los demás. Pero, lamentablemente, los genes de nuestros simiescos antepasados siguen vivos y coleando dentro de esos muros, donde los fuertes se aprovechan de los débiles desvergonzada y gustosamente.

En el trullo, los romances consentidos son cosa de todos los días, y lo mismo ocurre con la droga, la priva casera y la esclavitud sexual. Los maricas de celda son tratados con el mismo desprecio que los soplones, y sólo sobreviven si se ponen bajo el ala de un protector poderoso, que a cambio les exige obediencia y lealtad totales. Un delincuente joven que pasa a formar parte de la población carcelaria suele ser canibalizado. Los presos con experiencia desarrollan una visión no periférica, especialmente cuando se trata de conductas sexuales o de trapicheos de drogas. Defender la integridad física es el imperativo fundamental, mientras que defender a un débil es una actividad de tontos o de aprendices de mártir.

El supervisor del turno me informó de Otis y de sus primeros días en chirona. Al principio fue tratado como una rareza, como alguien que no pertenecía allí. Algo así como el hombre que, borracho, ha atropellado a unos transeúntes en un paso de cebra y no puede creer el sufrimiento que ha causado a los demás y a sí mismo.

Los listillos le dijeron a Otis que se apuntara a las películas nocturnas o a los oficios religiosos, y que un amigo de ellos lo escoltaría hasta allí. Al ver su expresión, decidieron de inmediato que había sitios mucho más interesantes en aquella prisión. Otis comía solo y se negaba a hablar con los demás, ni siquiera hacía preguntas. Iba de aquí para allá como una mole silenciosa con los ojos vueltos hacia adentro. Cuando entraba en las duchas, la anchura de sus hombros, el grosor de sus brazos y la suave pátina

de pelo en su piel eran advertencias que cualquier ser primitivo comprendía de inmediato.

El sábado por la noche, un chaval mulato del distrito de St. Martin andaba más colgado que una percha. Se había fumado una pipa entera de cogollos de *skunk* afgano que su «papaíto» le había regalado. Ciro Goula era uno de esos seres dañados que, pese a no ser un criminal por naturaleza, siempre estaría en compañía de criminales y en un entorno criminal, pues no podía funcionar en ningún otro. Según el departamento de Salud del estado era portador de enfermedades venéreas, había sido confinado en una institución mental estatal y había cumplido dos condenas en la prisión de Angola. Era un chapero y un adicto, presumido respecto a su persona, retorcido como un sacacorchos, y su destino le importaba un huevo. Estaba cumpliendo seis meses por posesión de narcóticos, y durante su primera semana entre rejas se había puesto bajo la protección de Walter Lantier, un blanco con dos homicidios en su haber. Walter alquilaba a Ciro a cambio de drogas, pasta o paquetes de pitillos.

Pero aquel sábado por la tarde Ciro se había colocado delante de Walter a propósito, porque su protector lo había alquilado a cambio de un postre al retardado que más apestaba a sudor en todo el recinto.

—¿Así que no te gusta ese tipo? —dijo Walter—. ¿Te crees mejor que los demás? ¿Crees que puedes opinar sobre lo que yo decido? En un par de días vendrás a contarme si ha estado bien lo que has dicho, zorra…

Walter corrió la voz: durante los dos días siguientes cualquiera podía hacer lo que quisiera con Ciro.

El domingo por la noche, un miembro de la Hermandad Aria levantó a Ciro con un abrazo de oso y lo llevó en andas a las duchas. Allí lo obligó a ponerse bragas y sujetador y a bailar delante de tres hombres con sendas SS y lágrimas azules tatuadas en los lagrimales; las lágrimas significaban asesinatos. Los miembros de la Hermandad lo son de por vida y, en términos de efectividad, su crueldad y violencia no tienen parangón. Curiosamente, Ciro Goula siempre había creído que su vida libertina lo protegería de los depredadores. Pero Walter Lantier acababa de abandonarlo dentro de una mezcladora de cemento.

En las duchas, los cuatro miembros de la Hermandad Aria se rieron de él, lo sodomizaron y le hundieron la cabeza en una taza de váter. Cuando Ciro pidió ayuda a gritos, volvieron a meterle la cabeza en el inodoro y accionaron la cisterna. En ese momento apareció por allí Otis Baylor.

—¿Qué diablos os pasa, tíos? —dijo levantando a Ciro de un charco de agua—. ¿Qué clase de hombres sois? Debería daros vergüenza…

—¿Dónde te crees que estás, capullo? —le gruñó uno de los presos.

—No me faltes el respeto, amigo, porque si no volveré por ti.

El preso que se había dirigido a Otis lo miró incrédulo, el palillo se le había congelado en la comisura de la boca. Quiso aguantarle la mirada a Otis, pero no pudo y bajó la cabeza. Sus amigos se quedaron inmóviles, como unos cavernícolas ante un desconocido que llegara a su cueva y, de una patada, echara la comida en la fogata comunitaria. Otis puso a Ciro en pie y lo ayudó a recorrer el pasillo, pasando por una hilera de celdas, hasta una puerta con barrotes, al otro lado de la cual dos guardias uniformados observaban a Otis boquiabierto.

—Este hombre necesita ir a un hospital —explicó Otis—. Ustedes no saben los problemas de disciplina que hay aquí dentro.

Un guardia lo acompañó a la sala de visitas. Otis llevaba puesta la ropa vaquera de los presos y estaba esposado y encadenado a su propia cintura. Por la ventana, pude divisar los rollos de alambre de concertina en lo alto de la valla de seguridad y, en la distancia, campos vacíos y una carretera comarcal cubierta de basura. Le pregunté al guardia si podía quitarle las cadenas a Otis. Negó con la cabeza y cerró la puerta tras de sí.

—¿Lo han metido en confinamiento segregado?

—¿Así lo llaman? —me contestó.

—Puede que no lo crea, pero es para protegerlo.

—¿Por eso estoy encadenado?

Quise decirle que no, que lo estaba porque las cárceles no eran instituciones hechas a medida. Pero Otis era testarudo y yo sabía que hablar con él era perder el tiempo.

—Necesito su permiso para entrar en su propiedad de Nueva Orleans —dije.

—¿Para qué?

—Creo que Bertrand Melancon pudo haber ocultado parte del botín en su casa de carruajes o en su jardín.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—El día que yo entienda por qué estos tipos hacen lo que hacen, me meteré una pistola en la boca.

Pensé que haría gracia, pero no fue así.

—Entonces consiga una orden judicial —me dijo—. ¿No es así como lo hacen?

Me incliné sobre la mesa. Él tenía las muñecas esposadas a una cadena que se ajustaba a su cintura. Me recordaban las aletas de un pez varado en la playa.

—Escúcheme bien —le dije—. El botín al que me refiero pertenece a su vecino, Sidney Kovick. Usted sabe la clase de hombre que es. Si estoy en lo cierto, si Bertrand Melancon ocultó objetos robados en su propiedad, ¿cuánto tiempo cree que tardará Sidney en llegar a la misma conclusión? Es más, pregúntese lo que Sidney sería capaz de hacer si cree que usted o algún miembro de su familia los ha encontrado.

Otis miró por la ventana. En lo alto de la verja, el sol brillaba sobre los rollos de alambre de concertina.

—Haga lo que le apetezca, señor Robicheaux.

—Admiro que saliera en defensa de Ciro Goula, pero él eligió la vida que lleva y usted no puede cargar con las consecuencias.

—¿Alguna vez ha estado encerrado en un sitio como éste?

—Y si lo he estado, ¿qué?

—Entonces sabrá que ya nada importa un pimiento.

—En cierta ocasión, el general Patton dijo a sus hombres que las guerras no se ganan dando la vida por la patria, sino haciendo que el enemigo dé la vida por la suya.

—Quiero volver a mi celda.

—Lo que usted diga —contesté. Abrí la puerta y grité por el pasillo al guardia—: ¡Abran esta reja!

19

El jueves temprano recogí a Clete Purcel en su motel y nos dirigimos a Nueva Orleans. Para llegar al distrito de Orleans, bajamos por la Interestatal 10. Vimos que no había cambiado mucho. La destrucción ecológica y de infraestructuras era tan inmensa y omnipresente que costaba creer que la catástrofe hubiese ocurrido en apenas veinticuatro horas. Cuando el huracán Audrey se abatió sobre la costa de Luisiana en 1957, yo estaba embarcado. Y también estuve en el ojo del huracán Hilda en 1964, cuando el depósito de agua de Delcambre cayó sobre el ayuntamiento y mató a todos los voluntarios de Protección Civil que trabajaban dentro. Pero los daños de Nueva Orleans eran de esos que uno asocia con las imágenes apocalípticas de la Biblia, o al menos así lo veía yo.

Quizá guardaba aún demasiados recuerdos de la ciudad que conocía yo, o tal vez no debí regresar. Quizá esperaba que las calles estuvieran limpias, que hubiera vuelto la electricidad, que las cuadrillas de carpinteros estuviesen reparando las casas destrozadas. Pero el quebranto que vi durante el trayecto a St. Charles fue peor que el que sentí inmediatamente después de la tormenta. Nueva Orleans no había sido sólo una ciudad, sino una canción. Y al igual que San Francisco, no pertenecía a un estado, sino a todo un país.

En la época en que Clete y yo salíamos a hacer nuestra ronda por Canal Street, la música surgía de todas partes. En el Barrio Francés actuaban Sam Butera y Louis Prima, en el Preservation Hall unos ancianos negros tocaban *The Tin Roof Blues* y las bandas que acompañaban los cortejos fúnebres por Magazine Street hacían temblar los cristales de los escaparates. Cuando el sol asomaba por Jackson Square, la bruma flotaba como algodón de azúcar entre los robles de la catedral de St. Louis. El amanecer olía a agua estancada, a piedras cubiertas de verdín, a flores que sólo se abrían

por la noche, al café y los *beignets* recién horneados del Café du Monde. Cada día era una fiesta, todo el mundo estaba invitado y la entrada era gratuita.

La mejor excursión de Estados Unidos consistía en tomar el tranvía de St. Charles al otro lado de la calle Pearl, debajo de los soportales. Por un poco de calderilla, podías viajar en el viejo cascajo de hierro pintado de verde, traquetear por la zona neutral y recorrer la que quizá fuera la calle más bella de Occidente. Las copas de los robles de Virginia se unían creando un túnel verde dorado cuyo final no se divisaba. En las esquinas, los negros vendían helados y sorbetes tras sus carritos con sombrillas. En invierno, el neón rosa y granate de los *drugstores* Katz & Besthoff fulguraba en medio de la niebla como si fuera humo electrificado.

Cualquier escritor o artista que visitara Nueva Orleans se enamoraba de ella. Puede que la ciudad fuera la Gran Puta de Babilonia, pero pocos la olvidaban o se arrepentían de su abrazo.

¿Qué futuro le aguardaba?

A través del parabrisas sólo veía árboles caídos, cables de la electricidad y de teléfono colgando de los postes, semáforos apagados, esqueletos de edificios tan dañados que sus dueños ni se habían molestado en cubrir las ventanas rotas con placas de contrachapado. La tarea de reconstrucción sería hercúlea, agravada por la rapacería corporativa, la incompetencia y un cinismo gubernamental que probablemente no tenga equivalente fuera del Tercer Mundo. Yo dudaba de que Nueva Orleans tuviera algún futuro por delante.

Torcí por St. Charles y me adentré en el antiguo barrio de Otis. El sol ya brillaba en lo alto y los jardines de la calle exhibían montones de escombros. En algunas zonas verde claro, la hierba había conseguido atravesar esa sustancia cuarteada y sin vida que el agua había dejado al retirarse. Clete quiso detenerse a visitar a su nueva novia. Esperé en el coche mientras él llamaba a la puerta. No respondió nadie. Clete escribió una nota y la introdujo en la jamba.

—¿Le has dicho que se reúna con nosotros? —pregunté.

—No, he puesto que la llamaría más tarde. No quiero mezclarla en este asunto.

Arranqué y proseguimos hasta la casa de Otis.

—He estado pensando en ese tal Bledsoe —me dijo Clete—. Creo

que necesita una invitación policial para abandonar la zona.

—No me parece una buena idea.

—Bledsoe no duerme y deja las luces encendidas toda la noche. El sábado se trajo a una puta. La pobre chica se largó a los diez minutos, cagada de miedo.

—Déjalo en paz, Clete. Helen y yo nos encargaremos de él.

—Ese tipo tiene agua helada en las venas. Es un psicópata y siente rencor hacia Alafair. Yo digo que le arranquemos las ruedas antes de que arranque.

—¿Por qué me vienes con esto justo ahora?

—Porque ese tipo me preocupa, porque no quiero que lastimen a Alafair y porque tú no viste salir huyendo a esa pobre puta.

—¿Bebiste anoche?

Hizo una pausa antes de volver a hablar y me contestó sin acaloramiento.

—Volví a la Ciudad del Vicio para ayudarte a encontrar las piedras, pero creo que es un error —respondió—. Esa mercancía le pertenece a Sydney, y si intuye que sabes dónde está… Por el amor de Dios, Dave, usa tu imaginación. Si hasta los italianos le besan el anillo.

Yo le había dicho más o menos lo mismo a Otis Baylor, y sin embargo no fui capaz de aceptar mi propio consejo. Guardaba la esperanza de que Clete no me hubiese leído el rostro.

—Por una vez he conseguido que me escuches, ¿eh? —me dijo.

Removimos los parterres de Otis y levantamos las losas del jardín trasero. Buscamos entre las vigas del garaje, debajo del porche trasero y trepamos por una escalera a la *porte cochere*, por si acaso Bertrand hubiera lanzado las piedras sobre el tejado. Excavamos el enladrillado del patio y desmontamos la chimenea de la barbacoa, destrozamos jaulas para pájaros, desparramamos una pila de compost cubierta de campanillas, pisoteamos los restos de un vivero aplastado por una pacana caída y cribamos la tierra de tres inmensos baños para pájaros usados como tiestos.

No encontramos nada.

—¿Qué hacéis ahí? —gritó alguien desde la casa colindante.

Era Tom Claggart, que había salido al porche trasero y se esforzaba por asomar la cabeza por la linde de bambú roto que separaba su propiedad de la de Otis Baylor.

—Soy Dave Robicheaux, señor Claggart.

—¿Dónde está Otis?

—Si necesita hablar con él, telefonee a su casa de Nueva Iberia.

—Sólo me preguntaba si tenían autorización para estar ahí dentro.

—Éste es un asunto policial —dijo Clete—. Métase en su casa.

—No hace falta ponerse así.

—Tranquilo —le susurré a Clete.

—¿Habéis cogido a esos tipos? —preguntó Claggart.

—¿A qué tipos? —dije yo.

—A los que consiguieron escapar, a los que deberían estar enjaulados. Debería venir por la noche, salen como ratas de un basurero.

—¿Quiénes?

—¿Usted quién cree? ¿Qué les pasa? ¿No se dan cuenta de que esto es una tragedia y nadie está a salvo? Todo lo que hice fue preguntar y ese hombre que está con usted me mandó meterme en mi casa. Esto ya no es Estados Unidos… —Entró y cerró de un portazo.

—Creo que conozco a ese tipo —dijo Clete.

—¿De dónde?

—No me acuerdo.

Minutos más tarde, cuando regresábamos en mi camioneta, me percaté de que Claggart nos espiaba desde la ventana de la planta superior. Cuando advirtió que lo había visto, corrió la cortina.

—¿Qué le pasa a ese tipo? —dijo Clete.

—Es un fanático de las armas con un tornillo flojo.

—Venir aquí ha sido un error, colega. Pero tú no le haces caso a tu viejo amigo el gordinflón, ¿verdad? No, señor, nunca le haces caso.

—Vamos al Lower Nine.

—Nunca pienses en mí como si fuera la voz de la razón —continuó—. Creo que no podría soportarlo.

Extrajo una petaca de plata del bolsillo del pantalón y desenroscó la tapa, que quedó colgando de una cadenita. Dio un trago y luego otro. Noté cómo el calor del brandy se extendía por su cuerpo y borraba la tensión de su rostro. Volvió a enroscar la tapa a la petaca y se la metió en el bolsillo. Se limpió la nariz con la mano

y sonrió.

—¿No estás enojado conmigo? —pregunté.

—¿De qué serviría? Pero quiero que sepas que un día se nos va a acabar la suerte y que creo que estás consiguiendo que ese día esté cada vez más cerca. Pero así eres tú, Dave, y no vas a cambiar.

No era la destrucción individual de las casas del Lower Ninth Ward lo que parecía irreal. Lo que impedía que los ojos no quisieran aceptar lo que veían era la desconexión entre éstas y el entorno. Las viviendas habían sido arrancadas de sus cimientos, retorcidas sobre las tuberías que las fijaban al suelo y vueltas a depositar patas arriba o amontonadas, unas contra otras, como si las hubieran lanzado desde el cielo. Algunas se hallaban medio hundidas en ríos de fango reseco que se desbordaban por sus ventanas y puertas. El interior de todas estas viviendas era verdinegro a causa del fango y el moho; en las paredes exteriores habían pintado con espray números en clave para indicar que habían sido registradas en busca de cadáveres.

Sin embargo, cada día aparecían más muertos, encontrados por sabuesos entrenados o por los miembros de la familia que volvían a casa. Los cadáveres, recubiertos por una materia orgánica cuarteada, parecían momias y los encontrabas encajados en conductos de ventilación o apretujados entre las vigas de unos techos que se habían inundado hasta los topes. A veces, cuando el viento cambiaba de dirección, la pestilencia le daba a uno de lleno en las narices, provocando carraspeos y escupitajos.

Perros asilvestrados merodeaban por la zona del desastre y lo mismo hacían las pocas personas a quienes se les había permitido regresar a sus barrios. Clete y yo encontramos la iglesia donde probablemente había muerto el padre Jude LeBlanc. Era de estuco, tenía un pequeño campanario y un ábside. Tenía el aspecto de una antigua misión española del sudeste. Antes de la tormenta, una buganvilla como una salpicadura de sangre florecía en la pared sur, y bajo el pasaje cubierto que unía la iglesia con la escuela primaria solía colgar una réplica de tamaño real de Jesús crucificado. Pero la buganvilla había desaparecido y la réplica de Jesús había sido arrastrada mar adentro.

No conseguí encontrar a nadie que supiera qué le había ocurrido a Jude LeBlanc. Era casi de noche y el cielo estaba morado, surcado por una humareda que apestaba a basura quemada. Detrás de la iglesia vi a un anciano negro que arrancaba tablas de la que había sido su casa. Crucé una valla de malla metálica retorcida como una espiral y me acerqué; mis pasos resquebrajaban la costra reseca de color verde aceitoso que se había formado encima del fango y de las aguas residuales.

Le mostré la placa.

—Soy amigo del padre Jude LeBlanc —dije—. Él se encontraba en esta iglesia cuando estalló la tormenta…

—Lo sé, yo estaba en aquel tejado de allá —me respondió—. Vi a una mujer lanzando a unos niños al agua desde la ventana del ático.

El anciano había dejado de trabajar para hablar conmigo. Con una de sus manos asía una tabla desconchada y rebordeada de clavos.

Tenía el rostro marcado por el trabajo duro y sus ojos eran de un azul indefinido, como si el sol los hubiera desteñido.

—¿Usted vio al padre LeBlanc? —insistí—. ¿Sabe qué le ocurrió?

—Oiga, apenas tuve tiempo de sacar a mi mujer de mi casa. Y no crea que lo conseguí.

—No comprendo.

—No llegué a encontrarla porque la casa se hundió bajo nuestros pies. El agua salía a chorros por la chimenea y burbujeaba a nuestro alrededor como si estuviéramos en un barco que se fuera a pique.

—Lo siento.

—He venido a buscar nuestras cosas. La policía dice que no debería volver, pero si yo no tengo derecho a volver aquí, ¿quién lo tiene? Hay dos cosas que no entiendo: cómo es que nadie vino a salvarnos y aquellas luces en el agua.

—¿Perdone?

—Estaba oscuro. Un helicóptero pasó por aquí a bastante altura y vi las luces en el agua. Al principio creí que eran los reflectores del helicóptero y que las aspas estaban agitando el agua. Pero no era el helicóptero. Las luces se movían de un lado a otro como peces que brillan en la oscuridad, sólo que eran más brillantes y no eran peces. Creo que es posible que mi mujer estuviera allí abajo.

Entonces me miró fijamente y esperó, como si yo supiera algo que él desconociera.

El miércoles al mediodía, Clete pasó por mi oficina y me invitó a comer. Estaba claro que se traía entre manos algo más que la comida. Le pregunté de qué se trataba.

—Es Courtney —me contestó.

—¿Quién?

—*Llamando al planeta Tierra…* Courtney Degravelle, Dave. La mujer que vive calle debajo de Otis Baylor, la mujer a quien dejé la nota ayer.

—Quizá no la haya visto.

—También le dejé tres mensajes de voz.

—Pediré al DPNO que envíe a alguien a su casa.

—Ya lo he hecho. Pero les falta un tercio de los efectivos y ni siquiera saben dónde pueden estar. Venga, vámonos a Victor's.

No me hacía ilusión la experiencia. Además, mi intuición no me había fallado: en la cafetería, Clete estuvo inquieto y distraído, y apenas tocó su comida.

—Será mejor que comas —le dije.

—Ayer por la noche Ronald Bledsoe vino a mi habitación y me propuso compartir un paquete de seis cervezas, y esta mañana me ha invitado a desayunar. Dice que los investigadores privados necesitamos estrechar lazos porque Google nos está dejando sin curro. Le dije que yo no tenía ese problema y que si vivía en el motel era por la privacidad que me brindaba.

—¿Crees que trama algo?

—Quería hacerme saber que estaba en el motel ayer a última hora de la noche y esta mañana a primera hora. Dave, hazme caso, tenemos que llevarnos a este soplapollas a un pantano y apagarle las luces. Y no es una metáfora.

Los de la mesa contigua dejaron de comer e intercambiaron miradas.

—Pediré que nos envuelvan la comida para llevar —recomendé.

Pero el que Clete anduviera diciendo vulgaridades en un restaurante

familiar iba a ser la menor de mis preocupaciones. Al amanecer del día siguiente, un guardabosques que intentaba salvar a una vaca atrapada en una zona de ciénagas del Golfo encontró dos cadáveres junto a la orilla de un banco de arena, en una laguna profunda. Llevaban atados sendos bloques de cemento prefabricado a la altura de la cintura, el agua les cubría las piernas y la espalda. Ambos cuerpos debieron hundirse hasta el fondo del lago, pero quien los dejó allí debió de hacerlo en plena oscuridad, convencido de que su bote estaba sobre un canal de aguas profundas.

El guardabosques apagó el motor fueraborda y dejó que el bote encallara en la orilla. Saltó en la parte menos profunda, tiró de la cuerda que sujetaba los dos cuerpos y los arrastró hasta la arena. Con las manos temblando, telefoneó al 911, el teléfono de Emergencias.

—Acabo de encontrar dos víctimas de homicidio —dijo—. Una murió de un disparo y la otra por asfixia. Aguarde un minuto… Dios santo, creo que una de ellas está viva…

Cuarenta y ocho horas antes, André Rochon se despertaba en Baton Rouge, en la caravana que la AFGE le había concedido a su novia más reciente. Encima del pecho, sobre el esternón, tenía el teléfono móvil que aquel tipo le había regalado. Todo lo que tenía que hacer era teclear el número que le había dejado apuntado en un papelillo. ¿Qué fue lo que el tipo le había dicho? «Danos un poco de información y hazte rico, hermano». Además, ¿acaso le debía algo a Bertrand?, se preguntó André. Si Bertrand no hubiera ido a buscar gasolina a aquel garaje, si se hubieran bajado del bote y vadeado hasta St. Charles Avenue, a Kevin y a Eddy no les habría pasado nada.

Pero Bertrand siempre tenía que demostrar que el que mandaba era él y que los demás eran unos pringados. Y mientras tanto les birlaba su parte del botín.

André se levantó de la pequeña cama en la que había dormido y se sentó frente a su novia ante la mesa del desayuno. Sólo llevaba puestas chanclas y pantalones, y no paraba de pellizcarse los abdominales y los michelines. Se quedó contemplando las hileras de pequeñas caravanas blancas que llenaban el campamento de la

AFGE.

—¿Estás preparándote para llamar a pedir un empleo? —le dijo su novia.

—No hay empleos, nena —repuso André.

—Pensé que el hombre te dio ese móvil porque quería darte empleo. Eso me dijiste anoche.

Lo cierto era que André no recordaba lo que había dicho. Había bebido vino y fumado un montón de hierba, y en algún punto de la conversación se le había desconectado la cabeza, y no había vuelto a conectar hasta esta mañana.

—¿Alguna vez te has chivado de una «hermana»?

—Nunca me he chivado de nadie, André. Y no me gusta cuando te pones a hablar como un criminal.

En la parte más alejada del minúsculo baño, el niño en pañales que dormía boca abajo en una cuna de mimbre empezó a balbucear. Mal momento, pensó André, que quería a su novia de vuelta en la cama, no cambiando pañales ni alimentando al bebé.

—Dale el biberón, así cerrara el pico un rato —dijo él—. Yo se lo doy. Tú ven y vuelve a la piltra a dormir otro ratito…

—¿Nunca piensas en nadie salvo en ti mismo, André?

Él alzó la mirada hacia el vacío, como reflexionando, y se acarició los abdominales. Esta novia suya empezaba a ponerse pesada.

—Creo que voy a salir a llamar y hacer un par de movidas —dijo él—. Anda, cariño, haz un poco de café y quizá unos huevos y unas tostadas…

El tipo que contestó a la llamada le dijo a André que bajara andando hasta la autovía y esperara a que un coche lo recogiese. Una hora más tarde un monovolumen negro con vidrios polarizados, mullidos asientos de cuero y GPS engulló a André Rochon y se lo llevó a un sitio que él jamás se habría imaginado.

Los nuevos amigos de André no perdieron el tiempo. Lo maniataron con cinta plástica a una silla atornillada al suelo y le dieron diez minutos para responder a la primera pregunta. Después empezaron a propinarle puñetazos en medio de la cara. Los golpes estallaban como llamaradas rojas dentro de su cabeza. André no podía creer que un ser humano fuera capaz de pegar con tanta potencia. En apenas unos minutos, la sangre manaba de su boca y

sus ojos. La extensión de papiros, lagunas y canales de agua salada que André veía por la ventana formaba parte de un paisaje de ensueño muy alejado de él y de la persona que había sido hasta aquella misma mañana.

Por alguna razón, creía que esos hombres sólo querían que traicionara a Bertrand. ¿Pero cómo iba a saber dónde estaban las piedras? Bertrand no sólo había robado a Sidney Kovick; también lo había engañado a él. Él era una víctima, igual que estos tipos que ahora lo golpeaban, pensaba André. Y no, no sabía dónde encontrar a Bertrand, pero podía averiguarlo. ¿No estamos trabajando todos juntos en esto?

Cuando se desmayó le vaciaron un cubo de agua en la cabeza y le envolvieron la cara con una toalla. Después le echaron la cabeza hacia atrás y empezaron a meterle agua por la nariz y la boca.

Después de que oscureciera, oyó a sus captores alejarse en el coche por el camino de esquisto en lo alto del dique. Cuando regresaron, olían a hamburguesas, a cebolla y a café. Entonces le hicieron cosas que no le habían hecho antes. Cuando André rompió a llorar, salieron y se pusieron a charlar entre ellos. Sus voces no indicaban ninguna emoción, eran como entrenadores discutiendo la estrategia de un partido. Finalmente uno de ellos dijo: «No creo que hacerlo nos perjudique. Hemos perdido mucho tiempo, como para deshacernos de él sin más».

¿Qué habrían querido decir? Él ya les había dicho todo lo que sabía acerca de Bertrand, del disparo y del robo en casa de Kovick. Incluso había confesado que era un violador, un camello de metanfetaminas y un atracador, y que tenía demasiadas deudas con la ley como para delatarlos a ellos. Quizá sus captores lo retendrían un tiempo, lo usarían y lo convertirían en un soplón… Sí, eso es lo que harían. Así que mantén la calma, se dijo. Te enviarán a buscar a Bertrand, al hijoputa que empezó todo este lío, y entonces te vengarás de ese negro por causarle tanto sufrimiento a todo el mundo.

Le dejaron utilizar el baño del fondo y después lo volvieron a atar con cinta plástica a la silla. Uno de ellos le ató una toalla mojada alrededor de la cabeza.

—Tranquilo, chaval —le dijo—. Ya falta poco.

¿Poco para qué?

A través de la ventana con mosquitera André oyó el susurro del viento entre los papiros, el chapoteo de los peces en las lagunas, el zumbido de un bote en la bahía. Entonces oyó cerrarse las puertas del coche y la voz apagada de una mujer llevada a rastras a la estancia.

—Señora, no tenemos nada en contra de usted —dijo uno de los hombres—. Pero usted encontró un dinero que no le pertenecía y no lo devolvió, así que queremos saber qué más encontró. Y no nos mienta. Es lo peor que puede hacer, mucho peor que la cosa más mala que haya hecho usted en su vida. ¿Me está prestando atención, señora Degravelle? Hágame señas con la cabeza… Muy bien, veo que me ha comprendido.

»Ahora, ¿ve a este chaval negro? Nos ha confesado que es un violador y que le vende drogas a su propia gente. Pero mucho peor que eso es que nos mintió después de habernos prometido decir la verdad. Así que va a pagar por ello, porque si no lo hace, nos hará quedar como unos mentirosos a nosotros también. Lo que va a ocurrir ahora no es cruel ni es inmerecido, es sólo parte del trato. No aparte la vista, señora Degravelle, no despegue la vista del muchacho.

Entonces se hizo un silencio de no más de tres segundos. Para André Rochon, sin embargo, fueron los segundos más largos de su vida.

Los disparos sonaron fuertes y secos en la estancia, como tiros de un revolver calibre 22. André recibió un disparo en el cuello y dos en la cabeza, ardientes como las picaduras de una avispa.

Esa noche ataron su cuerpo al de otra persona y a una cadena de bloques de cemento prefabricado. André volvió en sí, distinguió el cielo estrellado y sintió que lo dejaban caer por la borda a unas aguas que olían a gasóleo y huevas de pez. Cuando surgió de la oscuridad del agua y gateó por la orilla del banco de arena arrastrando los bloques de cemento y el cuerpo de la mujer, André recordó a aquel cura que trataba de abrir a hachazos un agujero en el tejado de la iglesia, y se preguntó por qué se acordaba de aquella imagen tan extraña en ese momento tan particular de su vida.

El viernes por la tarde, en mi despacho, Betsy Mossbacher acabó su

relato sobre André Rochon.

—Él vivió unas seis horas más —me dijo—. La mujer ya estaba muerta cuando la tiraron al agua, todavía tenía la bolsa de plástico en la cabeza. Nuestro patólogo dice que murió por un fallo cardíaco, probablemente causado por la asfixia.

—¿Clete se ha enterado de esto?

—Sí, pero no ha dicho nada. ¿Conocía a la mujer?

—Estaban saliendo.

—Vaya putada. Ronald Bledsoe está usando a Purcel de coartada. Debe de ser difícil de soportar. Oye, ¿puedes explicarme cómo es que Purcel acaba mezclado en cada follón que hay en esta zona?

—Déjalo en paz, Betsy.

—Esa mujer pasó las de Caín antes de morir. Así que no me vengas con el rollo del camarada de armas.

Se oía el ruido del tráfico que llegaba de la calle. Betsy juntó aire en un carrillo y lo hinchó, después se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Llevaba vaqueros, una camisa de algodón, botas tejanas y un cinturón ancho. Una de las cualidades que más admiraba en Betsy era que su mirada siempre fuera transparente y que al hablar la clavara en la tuya. Se volvió hacia mí.

—La Interpol cree que Sidney Kovick pudo haber recibido los diamantes de sangre y el dinero falso de unos agentes de Al-Qaeda con base en Sudamérica —me dijo—. La verdad es que no nos interesan los diamantes de sangre, sino saber cómo consiguió introducirse Kovick en Al-Qaeda.

—¿Qué os ha dicho él?

—Intenté apelar a su patriotismo, pero nada. ¿Sabías que sirvió en la 173 Brigada Aerotransportada?

—Y el corrupto de John Erlichman recibió la Cruz de Vuelos Distinguidos. ¿Qué más da?

—¿No has hablado con Purcel?

—No.

—Me pareció que lo había encajado bien.

—No lo conoces. No hay nada que Clete encaje bien.

—En cualquier caso, debe mantenerse alejado de esta investigación. Tu amigo tiene un problema grave por no ocuparse de sus propios asuntos.

—Tiene a Ronald Bledsoe como vecino. Su novia ha sido torturada hasta la muerte. Su ciudad se ha inundado mientras los políticos más poderosos del país se tocaban los huevos. Si ésos no son sus propios asuntos, dime: ¿cuáles son?

Antes de salir de mi despacho, Betsy me clavó un dedo en la nuca.

—A mí nadie me usa de pimpampum más de una vez, Dave.

Esa tarde pasé a buscar a Clete por su motel pero no lo encontré, y tampoco me devolvió las llamadas que le hice al móvil. Me detuve en el bar del restaurante Clementine's y en una terraza de Bayou Teche donde también solía beber. Nadie lo había visto.

Quizá me había comportado mal hablándole así a Betsy Mossbacher, pero poca gente comprendía las complejidades de Clete Purcel. Él no solía expresar dolor ni agravio, sino que los absorbía del mismo modo que una esquirla de piedra se hunde en la pata de un elefante. Mientras en la superficie la herida cicatriza y parece curada, la esquirla se va adentrando en el tejido, lo infecta y la inflamación va subiendo por las extremidades hasta el pecho, los hombros y la columna, hasta que todo el tejido conectivo empieza a estremecerse apenas el animal carga el más mínimo peso en su lomo. Tal vez esto no fuera cierto en el caso del elefante, pero sí lo era en el de Clete.

Me detuve en el puente levadizo a la altura de Burke Street a contemplar el *bayou* y reflexioné sobre lo que Betsy me había contado del terrible final de André Rochon y Courtney Degravelle. Supongo que Rochon había tentado al destino, pero la señora Degravelle no. Pensé en qué clase de hombres serían capaces de maniatar y torturar a otro ser humano por dinero o por lo que fuera. A lo largo de los años había conocido a un par de ellos. Algunos se ocultaban tras un uniforme, otros no. Pero todos ellos buscaban una razón, todos necesitaban una bandera que ondeara sobre sus cabezas. Salvo aquellos que eran claramente psicópatas, ninguno de ellos actuaba jamás por su cuenta o sin autorización.

A la hora del crepúsculo, el Bayou Teche fluía crecido y ancho entre las orillas arboladas, y los juguetones peces aguja asomaban sus lomos entre los nenúfares. El sol se había reducido hasta

convertirse en un ascua rojiza. De pronto empezó a refrescar y a lo largo del *bayou* se encendieron varios faroles de gas y algunas hileras de bombillas blancas que colgaban de los robles. William Blake decía que el mal era un tigre eléctrico que merodeaba en los bosques en mitad de la noche. Me pregunté si el tigre de Blake estaría merodeando ahora entre los árboles, encendido y luminoso, cruzando el jardín sigilosamente con su aliento fétido y su paso veloz. A sólo unos pasos de donde juegan los niños y viven nuestros seres queridos.

Fui andando hasta casa y me puse a hornear un pastel de manzana. Insistí a Molly y a Alafair para que no dejaran de hablarme y de hacerme compañía.

20

El domingo por la mañana, Clete todavía no había dado señales de vida. Oí rechinar la puerta para mascotas y enseguida vi a Snuggs entrar en la cocina. Saltó al alféizar y se volvió a mirar hacia fuera. Salí al porche y vi a Bo Diddley en mi jardín trasero contemplando el *bayou*. Llevaba pantalones y una camisa estampada de manga corta, desabotonada y con el cuello planchado y abierto como un par de alas sobre sus hombros.

—No sabía si estabais durmiendo —dijo—. ¿Cuántos años tiene ese mapache?

—Es viejo, igual que yo.

—Pues acaba de soltar una cagada líquida en su caja… Lo que más temo en esta vida es acabar postrado en una silla de ruedas, con el pito mustio y ensuciando pañales para adultos mientras una negra me mete papilla en la boca.

Oí que Molly cerraba la ventana de la cocina. Bo alzó la vista hacia los árboles. El sol atravesaba las copas, una ardilla jugaba colgada del comedero para pájaros.

—Estábamos a punto de irnos a Lafayette, Bo —le dije—. Si no, te ofrecería un café.

—Yo también tengo prisa. Oye, no quiero entrometerme, pero tú y yo nos conocemos desde hace años, y por eso no quise ignorar la situación de tu amigo. ¿Cómo se llama ese rinoceronte que siempre se mete en follones?

—¿Clete Purcel?

—Dos de mis empleados están cuidando de él ahora mismo, no quieren que termine lastimado. Tu amigo se volvió loco cerca de un pozo de petróleo de mi concesión y anduvo disparándole a alguien. Si no hubiera sido por mi capataz, tu amigo estaría en la cárcel del distrito de Lafourche.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—En un bar, con un pedo de campeonato y una 38 colgándole del sobaco. ¿Por qué me miras de ese modo?

—¿Por qué tus empleados se toman tantas molestias por Clete?

—Porque él suele pescar allí y lo conocen, y porque uno de mis empleados estuvo en Vietnam, igual que tu amigo. Oye, Dave, ¿he hecho mal en venir a buscarte? Porque te juro que eso es lo que me estás haciendo sentir.

—No, Bo. Has hecho bien y te lo agradezco. Si me indicas el camino, iré a buscarlo.

—Sube a mi camioneta, te llevaré. Espera a ver lo que puedo hacer con un cuatro por cuatro en un camino de tierra.

Bo condujo aquel vehículo como hacía todo lo demás: a tope, a muerte, como si por el simple hecho de encontrarse al otro lado del parabrisas el resto del mundo se hubiese convertido en su enemigo. Atravesamos kilómetros y kilómetros de verdes papiros, que aparecían teñidos de amarillo debido al agua y el barro que salpicaban sobre el capó. Siguió conduciendo con una mano por aquel camino que ni camino era, mientras la carrocería brincaba sobre los amortiguadores.

El bar se encontraba en un cruce de caminos rural donde los vientos huracanados habían enroscado un semáforo y su cable contra un poste de teléfono. Gran parte del tejado metálico del bar había desaparecido y lo habían reemplazado por placas de contrachapado, lona y fieltro azul. Ambos caminos estaban bordeados por zanjas llenas de agua de lluvia atiborradas de árboles caídos y de desechos traídos por la ola sísmica que había borrado aquel tramo de costa del mapa del distrito.

Dentro del bar estaba oscuro y todo crujía a causa del calor. La energía eléctrica provenía de un generador de gasolina que traqueteaba al fondo del local. Clete se encontraba sentado en una esquina, llevaba la sobaquera con el 38 abrochada por encima de la camisa hawaiana, que se le pegaba al cuerpo como si fuera un pañuelo de papel mojado. Sobre la mesa descansaban una botella de tequila, un salero, un vaso de chupito y un plato de rodajas de lima. Y también una lata helada de Budweiser, que Clete alzó y sorbió sin expresión alguna al ver que Bo Diddley y yo entrábamos en el club.

Dos hombres bronceados vestidos de caqui que bebían café en la barra saludaron a Bo con un gesto de cabeza y siguieron

conversando.

—¿Intentando animar a los parroquianos? —le dije a Clete.

—¿Quién es éste? —me respondió señalando a Bo.

—Bo Wiggins… —se presentó Bo extendiéndole la mano.

—¿Los tipos de la barra trabajan para usted? —dijo Clete, ignorando la mano de Bo o tal vez sin verla.

—Me han dicho que hubo algunos problemas en una vieja perforación de mi concesión. Dicen que oyeron unos disparos a lo lejos y vieron a un tipo huir a toda prisa en un bote por el canal. Pensaron que quizá ese hombre había intentado asaltarlo, así que telefoneé a Dave y vinimos a buscarlo.

La cara de Clete estaba pegajosa y fláccida, sus ojos cansados por la fatiga y el alcohol mañanero.

—Verá, no fue eso lo que pasó —dijo Clete—. El del bote es un tipo al que vengo siguiendo por tres distritos. Un tipo que quizá torturó a una amiga mía hasta matarla. La torturaron durante mucho rato, le pusieron una bolsa de plástico en la cabeza y al final la tiraron por la borda de un bote allá por la salina. Le hicieron todo eso porque ésa es la clase de hombres que son: se dan el gusto de hacer realidad sus fantasías lastimando a una mujer que no puede defenderse.

»Pero el problema que tengo ahora mismo es que sus empleados se han llevado mi Cadillac y no quieren decirme dónde está. Así que le agradecería mucho que les dijera que lo trajeran hasta aquí y me entregaran las llaves. Porque si no lo hacen, me van a arruinar el día. —Clete alzó el reloj para que Bo lo viera—. ¿Lo ve? Ya estoy llegando tarde a misa…

Bo escuchó todo aquello esbozando media sonrisa y con el brazo apoyado sobre la mesa. Su pelo rapado y las orejas de soplillo se recortaban contra la ventana, y la nuca luda rojiza y grasienta, marcada por cicatrices de acné.

—No hay problema, señor Purcel —le dijo—. Le traerán su coche dentro de cinco minutos.

Bo se acercó a la barra y habló con sus empleados, que sólo le prestaron atención a él sin siquiera volverse hacia Clete.

—¿No conoces a esos tipos? —le pregunté.

—No. ¿Por qué?

—¿Sabías que uno de ellos estuvo en Vietnam?

—No, nunca los había visto. ¿Quién es ese tipo que vino contigo?

—Olvídalo. ¿De verdad le disparaste a alguien?

—Es una historia muy larga. Tres personas distintas me dijeron haber visto ese bote en la bahía donde encontraron el cuerpo de Courtney. Alquilé un hidroplano y perseguí al tipo por toda la costa. Hasta que desistí, pero después un tipo en el atracadero me dijo que había visto el bote cerca de una plataforma petrolífera. Me acerqué en mi coche hasta el dique y casi lo pillo. Cuando vi que salía corriendo me figuré que no era trigo limpio, así que le disparé a la altura de la línea de flotación. Después aparecieron esos dos de la barra y me dijeron que había entrado en una propiedad privada sin autorización.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Creo que se le da demasiada importancia al sueño.

—¿Nunca habías visto a los tipos de la barra?

Clete resopló.

—Tengo la cabeza deshecha. Identifiqué el cuerpo de Courtney por una fotografía. La toma de la cara era un primer plano y la bolsa de plástico era lo de menos. Voy a cargarme a esos tipos, Dave, y no intentes detenerme, porque ya está decidido.

Levantó su vasito de tequila y se bebió la mitad, sin despegar ni por un segundo sus ojos de los míos.

Esa noche acompañé a Clete hasta su bungaló en el motel y por la mañana le llevé un desayuno preparado que había encargado en Victor's.

—¿Hay alguna posibilidad de que le hayas dado al tipo al que disparaste? —le pregunté.

—No vi que le saltaran las plumas, si es eso a lo que te refieres.

—¿Qué aspecto tenía?

—Aspecto de culpable.

Se metió en la ducha. El agua retumbaba contra las paredes de latón. Yo ya no podía más con su locura alcohólica.

Fui a la oficina de Helen y le conté lo ocurrido. Mientras me escuchaba, su cara iba ofuscándose y su mano se abría y se cerraba aplastando una bola de papel.

—Déjalo en manos del FBI —dijo por último.

—No creo que sea lo correcto.

—Hazlo, y hazlo ahora, Dave. Ahora lárgate de mi despacho.

No podía culparla.

Otis Baylor salió de prisión bajo fianza y fue despedido de inmediato por su compañía de seguros. El mismo día del despido se convirtió en consejero ambulante al servicio de todo aquel que quisiera presentar una reclamación por los daños que el huracán le había causado, ya fuera contra sus exempleadores o contra cualquier otra compañía de seguros. Comenzó a reunirse en un café con los propietarios de las viviendas dañadas y les enseñó a redactar sus reclamaciones y a presentar las demandas pertinentes si las reclamaciones eran rechazadas injustamente. Según Otis, había sido el viento el que había derribado los árboles y los había estrellado contra las casas, no una ola sísmica. Los daños estructurales no habían sido producto de la inundación, sino de los huracanes. Y el moho se había formado por la irrupción de la lluvia en el interior de las viviendas después de que el viento destrozara los cristales de las ventanas. Y habían sido los rayos, no el agua, la causa de que se quemaran las instalaciones eléctricas, se combaran paredes y se partieran los cimientos.

Las palabras «agua», «inundación» y «ola sísmica» habían dejado de existir.

El viernes me crucé con él por la calle, cerca del despacho de Clete. Se comportaba de un modo extrañamente tranquilo para alguien cuya vida estaba hecha jirones. El bolsillo de su camisa estaba lleno de bolígrafos. Su torso, ancho y sólido, abultaba bajo la prenda.

—¿Encontró lo que buscaba en mi casa? —me preguntó.

Nos encontrábamos a la sombra de un roble de Virginia que se arqueaba por encima de la acera. El viento empujaba las hojas por la acera.

—Nosotros no, pero puede que otros lo intenten.

—Que lo intenten.

—Courtney Degravelle también se tomó este asunto a la ligera, igual que usted.

—¿La mujer que vive calle abajo?

—¿No se ha enterado?

—¿De qué?

—La mataron, y también a André Rochon. Los dos fueron secuestrados, torturados y asesinados.

Baylor se quedó totalmente inmóvil. Su corbata ondeó ligeramente bajo el alfiler que la sujetaba a la camisa.

—¿Quién fue? —preguntó.

—Puede que la gente de Sidney Kovick, o puede que asesinos internacionales. Pero quienesquiera que sean están bien organizados.

Otis se puso pálido.

—Yo conocía a la señora Degravelle. Era una mujer muy agradable. ¿La torturaron hasta matarla?

—Murió de un fallo cardíaco. Pero sí, la torturaron sin piedad.

—Mi familia corre peligro, ¿no es cierto?

—No puedo asegurarlo.

—He visto a ese Bledsoe, el investigador privado, dando vueltas por la ciudad. Él está metido en esto, ¿no es cierto?

—¿Lo ha visto en estos últimos días?

—Lo vi por la calle antes de que me detuvieran. ¿Cree que tuvo algo que ver con la muerte de la señora Degravelle?

—No estamos seguros.

—Esto no acabará nunca, ¿verdad?

—Le voy a decir algo a título personal, señor Baylor. Usted es un hombre religioso, y sabe que somos nosotros contra ellos. La partida no acaba nunca, el terreno nunca es del todo nuestro.

Supongo que mi comentario fue grandilocuente y estúpido. Baylor me miró con una expresión que mostraba menos emoción que un letrero de madera y se alejó sin decir ni adiós. Al cruzar la calle, los coches tuvieron que esquivarlo.

Sin quererlo, Otis acababa de hacer algo que me convenció de que no era un asesino. No había demostrado interés alguno en la muerte de André Rochon, que quizá era uno de los violadores de su hija. Las personas sedientas de venganza aceptan la invitación del estado a presenciar la ejecución de quienes los atormentaron, en el pasado por electrocución y en la actualidad por inyección letal. Aun así, no obtienen paz alguna y viven atormentados hasta el final de

sus días por el espectro de un enemigo del cual, irónicamente, están totalmente a salvo.

Para bien o para mal, Otis Baylor no pertenecía a esa clase de personas.

En un buen número de guiones cinematográficos bien escritos, un sicólogo forense resuelve el caso de un asesino en serie metiéndose en la mente del maníaco, por decirlo de algún modo, hasta comprender sus motivos. Como consecuencia, el propio psicólogo forense también se vuelve un poco loco.

Puede que resulte muy efectivo como entretenimiento, pero no creo que tenga nada que ver con la realidad. ¿Qué es lo que ocurre en la mente de un sociópata? Nadie lo sabe. Sin excepción, se llevan sus secretos a la tumba, mienten acerca de sus acciones y sobre los sitios donde enterraron a sus víctimas, incluso cuando no ganan nada con ello. El único grupo que conozco que es tan celoso de sus secretos como ellos es el de los brujos o *traiteurs*, que es como los llamamos aquí, en el sur de Luisiana. Dicen ser curanderos que han recibido su poder de las fuerzas divinas. Y si uno insiste y pregunta, añadirán que un *traiteur* puede transmitir sus poderes a un miembro del sexo opuesto. Y si uno insiste todavía más, seguramente recibirá una dosis de hostilidad silenciosa. ¿Por qué están tan a la defensiva? Nunca dan explicaciones. Eso hace que resulten todavía más inquietantes.

El jueves por la mañana, Alafair fue a pie a su puesto de voluntaria en el centro de acogida de damnificados en City Park, Molly fue en coche al suyo, en la fundación católica de ayuda mutua ubicada sobre el *bayou*, y yo caminé por las calles que separaban mi casa del Departamento del Sheriff, pues hacía un día muy bonito. Al mediodía cogí un coche patrulla y regresé a casa a comer. Aparqué detrás del coche de Molly en la entrada para coches. Entonces la vi salir por la parte trasera. Ella acababa de llegar a casa.

—Ven a ver esto, Dave.

Salí del coche patrulla y la seguí por el jardín trasero.

—¿Qué ocurre? —dije.

Me señaló la puerta mosquitera. Habitualmente echábamos el

pestillo para obligar a Snuggs y Trípode a entrar en casa por la gatera que habíamos instalado en la puerta de madera. Habían cortado la mosquitera para poder levantar el pestillo y habían aflojado el cerrojo de la puerta de madera haciendo palanca con un destornillador de punta plana.

—¿Has entrado ya? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Espera aquí —dije y desabroché la tira que sujetaba mi 45 en la cartuchera.

Entré en el salón por la cocina y de allí pasé a la alcoba principal. Aún no había sacado la 45, pero tenía la mano apoyada en la empuñadura. Inspeccioné el baño y bajé por el pasillo hasta la habitación de Alafair.

Alguien había hecho trizas su manuscrito y lo había desparramado por el suelo y la colcha. Con un golpe certero, supongo que con un martillo, había roto la pantalla del ordenador. El teclado, partido en dos, colgaba por el cable del respaldo de la silla. La carcasa metálica de la torre había sido perforada y arrancada del soporte, y los componentes, hecho añicos a pisotones, estaban desperdigados por el suelo de madera. La impresora láser que Alafair había comprado en Portland con el dinero que había ganado por su trabajo en la librería de la facultad estaba totalmente aplastada, probablemente porque el intruso se había subido encima.

También había cortado los disquetes con unas tijeras. Los dos cuadernos y cientos de folios escritos en caligrafía azul flotaban en más de un centímetro de orines de color amarillo oscuro en el fondo de la papelera. Abrí el móvil y marqué el 911. Molly me observaba, de pie, desde el pasillo.

—¿Ronald Bledsoe? —me preguntó.

—No te quepa la menor duda.

Aparqué frente al polideportivo de City Park, bajo unos robles de Virginia, y entré. El suelo de la pista de baloncesto estaba cubierto de catres, muchos de ellos con objetos personales apilados encima, como si esas camas improvisadas se hubiesen convertido en hogares. Alafair estaba leyendo en voz alta a un círculo de chicos sentados en el suelo. Aparenté estar relajado y me encaminé hacia

ella.

—¿Tienes un minuto? —le dije.

Ella colocó el señalador en el libro y me acompañó fuera. Posé mi mano sobre su brazo y le conté lo ocurrido. Mientras le hablaba, ella miraba hacia nuestra casa, al otro lado del *bayou*. Su expresión se mantuvo inalterada.

—¿Lo destruyó todo? —preguntó.

—Eso parece.

—Pero no hay pruebas de que fuera Bledsoe. ¿Alguien lo vio?

—Hablé con los vecinos. Nadie vio nada.

—¿Orinó encima de mis cuadernos?

—Es un demente. Ni siquiera vale la pena hablar de él.

—No tienes que explicarme qué clase de tipo es.

—Esta tarde te llevaré a Lafayette y te compraré un nuevo ordenador y una impresora. En este momento, los técnicos de la policía científica están en casa.

—Ese tipo es un capullo, Dave. Yo envío diariamente copias de la obra en curso a un amigo en Portland. También se las envío a Ernest Gaines. Y mis cuadernos de notas están transcritos en un disquete en mi estantería. ¿Le ha hecho algo a la estantería?

—No.

—Lo dicho, es un capullo.

—Vaya chicarrona que eres, Alf.

—No me llames así. Te lo digo en serio, odio ese mote.

Un técnico del laboratorio criminológico de Acadiana obtuvo huellas dactilares parciales y completas del ordenador de Alafair, pero ninguna de ellas coincidía con la que Bledsoe había dejado en la matrícula de Clete. Justo antes de mi hora de salida, Clete telefoneó a mi despacho.

—No vas a creer lo que te voy a contar —me dijo—. Bledsoe ha vuelto a su bungaló del motel.

—Claro que te creo. ¿Has hablado con él?

—Me ha invitado a cenar. Está haciendo una barbacoa debajo de los árboles. No me lo creo, acaba de saludarme…

Oí como Clete corría las cortinas.

—Alguien ha entrado en casa hoy y ha destrozado el ordenador

de Alafair —le expliqué—. El intruso también ha destruido su trabajo, ha tirado sus cuadernos a la papelera y se ha meado encima de ellos.

—Ya es hora de que este tipo reciba una visita.

—Me lo pensaré.

Entonces le oí juguetear con el móvil, como si se hubiera alejado de la ventana y quisiese poner en orden sus pensamientos.

—Hay algo que me está pesando mucho sobre la consciencia, colega. Me está aplastando.

—La muerte de Courtney Degravelle no es culpa tuya, compañero.

—Hay algo que no te he contado. Tal como sugeriste, metimos todo el dinero en el buzón. Bueno, casi todo… —Hizo una pausa, a la espera de mi reacción. Pero esta vez no iba a ponérselo fácil.

—Verás, Courtney estaba sin blanca —continuó—. Su compañía de seguros no quiso aceptar su reclamación y llevaba dos meses de atraso con las letras de la hipoteca. Quiso quedarse con mil pavos para blanquearlos en el casino de Shreveport. No pensé que hubiera nada de malo en ello.

Me froté la sien y miré lánguidamente por la ventana, azorado por su falta de criterio.

—Así que eso hizo —me dijo—. Ella y su hermana fueron en coche a Shreveport, lavaron los mil pavos y encima ganaron otros setecientos.

No tenía ganas de oír aquello, y tampoco tenía ganas de representar mi habitual papel de niñera de Clete. Pero ¿qué hacer cuando el mejor amigo de uno se está desangrando por dentro?

—Tommy Ballena te delató a Sidney Kovick. Después los matones de Sidney averiguaron que Courtney y tú os veíais. Era más fácil liquidarla a ella que ir a por ti. Que haya lavado ese dinero o no, carece de importancia.

—Ni tú ni yo nos tragamos esa trola —me contestó.

La dejé pasar. Courtney Degravelle había caído en manos de hombres que habitaban por voluntad propia en los abismos. Quizá Clete contribuyó a que Courtney acabara como acabó, pero yo era su amigo. Ella estaba muerta, y también André Rochon. Con suerte, algún día nosotros, u otros, atraparíamos a los que lo hicieron. ¿Qué más podía decir?

Además, yo tenía otros problemas que resolver, y tomar decisiones que ningún policía decente quiere tomar. Ronald Bledsoe seguía siendo intocable. Pero ahora había violado la privacidad de mi casa y dejado su asquerosa marca en la vida de mi hija. Podíamos echarlo y amenazarlo, pero nuestros mejores esfuerzos no servirían de nada. Bledsoe había llegado para quedarse un largo tiempo, para mofarse de nosotros y hundir la espina en la herida cada vez más. ¿Es deshonroso librar una guerra sin cuartel para defender a quienes no pueden hacerlo por sí solos? Pues no. Al menos eso me dije, mientras consideraba mis opciones para lidiar con Ronald Bledsoe.

21

El viernes por la noche llovía, y Alafair y Molly habían ido al cine. Otis Baylor aparcó su coche delante de mi casa y llamó a la puerta.

—¿Está ocupado, señor Robicheaux?

—No, señor Baylor. Pase.

Tomó asiento en uno de los sillones del salón y se quedó mirando por la ventana cómo caía la lluvia sobre los filodendros.

—He estado pensando en algunas cosas que le he dicho —comenzó—. Me he comportado de forma desagradable innecesariamente. Creo que usted fue lo más sincero que pudo. Debí haberle hecho más caso.

—Usted estaba bajo mucha presión…

Me interrumpió.

—Alafair le contó a Thelma el encontronazo con ese tal Bledsoe. También le contó a Thelma que alguien entró en su casa. Fue él, ¿verdad?

—Eso creo.

—Alafair dice que usted no puede hacer nada al respecto.

—No, hasta ahora no he podido.

—Yo he estado en su lugar y sé la clase de ideas que le rondan por la cabeza.

—Nunca se me ha dado bien adivinar lo que piensan los demás, señor Baylor. Así que a cambio le pido que no intente decirme lo que estoy pensando yo.

—Mi familia tiene una larga historia de violencia. Mi padre y mi hermano hicieron cosas de las que me avergüenzo. Algunas de sus tendencias violentas han sobrevivido en mí, lo cual significa que las reconozco cuando las veo en los demás. Creo que usted y yo estamos cortados por el mismo patrón. Si usted va tras Bledsoe por su cuenta, estará jugando su juego.

—¿Ah, sí?

—En el negocio de los seguros, todas las pólizas se hacen teniendo en cuenta los riesgos y las probabilidades. No es un negocio que se base en la suerte precisamente. La única otra actividad que calcula tan bien los porcentajes de ganancias y pérdidas es la de los juegos de azar. Y por eso mismo, es una actividad que no tiene nada que ver con el azar. El apostador pierde y la banca gana. No hay excepciones a la regla. ¿Me comprende?

—No.

—Bledsoe no presentó una denuncia contra Alafair, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque le puso la mano encima y porque le hizo comentarios sexuales desagradables.

—Exacto. Y porque ante un tribunal apenas tenía un treinta por ciento de posibilidades de ganar. ¿Pero qué ocurre si el padre de Alafair decide tomarse la justicia por su mano? Yo calculo que las probabilidades de Bledsoe ante un tribunal ascenderían de repente a un ochenta por ciento, y las de ganar una demanda civil superarían el noventa.

Estábamos uno a cada lado de la mesa baja. A través de la mosquitera y de las ventanas abiertas, se oían las gotas de lluvia caer sobre las plantas del parterre.

—Veámoslo de este modo —continuó—: el legajo de la violación de mi hija y las muestras de ADN de los agresores se perdieron en la tormenta. Así que nunca sabré con certeza si fueron esos tipos quienes atacaron a mi hija. Si lo eran, recibieron su merecido, y me alegro de que no vayan a hacerle daño a nadie más. También espero que reciba su merecido la persona que les disparó.

—No me parece un gran consuelo para un hombre inocente que acabará cavando un campo de soja con un azadón, vigilado por un guardia a caballo.

—No haga que me arrepienta de haber venido a verlo, señor Robicheaux.

No discutas con personas irrecuperables, me dije.

—En absoluto, señor Baylor. Gracias por su visita.

A lo largo de su vida, la mayoría de criminales reincidentes va tomando una serie de decisiones que finalmente los llevarán a la cárcel; como ocurre con los borrachos, que siempre encuentran la

forma de acabar en el bar. Me preguntaba qué tragedia, qué acontecimiento violento, qué ira oculta llevaba a un hombre de buen corazón, a un miembro del Rotary Club, a adentrarse en las fauces de la bestia.

Mientras veía alejarse el coche, y las ruedas de éste resbalar sobre las hojas ennegrecidas de la alcantarilla, recé una breve plegaria por Otis Baylor. No sé por qué, tenía la sensación de que aquel hombre iba a necesitar toda la ayuda que pudiera conseguir.

Bertrand Melancon no recordaba ni una sola etapa de su vida en la que no hubiese sentido miedo. Temía a su madre por los hombres que traía a casa, pero mucho más temía sus impredecibles cambios de humor. Podía darle una bofetada con la misma facilidad con la que le servía un tazón con cereales; incluso podía llegar a hacer ambas cosas en un lapso de diez segundos. En cambio, la mayoría de aquellos hombres no eran malvados ni violentos. Es más, a veces invitaban al pequeño Bertrand a partidos de béisbol o le regalaban dinero por ir a buscar pitillos o cervezas a la licorería de la esquina. Pero otras veces su madre y el hombre de turno mandaban a Bertrand y a Eddy a jugar en el jardín hasta la hora de la cena. Mientras Bertrand veía caer la persiana sabía que ni su casa ni su madre le pertenecían ya, y esa certeza era peor que la mano de su madre cruzándole la cara.

Cada mañana, Bertrand se despertaba con un miedo indefinido, como si un animal le abriera a mordiscos una brecha en las entrañas. Las imágenes de sus pesadillas le perseguían durante el día, como rostros indefinidos y misteriosos, reflejos nocturnos en él oscuro cristal de una ventanilla de tranvía, y le recordaban lo insignificante que era.

Eddy solía recomendarle que no se preocupara tanto. Pero Eddy empezó a emborracharse en la escuela primaria, con una mezcla de licor de melocotón, zumo y gaseosa. Después empezó a colocarse con pegamento en el baño de los chicos, y un día incendió la casilla de una chica. Al cumplir doce años, Eddy ya llevaba una especie de cuchillo que se había hecho él mismo, y aseguraba que lo había usado contra un chaval que había querido robarle las deportivas en el parque.

Antes de empezar el instituto, Bertrand y Eddy cometieron su primer robo a mano armada. El anciano vietnamita estaba cerrando la caja registradora de su pequeño colmado cuando Eddy le disparó en la cara con una pistola de *paintball*. Los rateros no sólo se llevaron todo el dinero de la caja, sino que Eddy hizo estallar los cristales de las vitrinas lanzándoles latas de comida. Más tarde, Bertrand le preguntó a su hermano por qué había perdido el tiempo destrozando los cristales mientras el anciano estaba marcando el número de la policía.

—No lo sé —contestó Eddy encogiéndose de hombros—. Me apetecía.

Los hermanos nunca planeaban sus robos ni sus asaltos. Era como si las ocasiones se les presentaran por sí solas, sin que nadie las preparara, del mismo modo que un huracán destruye una casa o una cerilla enciende una llamarada en un charco de gasolina bajo un coche. Las cosas ocurrían y punto. Unas manos temblorosas sobre el cajón de una caja registradora, la mirada que evita el contacto, la boca partida, el tajo en el cuero cabelludo… Todas esas imágenes se perdían en la memoria como trozos de papel que caen al fondo de un aljibe, sin orden ni concierto, intrascendentes al fin y al cabo.

A Eddy no le importaban en absoluto las barbaridades que ambos hacían. En la cárcel del distrito St. John the Baptist fue él quien ofreció cuatro paquetes de pitillos a un cocinero para meterle pasta de cucarachas en la comida a un matón que fanfarroneaba de que iba a cepillarse a los dos hermanos. Fue Eddy quien ordenó a André aparcar la furgoneta junto al bordillo para hablarle a la niña que regresaba de la verbena con su peluche abrazado contra el pecho. Y fue Eddy quien la maniató en la caja del camión. Siempre era él quien empezaba los líos, pero, por alguna razón, conseguía que Bertrand los terminara o acabara arreglándolos. Cuanto más se crecía Eddy, más ardía el estómago de Bertrand. Eran como siameses unidos por la cintura, incompletos el uno sin el otro, llevados por compulsiones y deseos insaciables que ninguno de los dos conseguía explicarse.

Tras el paso del Katrina, sin embargo, el miedo sin nombre de Bertrand ya tuvo un rostro. En un centro de acogida de Des Allemands, alguien había dejado un ejemplar del *Times-Picayune*

tirado en el suelo de un retrete. En la página de sociedad salía una fotografía del matrimonio Kovick reparando los daños que el huracán y unos saqueadores habían causado en su antigua mansión. El pie de fotografía no mencionaba la bala que atravesó la garganta de Eddy y le saltó la tapa de los sesos a Kevin.

Bertrand no podía dejar de mirar la cara de Kovick. Sólo de verla, se le revolvía el estómago, pues le hacía comprender lo insignificante que era, le explicaba el desprecio en los ojos de su madre y el asco y la repulsión en la mirada de la chica blanca que había violado y atormentado.

Al salir del retrete, Bertrand estaba convencido de que había sólo una manera de desterrar el miedo y el odio hacia sí mismo que le estremecían el estómago y le envenenaban la sangre. Tenía que destruir ese rostro que, como un reflejo en el oscuro cristal de una ventana, se le aparecía dondequiera que fuese. Tenía que matar a Sidney Kovick.

A Sidney Kovick le encantaba trabajar en su floristería. El interior de la tienda era acogedor, rebosante de colores y fragancias, y quienes entraban respetaban a Sidney por sus conocimientos sobre flores y su habilidad para escoger o crear el ramo ideal para cada ocasión. Sidney vestía siempre elegantemente cuando iba a la tienda, estaba siempre tras el mostrador durante el horario de trabajo y sólo se sentaba cuando tenía que utilizar el escritorio. Opinaba que para ser un buen vendedor había que saber escuchar, y no le costaba adivinar lo que necesitaban sus clientes. A pocos de ellos les interesaba la reputación que él tuviera fuera de la tienda. Cuando un cliente le pagaba con un talón, Sidney nunca le pedía la documentación. Sidney era un caballero.

También amaba a su esposa, Eunice. Cuando empezaron a salir juntos, le mostró su casa en Metairie, su yate en Des Allemands y su coto de pesca en los cayos de Florida. Le desveló que vivía fuera de la ley, pero que no se dedicaba ni a las drogas ni a la pornografía. Cuando Eunice le preguntó a qué se dedicaba exactamente, él respondió: «A cualquier arreglo que produzca dinero. Es todo lo que necesitas saber». Eunice había crecido en una cultura de corrupción, por lo que la explicación de Sidney acerca de sus negocios le bastó.

Y entonces el hijito de ambos murió atropellado por un vecino borracho. Gracias a la mediación de un abogado, el vecino consiguió demorar la prueba de alcoholemia hasta el día siguiente. La acusación de conducción temeraria no prosperó y sólo lo obligaron a conducir con un carné restringido durante un año. No acudió al funeral del niño y jamás pidió perdón por haberlo arrollado y matado. Algunos decían que el vecino tenía miedo; otros, que consideró lo ocurrido como un asunto estrictamente legal y que, por lo tanto, debía resolverse en los tribunales. Pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que no hacer nada fue una mala decisión.

Seis meses después el vecino desapareció, y la esposa puso la casa en venta y se mudó a Omaha. La mujer no disponía de medios económicos, pero se compró un apartamento al contado y vivió cómodamente con el dinero de la venta de la casa de Matairie. Jamás acudió al FBI ni a las autoridades locales por no encontrar a su marido.

Eunice nunca preguntó si los rumores acerca del destino del vecino eran ciertos. Pero a veces, cuando estaban solos en la oscuridad en la habitación de arriba, después de hacer el amor, se apoyaba en un codo y miraba a su marido a los ojos.

—¿Qué ocurre? —le decía él.

—Dímelo —respondía ella.

—¿Que te diga qué?

—Dime que eres bueno. Tan bueno como el hombre que yo conozco.

—En la tienda soy un hombre bueno; en otros momentos, no tanto. Así soy yo, Eunice.

Quizá era mejor no pedir más, se decía, apoyada sobre el ancho pecho de su marido y sintiendo aquel gran corazón latir bajo su mano.

Ella lo ayudaba en la tienda y se sentía orgullosa de vender flores de tan buena calidad. Los sábados por la mañana preparaba el café y servía tazas, platitos y bombones envueltos en papel dorado a los clientes. La sonrisa de Eunice iluminaba la tienda como un sol y no había cliente que no saliera de allí más alegre que al entrar. A Sidney Kovick le importaba un bledo la teología, pero si existía alguna prueba de la existencia de Dios, era la presencia de Eunice

en su vida.

Bertrand había ocultado el 38 robado detrás del Rite Aid donde se habían metido unas rayas de farlopa antes de acabar de destrozar la casa de Kovick. Ahora Bertrand conducía un Toyota nuevo que un amigo había birlado del aparcamiento de un Winn Dixie, en Houma. El interior aún olía al ambientador con aroma de coco del lavacoches. Su amigo incluso le había dejado una cinta de Three 6 Mafia para que la escuchara mientras conducía hacia Nueva Orleans. «Cuando acabes de usar el buga, déjalo en casa de mi hermano», le dijo su amigo. Pero no conocía el verdadero plan de Bertrand, a saber: liquidar al hombre que le había causado tanto sufrimiento y después largarse de allí, como un vaquero hacia el atardecer, con una bolsa llena de diamantes de sangre. Fuera lo que fueran esos diamantes de sangre, pues Bertrand aún no lo había dilucidado.

Al entrar en Nueva Orleans le sorprendió ver tantos barrios de la ciudad sin electricidad, edificios sin tejado ni ventanas y jardines cubiertos de muebles destrozados, que sus dueños habían apilado en el exterior de sus casas. Un coche patrulla del DPNO lo adelantó y el poli que conducía lo miró por el retrovisor. Bertrand giró para salir de la avenida y aparcó tras de un montón de ramas. Sus úlceras gritaban como cantantes de ópera.

Cuando estuve seguro de que el coche patrulla se había largado, dio una vuelta a la manzana. Vio una negra gorda que iba empujando un carrito y aminoró la marcha. El carrito de supermercado estaba lleno hasta los topes de ropa mohosa que sobresalía por la rejilla metálica.

—¿Sabes dónde está la farmacia Rite Aid? —dijo Bertrand.

—Seguramente allí, donde está ese cartel que pone «Rite Aid» —repuso la mujer, sarcástica.

—Claro… Oye, ¿quieres ganarte cinco pavos?

La mujer soltó el carrito y apoyó sus grandes manos en el borde de la ventanilla. La piel de sus antebrazos era oscura y lustrosa, gruesa como la piel de un elefante, y estaba cubierta de cicatrices rosadas.

—¿Qué es lo que andas buscando, chico?

—Me lastimé la pierna y no puedo caminar muy bien. Quizá puedas recoger algo que me dejé en esa Rite Aid.

Ella miró en dirección a la farmacia. Sus pechos eran como dos sandías colgando en sacos de tela. Unas rayas de mugre le surcaban el cuello.

—¿Sabías que tu coche no tiene matrícula? —le dijo.

—De nuevo llevas razón, tienes buen ojo. Debió de caerse.

—Carga mis cosas y llévame hasta allí —dijo ella—. Después me das cincuenta pavos y me voy a casa.

—Pues vale.

—Estás cagado de miedo, chico, y hueles como los cagados de miedo. No sé qué estás haciendo, pero sería mejor que no lo hicieras.

Bertrand acercó a la mujer hasta unos cincuenta metros del aparcamiento trasero de la farmacia y ella continuó, con sus andares de pato, hasta una sección de acera levantada por las raíces de un árbol enorme. El tronco del árbol se había partido por un rayo o por su propio peso y la grieta estaba rellenada con cemento. Pero en el cemento había una grieta donde Bertrand había ocultado el 38 y la bolsa de coca, todo ello envuelto en una camisa. La gruesa mujer regresó al coche resollando y sudando profusamente. Dejó caer la camisa enrollada sobre el asiento.

—Ahí dentro hay un arma, chico.

—Son herramientas para el coche.

—Dame mis cincuenta pavos y acércame hasta mi carrito —dijo —. No hace falta que me lleves a casa.

Con los billetes apretujados en la mano, se bajó en el cruce y se marchó calle abajo empujando su carrito. Las ruedecillas parecían pelearse unas con otras sobre el asfalto. Mientras la veía luchar con el equilibrio y el peso del carro, con aquel trasero grande como una bañera, embutido en unos pantalones elásticos verdes, Bertrand se sentía muy solo, como un niño pequeño abandonado en una playa, aunque no sabía por qué.

Guardó la coca en la cintura del pantalón, el 38 bajo el asiento y se dirigió hacia Algiers, al otro lado del Misisipi. A pesar de que el coche llevaba las ventanillas bajadas y el viento ventilaba el interior, el sudor le corría por el pecho y los sobacos le apestaban. Extrajo la bolsa de coca del pantalón, hundió un dedo en ella y se

frotó los cristales en las narices y encías.

Pero la farlopa de Kovick no le hacía efecto. Quizá porque la habían cortado demasiadas veces, o porque estaba tan nervioso que habría podido meterse un gramo entero y ni siquiera así conseguir que el fuego de su estómago se extinguiera o que su corazón latiera más lentamente. Bajó por la rampa de salida hacia Algiers y sintió como si de repente cayera por el hueco de un ascensor. Un camión lo esquivó e hizo sonar el claxon con furia. Una señal de *stop* pasó a tal velocidad que sólo la vislumbró por el rabillo del ojo. Volvió a coger la bolsa de coca, pero se le cayó al suelo. Un poco más adelante, un policía obligaba a los vehículos a continuar y no detenerse ante los restos de un accidente. Cuando Bertrand llegó por fin a la calle donde estaba la floristería de Kovick, ya hiperventilaba tan fuerte que creía que iba a desmayarse.

Aparcó al final de la manzana. No recordaba la última vez que había estado tan asustado. Intentó encontrar alguna razón creíble para no entrar en la tienda. Entonces vio a unos tipos con pinta de matones italianos que comían en una mesa bajo el toldo del escaparate. ¿Cómo iba a cargarse a dos tipos que se ganaban la vida matando gente? Quizá podría pillar a Kovick en otro sitio, donde las fuerzas de ambos estuvieran equilibradas. No tenía por qué ser aquí y ahora, no debía avergonzarse por usar la cabeza.

Bertrand sabía que el verdadero enemigo de su vida no era Kovick, sino el miedo que había sido su compañero en la oscuridad de su habitación… en cada amanecer… en la mesa de desayuno con su madre… en el autobús escolar… en el patio de la escuela… en la casa donde se colocó con *crack* por primera vez… y en los colchones, donde las cosas que hacía con las chicas le hacían preguntarse si no era un degenerado… Su miedo era un globo gris que flotaba de un sitio a otro, de objeto en objeto, y cada vez que intentaba enfrentarse a él, se alejaba, convirtiendo las situaciones más inocuas en dilemas que Bertrand jamás le confesaría a nadie, no fueran a enterarse de la clase de hombre asustado que en realidad era.

Y ahora trataba de huir también del tipo que había convertido su vida en una pesadilla. ¿Qué era peor?, se preguntó. ¿Morir allí mismo o seguir viviendo perseguido y escarnecido hasta que la gente de Kovick lo atrapara, lo amordazara con cinta y se lo llevara

al sótano donde Kovick lo esperaría con su impermeable y sus botas de goma?

Pero los italianos que estaban atiborrándose de sándwiches no eran imaginarios, se dijo. Nunca conseguiría esquivarlos, sólo intentarlo sería como escupirle a un león en la cara. Y cuando Bertrand se había casi convencido ya de que tenía una razón legítima para posponer su cita en Samarra, los italianos acabaron de comer, metieron los restos de comida en una bolsa de papel y se marcharon en un descapotable.

Dio un par de vueltas alrededor de la manzana, esperando que una avalancha de clientes le diera un motivo para regresar a Houma. Pero la acera seguía vacía y no había ningún coche aparcado junto al bordillo. De hecho, la floristería parecía haber sido creada ladrillo por ladrillo sin contacto tangencial con el mundo que la rodeaba, como una isla donde Bertrand Melancon debía enfrentarse al rostro que durante toda su vida lo había mirado con desdén y desprecio.

Se metió el 38 en el cinturón, cubrió con la camisa la empuñadura de madera ajedrezada y se apeó del coche. Tenía la sensación de que el mundo entero oscilaba bajo sus pies.

Entonces cayó en la cuenta de que no tenía un plan. Durante el trayecto desde Houma, todos sus pensamientos se habían centrado en recobrar el 38 y la coca. Cuando lo hubo hecho, sólo se dedicó a inventar excusas para no enfrentarse a Kovick. Ahora estaba delante de la floristería, sin un plan y tocándose los huevos. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Entrar a tiros? ¿Y si fallaba? ¿Y si Kovick tenía un arma debajo del mostrador?

Así que pasó de largo y siguió andando hasta el final de la manzana, luego torció por el callejón donde se encontraba la entrada trasera de la tienda. La puerta trasera de la tienda estaba entreabierta. Había varios cubos de basura caídos sobre el asfalto y las hojas de los bananos sin podar crepitaban en la brisa. Bertrand sintió que el pecho se le encogía y que sus pulmones le escocían como si estuvieran llenos de ácido de batería. Con la mano derecha se sujetó la pechera de la camisa para no descubrir el 38, con la otra se secó el sudor que le caía sobre los ojos. Nunca había pensado que fuera posible estar tan asustado.

Empujó la puerta de metal y se asomó a la parte trasera de la

tienda. En la mesa de trabajo, una mujer alta hablaba por teléfono. Le sonrió a Bertrand y le indicó con un gesto de la mano que pasara.

Él se la quedó mirando ofuscado. Debía de haberlo confundido con un repartidor. Entonces cayó en la cuenta de que era la mujer que aparecía en la fotografía del *Times-Picayune* y que, por lo tanto, se trataba de la esposa de Kovick.

¿Qué mejor manera de vengase de Kovick que cargarse a su esposa? Eso es lo que hubiera dicho Eddy, si no hubiera quedado convertido en un saco de vísceras conectado a un tubo, si aún tuviera un cerebro con el que pensar.

La mujer depositó el auricular en la horquilla. Llevaba puesto un vestido de verano. Sus hombros eran anchos y bronceados, hombros de campesina.

—¿Has venido a quitar los azulejos del baño? —dijo.

—¿Cómo dice, señora?

—¿No vienes con el fontanero?

—Vine a preguntar por una dirección. No estoy seguro de tener la correcta.

—¿Qué dirección estás buscando?

Bertrand no conseguía pensar con claridad. La sangre le latía en los oídos.

—La dirección donde se encuentra el señor Kovick —contestó.

Por el amor de Dios, pensó, vaya tontería acabas de decir.

—Está en la parte de delante —contestó ella—. Le diré que has venido, ¿cómo te llamas?

—No lo moleste. Iré por mis herramientas, las dejé en el camión.

—Sólo tardará un minuto —dijo ella, y fue hacia la parte delantera de la tienda.

Bertrand no sabía si huir o sacar el 38 del cinturón, pues en cualquier momento Kovick surgiría por detrás de la pesada cortina de fieltro que separaba la trastienda de la parte de delante. Un camión pasó traqueteando por el callejón, en dirección a la calle de al lado, y a Bertrand el corazón le dio un brinco. Entonces, como una aparición salida de una pesadilla, Kovick corrió la cortina y lo miró fijamente. A Bertrand le pareció el hombre más enorme que jamás hubiera visto.

—¿Qué problema hay? —dijo Kovick.

Bertrand tenía la boca tan seca que al intentar hablar casi se tragó la lengua.

—Ningún problema, señor Kovick —respondió Bertrand, congelado donde estaba y con el pulgar enganchado en el bolsillo de su pantalón.

Kovick llevaba un traje beis de pálidas rayas moradas, una camisa lavanda y una corbata de color granate. Sus ojos, clavados en el desconocido, tenían el brillo oscuro de la obsidiana.

—¿Has venido por lo del baño? —preguntó Kovick—. Algunas de las tuberías pasan por debajo de los azulejos, así que tendrás que ir con cuidado. Pero son viejos, no te costará levantarlos.

—No he venido a reparar ningún baño.

—¿Entonces qué quieres?

Sidney miró a Bertrand de soslayo mientras sacaba un florero vacío de una caja que había en el suelo y lo llenaba con agua del grifo. Luego depositó el florero en la mesa de trabajo y empezó a ojear el libro de pedidos.

—Dime qué quieres, chico.

Sólo tu vida, hijoputa, contestó una voz desde el interior de Bertrand.

—¿Qué has dicho? —preguntó Kovick.

—Nada. No he dicho nada.

—¿Me has llamado hijoputa?

—No, señor Kovick, no le he dicho nada.

—Creo que sí. —Los ojos de Sidney descendieron hasta el cinturón de Bertrand—. ¿Qué llevas ahí?

—Nada —dijo Bertrand retrocediendo.

—¿Ah, no? —Sidney le golpeó en la cara con fuerza, ayudándose con todo el peso del hombro—. Te he hecho una pregunta. ¿Qué llevas ahí?

—No he hecho nada, señor. Me iré y no volverá a verme nunca más, se lo prometo.

Sidney se inclinó y le arrebató el 38 del cinturón, raspándole la piel con la mira de acero del arma.

—¿Qué clase de mierda eres, entrando en mi tienda con una pipa cuando está mi mujer?

—Me había perdido, señor.

—No mientas —le dijo Sidney y le dio otra bofetada en toda la

cara, arrancándole unas babas de la boca.

—Pensé que sería pan comido atracar la tienda… —dijo Bertrand con la nariz dolorida y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Eso es lo que se dice de mí en la calle? ¿Que robarme es pan comido? ¿Que cualquiera puede pisotearme? ¿Eso es lo que me estás diciendo en mi propio negocio?

Bertrand abrió la boca para hablar, pero no le salían las palabras. Sidney abrió el revólver, abrió el tambor y vació la munición en la palma de su mano.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De Shreveport —respondió Bertrand.

Sidney se guardó el 38 en el bolsillo de la americana. Luego cogió a Bertrand por la cintura del pantalón y dejó caer las seis balas dentro de sus calzoncillos. Después lo acompañó hasta la puerta.

—Esto es así, chaval: cometiste un error. Ahora bien, si vuelves a aparecer por aquí no vivirás para contarlo.

Dicho esto, lo echó al callejón de un empujón y le dio una patada en el trasero, una patada que fue como un pedazo de vidrio clavado en el recto. Convencido de que la sangre ya le corría por los muslos, Bertrand se alejó cojeando hasta el final del callejón. Al salir a la calle principal, mientras pensaba que en su vida ya no había lugar para más humillación y miseria, vio que una grúa levantaba el morro de su Toyota para llevárselo.

Esa misma tarde, unas horas después, sonó el teléfono en la encimera de mi cocina.

—O tú o Purcel estáis detrás de esto —dijo una voz.

—¿Sidney? —dije.

—¿Te sorprende que esté vivo?

—No te entiendo.

—En mi mano tengo un 38 de detective. ¿Quieres saber de dónde ha salido? Pues de mi propia casa. Acabo de quitársela a un chaval negro con aliento a flatulencia. El chaval entró en mi tienda para matarme con mi propio revólver. ¿Crees que es una coincidencia?

—¿Dónde está el chaval ahora?

—No lo sé, lo eché al callejón de una patada en el culo. Después me di cuenta de que era uno de los que habían destrozado mi casa. Si lo cojo le voy a arrancar los miembros uno a uno y después te lo entregaré.

—No es un comentario para hacerle a un poli, Sidney.

—Que te jodan.

—Me alegro de que estés bien.

Hizo una pausa evaluando mi respuesta.

—¿Me estás diciendo que no enviaste a ese chico a por mí?

—No. Ni Clete Purcel tampoco.

—No me vengas con trolas. Clete Purcel me la tiene jurada desde hace años. Hubo una pelea en un sótano de Magazine cuando éramos chavales. Él cree que yo mandé al tipo que le dio en el ojo con un trozo de tubería. Es un irlandés estúpido. ¿Sabes cómo puedes darte cuenta de si alguien es un irlandés estúpido? Fijándote en si piensan y actúan como Clete Purcel.

—Deja a Clete en paz. Él no se metió contigo cuando hubiera podido destruirte delante de tu mujer.

—No sé de qué me hablas.

Me acababa de meter en aguas profundas, pero Sidney se lo había buscado.

—Clete sabía que tú estabas montándotelo con Natalia Ramos —dije—. Podría haberte hecho quedar como el lamentable saco de mierda que eres, pero es demasiado caballero para hacer algo así.

—Supongo que la lección en todo esto es que Dios cría idiotas y ellos se juntan —me contestó—. Deja que te aclare las ideas. A Natalia Ramos la conocí en el videoclub. Le encantan las pelis, como a mí. Le di un empleo como señora de la limpieza en mi despacho y también intenté ayudar a ese cura yonqui con el que vivía. Era un buen tipo, pero el cáncer no lo dejaba en paz. Dile a Pincel que es más tonto de lo que me figuraba.

—¿Conociste al padre Jude LeBlanc?

—Tú y Dumbo deberíais levantar el vuelo con vuestras orejas e ir a una clínica de salud mental a ver si trasplantan cerebros.

—Ronald Bledsoe se ha metido en mi casa. Eso lo vas a pagar, Sidney.

Pero antes de que las palabras salieran de mi boca, ya había colgado.

Las copas de los robles del jardín trasero se mecían al viento y sus hojas caían en las aguas del *bayou*. Desde mi orilla podía divisar y oír las voces de los niños que jugaban al *frisbee* en la verde ladera del City Park. Hacía una tarde estupenda, y debería arruinarla pensando en Ronald Bledsoe. Pero el Mal es el Mal, y no se larga de nuestras vidas por más que lo deseemos. El consejo de Otis Baylor de no darle la ventaja a Bledsoe había sido atinado. Pero eso no significaba que tuviera que seguirle el juego.

Telefoneé a Clete al móvil.

—¿Así que Bledsoe nunca duerme de noche? —dije.

—No.

—¿Y qué hace?

—Asusta a las prostitutas o juega a las cartas.

—¿A las cartas?

—En su ordenador portátil. Tiene una pegatina del casino en el coche. Todos estos tipos tienen una adicción, quizá ésa es la de él. ¿Por qué lo preguntas?

22

Llegué al motel de Clete el domingo a las dos de la madrugada. El cielo estaba oscuro y los árboles parecían tener vida propia a causa del viento. En el bungaló de Ronald Bledsoe las luces estaban encendidas. Llamé a la puerta. Él corrió las cortinas y miró a ver quién era, después quitó la cadena del cerrojo y abrió la puerta. Llevaba un albornoz azul marino y pantuflas peludas blancas. Me sonrió. El hueco del diente que le faltaba lo ocupaba un puente.

—Siento molestarlo, señor Bledsoe —le dije—. Pero vi su luz encendida y pensé que no le importaría.

—En absoluto. Qué sorpresa más agradable. —Luego miró su reloj y dijo—: Usted es igual que yo, un noctámbulo, eso es lo que es. Pase…

El interior del apartamento estaba inmaculadamente limpio y la cama hecha. En la mesa de la cocina descansaba un ordenador portátil.

—Apuesto a que sé lo que va a preguntarme…

—Apuesto a que no.

—¿Quiere saber si voy a denunciar a su hijita?

—¿Va a hacerlo?

—No, señor. Yo no soy así.

—Me alegro por usted. ¿Puedo llamarlo Ronald?

—Todo el mundo lo hace, porque ése es mi nombre.

Su alargada y reluciente calva relucía bajo la luz eléctrica. Cogió la cafetera y, mirándome de reojo, llenó dos tazas.

—¿Quiere azúcar y leche?

—No, lo prefiero solo —contesté distraído por las imágenes de la pantalla de su ordenador.

—Tengo varios programas de juegos en mi ordenador —me dijo —. ¿Le gustan los juegos de cartas, señor Robicheaux?

—Llámeme Dave. Antes solía ir bastante a las carreras. De

hecho, se convirtió en un problema mayor que el que ya tenía.

—No me diga…

Me pasó la taza, un platillo y una cucharilla minúscula, pero dejé el café en la mesa sin beber. Las cartas electrónicas continuaban saliendo del repartidor y volando por la pantalla del ordenador.

—Creí que podría ganar —continué—, pero acabé machacado.

—No me diga…

—Es la debilidad de todo jugador y la de todo alcohólico: creer que puede intuir y controlar el futuro. Lo cierto es que el verdadero deseo es perder.

—¿Por qué va un hombre a querer perder?

—Para culpar al universo de todos sus problemas.

—Nunca lo había visto de ese modo. Es usted un hombre listo, señor Robicheaux. Ésta es una ciudad impresionante, la gente del sur es de lo más inteligente. Su hija tiene una gran educación y es culta, uno se da cuenta con sólo verla.

—Gracias, Ronald. Oiga, quería saber si podría ayudarme con un problema. Alguien ha irrumpido en mi casa y ha destrozado la habitación de mi hija. ¿Estaba enterado de ello?

—No, señor, no lo sabía.

—Pues a mi jefa le gustaría poder tacharlo de la lista de sospechosos. ¿Podría facilitarnos una muestra de su saliva?

—¿No es ésa una forma de registro, señor Robicheaux? —dijo sin dejar de sonreír ni un segundo—. ¿De esos registros que requieren que exista una «causa probable»?

—Está en lo cierto cien por cien.

—¿Y tiene usted una orden?

—Me temo que no.

—Entonces espere un segundo —dijo.

Fue al servicio y regresó con un bastoncillo. Se metió un extremo en la boca y se lo frotó concienzudamente contra la mandíbula, luego lo dejó caer en una bolsita con cierre hermético y me lo entregó.

—No me gustaría que tuviera problemas con su jefa por mi culpa —dijo—. No, señor, no estaría nada bien.

—Cuando entró en mi casa, ¿lo hizo con un compañero?

Bledsoe se cogió la nuca y meneó la cabeza.

—Eso me ofende. Preferiría que no me dijera ese tipo de cosas.

Sus ojos me inspeccionaron de arriba abajo.

—¿Lleva un arma de fuego consigo, señor Robicheaux?

Durante toda nuestra conversación me había permitido llamarlo por su nombre de pila. Sin embargo, él seguía dirigiéndose a mí formalmente, tratándome con condescendencia, mostrándome que era más inteligente. Me abrí el lado derecho de la cazadora.

—La verdad es que debería, pero ésta es una visita amistosa —expliqué—. Dígame, ¿usted realmente cree que puede venir a un pueblo del sur, maltratar a sus ciudadanos y regresar a su casa sin sufrir ninguna represalia? ¿De verdad cree que hemos cambiado tanto?

Sin dejar de sonreír, se me acercó. La saliva le hacía relucir los dientes.

—He hecho todos los trabajos que existen, en todos los sitios que existen. El amor al dinero es la raíz de todo mal, lo dice la Biblia. La gente estaba en venta entonces y lo sigue estando ahora. Toda esta ciudad se convertiría en un parking de Wal-Mart si alguien decidiera pagar lo suficiente.

—Se equivoca.

—Usted sabe que no.

—Usted sabe lo que son las piedras de sangre, ¿verdad, Bledsoe?

—En el mundo civilizado, los caballeros no se llaman por el apellido, señor Robicheaux. Pero, contestando a su pregunta, le diré que no. No sé mucho acerca de las piedras de sangre.

—Son diamantes. Para obtenerlos, a muchos niños les cortaron los brazos. Creo que le van a traer problemas.

—Tengo problemas desde el día en que nací —me contestó—. ¿Qué opina de eso?

Ahora estaba tan cerca de mí que podía oler el jabón seco en su piel. No pude sostenerle la mirada y me alejé de él. Abrí la puerta y salí de allí con la bolsita hermética en la mano, respirando con dificultad.

—¿No va a tomarse su café, señor Robicheaux?

Incluso afuera su olor me seguía. Cuando puse en marcha la camioneta, lo vi de pie en la entrada, con las manos en los bolsillos de su albornoz. En la pantalla de su ordenador portátil, las cartas electrónicas caían ahora en una chistera de satén negra. Su figura se

recortaba en la luz interior del bungaló, con el rostro sumido en la sombra, pero de una farola llegaba un rayo de luz que iluminaba sus dientes y su sonrisa. Salí haciendo marcha atrás entre las dos hileras de bungalós y enfilé por Main Street. La mano me temblaba sobre la palanca de cambios.

Cuando llegué a casa, me desvestí y me tumbé en la cama, junto a Molly. Al sentir mi peso en el colchón se despertó y rodó hacia mi lado, brindándome el calor de su cuerpo. Antes de partir hacia el motel le había dicho que iba a mi despacho a ocuparme de un asunto que el radio operador no había podido resolver. Ahora estaba echado boca arriba, mirando el techo. Molly se apoyó en un codo y me miró.

—No ha ocurrido nada —le dije—. Vuelve a dormirte.

Ella me dio un rodillazo brusco en el muslo.

—No me mienta, soldado.

—Me enfrenté a Bledsoe.

—¿Fuiste solo?

—No corrí riesgos. Clete me cubría las espaldas.

Molly me apoyó la mano en el pecho.

—Se te está saliendo el corazón del pecho —me dijo.

—No pude quedarme en la habitación con él. Tuve que largarme. Es difícil de explicar…

—¿Admitió haber entrado en nuestra casa? ¿Te amenazó?

—Bledsoe no funciona así. El Príncipe de las Tinieblas siempre es un caballero, y también lo son sus acólitos.

—No digas esas cosas, Dave.

—Lo voy a pillar. De una manera u otra lo voy a clavar contra la pared del granero, como si fuera un pellejo.

Molly volvió a apoyar la nuca sobre la almohada y fijó sus ojos en el techo. Entonces dijo algo que creí que nunca diría.

—Quiero comprar una pistola.

Por la mañana, antes de fichar en la oficina, conduje hasta el extremo sur del distrito de Lafourche y aparqué frente al bar donde Bo Diddley Wiggins y yo recogimos a Clete después de que éste le

disparara al hombre que huía canal abajo en un bote con motor fueraborda. El encargado estaba solo, llevaba puesta una camiseta de tirantes y se había sentado delante de un ventilador a intentar leer un periódico bajo la luz mortecina. Puse la placa encima de la barra y le pregunté acerca de los dos hombres que estaban allí cuando recogí a Clete. El encargado tenía los hombros peludos y las cejas surcadas por viejas cicatrices que le achinaban los párpados, haciéndolo parecer asiático en vez de occidental.

—¿Conoce a los hombres que trajeron aquí a mi amigo? —pregunté.

—Trabajan para el señor Wiggins. A veces vienen a beber cerveza.

—Eso ya lo sabía cuando entré aquí. Necesito sabe dónde están ahora.

—Es difícil saberlo. Es domingo.

—Estoy investigando un doble asesinato con torturas. ¿Prefiere venir a contestar mis preguntas a la cárcel del distrito?

Dobló el periódico y lo alejó de sí.

—Seis kilómetros camino abajo hay un muelle donde se carga combustible. Puede que ahí encuentre a uno de ellos.

—Gracias —dije, y cogí la placa de la barra.

Estaba a punto de salir cuando me gritó.

—¡Eh!

—¿Qué?

—Conduzco cincuenta y cinco kilómetros por caminos en mal estado para llegar a este empleo. Gano seis dólares la hora más propinas. La AFGE dice que en un mes puede que me den una caravana. ¿Cuántos kilómetros conduce usted para llegar al trabajo? ¿Su casa todavía tiene tejado?

Me dirigí al sur, a un «muelle gasolinera» ubicado en la confluencia de una bahía salobre y un canal de agua dulce excavado en una marisma por una compañía petrolera. Entre las cortaderas asomaba una barca oxidada medio hundida y sobre el agua flotaban manchas de gasóleo semidiluido. En un pequeño despacho al final del muelle, iba y venía a un hombre de caqui. Estaba observando un hidroplano que pasaba rugiendo por la bahía y no me oyó acercarme.

—¡Huy! —dijo al darse la vuelta—. Qué susto me ha dado.

Después me reconoció y se volvió a presentar. Dijo que se llamaba Tolliver, que era de Arkansas y que había trabajado para Bo Wiggins durante trece años.

—Su amigo llevaba un buen pedo, ¿eh? —me dijo—. ¿Llegó bien a casa?

—¿Usted lo vio dispararle a alguien, señor Tolliver?

—No, oí un par de estampidos distantes, como suenan desde lejos los disparos de escopeta. Un tipo se largaba en un fueraborda y yo pensé que se lo había robado a su amigo Purcel. Sólo por eso intervine.

Era un hombre de aspecto agradable. La tripa y «michelines» le asomaban por encima del cinturón. Tenía unos antebrazos grandes y morenos, cubiertos de vello pelirrojo. Sonreía mucho. De hecho, sonreía mucho más de lo que debiera. Era demasiado agradable.

—¿No sabe quién era el hombre del bote? —continué.

—No, señor.

—¿Cuánto hace que trabaja en este muelle?

—Calculo que un par de años.

—¿Pasan muchos extraños por aquí?

—Yo sólo lleno los depósitos de los botes del señor Wiggins. No presto mucha atención a lo que pasa por aquí… Quiero decir, a la gente que viene a pescar y esas cosas.

—¿Alguna vez oyó hablar de un tal Ronald Bledsoe?

—No lo creo.

—Es un tipo de aspecto raro. Tiene una cabeza y una cara que parecen la punta de un consolador.

Tosió una risa y miró de reojo hacia la bahía. El sol ya se había ocultado tras las nubes y la marisma que nos rodeaba se había sumido en la sombra, pero Tolliver extrajo unas gafas de aviador con cristales amarillos y se las puso. Luego extendió los brazos sobre la barandilla que tenía detrás y meneó la cabeza, como si meditara una pregunta que yo no le había hecho.

—¿Puede mirarme, señor Tolliver?

—Le he dicho todo lo que puedo decirle, señor Robicheaux. No sé nada más.

Fijé mis ojos en su cara hasta que tuvo que mirarme.

—Ronald Bledsoe es una persona inolvidable, señor Tolliver. Además, creo que es un ser extremadamente cruel. Si usted le

estrechara la mano, sentiría un chorro de electricidad negra subirle por el brazo. Dígame una vez más que no conoce a este hombre.

—No conozco a ese caballero —dijo meneando la cabeza—. No, señor.

Pero vi el tic debajo de su ojo izquierdo, como si una abeja se hubiese posado sobre la piel. Cogí una tarjeta de mi cartera y se la entregué.

—Usted parece un hombre dotado de cierta sabiduría, señor Tolliver. Le advierto que Ronald Bledsoe es un hombre malvado. Si lo ayuda en sus maldades, acabará con usted.

Tolliver intentó no mostrar emoción alguna, pero cuando tragó saliva fue como si se le hubiera atascado una nuez en la garganta.

Esa tarde saqué de mi arcón mi vieja automática Ruger calibre 22 y llevé a Molly al campo de tiro de la policía. Le mostré cómo meter la munición dentro del cargador y cómo introducir la primera bala en la recámara. Después le enseñé a colocar el seguro, a quitar el cargador de la culata y a tirar el cerrojo hacia atrás para comprobar que ya no hubiera un proyectil en la recámara. Hice todo esto metódicamente pero sin alegría. Lo hice con reservas y profundamente decepcionado.

El cielo estaba teñido de malva, los árboles que bordeaban la carretera estatal lucían umbrosos y rebosantes de pájaros. Fue extraño ver a Molly en posición de tiro, con los brazos extendidos, un ojo cerrado y los cascos de goma espuma protegiéndole los oídos. Era difícil aceptar que mi esposa, exmonja y exmiembro de Pax Christi, estuviera vaciando el cargador contra una silueta de papel con forma de ser humano. Al hacer el último disparo, el cerrojo se bloqueó y de la recámara vacía surgió un hilillo de humo.

—Pareces triste —me dijo.

—Ha sido un día largo.

—¿Te he decepcionado?

—No.

—Crees que le estamos siguiendo el juego a Ronald Bledsoe, ¿no es cierto?

—No.

—Hay cosas que se te dan muy bien, Dave, pero mentir no es

una de ellas.

Le quité la Ruger y la metí en la bolsa de lona donde guardaba mi equipo de tiro. Le pasé el brazo por encima del hombro y caminamos hasta unos árboles entre los que había aparcado mi camioneta. Cientos de pájaros bullían en la sombra. Al oeste, el sol era un medallón rojo en medio de una masa de nubes negras. Sentí en el pecho la misma pesadez que experimenté en mi niñez, cuando mis padres decidieron destruir nuestro hogar y nuestra familia. La sensación no se diferencia mucho de lo que los psiquiatras denominan «fantasía del fin del mundo». Conviví con ella en mis sueños, antes de ir a Vietnam y mucho después de regresar. Intenté apaciguarla con Jim Beam y con las drogas de la Administración de Veteranos, pero cuando ya no funcionaron intenté calmarla con la excitación y la adrenalina que producen una pistola sacudiéndose en tu mano, el olor a pólvora y el zumbido de los casquillos al pasar junto al oído.

Sentía que algo irreemplazable estaba a punto de desaparecer de mi vida, aunque no conseguía explicarme por qué. ¿Sería esa pesadez que uno siente al llegar a cierta edad? Hay veces que al hundir una pala en la tierra se produce un chirrido, como una astilla de vidrio clavándose en la oreja. ¿Le tenía más miedo a la muerte de lo que estaba dispuesto a admitir? ¿O era que Ronald Bledsoe estaba consiguiendo que mi familia se transformara a su imagen y semejanza?

Cuando llegué a casa, Molly engrasó y limpió la Ruger. Y no me la devolvió.

El lunes a las 9:17 sonó el teléfono en mi despacho.

—¿Señor Robicheaux? —dijo una voz conocida.

—¿Qué quieres, Bertrand?

—He venido aquí a buscar ayuda. Ya no puedo más.

—¿Has venido adónde?

—Me subí a un vagón de carga y vine a Nueva Iberia. Estoy sin dormir.

—¿Estás en Nueva Iberia?

—Sí, y ya no puedo más.

—¿Ya no puedes más con qué?

—Con nada. La gente me quiere cazar. Me trata como si fuera una mierda pegada al zapato. Kovick se ha encargado de que todos en el campamento de la AFGE sepan quién soy y ya no tengo dónde esconderme. Iba a cargármelo, a él o a su mujer, pero no pude. Me quedé ahí parado, temblando como un idiota.

—¿Intentaste cargarte a Sidney Kovick?

—No soy un asesino. Eso lo averigüé el sábado. Puede que sea un cobarde, pero un asesino no.

Me describió la escena de la floristería: el miedo que le carcomía el corazón, las bofetadas que Sidney le propinó, cómo le dejó caer las balas calibre 38 en los calzoncillos, la patada que le hizo sangrar el recto. La lástima que Bertrand sentía hacia sí mismo y su victimismo eran difíciles de aguantar, aunque yo no dudaba que su sufrimiento fuera cierto. Sospeché que debajo de la coraza del criminal, Bertrand Melancon seguiría teniendo unos siete años de edad.

—Dime dónde estás.

Hubo un silencio.

—No es por eso por lo que le he telefoneado —me contestó—. Tiene que explicarme algo. Fui al centro de acogida para evacuados que hay en el parque porque llevo sin comer desde ayer. Allí estaba la chica blanca que vi en el barrio Desire, la del coche con la batería descargada.

—¿Quieres decir la chica blanca que violaste?

—Sí, ésa. Estaba ahí, tío, repartiendo comida en el centro de acogida. Me dije que era imposible. Le pregunté a uno si la conocía y me contesto que se llamaba Thelma Baylor. Así se llama la gente que vive en la casa de la que salió el disparo, el que le dio a Eddy y a Kevin.

Comprendí lo que había ocurrido. Lo más probable era que Thelma hubiera ido al centro de acogida con Alafair, a echar una mano, y Bertrand llegó dando tumbos y la vio. Intenté concentrarme para evitar que este descubrimiento accidental se convirtiera en el catalizador de unos acontecimientos que no quería ni imaginar.

—Perdió peso y está algo mayor —me dijo—. Pero es ella, ¿no es cierto?

La idea de que estuviera haciendo un repaso físico de la joven a

la que había violado y que encima me pidiera que lo confirmara iba en contra de mi moral en más aspectos de los que podía enumerar.

—Ella no es asunto tuyo, colega.

—Tengo que remediar lo que he hecho —me contestó.

—Aléjate de la familia Baylor.

—Tengo un plan. Lo llamaré luego.

Y cortó.

Saqué un coche patrulla y me acerqué al polideportivo de City Park. Alafair estaba apilando los catres de una familia que se marchaba a Dallas. Parecía preocupada, desconcentrada. Al fondo, un chico jugaba con una pelota de baloncesto, haciéndola botar ruidosamente contra el suelo.

—¿Dónde está Thelma? —pregunté.

—Su padre la recogió. Creo que se iban a casa —contestó. Luego levantó una pila de ropa de cama doblada y me miró.

—¿No anduvo un muchacho negro de unos veinte años merodeando por aquí? ¿Uno que no habías visto antes?

—Si anduvo por aquí, no lo vi.

—Se llama Bertrand Melancon y es uno de los tipos que violó a Thelma.

—¿Por qué ha venido?

—Por culpa, miedo u oportunismo. Creo que ni él mismo lo sabe, puede que esté loco.

—¿Tiene esto algo que ver con Ronald Bledsoe?

—Sí, y también con unos diamantes de sangre. Tenemos que meter a Melancon en la cárcel, por su bien y por el de los demás.

—Estoy harta de esto.

—¿De qué?

—Ronald Bledsoe estuvo aquí esta mañana. Le dijo al supervisor de sala que quería hacerse voluntario. Y no dejó de mirarme ni un segundo, con esa sonrisa asquerosa suya.

Afuera, al otro lado de la puerta principal, los niños jugaban en columpios y balancines bajo los robles. Recordé cuando Alafair tenía su edad y hacía esas mismas cosas.

—Vente a comer conmigo —le dije.

—¿Qué vamos a hacer con este capullo, Dave? —fue su

respuesta.

Regresé al departamento de policía y llamé a la puerta de Helen. No le alegró enterarse de las últimas novedades acerca de Bertrand Melancon.

—Dime si lo he entendido bien —me dijo—: ¿violó a la joven Baylor y a otra chica del Lower Nine e intentó matar a Sidney Kovick? ¿Y ahora está en Nueva Iberia y te llama a ti para contarte sus problemas de conciencia?

—Lo has pillado, sí.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

—Encuentra a Otis Baylor y a su hija. Diles que Melancon anda suelto y que vamos a detenerlo. Y asegúrate de que Baylor entienda que Melancon es asunto nuestro.

—Entendido.

Helen se puso en pie detrás del escritorio y colocó los brazos en jarras. Llevaba pantalones de corte vaquero de color habano, cinturón de cuero trenzado y una camisa ajustada. Entonces, inesperadamente, me miró directamente a la cara, y sus ojos y actitud cobraron ese tono andrógino tan peculiar que la convertía en un misterio encantador, excitante e inquietante a la vez.

—No debí enviarte otra vez a Nueva Orleans —dijo.

—¿Por qué?

—Porque los federales tienen suficiente dinero para resolver sus propios líos, y nosotros no. Porque, como eres un buen poli, nunca escondes un caso abierto en un cajón. Todo crimen que pasa por tu bandeja se te queda grabado en la cabeza. Si no fueras poli, llevarías un alzacuello.

Sus ojos violetas lucían más cariñosos de lo que deberían.

—¿Me vas a dar un aumento? —dije.

—Vete, *bwana* —dijo, y me despidió moviendo los dedillos.

Me salté la comida y me dirigí a casa de Otis Baylor, en Old Jeanerette Road. Lo encontré en su jardín, oculto bajo las sombras de los árboles, con una mochila pulverizadora a la espalda. Recorría el perímetro de la casa echando insecticida sobre parterres y cimientos. Hacía fresco a la sombra, pero las correas de lona de la

mochila le habían dejado marcas de sudor en la camisa. Tuve la sensación de que Otis Baylor estaba ahorrando cada dólar que podía.

Sin esperar a que me invitara, me senté en los escalones de la entrada como si fuera un vecino. Al final de la larga pendiente de su propiedad el viento mecía las aguas del *bayou* y las colocasias que poblaban sus orillas. La casa decimonónica de Otis, con sus mosquiteras oxidadas, el techo de chapa, su densa sombra y el verde musgo de sus cimientos, era una vivienda humilde. Pero, entre los árboles, la brisa olía a fresco y atravesaba silbando el bambú, deslizando las hojas de pino por el tejado. Era esa clase de lugar donde un hombre podía estar en paz consigo mismo y con su familia, y dejar a un lado las ambiciones que desasosiegan el alma. Pero me temía que Otis nunca iba a hallar esa paz, independientemente de dónde eligiera vivir.

—Le hice caso —dije.

—¿En qué?

—En no seguirle el juego a Bledsoe.

Él siguió pulverizando los bajos de la casa, como si yo no hubiese pronunciado palabra.

—Estas termitas de Formosa podrían comerse la casa entera, ¿verdad? —dijo—. Si uno no está encima se comen hasta el cemento…

—Uno de los tipos que atacó a Thelma anda suelto por la zona —le dije—. Se llama Bertrand Melancon. Es el hermano del tipo que recibió el balazo en el cuello y acaba de telefonearme.

Otis asintió con mirada indiferente y siguió pulverizando a lo largo de la celosía, al pie de la galería.

—¿Y por qué lo telefoneó a usted? —me preguntó.

—Tiene miedo, o quizá remordimientos.

Otis movió la manivela que presurizaba el tanque.

—Pues debería.

¿«Debería»? ¿Debería tener miedo, remordimientos o ambas cosas? Empecé a toquetearme nerviosamente el lóbulo.

—Mi jefe quiere que sepa que Bertrand Melancon es asunto nuestro.

—Escúcheme bien, señor Robicheaux…

Pero esta vez fui yo quien lo interrumpió.

—¿Sabe qué son los diamantes de kimberlita?

—No.

—Hace algunos años, los señores de la guerra africanos los vendían ilegalmente para abastecer sus respectivas maquinarias bélicas. Para obtener esos diamantes, esos hombres masacraban a gran cantidad de personas indefensas y a los niños les cortaban los brazos. Por eso se llaman «diamantes de sangre». No sé cómo, pero Sidney consiguió hacerse con un puñado de ellos. Sin querer, los tipos que entraron a saquear se tropezaron con el botín de sus vidas. ¿Se imagina lo que los socios de Sidney son capaces de hacer con tal de recuperar esas piedras?

Otis detuvo su trabajo y su mirada se perdió en las sombras. Se quitó el depósito de la espalda y cogiéndolo de una correa lo depositó suavemente en el césped. El insecticida líquido se sacudió en el interior. Otis se sentó en el escalón anterior al mío, frotándose el dorso de sus manos bastas.

—¿Esos hombres creen que nos interponemos entre ellos y sus diamantes? —dijo.

—No estoy seguro.

—¿Dónde está ese muchacho negro ahora?

—Eso tampoco lo sé.

—Así que todo esto está relacionado con los diamantes, ¿eh? No tiene nada que ver con mi familia, ¿verdad?

—Yo no diría eso.

Se puso en pie, estrechó mi mano y se marchó hacia el jardín trasero sin decir adiós.

Esa noche, Alafair acudió a la presentación de un libro en la sucursal de Barnes & Noble de Lafayette, y luego se quedó a pasar la noche en casa de una amiga. Molly y yo enganchamos el remolque con el bote y nos marchamos al pantano Henderson. Era una noche estupenda para pescar percas negras. El viento había amainado y la luz del atardecer teñía de dorado los islotes de sauces y cipreses. Al abrigo de las islas, los insectos formaban nubes y entre los nenúfares asomaban los besugos y de vez en cuando la aleta dorsal y el liso lomo negro y verduzco de una perca.

Molly había preparado sándwiches de ostras fritas, lechuga, tomate y mayonesa, y trajo varias latas de Dr. Pepper y hielo molido en la nevera. Pero yo no tenía hambre. No conseguía

concentrarme ni en la noche perfecta ni en los peces que estábamos alimentando a la sombra de los árboles, que ahora parecían fuentes artificiales recortadas contra el cielo.

No deseaba vengarme de Ronald Bledsoe. Quería matarlo. Quería hacerlo de cerca, con una 45 cargada de munición de 230 g, punta hueca y camisa de bronce. Quería vaciarle todo el cargador en el cuerpo. Quería oler la pólvora quemada, ese olor limpio, sano y embriagador. Quería sentir en mi muñeca el retroceso del armazón de acero de mi pistola. Quería ver a Ronald Bledsoe transformado en un empapelado rojo.

—¿Por qué estás tan callado? —me preguntó Molly.

—Por nada —respondí.

Si le hubiera confesado mis pensamientos a Molly, no sólo la habría asustado sino ahuyentado. También le habría revelado mi incapacidad de encontrar un modo legal de tratar a Bledsoe y a los de su calaña.

Se supone que vivimos en una sociedad cristiana, o al menos fundada por cristianos. Según el mito que nosotros mismos creamos, veneramos a Jesús, a la madre Teresa y a san Francisco de Asís. No obstante, creo que la realidad es diferente. Cuando nos sentimos amenazados o heridos colectivamente, queremos a los hermanos Earp y a Doc Holliday, queremos que los malos acaben muertos, secos, liquidados y triturados por buldóceres.

Por esa razón ya no me siento culpable por mis sentimientos. Aunque tampoco los convierto en tema de conversación.

Justo cuando el sol empezaba a descender como una bola derretida tras la carretera elevada que cruzaba el pantano, lancé un anzuelo de cucharilla hacia la pequeña abertura que se formaba entre dos islotes de sauces. Allí, la corriente trasportaba los insectos caídos de los árboles hasta un estrecho canal bordeado por nenúfares a ambos lados. El agua era oscura, profunda, tranquila. El anzuelo trazó un arco por encima del canal y cayó casi sin salpicar junto a un macizo de jacintos en flor. Justo cuando empezaba a darle a la manivela del carrete para recuperar el sedal suelto, vi que debajo de los jacintos el agua se elevaba como si desde el fondo surgiera una almohada henchida de aire. Una aleta dorsal asomó por la superficie y algo tiró con tanta fuerza de la cucharilla que el golpe de la caña contra la borda sonó como un palazo de escoba.

En Luisiana sólo la perca negra jala con semejante rapidez y potencia. De un tirón le clavé el triple anzuelo y levanté la caña para que la fuerza y el peso del pez no recayeran únicamente sobre el sedal, cubierto de brillantes gotitas de agua. Pero la punta de mi caña se arqueaba tanto que llegué a pensar que se rompería. El pez quería arrancarse el anzuelo, zigzagueaba por debajo del bote e intentaba encontrar un tocón o un tronco donde enredar el hilo.

Molly usó los remos, haciendo girar el bote en semicírculo. El hilo se desenredó y la perca enfiló canal arriba. Emergió una vez, sacudiendo el anzuelo que llevaba enganchado en el borde de la boca. Después volvió a hundirse e intentó arrastrar el bote. Luchó durante diez minutos, y cuando por fin empezó a ceder y asomó con el anzuelo bien clavado, supe que la perca estaba vencida. Era la clase de victoria de la que un pescador no se siente precisamente orgulloso.

Deslicé la red por debajo de su cuerpo y la icé al bote. Era pesada, de cuerpo ancho, resbaladiza; las lengüetas del anzuelo triple le atravesaban la comisura de la boca. Me mojé la mano y, sin sacarla de la red, la deposité en el asiento del bote y le saqué el anzuelo con cuidado. Por último, la cogí por el vientre y la deposité de nuevo en el agua. Movió las agallas y enseguida se perdió en la corriente, como una burbuja verdinegra alejándose en la dirección equivocada.

—Últimamente estás perdonando vidas.

—Sólo a los guerreros y a los que se lo merecen.

Molly se rio, abrió una lata de Dr. Pepper y se la bebió en silencio. Después ocurrió un fenómeno extraño. Quizá fuera porque el sol estaba bajo y estábamos en otoño, o porque las estrellas habían aparecido temprano y la lima estaba a punto de salir. Quizá fuera por efecto de los faros de los coches en el camino elevado o del resplandor nocturno de Lafayette reflejado en las nubes. Pero en la pequeña abertura entre los dos islotes de sauces, en el agua oscura donde acababa de liberar a la valiente perca, vi flotar unas luces que parecían pedazos de un espejo roto. Fueron tan reales como el pez que acababa de pescar y sentir, pesado y húmedo, en la palma de mi mano.

23

¿Cómo se pilla a un criminal cuando no hay por dónde cogerlo?

El martes por la tarde, justo antes de marcharme, Clete telefoneó a mi despacho.

—Un cliente habitual del casino acaba de entrar en el bungaló de Bledsoe —me dijo—. Es jugador de Texas Hold' Em. Lo acabo de ver en el baño leyendo el dorso de un paquete de condones delante de seis tipos que habían visto a su novia en la puerta.

—¿Crees que es una pista?

—Es la clase de tío que le caería bien a Bledsoe. Puede que Bledsoe no haya dejado rastro, ¿pero cuántos de sus amigos tienen tanta suerte? ¿Haces algo esta noche?

—Nada de nada —respondí.

—Usemos dos vehículos. Por ahora los seguiré yo. Tú deja encendido el móvil.

Estaba a punto de colgar cuando Clete quiso añadir algo.

—No te vas a creer el tamaño de los globos de la tía que va en su descapotable. Se me pone dura sólo de mirar por las persianas.

—¿Puedes dejar de hablar así y actuar como un adulto?

—Tienes razón. Esta pandilla no tiene nada de gracioso. Alguien va a pagar lo que le hicieron a Courtney. Hace mucho que los Mellizos Bobbsey de homicidios no salíamos a degüello.

Deseé no haber dicho nada.

Una hora y media más tarde, mientras Molly y yo fregábamos la vajilla, Clete telefoneó de nuevo.

—Estoy a unos cuatrocientos metros de Bledsoe, su amigo y la tía de los melones. Creo que se dirigen al casino. A no ser que vuelva a telefonearte, nos reagruparemos al llegar al sector.

Afirmativo, pensé, con más naturalidad de la que hubiese debido.

—¿Adónde vas? —quiso saber Molly.

—Clete tiene una pista relacionada con Bledsoe.

—Quiero ir contigo.

—Sólo los vigilaremos. Será muy aburrido.

—No me importa. Ese tipo entró en nuestro hogar y se meó en la habitación de Alafair. Sólo de pensar en él se me revuelve el estómago. Alafair me contó que fue al centro de acogida diciendo que quería hacerse voluntario.

—Se está aventurando en terreno peligroso, Molly. Que meta la pata es sólo cuestión de tiempo.

Ella se me acercó.

—¿Crees que tienes que protegerme de la realidad? Dave, en El Salvador tuve amigas de Maryknoll que fueron violadas y asesinadas, y nuestro gobierno no hizo nada al respecto. No pienso quedarme aquí sentada viendo cómo este hombre descarga su maldad sobre nuestras vidas.

—Entiendo cómo te sientes.

—¿De veras?

Me fijé en la sinceridad de su rostro y sentí deseos de abrazarla. La rodeé con un brazo y le acaricié el cuello con una mano. Llevaba un vestido de verano y bajo el ventilador del techo su piel resultaba fresca y tibia a la vez. Froté mi mejilla contra su cabello y la estreché contra mí.

—No permitiré que nos vuelva a hacer daño, te lo prometo.

Ella agachó la cabeza y sentí que sus manos dejaban de acariciar mi espalda.

—¿Por qué siempre tú? ¿Por qué crees que todo depende de ti?

—No es cierto —contesté—. Tienes que creer lo que te digo, confía en mí por una vez.

Salí y arranqué la camioneta. Estaba acalorado y en mis oídos aún resonaba el brusco intercambio de palabras. La oscuridad había descendido sobre el jardín y las cigarras zumbaban en los árboles, como una jaqueca que no se va. Lamentaba lo que acababa de decir y trataba de comprender el dolor y los sentimientos heridos de Molly. Y entonces, justo cuando salía haciendo marcha atrás hacia la calle, Molly se asomó a la galería y me despidió saludando con la mano.

Eso es lo que pasa cuando te casas con una monja.

El casino se encontraba Bayou Teche abajo, dentro de la reserva natural, en lo que antaño fueran los barrios bajos rurales. Hoy la reserva es próspera y quienes allí viven lo hacen en unas casas muy pulcras, cerca de la confluencia del arroyo Teche y otra vía de agua que al unirse forman una bahía. Las casas no tienen cercas y en los terrenos crecen árboles de caquis, pacanas, robles de Virginia y pinos ellioti. Es un hermoso paisaje, que oculta unas realidades económicas en las que la mayoría de la gente prefiere no pensar demasiado.

Los clientes del casino son los obreros pobres, los ignorantes, los compulsivos, los adictos. El alcohol es gratis, siempre y cuando el jugador siga jugando. El interior es seductor y reluciente; el restaurante, de primera categoría. Las bandas que actúan allí interpretan música estilo *cajún, zydeco y shitkicker*. En ese entorno herméticamente cerrado y desprovisto de relojes y ventanas, los problemas del mundo exterior desaparecen.

Tras el paso de los huracanes Katrina y Rita, los casinos alcanzaron cifras de ganancias históricas. Si uno ha perdido casi toda la finca, poco le importa ya perder el sótano.

Me encontré a Clete en el aparcamiento, apoyado en su coche y fumando un Lucky Strike. Su gesto estaba tenso por la expectativa. Sobre el capó del vehículo descansaba un termo. Aparqué al lado, le quité el cigarrillo de la boca y lo lancé al asfalto, donde soltó algunas chispas.

—¿Están dentro? —pregunté.

—Sí. Reservaron una mesa de Texas Hold'Em, ahora están en la del bufé.

Clete desenroscó la tapa del termo y echó un trago, pero sin ofrecerme.

—¿Averiguaste algo del amiguete de Bledsoe?

—Joe Dupree, de la policía de Lafayette, lo investigó. El coche está registrado en Morgan City, a nombre de un tal Bobby Mack Rydel. La descripción de la fotografía de su ficha se corresponde con el tipo que vi. No sé quién es la tía. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

—¿Qué bebes?

—Vodka Collins. ¿Te importa?

—¿Es buen jugador ese Rydel?

—La entrada en la mesa de Hold'Em cuesta cien pavos. Le he visto comprar mil pavos de fichas con el fajo que llevaba en el bolsillo de la camisa.

—¿Y Bledsoe?

—Aún no lo he visto en acción. Pero los maleantes tienen algo en común: les gusta ser tratados como gente normal, especialmente en público.

Me quedé pensando en ello.

—Arruinémosle la fiesta —dije—. ¿Cuál es su coche?

—El Saab descapotable que está un par de filas más allá.

—¿Crees que está contraviniendo un par de normas de tráfico?

—Lo comprobaré —respondió Clete.

Fue recorriendo las filas de coches aparcados y echó un vistazo a la matrícula trasera del Saab. Extrajo su navaja suiza del bolsillo del pantalón y se agachó hasta quedar oculto a la vista. Desapareció más tiempo del que yo esperaba. Cuando regresó, introdujo la hoja de la navaja en el mango.

—Tenías razón —dijo—. Al coche le falta la matrícula y también tiene un par de válvulas de los neumáticos rotas. Vaya putada.

Entramos en el casino y nos internamos entre hileras de máquinas tragaperras que derrochaban color y el sonido de cascadas de monedas cayendo en bandejas metálicas. Muy cerca de allí había unas docenas de mesas de Texas Hold'Em, y en cada una, sitio para nueve jugadores. El juego era tan popular que para pagar los cien dólares que valía el asiento había que apuntarse en una lista de espera. Entretanto, los apostadores mataban el tiempo alimentando las tragaperras. Cuando se cansaban de esperar, bebían otra copa, cortesía de la casa, y jugaban a las tragaperras un rato más.

Clete señaló en dirección a los dos hombres y a la escultural rubia platino, que se disponían a ocupar sus asientos en una de las mesas más alejadas. Bledsoe llevaba pantalones azul pastel y un chaleco a juego, corbatín y camisa de manga larga con rayas plateadas. Su cabeza alargada y puntiaguda y su sonrisa vacía flotaban como un globo blanco y reluciente entre la gente que los rodeaba. Su amigo Bobby Mack Rydel, si así se llamaba realmente, era un tipo voluminoso y tenía la espalda hundida como un caballo viejo. Llevaba vaqueros marrones con grandes tachas, un ancho

cinturón de vaquero, botas de ante color habano y una camisa granate con broches de madreperla. Lucía unas patillas largas hasta los carrillos y un sombrero del ejército australiano con el ala bajada cuya correa rozaba el colgajo de piel de su garganta. Mientras le indicaban cuál era su asiento, Bobby Mack Rydel no despegó la mano de la cintura de la rubia.

Al fondo de la barra, un guardia de seguridad acababa su taza de café. A veces bostezaba y echaba un vistazo a su reloj.

—¿Cómo va todo, Dave? —me dijo.

—Al pie del cañón, ya sabes cómo es.

—Las horas extras son horas extras.

Clete se metió un caramelo de menta en la boca y lo trituró con las muelas.

—¿Ves al tío ese con el sombrero de las antípodas? —le dijo al segurata.

—¿De las qué?

—El tipo con el sombrero del ejército australiano —aclaró Clete —. Deberías echar un vistazo a la lista negra de Griffin.

—Es un cliente habitual —repuso el segurata.

—Todos los estafadores son clientes habituales, por eso acaban en la lista negra de Griffin.

El guardia me echó un vistazo buscando confirmación. Yo alcé las cejas y me encogí de hombros.

—Gracias por el dato —dijo el guardia.

—De nada, chaval.

Nos acercamos a la mesa donde Bledsoe, Bobby Mack Rydel y la rubia platino jugaban al Texas Hold'Em. Bledsoe acababa de recibir su segunda carta y, levantándola con el pulgar, le echó un vistazo.

—Eh, Dave, mira —exclamó Clete—. Es Ronnie Bledsoe, ¿recuerdas? El viejo Ronald McDonald del motel. ¿Qué tal te va la vida?

Bledsoe se giró en la silla, alzó la cara y frunció la boca como un pececito dorado que asoma el morro en una pecera. Sus ojos sólo irradiaban serenidad y hombría de bien. Continuó mirando a Clete sin dirigirle la palabra.

—Lo siento, veo que estás ocupado —continuó Clete señalando las cartas—. Los vas a machacar con esa mano.

Y guiñó a Bledsoe un ojo cómplice del que toda la mesa se

percató. Después fue a la barra y pidió un Jack Daniels doble sin hielo y una cerveza.

—Tranquilízate, Cletus —le dije.

—No, gran jefe. Lo vamos a poner muy nervioso. Necesitamos a ese Rydel encerrado. Tú sígueme el rollo.

Clete se echó al gaznate el resto del bourbon, acabó la cerveza y se secó la boca con una servilleta. Tenía la cara roja y en sus ojos un brillo alcohólico que indicaba peligro.

Se dirigió al servicio de hombres y volvió a salir con una toalla de papel doblada en la mano derecha. Se ubicó detrás de Bobby Mack Rydel y la rubia platino. Mientras el repartidor colocaba las tres cartas boca arriba, Clete colocó la toalla de papel doblada entre Rydel y su novia, dejando caer al suelo las dos cajas de condones que contenía.

—Huy, perdona —se disculpó Clete. Se inclinó, recogió las cajas y volvió a colocarlas dentro de la toalla de papel. No sin antes asegurarse de que todos las vieran.

—Son los que querías, ¿no? ¿Esos que prolongan la erección?

Sin siquiera mirar a Clete, Rydel barrió las dos cajas con el codo volviendo a tirarlas al suelo. Lo más sorprendente era que los demás jugadores de la mesa apenas se percataron del comportamiento de Clete. Entonces mi amigo cambió de táctica y de intensidad. Sujetándose la barbilla, estudió las tres cartas que descansaban boca arriba sobre el fieltro.

—Qué putada, Bobby Mack —le dijo—. Debiste pasar en la primera mano. Ahora estás jodido.

Esta vez Clete consiguió la reacción que esperaba. Rydel se quitó el sombrero y lo colgó del respaldo de su silla por la correa de cuero. Después se dio la vuelta para ver a Clete con más claridad. Sus ojos eran color gris plomo, llevaba las patillas bien cortadas y tenía los bordes de la boca pálidos.

—¿Y tú quién eres?

—¿No te acuerdas de mí? —le dijo Clete.

—No, no te he visto en mi vida.

—¿Te acuerdas de Courtney Degravelle?

—No, no me acuerdo. Me has confundido con otra persona.

El jefe de seguridad se había acercado a Clete por detrás. Era un detective de la policía del distrito de St. Mary llamado Tim Romero.

Tenía el cabello canoso y llevaba una americana azul, pantalones gris acero y mocasines lustrosos.

—¿Hay algún problema, señores?

—No conmigo —repuso Clete—. Pero al entrar les he avisado que este tipo está tramando algo. Si aún no se la ha jugado, pronto lo hará.

—¿Le importaría acercarse a la barra conmigo? —dijo Romero.

—No, no me importa —respondió Clete—. Pero ese tipo es un timador. Y su compañero, ése de la cabeza encerada, es un pervertido.

—Gracias, señor Purcel. Pero ahora venga conmigo o haré que lo escolten hasta la salida.

Clete levantó las manos como indicando que no iba a causar problemas.

—Si quiere esta morralla jugando en sus mesas, usted mismo. Le diré algo: ¿por qué no llama a sus colegas de Atlantic City o de Las Vegas a ver qué les cuentan de estos dos?

Apoyé mi mano en el hombro de Clete y miré a Romero.

—Clete no quiere problemas —dije—. Nos vamos a tomar una taza de café.

—Si tú lo dices, Dave. Pero no hagas que me arrepienta de haber aceptado este empleo.

Acompañé a Clete a la barra e inmediatamente pidió un Jack Daniels y una cerveza.

—Clete…

—Confía en mí —me dijo—. Los vamos a pillar. Sólo tenemos que apretarles un poco más las tuercas.

—Creo que estamos jugando con fuego.

—Te equivocas.

Clete dio un sorbo al chupito y se secó la boca con el dorso de la mano. Tenía los ojos clavados en la cara de Rydel. Éste le devolvió la mirada y luego la bajó a sus cartas, pero al poco volvió a mirar. Entretanto Clete no le había despegado los ojos. Rydel se puso de nuevo el sombrero y curvó el ala hacia abajo, como si quisiera protegerse del sol.

Busqué un sitio tranquilo al final de la barra y saqué el móvil. Fui pasando los nombres de la agenda hasta dar con el de Betsy Mossbacher y presioné la tecla de llamada.

—Por favor, cógelo, Betty, pensé.

—¿Dave?

—¿Puedes buscar los antecedentes de un tipo llamado Bobby Mack Rydel? Lo necesito ya.

—¿Qué ocurre?

—Venga, Betsy, échame un cable. Tengo una bomba de relojería entre manos.

No sé cómo lo hizo, pero lo hizo. Sospecho que ella o una colega accedieron a un fichero de los servicios de inteligencia. Según mi reloj, devolverme la llamada le costó menos de cuatro minutos.

—Pues te has metido con un mal bicho —dijo—. Rydel sirvió en la fuerza de reconocimiento del Cuerpo de Marines, se entrenó como paracaidista en Fort Benning y fue dado de baja sin honores después de haber sido acusado de violación en Japón…

Clete se había acercado a las máquinas tragaperras que estaban situadas cerca de las mesas de juego a fin de poder mirar a Rydel directamente a los ojos. Cada vez que éste levantaba la vista, veía a Clete haciendo estallar su chicle, con sus grandes brazos cruzados sobre el pecho.

—… Dirigió una escuela de entrenamiento de mercenarios en el extremo oeste de Florida —continuó Betsy— y probablemente estuvo mezclado con ellos en Mozambique en los años ochenta. Es séptimo dan de kárate y mató a un tipo en Miami. No fue a la cárcel porque la víctima iba armada y él no. ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho.

A la espera de que el repartidor pusiera las cartas boca arriba, Rydel había hecho una apuesta cuantiosa, procurando concentrarse en el juego e ignorar a Clete al mismo tiempo.

—… En Francia, Rydel está en una lista de individuos bajo vigilancia —dijo Betsy—. La Interpol cree que se dedica al tráfico de armas. Es probable que haya luchado en la Contra nicaragüense, pero es seguro que ha trabajado por toda África.

Rydel subió la apuesta empujando tres pilas de fichas al centro del fieltro. Un tipo negro con anillos en todos los dedos vio la apuesta y la subió. Rydel la vio y volvió a subirla. El negro se encogió de hombros e igualó la apuesta, bostezando, ya fuera por la confianza que sentía o para aceptar que se había metido en un brete.

—… Y por último —dijo Betsy—, Rydel ha trabajado como empleado de seguridad a sueldo para varias compañías de la zona este del país. Se cree que es especialista en interrogatorios. No me vuelvas a pedir otro favor como éste.

Las cartas que el repartidor había puesto boca arriba en el centro de la mesa incluían un as de picas, y un as, rey y jota de corazones. Rydel mostró sus dos cartas: un as de diamantes y otro de tréboles. Con los dos ases de la mesa tenía un póker, lo que casi le garantizaba la victoria.

El negro hizo una mueca como si acabara de morder con una muela infectada.

—Una mano como ésa me viene cada seis meses —dijo Rydel sonriente.

—Sé a lo que te refieres —contestó el negro—. A mí me pasa igual.

Y mostró sus cartas: un diez y una reina de corazones. Junto con el as, la jota y el rey de la mesa, el negro formaba una escalera real: la mejor mano posible en el póquer.

Clete rio hasta casi quedarse sin aliento. Sus brazos cruzados subían y bajaban sobre su pecho. Pasó junto a la silla de Rydel y le dio una sonora palmada en la espalda.

—Mala suerte —le dijo—. Y si necesitas crédito, olvídalo. Éste es un establecimiento de lujo, no aceptan la cartilla del paro.

La risa de Clete continuaba sonando mientras se dirigía al lavabo de hombres.

Rydel permaneció sentado unos treinta segundos con la mirada perdida y las manos encima de los muslos, recapitulando quizá sobre las veces que las ridiculeces de Clete lo habían distraído del juego.

Le susurró algo al oído a la rubia. Ella llevaba un vestido blanco de punto lleno de agujerillos, y los pechos le colgaban como dos melones bajo del sujetador. Mientras Rydel le hablaba, ella alzó la vista hacia el techo y pestañeó: seguramente aquélla no era la situación que se esperaba. Además me di cuenta de que la había visto antes.

Rydel se levantó de la mesa y siguió a Clete a los servicios.

—… ¿Hola? ¿Sigues ahí? —me dijo Betsy.

—Sigo aquí.

—¿Dónde estás, Dave?

—Hundido en la mierda.

Cuando Bobby Mack Rydel entró en los servicios, Clete estaba preparado. O eso creía él.

—¿Cómo te llamas, bola de grasa? —dijo Rydel.

—Clete Purcel. Era amigo de Courtney Degravelle, la mujer a la que tú y tus amigos torturasteis hasta matar.

—No, tú te llamas Gordo de Mierda —le dijo Bobby Mack—. Estás loco y necesitas que te enseñen modales. Digamos que yo seré tu tutor personal.

—Lo veo en tus ojos y lo huelo en tu piel. Fuiste tú, cabrón.

A pesar de su pesado corpachón, Rydel se movió con una agilidad sorprendente. Giró sobre un pie y con el otro le soltó una patada a Clete en el cuello. Después le propinó un puntapié en la cara y lo derribó delante de los urinarios. Los hombres que habían ido a usar los urinarios y los retretes salieron corriendo hacia el pasillo. Clete intentó ponerse en pie, pero Rydel lo pateó en las costillas y después en un costado de la cabeza. Luego le pisoteó la mano y levantó el pie para darle a Clete con el tacón en la nuca.

Ése fue su error.

Clete se abrazó a las piernas de Rydel, lo agarró por detrás de las rodillas y se puso en pie, levantando a Rydel y haciéndole caer hacia atrás. Éste cayó de espaldas y se dio con la nuca contra un lavabo.

Entonces Clete empezó a ver imágenes que creía olvidadas, muertas y enterradas hacía años, imágenes que estallaron como ampollas rojas sobre el fondo negro de su mente. Oyó el silbido de un cuero de afilar navajas de barbero al golpearle las nalgas desnudas. Vio una choza de paja convertirse en humo entre las llamas del napalm. Vio a una madre negra sujetando un bebé, implorando una ayuda que nunca iba a llegar. Vio a una mujer atada con cinta adhesiva a una silla, con una bolsa de plástico en la cabeza y los ojos desorbitados por el terror, tragándose el plástico al intentar respirar.

Clete levantó a Rydel hasta ponerlo en pie y le hundió un puño en el estómago. Después, con todo el peso de su cuerpo, le dio otro

puñetazo en la cara. La fuerza del golpe lanzó a Rydel de cabeza contra un espejo, haciéndolo añicos. Cuando la cabeza de Rydel rebotó, el siguiente puñetazo le reventó los labios contra los dientes. Después, Clete lo encerró en un retrete y, sujetándose en los tabiques que separaban los cubículos, empezó a patear a Rydel en la cara y la cabeza, hasta abrirle un corte en el cuero cabelludo.

Agarré a Clete por el cuello de la camisa e intenté alejarlo del cubículo, pero se dio la vuelta con la cara ensangrentada y los ojos enloquecidos.

—Esta vez no te conviene cruzarte en mi camino, colega —dijo, apuntándome con un dedo tembloroso.

Con la camisa hawaiana rasgada por la espalda, siguió pateando la cara de Rydel hasta quedarse sin aliento. Entonces arrancó el asiento del inodoro y se lo colgó a Rydel como un collar.

—¿Qué se siente, hijoputa? —dijo con el aliento entrecortado—. ¿Qué se siente?

Los detectives del Departamento del Sheriff del distrito de St. Mary hicieron bien su trabajo y encontraron a dos testigos que declararon que Bobby Mack Rydel había propinado los primeros golpes, y la administración del casino informó a Clete de que, de ahora en adelante, tenía prohibida la entrada en el establecimiento. Pero por lo menos Clete se fue a casa. La administración del casino también le prohibió la entrada al establecimiento a Rydel, pero éste acabó en el hospital.

Por la mañana, Clete apareció por mi despacho, lleno de remordimientos, resacoso, con una mejilla hinchada y un moratón en forma de rana en el cuello.

—La he cagado —dijo.

—No es cierto. Le diste lo que se merecía.

—Dave, cuando quité las matrículas y corté las válvulas de los neumáticos del coche de Rydel, tenía en mente otro plan, uno que no te incluía a ti. Si Rydel telefoneaba a una grúa, me presentaría allí, me ofrecería para remolcarlo y lo pillaría a solas. Desde el principio tenía mi propio plan. Me convencí de que se parecía al tipo al que le disparé, el que huyó en el bote, y quería ajustar cuentas con él. No me importaba cómo. He tratado a esos tipos

como si fueran matones de tres al cuarto, pero son mucho más listos de lo que pensaba.

No le contesté, e intenté ocultar mi preocupación ante la confesión de su plan secreto.

—Si no hubiera molido a golpes a Rydel y lo hubiera convertido en una víctima, podríamos haberle detenido. Arruiné la oportunidad de poder apretarle las tuercas.

—Pero tenemos a otra persona.

—¿A quién?

—A la novia de Rydel —dije—. Me costó recordar de dónde la conocía.

Clete levantó la barbilla indicándome que continuara.

—La vi con Bo Diddley Wiggins. Fue desde la ventana de mi despacho y a cierta distancia, pero estoy seguro de que era ella.

—¿Crees que Bo está relacionado con Rydel y Bledsoe?

—Lo averiguaremos. Oye, Helen me ha dicho que quiere verme. ¿Qué tal si nos encontramos luego?

Era cierto que Helen quería verme, pero lo que necesitaba era sacar a Clete de mi despacho antes de que se inmiscuyera en mis tareas del día y consiguiera causarnos más problemas a ambos.

—Llámame al móvil —me dijo.

—Afirmativo, compañero.

Clete ladeó el sombrerito sobre la frente y salió al pasillo balanceando esos brazos como jamones, casi sin acordarse ya del desastre que había provocado el día anterior. Los ayudantes que pasaban a su lado en el pasillo miraban fijamente hacia delante. Si Clete notó la aversión que sentían hacia él, no lo demostró. Estaba realmente arrepentido, aunque yo no abrigaba esperanzas de que mi amigo fuera a sintonizar con el resto del mundo. En cualquier caso, nuestra excursión al casino había sido un desastre.

Entré en el despacho cuando Helen colgaba el auricular. Mi jefa había estado yendo y viniendo a Nueva Orleans en la avioneta monomotor del departamento, y cada vez regresaba más deprimida. Como a todos, a Helen le costaba asimilar la magnitud del desastre y todavía más explicársela a los demás. Esta semana había aceptado volver a alojar a cuatro presos que habían sido transferidos desde nuestro recinto a la cárcel del distrito de Orleans justo antes de que llegara el Katrina. Sus carceleros los habían abandonado, y se

habían quedado encerrados, nadando en sus propios excrementos durante tres días. Tanto se habían asustado los presos que habían derribado los tabiques de sus celdas y abierto un túnel que llegaba hasta el muro exterior. Pero no consiguieron salir y quedaron atrapados tras los barrotes hasta que agentes del distrito de Iberia los rescataron.

Uno de esos agentes era un agente de narcóticos cuyo apodo en las calles era Caraperro. Cuando los prisioneros trasladados reconocieron a uno de sus salvadores empezaron a hacerle señas con el pulgar hacia arriba y a gritarle.

—Eh, Caraperro, soy yo Little Willie. Me detuviste en Ann Street…

—¿Qué pasa, Caraperro, tronco? Eres lo más…

—Eres la hostia, Caraperro. ¿Has traído algo de jamar…?

Pero Helen no estaba pensando en las anécdotas graciosas ocurridas durante el paso del Katrina. El sheriff del distrito de St. Mary acababa de enviarle por fax el informe del altercado en el casino la noche anterior.

Helen se llevó los dedos a los lados de la cabeza y se frotó las sienes, masajeándoselas suavemente, como si quisiera frenar una inminente jaqueca.

—Mira, machote, así es como lo veo yo —me dijo—. Puede que Ronald Bledsoe haya entrado en tu casa y destrozado la habitación de Alafair, pero no tenemos pruebas de ello. Hasta donde sabemos, nunca ha sido acusado de un delito en ningún sitio. Su amigo, el tal Rydel, no tiene orden de captura y, hasta donde sabemos, no está involucrado en ninguna actividad ilegal. Sin embargo, seguimos utilizando los recursos y el tiempo de este departamento para investigar y vigilar a estos hombres. ¿Cómo voy a justificar esto ante los contribuyentes?

—Ayer estaba fuera de mi horario laboral —dije insinceramente.

Helen echó un vistazo a los faxes que había sobre su escritorio.

—Uno de los detectives de St. Mary dijo que en el aparcamiento alguien le había robado la matrícula al coche de Rydel, además de cortarle los neumáticos. Si el que rajó las ruedas era un vándalo, ¿por qué se molestó en llevarse la matrícula?

—Quizá Rydel la perdió por el camino.

—Los tomillos de estrella estaba tirados en el suelo —me

corrigió—. Es obvio que el mismo tipo que le robó la matrícula en el aparcamiento fue quien le cortó los neumáticos. Si eso fue obra de Clete, ¿no te parece un poco adolescente?

Le conté a Helen toda la información que Betsy Mossbacher me había dado sobre Bobby Mack Rydel. Incluí todos los detalles que recordé, como la acusación por violación en Japón y que hubiera matado a golpes a un tipo en Miami. También mencioné que su especialidad eran los interrogatorios y que, en el lenguaje burocrático de las agencias gubernamentales, esa palabra significa «tortura». También le dije que la novia de Rydel era la secretaria de Bo Wiggins.

—¿Así que Rydel está relacionado con un armador de barcos de acero?

—Es posible.

Estaba claro que la estaba abrumando con una gran cantidad de información innecesaria.

—Oye, el tipo es séptimo dan de kárate —dije—. Alafair le hizo saltar un diente a Bledsoe con una patada de kárate. Quizá Bledsoe se alió con Rydel con un propósito específico.

—¿Para lastimar a Alafair?

—Se me había ocurrido esa posibilidad.

Helen ignoró el tono de mi voz.

—Creo que tenemos que llegar a un entendimiento en cuanto a…

Pero la interrumpí.

—Voy a ser sincero contigo —le dije—. Me alegro de que Clete le haya dado una paliza a Rydel, y espero que siga ingresado durante mucho tiempo. Pero si él o Bledsoe vienen a por mi hija, yo les voy a hacer algo mucho peor.

—Acaba con lo que estás diciendo.

—Los mataré. A uno, al otro, o a ambos.

Ella cruzó las manos sobre el cartapacio. La suya era una mirada alicaída, la mirada de alguien que sabe que sus palabras caerán en saco roto.

—No volverá a haber otra conversación como ésta en mi despacho nunca más, Dave. Será mejor que vuelvas al trabajo.

Empecé a decir algo.

—No me tientes —me previno.

24

Bertrand Melancon se había ido a vivir a casa de su abuela, al irónicamente llamado «Barrio Francés» de Loreauville, situado a unos quince kilómetros de Nueva Iberia, Bayou Teche arriba. Escondido entre hectáreas de caña de azúcar y granjas de caballos rodeadas de niebla, el «Barrio Francés» era un poblado para arrendatarios construido en el siglo diecinueve: hileras de barracas que recordaban a vagones de tren amarillos con techos de latón de dos aguas con pequeñas galerías que parecían añadidas en el último momento. Algunas de ellas estaban deshabitadas y tapiadas con placas de contrachapado, pero la de la abuela de Bertrand se veía ordenada, limpia y recién pintada, y tanto la galería delantera como los alféizares de las ventanas estaban decorados con begonias y geranios plantados en latas.

La abuela preparaba comidas sabrosas, pero desperdiciaba su talento con su nieto. Bertrand no podía probar nada que tuviera Cayena, pimienta o condimento para gumbo. Una o dos veces que escupió desde la galería notó en su saliva un tono rosado, pero no le prestó atención. Esa misma mañana empezó a sufrir arcadas, pero no conseguía vomitar. Cuando finalmente miró dentro de la taza del váter, ya no le quedaron dudas: se estaba deshaciendo por dentro como cartón mojado. Pedazo a pedazo.

También tenía la certeza de que iba a morir, a no ser que se quitara esa sensación de culpa que cada mañana lo esperaba, apostada a los pies de su cama como un ave carroñera. Ya no podía remediar lo que le había hecho a aquel cura en el tejado de la iglesia, ni había podido encontrar a la jovencita negra que Eddy y él habían violado en el Lower Nine. Pero el destino había hecho que su camino volviera a cruzarse con el de Thelma Baylor. Y no una sino dos veces, en Nueva Orleans y ahora en Nueva Iberia.

Su salvación, se dijo Bertrand, era compensar a Thelma y a su

familia por lo que les había hecho. Él podía convertir a los Baylor en gente rica. Tal vez nunca le perdonarían, quizá seguirían odiándole siempre, pero en cualquier caso serían ricos, y entonces él volvería a sentirse libre, el dolor desaparecería de su estómago y podría empezar una nueva vida en California.

El destino le estaba ofreciendo a Bertrand una segunda oportunidad, o al menos eso opinaba él. En cambio, si sus intuiciones fueran erróneas, entonces moriría pronto. Ese pensamiento le causó tal convulsión que Bertrand tuvo que apretarse la tripa y cerrar los ojos por el dolor.

Sólo había una pega en su plan de redención: ¿cómo iba a llevarlo a cabo?

Podía escribir una carta pidiendo perdón a los Baylor e indicándoles el escondite de las piedras, y luego dejarla en el buzón o debajo de una puerta. Pero cuando comenzaba a componer las frases en su mente, Bertrand comprendió que su receta para la redención era demasiado sencilla. Tendría que enfrentarse a Thelma Baylor y a su familia, y esa imagen, especialmente el momento en que tuviera que mirar al padre a la cara, lo hacía sudar a mares.

¿Por qué era todo tan difícil?

La primera mañana después de su llegada al «Barrio Francés», Bertrand cogió el coche de su abuela, una carraca oxidada que echaba aceite quemado por debajo de la carrocería, y partió *bayou* abajo hacia Nueva Iberia. Los campos de caña de azúcar estaban húmedos y del *bayou* surgía una bruma que envolvía las caballerizas, las espaciosas casas y las entradas de coches bordeadas de robles de los actuales vecinos. Vecinos que jamás lo considerarían a él vecino de ellos. Bertrand prosiguió su marcha carretera estatal abajo, en dirección a Nueva Iberia, giró hacia Jeanerette y enfiló hacia la casa donde vivía Thelma Baylor. Atravesó los barrios bajos rurales y también la amplía extensión que ocupaba la facultad de Agricultura de la Universidad de Luisiana. Pasó junto a zanjas repletas de basura y junto a pacanas de las que pendían como frutas restos de viviendas humildes. Pasó por un cementerio lleno de criptas que le recordaron los viejos cementerios del otro lado del Barrio Francés de Nueva Orleans.

Pero no importaba hacia dónde mirara. No podía escapar del miedo que había arraigado en su pecho como un tumor canceroso.

Intentó convencerse de todas las maneras posibles de que no le convenía hacer frente a Thelma y a su familia. ¿No sería suficiente entregarles una cantidad de dinero que nunca habrían soñado? ¿No bastaba con lamentar lo que había hecho? ¿Una maldad que le había arruinado la salud y que quizá iba a costarle la vida? ¿Cuánto más debía sufrir?

Además de la culpa que sentía por lo que les había hecho a Thelma Baylor, a aquel cura del tejado y a la joven del Lower Nine, Bertrand cargaba con algo más. Sidney Kovick lo había abofeteado y, pese a estar desarmado, le había quitado el arma. Y no sólo eso, se había comportado como un cobarde y Kovick lo había tratado como tal: ante todos los transeúntes del callejón le había propinado un puntapié entre las nalgas, un puntapié como los que les dan a los gamberros o a los maricas de celda.

Bertrand pasó junto a una mansión de ladrillo perteneciente a una plantación del siglo dieciocho y, escondida entre los árboles umbrosos, vio la modesta casa verde rodeada de una galería con mosquitero. Los números del buzón se correspondían con los que había obtenido del listín de su abuela. Bertrand pasó de largo hasta llegar al puente levadizo sobre el *bayou*, sin mirar hacia la casa por si acaso alguien lo estuviera observando. Cruzó ruidosamente el puente y dio la vuelta para tener una vista completa de la casa de los Baylor. Nadie se percató de su presencia. Vio una luz encendida en la cocina y el vapor que surgía del tejado de latón, allí donde daba el sol. ¿Qué podría ocurrir si llamaba a la puerta y les decía quién era? Si querían pegarle un tiro, pues que lo hiciesen; si querían hacerlo detener, pues que telefonearan al 911. Nada de eso podría ser peor que ver como sus vísceras se convertían en unos coágulos rojos que se disolvían al caer en la taza del váter.

Durante unos cinco minutos permaneció al otro lado del puente, aparcado en el arcén, mientras el humo azul del aceite quemado se filtraba por el suelo del coche. A esa hora, el tráfico sobre el arroyo era mínimo. Pero al mirar por el retrovisor, vio a un hombre blanco de cara cóncava y cabeza alargada y brillante. Estaba de pie delante de un café, mirando a su alrededor de forma inofensiva, como lo haría un turista. Cuando Bertrand oteó el retrovisor por segunda vez, el hombre había desaparecido.

Bertrand cambió de marcha y cruzó el puente lentamente. Luego

volvió a tomar la carretera estatal que pasaba junto a las mansiones de las antiguas plantaciones y por delante de la casa de dos plantas donde vivía la joven que él había violado y atormentado. Bertrand detuvo el coche en la sombra, al otro lado de la calle, y lo puso en punto muerto. Ya fuera por el miedo o por el humo que se filtraba por el suelo del coche, se sintió mareado. Entonces tuvo una idea: ¿y si escribía lo que quería decir y luego, simplemente, se acercaba andando y llamaba a la puerta? En su imaginación vio a Thelma Baylor y a sus padres abrir la puerta al unísono, ansiosos por escuchar las disculpas de Bertrand, como si hubieran estado esperándolas desde la noche en que los sanitarios llevaron a la joven al hospital.

Hazlo, tío, se dijo Bertrand. Léeles tu confesión, deposita el papel en sus manos, súbete a la carraca de tu abuela y lárgate carretera abajo como un puto cohete.

En el suelo del coche encontró una servilleta de papel marrón y una revista en el asiento. Apoyó la revista contra el volante, alisó la servilleta encima de ella y empezó a escribir.

> *A la señorita Thelma y a la familia de la señorita Thelma.*
>
> *Ciento mucho lo que le ize. No siempre e sido esta clase de persona. O si, no estoy seguro. Pero quiero compensar lo que e echo aunque seque no se puede reparar lo que a sufrido usté, o alguien que aya sufrido como usté.*

Dejó de escribir y, con el corazón latiéndole con fuerza, leyó lo que había escrito. Por alguna razón, aquellas palabras lo hicieron sentirse mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Entonces oyó a sus espaldas unos neumáticos cruzar traqueteando por el puente levadizo. Automáticamente miró por el retrovisor: un camión acababa de cruzar el puente y tomaba el camino del *bayou* en dirección contraria a la de él. Pero no fue el camión lo que llamó la atención de Bertrand, sino el tipo blanco de cabeza alargada y cara cóncava que había aparcado su lustroso Mercury azul en la esquina, a la sombra de los árboles pertenecientes a una mansión de la época de las plantaciones. El tipo estaba de pie en el arcén, con la portezuela abierta y los brazos apoyados en el techo del coche, admirando la inmensa fachada blanca y las columnas de piedra del

edificio.

Definitivamente, ese hijoputa tiene una pinta muy rara, pensó Bertrand.

Pero enseguida volvió a su carta. De repente la puerta de la casa de la familia Baylor se abrió y, con las cabezas en alto como flores sedientas de sol, salieron al jardín Thelma, un hombre robusto y una mujer rubia.

Bertrand se quedó petrificado. La noche anterior se había bañado en la bañera con patas de garra de su abuela, y aun así, de sus axilas brotaba ahora un olor avinagrado. Quiso salir del coche y agitar la carta inacabada para hacerles escuchar su oferta de compensación. Hazlo y punto, se dijo, no puede ser tan difícil.

Entonces los Baylor subieron a su coche, salieron a la calle haciendo marcha atrás y se alejaron, como si Bertrand no existiera.

Bertrand abrió la portezuela y escupió en el suelo. Aunque el viento le diera en la cara y le hinchara la camisa, supo que su miedo nunca le daría tregua y que la lástima que sentía por sí mismo y su sensación de fracaso ocuparían todos los minutos de su vida. Y entonces sintió ganas de llorar.

Salió del coche con las piernas temblorosas y bajó zigzagueando la cuesta hacia el *bayou*. El hombre que antes contemplaba la mansión prebélica a la sombra de los robles pasó en su coche rugiendo en dirección a Nueva Iberia, echando un breve vistazo a Bertrand al pasar.

La cara del hombre era idéntica al dorso de un pulgar, pensó Bertrand, un pulgar pálido y blanco. No recordaba haber visto nunca a alguien tan extraño. Después se sentó entre las hojas, hundió la cara entre las manos y lloró.

El miércoles por la tardé me dirigí al despacho de Bo Wiggins en el viejo Centro Petrolero de Lafayette. De hecho, era bastante más que un despacho. Bo había comprado todo el edificio y colocado sobre la puerta de entrada un cartel que rezaba «Industrias James Boyd Wiggins». Pero Bo no se encontraba allí, ni tampoco su escultural secretaria de melena rubia platino. Sólo estaba la recepcionista, hablando por teléfono. Sobre el regazo tenía una revista, que ojeaba o movía con las piernas para no perder la página mientras hablaba.

Cuando colgó, le pregunté dónde podía encontrar a Bo y a su secretaria. Ella se mordió una uña y puso expresión de lejanía.

—¿Houston? —dijo.

—¿Me lo pregunta a mí? —dije.

—No, creo que están en Miami. Se fueron en el *jet* privado, con otros tipos.

—¿Qué tipos?

—Unos contratistas.

—¿Qué contratistas?

—¿Los que están retirando toda la basura que dejó la tormenta en Nueva Orleans?

Otra vez había convertido una afirmación en una pregunta.

—¿Cuándo regresarán?

—Mañana, creo.

Decidí que debía abandonar esa conversación cuanto antes. Le dejé mi tarjeta a la secretaria y regresé a Lafayette en medio de una tromba que dejó sobre la autovía un manto de granizo soltando vapor.

El jueves por la mañana, Helen Soileau volvió a citarme en su despacho.

—Lo que te dije ayer acerca de los recursos del departamento era la pura verdad. Pero eso no cambia el hecho de que Bledsoe sea un tipo peligroso y que no debería estar en nuestro distrito.

Esperé antes de hablar.

—Detengámosle —me dijo—. A ver si es tan duro como parece.

—¿Con qué excusa?

—Dile que queremos hablar con él para excluirlo de la lista de los sospechosos de haber entrado en tu casa.

—Ya he usado esa excusa.

—Dile que la sheriff del Distrito de Iberia quiere conocerlo.

—¿Y si no quiere venir?

—Si es la clase de tipo que dices que es, vendrá.

—¿Por qué?

—Porque querrá demostrarnos que es más listo que nosotros.

Helen conocía a nuestra clientela. Los sociópatas y los reincidentes comunes comparten ciertas características. Son

megalómanos, narcisistas y manipuladores. No importa lo ignorantes que sean, todos se creen más listos que el ciudadano que respeta la ley. También creen que pueden intuir lo que piensan los demás. No es coincidencia que a menudo luzcan esa sonrisa ladeada de autosuficiencia. Siempre he sospechado que el término «listillo» —que la mafia utiliza para referirse a los suyos— tiene su origen en ese comportamiento y esa actitud.

Me encontré a Ronald Bledsoe sentado en una tumbona frente a su cabaña. Llevaba unas bermudas, una camisa de manga corta estampada con flores verdes y grandes gafas de montura blanca. Bebía limonada helada y leía el periódico con una pierna lampiña cruzada sobre la otra.

—A la sheriff Soileau le gustaría que viniese al departamento a hablar con ella —le dije—. Es totalmente voluntario, señor Bledsoe. Y por cierto, lamento la pelea de la otra noche.

Dobló el periódico e inclinó la cabeza. Sus ojos resultaban indescifrables tras las gafas.

—He oído hablar mucho de su sheriff. Dicen que es una persona interesante, me encantaría conocerla. ¿Podemos ir en su vehículo?

Durante el camino de vuelta al departamento, procuré no iniciar ninguna conversación. Bledsoe parecía estar disfrutando del paseo en coche patrulla y no paraba de preguntar acerca de los varios dispositivos tecnológicos instalados en la consola y el salpicadero. Después se quitó las gafas y escrutó mi perfil.

—¿Sabe cuál es la definición de «criminal», señor Robicheaux?

—No, señor Bledsoe, no lo sé.

—«Una persona con un pasado delictivo demostrable.»

—Pues es difícil discutir esa definición.

—Usted parece una persona educada, igual que su hija. ¿Alguna vez se cruzó con la palabra «solipsismo» cuando estaba en la universidad?

—No, creo que no.

Estábamos en East Main, cerca del distrito histórico. En menos de cinco minutos aparcaríamos ante el juzgado y seguramente Bledsoe interrumpiría esta conversación tan personal que yo quería prolongar.

—¿Qué significa solipsismo exactamente? —le pregunté.

—La creencia de que la realidad sólo existe dentro de nosotros

mismos y de nuestras percepciones.

—Pues no lo sabía.

—Permítame exponerle este antiguo acertijo: «Si un árbol cae en medio del bosque y nadie lo oye, ¿ha caído el árbol realmente?». Deme su opinión y yo le daré la mía.

—Yo diría que ha caído —respondí.

Se rio para sí mismo mientras veía pasar por la ventanilla las manzanas de casas antiguas, victorianas, y las humildes barracas posteriores a la Guerra Civil.

—¿Y qué cree usted? —le dije.

—Ya se lo he dicho —dijo clavándome el dedo en el brazo—. Sólo que usted no me ha prestado atención.

Sus ojos verde agua parecían alegres, bajo sus curiosas cejas y su frente prominente.

—¿Es verdad que su sheriff es hermafrodita? —me preguntó.

Entramos por la puerta trasera del juzgado y lo llevé directamente a la sala de interrogatorios. Mientras recorríamos el pasillo, varios polis de uniforme se dieron la vuelta para mirarnos.

—Avisaré a la sheriff Soileau de que está usted aquí. ¿Le apetece un café con rosquillas?

—Me gustan las rosquillas.

—Ya se las traigo.

Dejé a Bledsoe en la sala de interrogatorios. Pedí a Wally que le llevara unas rosquillas y una taza de café Community y después informé a Helen de que ya había traído a Bledsoe.

—¿Cómo se comportó de camino hacia aquí? —me preguntó.

—Me preguntó si conocía el término solipsismo.

—¿Qué?

—Es una escuela filosófica que sostiene que la única realidad es la que genera nuestra mente. Después me comentó el acertijo del árbol que cae en el bosque.

—¿El del árbol que nadie oye y por tanto no ha caído? —me preguntó.

—Le dije que el árbol cae, lo oiga alguien o no. Bledsoe se rio.

—¿Qué crees que intentaba decirte?

—Antes me comentó que un criminal era, por definición, alguien que tenía los antecedentes de un criminal. Creo que me estaba tomando el pelo porque no hemos conseguido pruebas de que en el

pasado haya realizado actividades criminales. Creo que nos acaba de dar su *modus operandi*: Bledsoe es un sociópata al que nadie ha pillado aún. Como Bundy, el asesino BTK, y quizá otro millar de tipos que se ocultan como la carcoma en la madera. Nadie sabe que existen hasta que la casa se viene abajo.

—¿Cómo quieres llevar este asunto? —me preguntó Helen.

—Sexualmente, este tipo es una pesadilla. Sospecho que odia a las mujeres, particularmente a las figuras femeninas que representan algún tipo de autoridad.

—Qué extraño, ¿verdad?

Recorrimos el pasillo hasta la sala de interrogatorios. Es una estancia relativamente pequeña con dos aberturas acristaladas alargadas que permiten observar al sujeto desde el pasillo con cierto grado de invisibilidad.

—Échale un vistazo —dije.

Helen miró por el cristal.

—Por el amor de Dios…

—¿Preparada?

—Cuando quieras.

Abrí la puerta y entré. Wally le había traído a Bledsoe por lo menos cuatro rosquillas rellenas de crema y una taza tamaño gigante de café Community. Éste se las comía como si fueran hamburguesas, metiéndoselas enteras en la boca. Tenía las uñas cubiertas de crema amarilla.

—Me llamo Ronald, ¿y usted? —le dijo a Helen.

Bledsoe hizo un amago de ponerse en pie y se volvió a sentar.

—Soy la sheriff Soileau, señor Bledsoe. Gracias por venir.

Helen cerró la puerta de la sala y atisbó hacia la cámara de vídeo instalada en la pared.

—Puesto que ésta es una conversación informal —continuó—, he hecho apagar esa cámara.

—No la había visto —respondió Bledsoe.

Aunque había dos sillas vacías junto a la mesa, Helen y yo permanecimos de pie.

—Vayamos al grano —dijo Helen—. Alguien entró en casa del detective Robicheaux, destruyó el ordenador de su hija y meó dentro de la papelera. Usted nos entregó voluntariamente su ADN y se lo agradecemos. Pero tenemos una preocupación mayor. Dígame,

¿qué cojones está haciendo aquí en Nueva Iberia?

El cambio en el tono de Helen pilló a Bledsoe desprevenido. Alzó la vista y la miró. Sus *ojos* eran verdes como esmeraldas.

—Soy investigador privado al servicio de varias compañías de seguros.

—¿Qué compañías?

—La confidencialidad me impide proporcionarle sus nombres.

—Ya entiendo. ¿Sabe lo que significa «obstrucción a la justicia»?

—Lo sé.

—Señor Bledsoe, usted se ha inmiscuido en una investigación de homicidio. Estoy hablando de un disparo que hirió a un hombre y mató a otro frente a la casa de Otis Baylor, en Nueva Orleans.

—Esos hombres de color era ladrones —repuso Bledsoe—. Saquearon casas que mis empleadores aseguraban.

—¿Otis Baylor va a ayudarle a recuperar esos bienes robados?

—No he dicho eso.

—¿Conoce a Sidney Kovick?

—Lo conozco de nombre. Todo el mundo en Nueva Orleans lo conoce.

—¿Trabaja usted para él?

—No, soy recuperador de fianzas e investigador de seguros. Mi trabajo es muy similar el que realiza el amigo del señor Robicheaux, el señor Purcel. ¿Puede explicarme por qué el señor Purcel no está detenido después de infligirle semejante daño a Bobby Mack Rydel?

—Estamos hablando de usted, señor Bledsoe.

—¿Tiene más servilletas? Estas rosquillas manchan.

—¿Es eso lo que le enseñó su madre? ¿A no ensuciarse las manos?

—¿Qué ha dicho? —repuso Bledsoe.

Helen se inclinó, apoyó los puños sobre la mesa y se acercó hasta quedar a pocos centímetros de Bledsoe. El pelo le caía sobre las mejillas, en el dorso de sus brazos se hincharon sendos cilindros de músculos. Su presencia física era intensa; su perfume, una mezcla de flores y olor a sudor de hombre. Los bordes de las aletas de la nariz de Bledsoe se pusieron blancos. Se removió en la silla y colocó las manos frente a sí. Sus dedos eran largos y pálidos, como si hubieran estado sumergidos largo tiempo en agua.

—¿Quién coño se cree que es? —le gritó Helen.

—Usted no tiene derecho legal a ponerme la mano encima —respondió mirando fijamente hacia delante, encogiéndose dentro de sus prendas.

—Si llegara a tocarlo, señor Bledsoe, me frotaría la piel con un cepillo de alambre y agua oxigenada. ¿Es cierto que le excita asustar a las prostitutas?

Bledsoe miró hacia la cámara de la pared preguntándose si de verdad estaba apagada y si aquello le convenía o no.

—¿Le parece lógico que un hombre contrate a prostitutas para asustarlas?

—Si todo lo que ven en él les asusta, sí —respondió Helen.

Por primera vez vi cómo una sombra se cernía sobre el rostro de Bledsoe. Helen se le acercó aún más, rozándolo con la cadera, interponiendo su cara en la línea de visión del sospechoso.

—¿Qué cosas le hacía su madre cuando era niño?

—No me hacía nada.

—¿Lo hacía dormir en su propia pestilencia cuando usted se orinaba en la cama? ¿Le lavaba la boca con jabón cuando le contestaba con descaro? ¿Le decía que llevaba los calzoncillos al revés, que tenían palominos, que se avergonzaba de tener un hijo así, que usted le daba asco?

Él quiso levantarse de la silla.

—Siéntese. No he acabado de hablar con usted —le ordenó Helen—. Le hacía cosas a usted en la oscuridad, ¿no es cierto? Su padre no estaba nunca y ella lo usaba a usted de consolador. ¿Alguna vez le agarró el pene y después lo castigó por ello?

La temperatura en la habitación se había caldeado y me di cuenta de que Bledsoe empezaba a carraspear, nervioso.

—Usted se lo está inventando todo —contestó—. Usted no me conoce.

—Se equivocó al venir a este distrito. Usted es un hombre enfermo y será tratado como tal. Detective Robicheaux, tráigale otra taza de café al señor Bledsoe. Necesito hablar en privado con él.

—No quiero café. Quiero regresar a mi cabaña, ahora.

—¿Sabe por qué no puede parar de mirar esa cámara, señor Bledsoe? —continuó Helen—. Porque su identidad es un invento, porque usted no tiene nada que ver con la persona que simula ser

ante los demás. Pero nosotros lo sabemos todo sobre usted, sabemos que es un ser defectuoso genética y psicológicamente. A los tipos como usted, como Richard Speck o John Wayne Gacy, deberían haberlos echado por el váter junto con la placenta cinco minutos después de nacer. Lamentablemente, sus madres no lo hicieron, y en vez de eso criaron unos bebés grandotes y necesitados de teta a quienes los demás tenemos que cuidar.

Cogí el vaso de papel de la mesa.

—¿Le apetece leche o azúcar? —pregunté a Bledsoe.

A él le tembló el labio inferior. Helen le había clavado una estocada que había llegado hasta el hueso.

—¡Conteste al señor Robicheaux! —le gritó.

Bledsoe se incorporó en la silla, pestañeando, procurando concentrarse nuevamente, como quien acababa de sufrir una violenta descompresión en una batisfera. Resopló por la nariz y enderezó los hombros. Supuse que detrás de esa frente prominente, Bledsoe estaba reconstruyendo sus fortificaciones mentales piedra por piedra, un proceso aprendido en un entorno que la mayoría de las personas sólo pueden imaginar. Mordió una rosquilla y empujó la crema pastelera en su boca con los dedos.

—Ha sido una visita muy agradable —dijo—. No le guardaré rencor por sus palabras, ésa no es mi manera de hacer las cosas. Mi madre era una mujer encantadora y tierna, y usted no tiene ni idea de lo que está hablando.

—Tiene que hablar con nosotros, señor Bledsoe.

—No, señora, no tengo por qué. Hoy se han dicho cosas muy duras aquí.

Se levantó de la silla, sacó del bolsillo sus gafas oscuras de montura blanca y se las puso.

—Las apariencias sólo muestran lo que está a la vista, señora Soileau. Si usted es cristiana, quizá debería tener un poco más en cuenta los sentimientos de los demás.

Dicho eso, se marchó de la sala, bajó por el pasillo y salió del juzgado.

—Es increíble —me dijo Helen.

—¿Quieres que lo lleve a su casa?

—Que le den —espetó, y empezó a caminar en círculos con las manos en la cintura—. ¿Crees que pasó de mí?

—Creo que lo desnudaste.

—¿Y?

—Bledsoe es un sicópata, es incapaz de aceptar que otra persona le haga daño, ya sea un daño real o imaginario. Nos odia a muerte y se vengará de la manera que pueda.

Creo que para apretarle las tuercas a Bledsoe Helen había rebuscado en sus propias experiencias infantiles. También sospeché que durante su interrogatorio había utilizado algunas imágenes que a ella tampoco le gustaría recordar.

—Qué trabajo más divertido, ¿eh, *bwana*? —me dijo.

Algunas horas más tarde, Bertrand Melancon se encontraba sentado en los escalones de la galería de la casa de su abuela, preguntándose qué hacer a continuación. En ese momento un Mercury azul entró en el «Barrio Francés», atravesó un charco y dibujó en su superficie inmaculada una salpicadura de fango en forma de abanico. El conductor vio a Bertrand y dirigió el coche hacia la barraca.

Se aproximaba otra tormenta. El cielo estaba negruzco y cargado de electricidad. El conductor del Mercury se apeó y fue andando hasta la galería, evitando los charcos de agua de lluvia, subiéndose los pantalones que cubrían sus zapatos a juego.

—Hola —dijo.

—¿Qué hay? —repuso Bertrand.

—Me llamo Ronald, ¿y tú?

—Me llamo igual que esta mañana, cuando un tipo con una cara igualita a la tuya me estaba siguiendo junto al puente levadizo de Jeanerette.

—Eres listo. Seguro que fuiste a la universidad.

—¿Qué buscas, tío?

—¿Me puedo sentar?

—No.

El tipo de la cara cóncava abrió un portaplacas que contenía una identificación con fotografía y una placa dorada y azul muy adornada.

—Soy investigador y trabajo para una compañía de seguros. Me gustaría pagarle lo que le corresponde por la recuperación.

¿Sería éste uno de los tipos que habían sacado a su hermano del

hospital Nuestra Señora del Lago y lo habían convertido en un vegetal? ¿Uno de los que habían engañado a André para que saliese del campamento de la AFGE y subiera con ellos al coche? No, esos tíos no iban a presentarse en casa de su abuela a plena luz del día y a la vista de todos los vecinos.

—¿Por la recuperación de qué? —dijo Bertrand.

El hombre que se había identificado como Ronald Bledsoe extrajo un gran sobre del bolsillo lateral de su americana. Era un sobre gordo, arrugado en el centro por dos vueltas de una banda elástica que apretaba su contenido.

—Mira lo que hay dentro —dijo Bledsoe poniéndoselo delante de la cara a Bertrand.

Éste cruzó los brazos y fingió mirar a lo lejos.

—Ábrelo —insistió Ronald—. Un hombre inteligente juzga toda la información antes de tomar una decisión. Un hombre inteligente ve lo que hay sobre la mesa y sólo entonces, cuando está bien informado, decide. Tú eres un estudioso de las personas, puedo verlo. Eres un hombre inteligente y cauto. Lo sé porque yo también soy un estudioso de las personas.

El hombre llamado Ronald Bledsoe rozó la mano de Bertrand con el borde del sobre.

—No tienes nada que perder —insistió—. ¿Crees que a esos ricachones de las mansiones que hay de camino hacia aquí les importan tu abuela y tú?

Bertrand miró hacia la hilera de barracas de madera y jardines polvorientos en los que sus vecinos aparcaban sus vehículos. Al otro lado de la carretera estatal divisó un verde campo de caña de azúcar y una granja de cría de purasangres rodeada de cercas de hierro y barandillas pintadas de blanco, y establos de cría que costaban más que todo el barrio de su abuela. Y al fondo, un cielo a punto de descargar rayos y truenos.

Bertrand alargó la mano y cogió el sobre. Era macizo, pesado y producía una sensación agradable al tacto, como suelen ser los fajos de billetes envueltos en un sobre.

—¿Cuánto hay aquí? —dijo Bertrand secamente.

Las palabras se le habían escapado antes de poder organizar de forma lógica lo que iba a decir.

—Cuarenta mil —repuso Bledsoe—. Pero eso es sólo una parte.

Recibirás otros cuarenta mil después de la recuperación. Mete el dedo, hazlo. Cierra los ojos y dime qué se siente. ¿Te hace pensar en alguna otra cosa?

Bertrand despegó con el pulgar la solapa del sobre y echó un vistazo al fajo de billetes de cien que había dentro.

—¿Y cómo sé que no son falsos?

—Mañana por la mañana puedo llevarte al banco, o podemos ir esta noche al casino, si lo prefieres. Compraremos algunas fichas para que veas qué sucede. Los empleados del casino reconocen al instante el dinero falso. Vaya, sí que eres un tipo listo.

En la mente de Bertrand se abrió una lente de cámara. En la imagen se vio a sí mismo conduciendo un descapotable por una carretera costera, mientras las olas rompían suavemente contra la arena y las grandes piedras coralinas se cubrían de espuma. Vio a chicas en bikini lanzando una pelota de voleibol a un lado y a otro de la red. Oyó la música sonar con fuerza en los altavoces del coche y sintió la húmeda brisa salina en la cara.

—Es hora de empezar una nueva vida —le dijo Bledsoe.

En la barraca contigua una mujer empezó a gritar a sus hijos. Bertrand oyó a la mujer pegar a uno de ellos. Fue una bofetada de esas que llegan al hueso o tiran a un niño al suelo.

—Tienes razón —repuso Bertrand.

—Sabía que aceptarías.

—Por eso mismo no me interesa. Además, no soy la persona que buscas.

Le devolvió el sobre a Bledsoe, entrelazó los dedos y apretó las manos con sus rodillas. Empezaba a ver puntitos flotando ante sus ojos. Le costaba creer la cantidad de dinero que acababa de sostener en la mano y que había rechazado. Separó las rodillas, escupió en el suelo y dejó que su mente se vaciara.

—Lo que acabas de decir no sólo es ilógico —dijo Bledsoe impostando un tono tolerante—, sino que además no es cierto.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Si no fueras la persona que busco, no sabrías lo suficiente como para decir que no te interesa. Además, eres igualito a tu hermano.

Entre las nubes se oyó un retumbar eléctrico, una suerte de desgarro al fondo del cielo.

—¿Y tú cómo sabes qué aspecto tiene mi hermano? —preguntó Bertrand.

Hubo una pausa, un instante, un parpadeo más corto que un parpadeo, una fracción de segundo en la que Ronald comprendió que había metido la pata. Pero sus ojos mantuvieron su brillo alborozado.

—Tengo las fotografías policiales de todos vosotros. Me las consiguió un amigo del DPNO.

—Claro. A los polis de Nueva Orleans medio ahogados les encanta hacer esos favores para tipos como tú, detectives que obtienen sus placas de las cajas de cereales.

—Estoy tratando de ser tu amigo, Bertrand. Intento hacerte rico. Estás a unos centímetros de tener a las mujeres más hermosas del mundo.

—No te lo tomes a mal, tío, pero no creo que tú sepas una mierda de mujeres hermosas.

Bertrand se puso en pie, subió los escalones y entró de nuevo en la casa. Se preguntó si había logrado disimular que había comprendido que Bledsoe era uno de los que habían secuestrado a Eddy. Volvió a mirar por la puerta mosquitera y vio al investigador dar la vuelta para partir. Una de las ruedas del Mercury aplastó la tomatera de su abuela. Entonces Ronald clavó su vista en la de Bertrand y su expresión hizo que éste diera un paso atrás y se escondiera tras la mosquitera.

Unos minutos más tarde, Bertrand se acercó al colmado de Loreauville y compró un batido de chocolate en la máquina expendedora. Mientras se la bebía dentro del coche, en un aparcamiento desde el que se veía la iglesia católica, intentó ordenar sus pensamientos. El tipo de la cabeza con forma de cepillo de dientes anatómico le había mentido. Era uno de los que habían cogido y torturado a Eddy, lo cual significaba que era uno de los matones de Sidney Kovick. ¿Entonces por qué no me han secuestrado a mí también?, pensó Bertrand. Sabían dónde vivía, conocían sus movimientos y sabían dónde vivía su abuela. A estas alturas, se dijo Bertrand, ya deberían estar comiéndome los perros.

¿Era porque este tipo estaba haciendo su propio bisnes? ¿Porque

pensaba timar a Kovick?

Por supuesto. El matón a sueldo ya no seguía las órdenes de Kovick. Quería hacer negocios por su cuenta.

Quizá fuera hora de comerle el tarro a un par de personas, se dijo Bertrand, y además ajustar cuentas con alguien que cree que está bien ir por ahí dando de hostias a la gente.

Cambió por calderilla los últimos cinco dólares que le había dado su abuela y se dirigió al teléfono de pago que había delante del colmado, dispuesto a hacer una llamada de larga distancia.

—¿Hola? Ponme con la Floristería Kovick, en Algiers —dijo—. Sí, eso es, y no te duermas, que es una emergencia…

Miró su reloj, eran las 4:56. Venga ya, venga ya, pensaba.

—¿Por qué has tardado tanto, es que todavía no han inventado los ordenadores por ahí? —Bertrand daba saltitos, nervioso—. Vale, repítemelo —y apuntó el número en la pared de la tienda—. Ahora ve y dile a tu supervisora que te dé un aumento. Dile que Bertrand Melancon lo ha autorizado.

Tecleó el número, mientras sus úlceras chillaban y su cabeza flotaba como un globo por la adrenalina que le corría por todo el cuerpo. Ojalá estés, ojalá, ojalá estés, imploraba Bertrand, pues sabía que, si no conectaba con Kovick enseguida, su coraje se desvanecería y volvería a fallarle, como antes, como siempre.

Tras el octavo timbrazo, Bertrand estaba a punto de desistir. Pero entonces alguien levantó el auricular.

—Floristería Kovick, ¿en qué puedo ayudarle?

La voz al otro lado de la línea hizo que a Bertrand se le licuaran las tripas.

—¿En qué puedo ayudarle? —repitió la voz.

—Mejor ayúdate a ti mismo, hijoputa.

Hubo una pausa, pero más que de sorpresa fue de fatiga.

—¿Eres quien creo que eres? —dijo la voz.

—Sí, soy Bertrand Melancon, el hermano de Eddy Melancon, si es que ese nombre significa algo para ti. ¿Conoces a un blanquito que conduce un Mercury azul? ¿Uno que tiene una cara rara, como si le hubieran dado con un palo en la jeta cuando era crío?

—No.

—Piénsalo bien. Lleva placa de detective privado y cree que los negros nos vamos a poner a hacer claqué y a escupir semillas de

sandía porque él nos muestra un fajo de pasta.

—Parece que aprendes despacio, chaval. ¿Por qué no te pasas por aquí y charlamos?

—No, esta vez el que va a escuchar eres tú. El tipo que enviaste se pasó por aquí con un sobre lleno de retratos de presidentes. ¿Sabes a qué vino? A hacer un trato por su cuenta para recuperar esas piedras de sangre. Vino a jugártela bien jugada. Quizá deberías contratar a deformes con más clase para que te hagan el trabajo sucio.

—¿Cómo me puedo poner en contacto con ese tipo?

—No lo sé y no me importa, porque te he llamado por otra razón. Quizá merecí lo que me hiciste, quizá al entrar en tu tienda estaba pidiendo a gritos que me abofetearas como a una puta y me dieras una patada en el culo delante de todo el mundo. Pero aprendí algo que tú no vas a entender, aprendí que no soy un asesino. A pesar de lo que nos hiciste a mí y a mi hermano Eddy, no podría matarte. Así que he salido ganando algo que tú ni te figurabas. Sé que no soy como tú, un asesino que le corta las piernas a la gente. Y eso para mí vale más que esas piedras de sangre.

En la línea sólo se oyó el silencio.

—¿Sigues ahí? —dijo Bertrand.

—¿Dónde estás? —le respondió la voz.

—En tu cabeza, igual que tú lo estabas en la mía. Pero eso ya se acabó —dijo, y colgó.

Guau, se dijo Bertrand. Y sintió un cosquilleo en la piel, como si acabara de salir de un iglú.

25

El destello de los relámpagos sobre los árboles en torno a la casa hizo que Melanie Baylor rememorara las tormentas de verano de su niñez, en el norte de Chicago. Su familia vivía junto al lago Michigan, en un barrio de árboles de madera noble, jardines en terraplén y veleros que viraban al viento sobre un fondo de aguas azul celeste extensas como un mar. Las tormentas podían encrespar la superficie del lago y sacudir las arboledas, pero la gran casa de tres plantas de su familia era un lugar seguro, donde su padre, un corredor de bolsa, fumaba su pipa frente a la chimenea y siempre estaba de buen humor. Incluso durante el invierno, cuando el cobertizo para botes estaba cerrado y el lago cubierto de hielo, aquella casa y el pequeño pueblo aledaño eran sitios seguros, apartados de las guerras y de la inseguridad urbana. Melanie sabía que un día se casaría y se marcharía lejos, quizá a la costa este, pero también sabía que siempre sería una chica del Medio Oeste y que su verdadero hogar siempre estaría entre nogales y hayas, a orillas del lago Michigan.

Así era todo antes de que su padre sufriera un ataque mortal de corazón en la cama de su amante, en Naperville. Antes de que la Comisión de Valores y Cambio investigara su agencia de inversiones. Antes de que los acreedores los demandaran a ellos, los herederos, y se quedaran hasta el último centavo, incluida la casa a orillas del lago Michigan.

Melanie cogió del estante la botella de bourbon y se sirvió un par de dedos en un vaso. Volvió a servirse más y fue a la nevera a buscar hielo. Echó tres cubitos en el vaso y añadió agua. La lluvia empezaba a caer sobre el tejado y cuando destellaron los relámpagos notó que los árboles del jardín trasero ya estaban mojados. Otis y Thelma todavía no habían regresado de la tienda de comestibles de Nueva Iberia. Según los cálculos de Melanie, la

combinación de mal tiempo, la distancia que debían recorrer y las compras que debían hacer los mantendría ocupados al menos una hora y media. Hasta entonces ella disfrutaría de su soledad y quizá se prepararía otra copa antes de que ellos regresasen. Y por esa noche ya no bebería más.

Melanie no era alcohólica; alcohólico era su primer marido. Pero de algo estaba segura: ella nunca iba a ser como él. De eso no le cabía la menor duda.

Otis nunca le echaba en cara que hubiera dejado de ser abstemia, ni tampoco controlaba cuánto faltaba de la botella de chianti de la alacena o de la licorera de brandy del salón. Otis era un buen hombre, se dijo Melanie con un dejo de vanidad, pues se sentía orgullosa de haber aprendido a aceptar aquella manera física de hacer las cosas y ese olor a testosterona que impregnaba su ropa.

Se dio una ducha, se lavó el pelo y se secó delante del espejo. Se colocó de lado, levantó ligeramente los talones y observó su estómago plano, la turgencia de sus pechos y su piel bronceada, suave y aceitosa. Sintió un deseo sexual que le humedeció los labios e hizo que echara la cabeza hacia atrás, luego vio en su mente una imagen erótica de sí misma y pensó que quizá fuese una narcisista. Se mordió el labio inferior y se quitó un mechón de pelo de encima del ojo. Después se calzó unas sandalias y, mientras se observaba en el espejo, secó con cuidado las gotas de agua que perlaban las mejillas y la frente.

Cogió la copa de encima de la cisterna y bebió. Otis pensaba que lo sabía todo acerca de su mujer, pero la realidad era muy distinta. Quizá una de estas noches le daría una pequeña lección, se dijo Melanie, pues su potencial erótico era mucho mayor de lo que él imaginaba. Cuando los hombres la miraban deseosos de una aventura, ella nunca les hacía sentir que se estaban propasando. Quizá Otis debería prestar un poco más de atención al deseo que ella despertaba en los demás.

Melanie se puso su albornoz afelpado, se envolvió la cabeza con una toalla y se dirigió al salón con su copa. Encendió el equipo de música y sintonizó la emisora de música clásica de la universidad, luego abrió un libro sobre su regazo y dio un sorbo a la copa. A la luz del porche, advirtió que la lluvia caía formando vórtice y enturbiando el aire, que parecía cristal soplado. La carretera de dos

carriles que pasaba frente a la casa se veía negra y resbaladiza. Al otro lado del *bayou* vio las luces de un jardín trasero y a un hombre negro subido a una escalera recolocando los ladrillos que sujetaban el fieltro azul y la lona que cubrían un agujero dejado por el Rita en el tejado.

¿Cuándo acabaría ese mal tiempo? ¿Cuándo se solucionarían todos los estragos causados por los huracanes?

Una carraca que echaba aceite quemado pasó por delante de la casa y al llegar al puente levadizo dio la vuelta. Durante unos instantes, el coche apagó los faros. Melanie dejó la copa y el libro y fue hacia la ventana, cerrando inconscientemente el cuello del albornoz.

En la oscuridad que se formaba bajo los árboles, el coche apenas se distinguía. Melanie forzó la vista, pero no consiguió ver si el conductor seguía dentro del vehículo o no. Detrás, en el puente levadizo y bajo el resplandor de las farolas, apareció de repente un vehículo que ella nunca habría esperado ver en un área rural del sur de Luisiana. Un Rolls-Royce color lavanda cruzó ruidosamente la rejilla y al llegar a la antigua mansión de la plantación, torció y se dirigió *bayou* abajo, alejándose de la vieja carraca aparcada y de la casa de la familia Baylor.

Melanie comprobó el cerrojo y la cadena de la puerta principal y bajó las persianas. Luego se repantingó tranquilamente en su sillón y se acabó la copa. El bourbon llegó a su estómago como un viejo amigo, entibiando su interior, haciéndola sentirse confiada y poderosamente erótica a la vez. La sensación se extendió por su cuerpo, calmando las terminaciones nerviosas. Era como si alguien le cerrara los ojos suavemente con los dedos y le susurrara al oído que el mundo era un lugar seguro y que los errores cometidos serían curados por ese calmante que era el tiempo.

¿Qué mejor amigo podía tener una mujer?

Bertrand Melancon terminó de escribir su carta de desagravio y la leyó una vez más. Se preguntó si a la familia Baylor le molestaría que hubiese escrito la nota en una toalla de papel; y más importante aún, si les repugnaría que él se presentara en la casa. El caso era que, pasara lo que pasara, había llegado la hora de coger el coche y

marchar *bayou* abajo. Echó un trago de la botella de leche chocolatada que su abuela le había comprado para el dolor de tripa, dobló la toalla de papel con un pliegue recto y se la guardó en la camisa.

Llovía a cántaros sobre el «Barrio Francés» de Loreauville, y los cañaverales y las pacanas se desdibujaban tras la bruma amarillenta que flotaba sobre la superficie del *bayou*. Bertrand atravesó el jardín inundado de su abuela, arrancó el coche y le puso gasolina para que las bujías y cilindros se calentaran y el motor dejara de petardear y de soltar nubarrones de humo por el silenciador roto.

Tomó el camino estatal y se dirigió a Nueva Iberia. La lluvia caía con fuerza sobre el techo del coche y las ventanillas, y los limpiaparabrisas se estaban aflojando. Al torcer por Old Jeanerette Road y bordear el *bayou* hacia la casa de los Baylor, Bertrand descubrió que tenía otro problema: el pedal del freno no funcionaba hasta llegar casi al tope.

Su abuela había mencionado algo acerca de que había que reponer líquido de frenos, pero en ese momento él estaba escribiendo su carta de desagravio y no le prestó atención. Ahora se encontraba en medio de otra tormenta más, con los frenos defectuosos y nubes de aceite quemado subiéndole a las narices. ¿Qué más podía salirle mal?

Pisó varias veces al pedal y sintió que éste cada vez se hundía un poco menos, aunque enseguida volvía a perder presión. Estuvo apunto de chocar contra una señal de stop en un cruce de un suburbio pegado al *bayou*. En una tienda de carretera ubicada al otro lado del puente había un autoservicio de gasolina, pero allí seguramente no venderían líquido de frenos. Así que, mientras la lluvia chorreaba por el parabrisas y sus úlceras berreaban como el coro del templo mormón, Bertrand prosiguió su camino a Jeanerette, hacia la casa de la familia Baylor.

Finalmente pasó junto a la plantación Alice y divisó a lo lejos, brillando débilmente en la bruma, las luces del puente de Jeanerette. Pasó de largo por la casa de los Baylor, y al llegar al puente levadizo dio media vuelta y aparcó bajo la oscuridad de los árboles. La lluvia se había convertido en niebla, y era como si aquella tenue llovizna se adhiriese a todo. La luz de la galería estaba encendida y también lo estaban las del salón y la cocina.

Quizá la familia Baylor al completo se encontraba en casa. Entonces descendieron las persianas, pero antes, fugazmente, una silueta se recortó tras la ventana.

Bertrand siempre se había preguntado cómo hacían los paracaidistas para reunir el coraje necesario para atreverse a saltar de un avión. ¿Qué clase de imbécil daría un salto desde miles de metros de altura confiando en que el montón de tela que llevaba en la mochila no se rasgara y se hiciera pedazos, y aferrado a la esperanza de no convertirse en un agujero en el tejado de un granero? En la cárcel St. John Baptist, Bertrand tuvo la oportunidad de hacerle precisamente esa pregunta a un paracaidista.

Limpiándose las uñas, el paracaidista le contestó:

—No te lo piensas mucho antes de hacerlo ni te lo piensas demasiado después.

—¿Eso es todo? —preguntó Bertrand.

—Sí, más o menos.

Siguiendo el consejo del paracaidista, Bertrand intentó hacer acopio de coraje y presentarse en casa de Thelma Baylor. Pero el consejo no le había servido de nada. Quizá ciertas frases eran incomprensibles hasta que uno se ganaba el derecho a comprenderlas.

Respiró hondo y, con la carta de desagravio guardada dentro de la camisa, se encaminó hacia la puerta principal de la casa de los Baylor. A sus espaldas oyó un vehículo pesado cruzar ruidosamente la rejilla del puente levadizo. Se dio la vuelta y vio un lujoso automóvil color lavanda, una clase de vehículo que nunca antes había visto. La tapa cromada del radiador estaba en la parte exterior del capó y la carrocería era tan suave que parecía hecha de plástico vaciado en un molde. Poco después, el automóvil desapareció camino abajo en dirección a la silueta desdibujada del viejo molino azucarero.

Bertrand cruzó el jardín delantero de la familia Baylor y subió los escalones. Dudó unos instantes, pero abrió la puerta mosquitera y entró en la galería.

La lluvia había amainado hasta convertirse en poco más que un susurro de ramas sobre el tejado de latón. La bruma flotaba sobre

los jardines laterales y el cielo parpadeaba con destellos eléctricos mudos. Melanie se había servido medio vaso de bourbon y añadido más hielo, pero nada de agua. Al beberlo sintió que el alcohol estaba tan frío y tan fuerte que anestesiaba todo lo que tocaba. Además, era especialmente efectivo para reemplazar e incluso borrar las imágenes de la noche en que el Katrina tocó tierra y cambió para siempre su vida.

Melanie creyó sentir la vibración de unos pasos en la galería, pero los pasos no podían ser los de Thelma ni los de Otis. Si hubiesen llegado, ella habría visto los faros iluminar la entrada de coches. Además, Thelma y Otis siempre descargaban los comestibles bajo la puerta cochera y luego accedían a la casa por la puerta lateral, igual que solían hacer en Nueva Orleans.

Melanie depositó el libro boca abajo y aguzó el oído. Oyó claramente que alguien llamaba, y cualquier duda que tuviera acerca de la presencia de un extraño se desvaneció. Se puso en pie y se acercó a la puerta por el costado, como para ver por los cristales combados de la mirilla sin ser vista.

Entonces, de repente, vio el perfil de un hombre negro. Era de altura mediana, sin afeitar, con el pelo descuidado y la cara mojada por la lluvia, y no paraba de volverse a mirar hacia el camino, donde los faros de un vehículo iluminaban el arcén. Los faros se apagaron finalmente y el hombre se encaró hacia la puerta.

Melanie dio un rápido paso atrás. El whisky que había depositado en cada resquicio de su organismo para sentirse abrigada y reconfortada se evaporó, como una gota de agua sobre una estufa de leña candente. Le temblaron las manos y se quedó sin respiración. Fue a la cocina y marcó el 911, pero rápidamente comprendió que la policía no llegaría a tiempo, que ella tendría que lidiar con aquel hombre sin ayuda, ya fuera enfrentándose a él o ignorándolo.

Aunque si lo ignoraba, el extraño llegaría a la conclusión de que la casa estaba vacía y quizá se decidiera a entrar. Melanie cerró los ojos y oyó el estampido de un disparo. Pero eran imaginaciones suyas, el whisky la estaba traicionando, inventando y amplificando los recuerdos de los que supuestamente debía protegerla.

Por el auricular brotó la voz de una policía negra.

—¿Cuál es la naturaleza de su emergencia?

—¿Cómo ha dicho?

—Que cuál es la naturaleza de su emergencia, señora.

—Hay un hombre llamando a mi puerta. Envíe a alguien hacia aquí.

—¿Está intentando entrar en su casa por la fuerza?

—Es un hombre negro. No sé quién es, pero no tiene nada que hacer aquí.

—Ya le envío una patrulla, señora. ¿Hay alguien con usted?

—Mentira, no me van a enviar ninguna patrulla. Le darán prioridad a los accidentes, ya sé cómo son ustedes…

—¿A qué se refiere con «ustedes», señora? ¿Necesita asistencia médica? Suena como si hubiera estado bebiendo…

—No, no necesito asistencia médica, ignorante —dijo Melanie, y dejó caer el auricular sobre la mesa, despreciando a la telefonista pero sin cortar la conexión.

Del taco de madera donde se insertaban los cuchillos más afilados, extrajo uno. Lo ocultó tras la espalda, fixe hasta la puerta y la abrió de golpe.

El hombre negro que tenía delante de sí llevaba en las manos una servilleta de papel marrón arrugada.

Tenía el aspecto de uno de esos muertos de hambre que cantan villancicos y pasan el sombrero en Navidad.

—¿Es usted la señora Baylor? —preguntó él.

—¿Qué quiere?

—¿Están la señorita o el señor Baylor?

—Le pregunté qué quería.

—Entonces supongo que no están. Deje que le lea esto, y me iré.

Él se ubicó de modo que la luz de la galería cayera sobre la toalla de papel.

—¿Está loco? —le dijo Melanie.

—A la señorita Thelma y a la familia de la señorita Thelma… —empezó a leer—. Siento mucho lo que le hice. No siempre he sido esta clase de persona. O sí, no estoy seguro. Pero quiero compensar lo que he hecho, aunque sé que no se puede reparar lo que ha sufrido usted o alguien que ha sufrido como usted.

»Fuimos André, mi hermano Eddy y yo quienes la atacamos allá en el Desire. Le hicimos lo mismo a una chica en el Lower Nine. También quiero ir a pedirle perdón a ella, pero no puedo

encontrarla. Así que si usted sabe quién es, por favor dígale que lo siento.

»La noche de la tormenta entré en su garaje a robar gasolina. También robamos unas "piedras de sangre" a alguien que antes se las había robado a otro. Las escondí donde indica el dibujo que hice aquí debajo. Quédenselas, son suyas. No compensarán lo que hice, pero Eddy está muy mal y André murió, y creo que yo he perdido mi alma. Eso es todo lo que tengo que decir, salvo que lamento mucho lo que hicimos.

»Gracias. Bertrand Melancon.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Tú violaste a Thelma?

—Sí, señora.

—¡Eres un mierda! ¿Cómo puedes venir aquí a ofrecernos diamantes de sangre, maldito pedazo de mierda?

—No es mi intención hacerla enfadar.

A Bertrand la crema para el pelo empezó a chorrearle por la piel y ella pudo olería, era una mezcla de aloe, grasa y cera de vela. Como en un sueño, Melanie vio una bala atravesar el cuello de un hombre y volarle la tapa de los sesos al adolescente que había detrás, convirtiéndolos en una lluvia de sangre. Sin saber muy bien por qué, Melanie creyó que iba a vomitar. Aunque había una cosa que sí sabía: odiaba visceralmente al hombre que tenía delante.

—Has arruinado nuestras vidas, destruiste la carrera de mi esposo y gracias a ti estamos perdiendo todo lo que tenemos —le espetó—. ¿Y vienes a pedir perdón? ¿Cómo tienes la arrogancia de pedir que te perdonemos?

Bertrand vio que la mujer llevaba un cuchillo en la mano. Era de hoja corta, ancho a la altura de la empuñadura pero de punta afilada.

—Siento haberla molestado, señora. Pensé que venir a disculparme era lo correcto. No volveré por aquí.

Intentó entregarle la carta que había escrito, pero ella se la quitó de la mano y se la lanzó a la cara. Al otro lado de la puerta mosquitera, Bertrand dio un respingo del susto y rodó hacia atrás por los escalones de la galería al jardín.

—Y llévate eso contigo —chilló ella recogiendo la toalla de papel, haciendo una bola con ella y lanzándosela—. ¿Me has oído?

¡Espero que ardas en el infierno!

Pero Bertrand ya corría hacia el coche de su abuela, mirando hacia atrás por encima del hombro, preguntándose si algún día conseguiría redimirse y si entre los seres humanos la locura era la norma y no la excepción.

Entonces volvió a ver el automóvil color lavanda, el de la tapa de radiador en el exterior del capó. El conductor estaba de pie junto al faro delantero, observando a Bertrand. Su cabeza larga y lustrosa resultaba inconfundible, recortada contra el fulgor de las luces del puente levadizo.

Tú no abandonas, ¿eh, hijoputa?, se dijo Bertrand. Pues vale, veamos si los tienes como un toro o como una codorniz.

Arrancó el coche de su abuela, metió ruidosamente la marcha atrás y pisó el acelerador a fondo. Los neumáticos, al girar, lanzaron al aire una lluvia de barro y agua. Echando nubes de aceite quemado por debajo del capó, el coche salió a toda velocidad hacia el extraño vehículo con la tapa del radiador en el lado exterior.

Ahí voy, Cara de Cepillo de Dientes.

Bertrand se retorció en el asiento y miró hacia atrás por la luna trasera, enfilando al tipo que se hacía llamar Ronald. Los neumáticos, gastados y cubiertos de barro, iban dejando marcas sinuosas sobre el asfalto y el arcén. Ronald procuró mantenerse firme, pero en el último momento saltó a un lado y se protegió tras un roble de Virginia.

Ya decía yo que no tenías huevos, se dijo Bertrand.

Levantó el pie del acelerador y pisó los frenos, esperando deslizarse hasta unos pocos centímetros del coche color lavanda.

Pero el pedal se hundió hasta el fondo, como si estuviese totalmente desconectado del resto del coche. El parachoques de la carraca se incrustó en el Rolls Royce restaurado de Ronald Bledsoe, destrozándole el morro y esparciendo sobre el asfalto pedazos de cristal de los faros, cables y pedazos de cromado.

Mierda.

Bertrand puso el coche en marcha, pisó a fondo el acelerador y, con las ruedas girando enloquecidas, la carraca retomó el camino, llevándose algunos pedazos del coche de coleccionista. Al mirar por el retrovisor vio a Ronald observar horrorizado los destrozos que había sufrido su Rolls-Royce.

Mala suerte, chaval. La cagaste Burt Lancaster. Ahí te quedas, contreras. Hasta la vista, artista.

Bertrand se alejó camino abajo riéndose a carcajadas. Sólo había un problema: junto al vehículo de coleccionista había quedado el parachoques de su abuela, matrícula del vehículo incluida.

26

El viernes por la mañana telefoneé a la oficina de Bo Diddley en Lafayette. Me contestó la misma recepcionista, la que dominaba el arte de decir lo menos posible.

—Soy el detective Dave Robicheaux, del Departamento del Sheriff de Iberia. ¿Ha regresado el señor Wiggins de su viaje de negocios a Miami?

—Ahora mismo está en una reunión —me respondió.

—¿Está la otra secretaria, la de la melena rubia platino?

—Está de vacaciones.

—Póngame con el señor Wiggins.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puede. Hágalo.

Marqué la hora en mi reloj. Pasaron casi dos minutos antes de que Bo cogiera el teléfono.

—¿Qué ocurre, Dave?

—Tengo la sensación de que no quieres verme.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—¿Te dijo tu recepcionista que fui a verte a tu oficina el miércoles?

—Seguramente no vi la nota con el mensaje. No la pagues con ella.

Hice una pausa antes de volver a hablar.

—Estaré en tu oficina en cuarenta minutos. Yo en tu lugar me quedaría allí. Si no estás cuando llegue, haré que te detenga la policía de Lafayette.

—¿De qué diablos estás hablando?

Me pareció que ya era hora de que Bo experimentara una dosis de ansiedad.

—Pronto lo averiguarás —respondí, y colgué.

El tráfico era fluido y llegué al Centro Petrolífero de Lafayette en

media hora. La oficina de Bo era espaciosa y rodeada de ventanales, lo cual convertía aquel entorno puramente utilitario en un espacio más diáfano. Lo encontré detrás de su mampara de vidrio, hablando por teléfono en su escritorio. Me miró por encima de las gafas de leer y con un gesto me indicó que pasara, como si estuviera ansioso por verme.

—¿Qué pasa? —me dijo—. ¿Estás de resaca?

—¿Dónde está tu secretaria, la mujer que estaba con Bobby Mack Rydel en el casino?

—Está de baja por enfermedad.

—Qué curioso. Tu recepcionista dijo que estaba de vacaciones.

Bo dejó entrever una expresión exasperada, como si su nueva caridad cristiana estuviera siendo puesta a prueba.

—¿Por qué me tratas así, Dave? ¿Es por algo que te hice cuando estudiábamos? ¿Te pegué estando borracho? Siempre tuve la sensación de que pensabas que yo era cruel con la gente de color y con los que tenían más que yo. Si pensabas eso, tenías razón. Pero ya no soy así.

Me sonrió mirándome a los ojos, a la espera de mi respuesta. Su modestia, su candor, su vulnerabilidad eran una sinfonía de la manipulación. Pero no sería justo pintar a Bo como un hipócrita. James Boyd Wiggins había aprendido su sistema de valores de la misma oligarquía que lo había creado. En Luisiana, al igual que en el resto del Sur, todo gira en torno al poder, un poder que no se compra con dinero. El dinero va incluido en el paquete. Los evangelistas y las iglesias fundamentalistas de la televisión venden magia para obtenerlo. El éxito se mide por la mayor o menor capacidad de explotar al prójimo, de recompensar a amigos, de castigar a enemigos. En la historia de nuestro estado, un demagogo con zapatos agujereados obligó a Standard Oil a besarle el anillo. Puede que Bo Diddley valorara el dinero, pero sospechaba que lo echaría a paladas a un incinerador antes que quitar el nombre de James Boyd Wiggins de la entrada de su edificio de oficinas.

—¿Por qué me miras así? —preguntó sin dejar de sonreír.

Meneé la cabeza incrédulo.

—¿Cuánto hace que Bobby Mack Rydel trabaja para ti? —respondí.

—¿Es alguien de seguridad?

—Entre otras cosas.

—Contrato un servicio de seguridad de Baton Rouge para que vigile todos mis astilleros. Ellos subcontratan parte del trabajo. Puede que Rydel sea un empleado de ellos, pero no puedo asegurarlo. Rydel es de Morgan City, ¿no es cierto? ¿Esto tiene algo que ver con la pelea entre él y tu amigo en el casino?

Como sucede con todas las personas temerosas, para Bo el orden del día era siempre el mismo: cada acción suya, cada palabra estaba destinada a controlar el entorno y las personas que tenía a alrededor. Sus palabras no significaban nada y contestaba las preguntas con preguntas. Pero lo más conmovedor era su capacidad de incluir algo de verdad en sus mentiras constantes.

—Rydel es un mercenario —le dije—. Su especialidad son los interrogatorios, lo que en términos burocráticos significa tortura. ¿Alguna vez has visto una mujer asfixiada con una bolsa de plástico en la cabeza?

—No, y no me jodas con historias de ésas.

Bo estaba tenso como el muelle de un reloj. Era el momento de cambiar de tema.

—Comentaste que querías ayudarme a encontrar a un cura que desapareció en el Lower Nine —dije—. Pero creo que tu interés era otro. Lo que te interesaba eran los diamantes de sangre robados de la casa de Sidney Kovick.

Sus ojos siguieron clavados en los míos sin parpadear.

—Conoces a Sidney, ¿no es cierto?

—Estamos en Luisiana —me respondió—. Nadie hace negocios en Nueva Orleans sin cruzarse con gente como Sidney Kovick. Repíteme eso de los diamantes.

No pierdas el hilo, me dije.

—Pero tú conoces a Kovick personalmente. —Lo mío no era una pregunta.

—No, no me relaciono con gánsteres, y mi esposa tampoco. Deberías venir a nuestro torneo de golf benéfico alguna vez. Allí verías quiénes son nuestros amigos. Tú me conoces, Dave. Me dedico a la soldadura con arco. Todo lo que tengo me lo he ganado con mi sudor.

Bo aún no había parpadeado. Su piel tensa le marcaba los huesos de la cara. Sus antebrazos eran fuertes y venosos. Las aletas

de la nariz se le abrían y cerraban. Noté que me estaba mintiendo.

—Bobby Mack Rydel va por ahí con un misógino degenerado llamado Ronald Bledsoe. Creo que ambos trabajan para el mismo jefe. Este Bledsoe se ha portado mal con mi hija, y antes de que esto acabe le voy a ajustar las cuentas.

—¿Quieres que te cuente lo que averigüé sobre el cura?

Bo conocía mi debilidad y me pilló desprevenido, pero no me importó. Sabía que ya no iba a conseguir sacarle nada.

—Venga —le dije.

—Envié gente al Lower Nine y envié gente a los centros de acogida. Hablaron con evacuados que conocían a tu amigo y sabían dónde estaba su iglesia. Gente que estaba ahí cuando las aguas cubrieron la parroquia como si fuera una caja de zapatos, gente que no tenía por qué mentir…

—Ve al grano, Bo.

Parecía genuinamente inepto, frustrado por no sentirse seguro hablando fuera de un vestuario o un taller de soldadura.

—El cura no salió vivo de allí, Dave. Casi todos los que estaban en ese ático se ahogaron. No sé por qué esa gente no se marchó cuando tuvo la oportunidad. En un aparcamiento todavía hay cientos de autobuses con el agua hasta las ventanas. Eso es lo que pasa cuando la gente no se ocupa de sí misma…

Pero yo había dejado de prestarle atención. En realidad, no sé qué esperaba de Bo. Supuestamente, las civilizaciones antiguas colocaban pesadas piedras sobre las tumbas de los muertos para que sus espíritus no vagasen sin rumbo. Pero creo que hay otra explicación. Cuando fijamos a los muertos a la tierra, cuando los tenemos cerca, ya no nos sentimos obligados a buscarlos en nuestros sueños.

—Gracias por la información —contesté.

Pero Bo no había acabado. Nunca entenderé por qué añadió lo que siguió. Siempre he sospechado que los cristianos convertidos se encuentran sumidos en un dilema que no quieren reconocer: si realmente creen los preceptos que profesan, ya no pueden seguir siendo los mismos, no pueden seguir siendo lo que son.

—Un montón de gente dice que vio luces debajo del agua, como si en el fondo nadaran peces fosforescentes. Pero no fue así. Después de que el cura cayera del tejado de la iglesia, o lo

empujaran, los sobrevoló un helicóptero de los guardacostas con más focos que un puticlub de Ciudad Juárez. Lo que esa gente vio eran reflejos: el aire descendiente de las aspas removió los reflejos en la superficie del agua.

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué no rescató el helicóptero a la gente que se ahogaba?

—Tendrás que preguntárselo a ellos, chico.

Su expresión parecía tan vacía como la de un espantapájaros.

Esa tarde acudió a mi despacho una policía de tráfico negra llamada Catín Segura. Había comenzado a trabajar en el departamento como radio operadora del 911, hasta diplomarse en justicia criminal en el Community College de Nueva Orleans. Al igual que Helen Soileau, había trabajado como revisora de parquímetros hasta convertirse en policía y patrullar tanto por el centro acaudalado como por el suburbio de Gretna, al otro lado del río. Cuando Helen decidió incrementar el número de ayudantes de sheriff negros del departamento, Catín fue la primera persona que contrató.

Catín era baja, fuerte, modesta y un poco tímida, además de madre soltera de dos niños con los que vivía en Jeanerette. Era una de esas personas sencillas y decentes con las que siempre se puede contar.

Cuando uno le asignaba una misión, podía olvidarse tranquilamente del asunto. Siempre he admirado la gracia y dignidad con que dirigía su vida.

—¿Qué hay, Catín? —le dije.

—Ayer, cuando regresaba a casa, vi que había habido un accidente junto al puente levadizo de Jeanerette. Parece que un coche embistió a otro y se dio a la fuga. —Sacó una libreta del bolsillo de su camisa y pasó dos páginas—. El tal Ronald Bledsoe dijo que estaba aparcado en el arcén hablando por teléfono y un maníaco que venía en dirección contraria lo embistió y huyó. Tenía el radiador perforado y se estaba derramando todo el anticongelante. También había trozos de carrocería sobre el asfalto. Bledsoe conducía un Rolls-Royce. ¿Conoces a ese tipo, Dave?

—Es una pesadilla. Hace poco alguien entró en mi casa, y puede que haya sido él.

Ella me lanzó una mirada.

—Vale. El hecho es que Bledsoe estaba esperando la grúa, pero no había llamado al 911. Le pregunté por qué y me dijo que pensó que sería una pérdida de tiempo. Le dije que la compañía de seguros le pediría un informe policial. Me contestó que no se le había ocurrido. Ese tipo me recuerda a los deformes de las ferias de antaño.

—Eso forma parte de su encanto.

—Y ahora viene la parte en que la cosa se pone rara —continuó Catín—. Otis Baylor salió a su jardín y se puso a mirarnos a Bledsoe y a mí. Le pregunté si había visto al conductor que huyó, y me contestó que no. Le pregunté si alguien de su familia lo había visto, y me contestó que no. Creí que iba a volver entrar, pero se quedó ahí, plantado en el porche.

—¿Y entonces qué pasó?

—Saqué mi escoba del maletero y empecé a barrer hacia el arcén los cristales rotos y los trozos de metal. Y entonces vi la matrícula en el suelo, y Baylor también debió de verla. Cuando la grúa llegó y empezó a izar el Rolls, él se acercó al camino, echó un vistazo a la matrícula y después volvió a su casa. Lo vi bien bajo la luz del porche: estoy casi segura de que sacó del bolsillo un bolígrafo y se apuntó algo en la mano.

—¿El número de la matrícula?

—¿Usted qué cree? Acabo de verificarla. Pertenece a una tal Elizabeth Crochet, de Loreauville. ¿Le dice algo el nombre?

—No, pero dame la dirección.

Catín la apuntó en su libreta, arrancó la página y me la entregó.

—Sé que Baylor está en libertad bajo fianza, así que consideré importante comentarle a usted todo esto.

—Has hecho bien.

—¿Baylor le disparó a unos muchachos negros en el centro?

—Eso dice todo el mundo.

—Debe de ser duro para su mujer.

—¿Por qué?

—La conocí en Nueva Orleans. Estaba en mi grupo de Alcohólicos Anónimos. Su primer marido era un adicto al porno sádico. Si necesita algo más, Dave, llámeme.

Unas horas después telefoneé a casa de Otis Baylor, pero no nadie contestó. Telefoneé a casa de Elizabeth Crochet y tampoco obtuve respuesta. Justo antes de acabar la jornada apareció Clete.

—O sufro de síndrome de estrés tardío o tengo pesadillas despierto —me dijo.

Era viernes por la tarde y no quería oír lo que me iba a contar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Vi a Marco Scarlotti en el Winn-Dixie.

—¿Estás seguro?

—Lo seguí hasta la calle. Era Marco. Charlie lo esperaba en un coche. Llevaban dos bolsas de la compra llenas de comestibles. Les hice señas para que pararan pero no me hicieron caso. ¿Qué hacen los matones de Sidney en Nueva Iberia?

—Ni idea.

—Esta tarde fui al Centro Petrolífero de Lafayette a ver a ese Bo Diddley Wiggins —continuó—. Me dijo que me largara. También me dijo que te había dicho a ti todo lo que sabía sobre Bobby Mack Rydel.

—Es cierto.

—¿Así que me apartas de la investigación? —dijo Clete mientras le quitaba el envoltorio plateado a un chicle.

—No exactamente.

Se metió el chicle en la boca y masticó. Oí un pájaro estrellarse contra mi ventana.

—A Bobby Mack Rydel le han dado de alta en el hospital hoy —me dijo—. Hice un par de llamadas a Morgan City, pero Rydel no está ni en su casa ni en su despacho.

No había nada que hacer. Clete iba a tomar parte en la investigación de todos modos, conmigo o por su cuenta. Y si lo hacía de esta última manera, no iba a ser beneficioso para nadie, sobre todo para él.

—¿Te vienes a picar algo a casa y después nos vamos tú y yo a Loreauville? —dije.

—¿Qué se cuece por allí?

—Probablemente Bertrand Melancon en una gran olla de hierro.

Al atardecer llovió, y cuando el cielo se despejó la brisa fresca olía a

huevas de pescado y madera húmeda. Alafair tenía una cita y Molly iba a una reunión de Pax Cristi en el Grand Coteau. Abrí todas las ventanas y dejé entrar el viento y la fresca fragancia otoñal de las flores nocturnas de nuestro jardín. Las nubes, a través de los árboles, eran moradas, salpicadas de rosa hacia el oeste. Al pie de la pendiente del jardín, entre los nenúfares, una garza azul se quitaba los insectos de las alas con el pico. Su cuerpo era esbelto como un haiku.

No tenía ningunas ganas de salir a perseguir a Bertrand Melancon ni de dejar nuestra sencilla casa de Bayou Teche en este instante perfecto. No tenía ningunas ganas de volver al mundo violento y codicioso de esta era en que vivimos. Como policía, no debía odiar a nadie, pero lo cierto es que despreciaba a aquellos que manipulan y explotan a nuestra sociedad, y no me refiero a la patética colección de bellacos que metemos en la cárcel, aunque sea una pérdida de tiempo y dinero. Quizá el mundo siempre ha sido como ahora, no lo sé. Pero a veces sólo me apetecía retirarme a un jardín privado y no tener que lidiar más con él, como hace Cándido, el personaje de Voltaire.

Lamentablemente, las cosas no funcionan así.

Clete y yo nos montamos en su descapotable y, como un par de *rockabillies* de los años cincuenta, nos dirigimos *bayou* arriba hacia la casa de Elizabeth Crochet, en el «Barrio Francés» de Loreauville.

Hace varias décadas, allá por los años sesenta, un pastor negro de Oakland, California, dirigió una carta abierta a los fundadores de los Black Panther, a quienes conocía por haberse criado con ellos. Su tesis era sencilla, a saber: los cimientos de la comunidad negra siempre habían sido la iglesia y la familia. La familia era matriarcal; la iglesia, baptista y sureña.

El pastor advertía a sus amigos de juventud que ellos no comprendían la naturaleza de la lealtad atávica que existía en el seno de las familias negras. Al revés que los blancos, que eran capaces de entregar a sus hijos a las autoridades, una matriarca negra se abriría las venas antes que entregar a su nieto a un agente blanco. Y puesto que los Panthers no respetaban ni la iglesia ni la ética de la familia tradicional, sus seguidores serían fugaces, en el

mejor de los casos, y su movimiento poco más que una nota a pie de página en la historia.

Elizabeth Crochet llevaba su cabello gris atado en un moño y andaba muy encorvada, apoyada en su bastón. Cuando abrió la puerta mosquitera para dejarnos pasar, apenas pudo alzar la cabeza para mirarnos a la cara. Clete se quitó el sombrerito y yo le enseñé mi placa y mi identificación con fotografía. El salón estaba ordenado, las alfombras gastadas pero bien barridas y el sofá cubierto con una funda estampada con flores. La anciana se acomodó en una silla de respaldo duro y nos indicó que nos podíamos sentar en el sofá y en un sillón. Intentó enfocarnos con la vista, pero sus ojos azules temblaban.

—¿Dice usted que mi cochecito estuvo envuelto en un accidente?

—Junto al puente levadizo de Jeanerette —confirmé.

—Pues no me había enterado.

—¿Dónde está su coche ahora, señora Crochet?

—¿No está ahí delante?

—No, señora.

—Entonces no está.

Clete reprimió un bostezo y miró hacia fuera por la puerta. Conocía el procedimiento, lo había practicado durante años.

—Señora Crochet, hemos hablado con un par de vecinos suyos —le dije—. Sé que Bertrand Melancon es su nieto y sé que está viviendo aquí, con usted. No quiero que acabe lastimado. Unos hombres muy malos harían lo que fuera para recuperar algo que les pertenece. Según ellos, Bertrand lo tiene, o al menos sabe cómo acceder a ello. Le repito que estos hombres son muy peligrosos.

—Se ha vuelto a meter en líos, ¿eh?

—Así es.

—Empezó con su madre.

—¿Cómo dice?

—A su madre le gustaba un hombre del centro y por eso se marchó a Nueva Orleans. No quería vivir aquí como una campesina, decía. Eddy y Bertrand nunca tuvieron un papá de verdad.

Durante un instante tuve la sensación de que nuestro viaje no había sido en vano.

—¿Dónde se encuentra Bertrand ahora, señora Crochet?

—No lo sé.

—¿Ha intentado ponerse en contacto con usted un hombre llamado Otis Baylor?

—¿Quién es ése?

Le apunté el número de teléfono de mi casa en el dorso de una de mis tarjetas y la deposité en la mesa de café.

—Dígale a Bertrand que me llame —le dije.

—Tengo la sensación de que ya no voy a volver a verlo, señor Robicheaux.

Me sorprendió que recordara mi nombre. De repente, comprendí que su mente y su inteligencia habían sufrido el paso de los años mucho menos que su cuerpo.

—¿Por qué lo dice? —pregunté.

—Porque siempre supe que iba a morir joven. No habló hasta que tuvo cuatro años, ¿y sabe por qué? Porque siempre tenía miedo. Ese chiquillo tuvo miedo cada día de su vida. Y nunca ha dejado de ser ese niñito que intentaba demostrar que no le temía a nadie.

—Bertrand me dijo que tenía una tía en el Lower Nine. ¿Cree que puede estar con ella? —dije sonriendo.

—Por lo que he oído, en el Lower Nine no queda nadie. A no ser que cuente a los muertos.

Me puse en pie para irme.

—Señor Robicheaux…

—Dígame, señora.

—¿Qué fue lo que hizo Bertrand? No habrá matado a nadie… No habrá hecho algo así, ¿verdad?

La anciana me recordó a un pajarillo recién nacido mirando hacia arriba desde el fondo del nido.

Clete y yo nos subimos una vez más a su descapotable y recorrimos hasta el final el «Barrio Francés» de Loreauville, contemplando la posibilidad de que Bertrand se encontrara en casa de algún vecino. Intuí que Clete estaba exasperado por nuestro inútil encuentro con la anciana.

—¿Por qué no le dijiste que su nieto quizá mató a un cura católico?

—Porque no serviría de nada y porque es demasiado vieja para

cargar con semejante noticia.

—Tampoco la presionaste respecto a la tía del Lower Nine.

—No puedo perseguir a Bertrand por todo el estado, Clete. No tengo ni el tiempo ni los recursos. ¿Qué tal si te lo tomas con calma?

Una rueda delantera se metió en un bache. La carrocería se hundió hasta golpear el amortiguador y el agua salpicó el parabrisas.

—Es tu caso —dijo Clete cabreado—, pero Bertrand ha huido gracias a que mis jefes pagaron su fianza, y yo sigo siendo el mismo tipo al que Bertrand atropelló con su furgoneta.

—Tienes razón, es mi caso. Al menos eso te ha quedado claro.

Clete encendió la radio pero enseguida la apagó. Por el cuello ya le subían los colores.

—Anda, dilo de una vez —lo increpé.

—Es tu caso, llévalo como mejor te parezca. Pero creo que deberías presionar más a estos cabrones.

Miré por la ventana y decidí que aquél no era el mejor momento para responder.

Clete dobló por un camino y condujo lentamente hasta tomar de nuevo la carretera estatal. El cielo se había oscurecido y las luces de las barracas que bordeaban el camino se iban encendiendo poco a poco. Las ventanas tapiadas, los coches viejos, las cuerdas de tenderla ropa y las zanjas de aguas residuales llenas de basura recordaban las fotografías que Walker Evans tomó durante la Gran Depresión. Era como si no hubiese pasado el tiempo. ¿Quién era responsable de aquello? Me cuesta aceptar la teoría de la culpa colectiva. Pero si tuviera que culpar a alguien, empezaría con la Liga Blanca, con los Caballeros de la Camelia Blanca, con aquellos que los sábados por la noche salían a jugar a «tumbar negratas», y con las personas que hicieron todo lo posible por mantener a sus congéneres en la pobreza, ignorantes y recelosos entre sí, para poder contar siempre con mano de obra barata.

—¿Te he hecho enfadar? —me preguntó Clete.

—No —dije—. Tengo la sensación de que Bertrand Melancon estuvo en casa de Otis Baylor.

—¿Quiere reparar lo que le hizo a la hija de Baylor?

—Sí, aunque no sé de qué manera.

—Ese cabeza de pus podría entregarle los diamantes, aunque no creo que se atreviera.

Estaba cansado y no quería seguir pensando en aquello.

—Te invito a una Dr. Pepper en el mercado de Miller —le dije.

—Qué ilusión. Contigo…

—¿Qué?

—… Eres el mejor poli que he conocido, Dave, pero estás loco. Siempre lo has estado. Contigo la vida es como estar al lado de un tipo que en vez de cerebro tiene un trozo de kriptonita.

La llamada llegó en mitad de la noche. La luna rielaba blanca en los cielos, el viento zarandeaba la casa y barría las hojas pendiente abajo, hacia las aguas del *bayou*. Encendí la luz de la cocina y levanté el auricular. La pantalla de identificación indicaba que la llamada provenía de un móvil.

—¿Señor Dave? —dijo la voz.

—Oye, Bertrand…

—No me cortes, tío. Alguien me disparó cuando estaba en casa de mi abuela. Yo estaba junto a la ventana y la bala entró por el cristal. Estaba haciendo el equipaje y justo entonces mi abuela me pidió un vaso de agua. Si no me hubiera dado la vuelta, estaría tieso.

—¿Quién te disparó?

—No lo sé. Ese tío Roland apareció por casa de mi abuela haciéndose pasar por investigador de una compañía de seguros. Intentó sobornarme para que le dijera dónde estaban las piedras. Creo que trabaja para Sidney Kovick, sólo que quizá haya decidido jugársela a y hacer él el bisnes. Así que llamé a Kovick y se lo dije.

—¿Te chivaste a Kovick? ¿Le dijiste que Bledsoe se la estaba jugando?

—Sí, podría decirse que sí. Mira, tío, mis problemas ya no pueden ser peores. Destrocé la casa de Kovick, le robé los diamantes, la pasta falsificada, además de la farlopa y el 38 que tenía escondido en la pared. Si hasta arrancamos las arañas del techo…

—¿Kovick tenía cocaína escondida en las paredes?

—Sólo una bolsa, y nos la llevamos. Pero alguien ya le había

metido mano. Sería su farlopa personal.

Esa información no encajaba, pero no insistí.

—¿Dónde estás, Bertrand?

—Con mi abuela, en un sitio seguro.

—¿Dónde?

—Oye, intenté compensar lo que le hice a la familia Baylor, pero no estaban interesados. No puedo hacer más de lo que he hecho. Tú has sido legal conmigo, tío, y por eso pensé que debía informarte. Mi abuela no tiene nada que ver con todo esto y tampoco sabe de los crímenes que cometí, así que no vayas intentando culparla de instigación al delito y esos rollos.

—¿Cómo intentaste compensarlos, Bertrand?

—¿Y eso qué importa ahora?

No tenía sentido intentar sonsacarle más. Quizá había llegado el momento de dejar que Bertrand Melancon se encontrara con su destino, fuese el que fuese. Aunque todavía me quedaba una pregunta.

—Cuando el padre LeBlanc cayó del tejado de su iglesia y tú viste luces bajo del agua, ¿notaste si os sobrevolaba un helicóptero de los guardacostas?

—Ahí no había ningún helicóptero. Por eso se ahogó toda esa gente. ¿Quién te dijo que había un helicóptero? Lo único que oí fue a esa gente pidiendo ayuda desde dentro de la iglesia. Son gritos que no se olvidan fácilmente.

27

No conseguí pegar ojo durante el resto de la noche. Por la mañana le comenté a Molly la llamada de Bertrand. Alafair se quedó a dormir en Lafayette, en casa de una amiga. Eran las 8:37.

—¿A qué hora dijo Alafair que volvería? —pregunté.

—No lo dijo —respondió Molly—. ¿Por qué?

—Porque creo que Bledsoe trama algo. Intentó traicionar a Kovick, o a quienquiera que lo haya contratado, y sobornar a Melancon. Después intentó cargarse a Melancon para cubrirse las espaldas. Creo que quiere largarse, pero no lo hará sin vengarse antes de la patada que le dio Alafair en la cara.

Molly estaba bajo el marco la puerta trasera. En una mano llevaba el cuenco de Snuggs y en la otra un saco de pienso. El sol que la iluminaba por detrás formaba un halo rojizo en torno a su cabeza.

—Quizá Bledsoe no haga lo que tú crees que hará —me contestó.

—Un tipo así no toma decisiones, las tiene integradas en la cabeza. Sólo busca el placer personal o vengarse de sus enemigos, y a menudo ambas cosas coinciden.

—Si estás intentando acojonarme, lo estás consiguiendo.

Busqué el número de la amiga de Alafair en nuestra agenda Rolodex y llamé a su casa en Lafayette. No contestó nadie. Intenté pensar, pero estaba demasiado cansado para reflexionar con claridad.

—Algo de lo que Melancon me dijo no tiene sentido —le dije a Molly—. Me dijo que, ocultos en la pared de Kovick, habían encontrado una bolsa de cocaína, un 38, dinero falso y los diamantes desangre. Bertrand me dijo que la cocaína ya había sido cortada, lo que para él significa que se trataba del alijo personal de Kovick. Sólo que Sidney no se mete droga, ni tampoco su mujer.

Creo que la coca, el 38 y la pasta pertenecían a la gente a la que Sidney arrebató los diamantes.

—Me he perdido.

—Quizá Sidney y Ronald Bledsoe no estén relacionados. Quizá nuestro enemigo es enemigo de Sidney.

Molly llenó de pienso el cuenco de Snuggs y lo dejó en el suelo. Después abrió la puerta mosquitera y dejó entrar a Trípode. Con las narices pegadas y las colas bien estiradas, ambos se pusieron a comer del mismo cuenco. Molly encendió un quemador de la cocina y colocó encima una sartén muy pesada.

—Bledsoe es malvado, Dave. No me interesa para quién trabaje. Si entra aquí e intenta lastimar a alguno de nosotros, lo mataré. Te lo prometo. Ahora siéntate, que enseguida preparo unos huevos revueltos y café.

Debió de ser una coincidencia, pero tanto Snuggs como Trípode dejaron de comer y la miraron.

Conduje hasta la casa de Helen Soileau, situada en un barrio tradicional cerca del centro. Su vivienda, al igual que la mía, tenía una galería amplia, ventanas altas y contraventanas con celosías. Casi todos los sábados por la mañana, los chicos del barrio acudían allí con el pretexto de ayudarla a mantener el jardín, pero la actividad solía acabar con perritos calientes y helado casero. Esa mañana en particular, cuatro o cinco niños la estaban ayudando con los parterres. Aparqué la camioneta contra el bordillo y subí por el césped. Helen se incorporó, se sacudió la tierra de los guantes y me miró.

—¿Estás bien, colega?

—Necesitamos encerrar a Bledsoe.

—¿Alguna otra novedad?

—Puede que anoche le disparara a Bertrand Melancon. Si fue él, sospecho que querrá largarse de la ciudad. Pero antes querrá ajustar cuentas con un par de personas.

—Has dicho «si»…

—Tal vez no fuera Bledsoe. Los matones de Kovick también andan por Nueva Iberia, y puede que también quieran volarle la cabeza a Melancon. Además, es posible que Otis Baylor haya

averiguado que Melancon está viviendo en casa de su abuela, en Loreauville.

—¿Cómo se las arregla ese chaval para que medio planeta lo quiera liquidar?

—Pero entre todos ellos, el único sicópata suelto es Roland Bledsoe. Y Bledsoe tiene el mejor motivo: intentó hacer un trato con Melancon y éste se chivó a Kovick.

El día estaba fresco y el cielo era de un azul intenso. La luz del sol que se filtraba por los árboles proyectaba monedas de oro sobre la cara de mi jefa. Siguió con la mirada a dos niños que estaban vertiendo líquido para encender el fuego sobre la parrilla del jardín lateral y exclamó:

—¡Esperad! ¡Eso lo haré yo!

Entonces, con los pulgares enganchados en los bolsillos del vaquero, se volvió nuevamente hacia mí.

—Detuvimos a Bledsoe una vez y no funcionó —me dijo—. No podemos decirle: «No nos gustas, así que lárgate antes del anochecer».

—¿Te gustaría que viniera a visitar a estos niños?

—Si quieres mi puesto, colega, preséntate a las elecciones. Mientras tanto, no me sermonees.

Volví a subirme a la camioneta y me marché sin decir adiós. Por el retrovisor la vi clavar la puntera del zapato en el césped. Todavía tenía los dedos enganchados en el pantalón. Me recordó a una adolescente que acaba de perder algo valioso.

Alafair regresó a casa al mediodía. Entró con una mochila de cordón al hombro y resoplando. Deseé que me dijera que durante su estancia en Lafayette todo había ido de maravilla, que mis preocupaciones eran infundadas. Pero antes de que abriera la boca, sabía que mi deseo no se iba a cumplir.

—Creo que esta mañana vi a Ronald Bledsoe —dijo—. Estábamos desayunando en un café de la universidad y lo vi en un coche azul aparcado bajo de un árbol. Fuimos al centro comercial y lo volvimos a ver.

—¿Por qué no me llamaste, Alf?

—Porque no estaba segura de que el tipo del coche fuera él

hasta que lo vi en el centro comercial. ¿Vas a arrestarlo porque compra en el mismo centro comercial que yo?

—Si existe una pauta, podemos obtener una orden de alejamiento.

—En el caso de Bledsoe es como ponerle una multa de tráfico a los tipos que incrustaron los aviones en las Torres Gemelas.

Tenía razón. Y para empeorar las cosas, ahora estábamos discutiendo entre nosotros acerca de un degenerado.

—Hoy no te alejes, ¿vale? —le dije.

—No soy una niña, Dave. Así que no me trates como si lo fuera.

Clete Purcel siempre decía «enciérralos o entiérralos». Pero ¿qué se puede hacer con los que han estado buscando a su verdugo toda su vida? ¿Con quienes desean asegurarse de que su maldad perdure en nosotros después de que ellos se hayan ido? ¿Qué se puede hacer cuando tus seres queridos se enojan porque quieres protegerlos?

Quizá había otra manera de lidiar con Roland Bledsoe.

Fui hasta City Park y telefoneé desde mi móvil a la floristería de Kovick. Me contestó su mujer.

—Soy Dave Robicheaux, Eunice. Necesito hablar con Sidney.

—No está.

—¿Un sábado y no está?

—No, no está —repitió, pero no me dijo dónde se encontraba.

—No es una llamada de cortesía, Eunice. Marco Scarlotti y Charlie Weiss están en Nueva Iberia. Y además creo que sé dónde se encuentran. Dile a Sidney que tiene que ponerse en contacto conmigo.

—Dame tu número.

Le dicté mis dos números, el del móvil y el de mi casa. Creía que la conversación había terminado, pero no fue así.

—Dave, no sabes lo que ocurre. Años atrás, Sidney cometió un acto terrible y nunca ha dejado de reprochárselo. Pero después conoció al padre Jude LeBlanc a través de Natalia Ramos, la chica salvadoreña que contrató para limpiar su oficina. ¿Recuerdas que te la mencioné?

—Por supuesto —contesté perdiendo el interés.

—El padre Jude le dijo a Sidney que cambiara de vida y

remediara lo que había hecho. Sidney está intentando con todas sus fuerzas ser un hombre mejor. No siempre lo consigue, pero lo está intentando. Ten paciencia con él. ¿Lo harás, Dave?

¿Tener paciencia con Sidney Kovick? ¿Sidney en el papel de víctima? Era difícil de creer.

—Está en Nueva Iberia, ¿no es cierto? —insistí.

—No lo sé.

Sí que lo sabes, Eunice, pensé. Pero lo dejé pasar.

—Dile que me llame —dije, y cerré mi móvil.

En realidad, a estas alturas yo ya no estaba seguro de querer hablar con Sidney. ¿Estaría realmente intentando cambiar de vida o sólo quería contentar a su esposa? Sentí la tentación de desconectar el móvil. Pero mientras esperaba en el refugio para pícnics junto al *bayou*, miré hacia la otra orilla y vi las sombras del jardín trasero de mi casa, las orejas de elefante meciéndose entre los troncos de los árboles y la luz de la cocina, donde Molly y Alafair preparaban una cena rápida para que pudiéramos asistir a misa de tarde en Loreauville.

Y en algún lugar de este gran mundo, el tigre de William Blake acechaba para arrebatármelo todo.

¿Qué es más importante, proteger a la familia de uno o preocuparse de la redención de un hombre capaz de ponerse un chubasquero y unas botas de goma antes de bajar a un sótano armado con una motosierra? Me imaginé a la pobre víctima, esposada, atada por los tobillos, amordazada y con los ojos desorbitados por el terror. ¿Qué clase de persona sería capaz de hacerle eso a otro ser humano?

Cuando subía a mi camioneta, el móvil vibró en el bolsillo. Lo abrí con un golpe de muñeca y me lo acerqué al oído.

—Dave Robicheaux —dije.

—Mi esposa dice que querías hablarme —respondió una voz.

—¿Estás en Nueva Iberia, Sidney?

—¿Por qué has telefoneado a mi tienda?

—Te advertí hace tiempo acerca de Ronald Bledsoe, pero no me hiciste caso. Quiere hacer su propio negocio con los diamantes de sangre, y creo que también planea lastimar a mi hija. Si eso ocurre, vas a vivir la peor experiencia de toda tu puta vida.

—El que no quiere escuchar eres tú, Robicheaux. Marco, Charlie

y otro par de tíos de la familia Giacano trabajan para mí. Pero Bledsoe no. ¿Lo has entendido? Quiero lo que es mío. Es un concepto bastante simple.

—Entonces ¿para quién trabaja Bledsoe?

—Puede que para Cepillos Fuller. Ya sabes que esa empresa suele emplear a muchos calvetes.

Pero antes de que Sidney cortara, tuve oportunidad de hacerle otra pregunta.

—Oye, Sidney. Después de perder a tu hijito, ¿secuestraste a tu vecino y le cortaste las piernas con una motosierra?

—Te voy a dar la respuesta corta. ¿Serré un par de piernas con una motosierra? No. ¿Desapareció un tipo del distrito de Jefferson? Pues sí. ¿Volverá a aparecer algún día? La verdad es que no. Ah, y dile a Bertrand Melancon que soy la única persona en este estado que puede evitar que lo maten.

Y la comunicación se cortó.

Esa tarde asistimos a misa en Loreauville y después regresamos a casa. El viento soplaba fuerte desde el sur y la superficie del *bayou* se arrugaba como la piel de un anciano. Me personé en una reunión de Alcohólicos Anónimos en la planta superior de la iglesia metodista de Main Street, pero no conseguí convencerme de que Bledsoe o alguno de sus compinches no planeara atacarnos.

Bledsoe era el detonante, pero la sensación de angustia que experimentaba ahora había sido un problema recurrente a lo largo de mi vida. Los sicólogos creen que es una especie de ansiedad a largo plazo causada por desórdenes en el hogar natal: peleas entre los padres, caídas o zarandeos padecidos de niño, el temor de que alguien borracho e iracundo irrumpa en tu habitación. No sabría decir de dónde proviene, pero para mí no se diferenciaba mucho del proyectil de mortero que cae unos metros por delante de tu posición, seguido de otro que estalla unos metros por detrás. Porque en ese momento sabes con toda certeza que te tienen calado y que el próximo proyectil te va a tocar a ti. Es como si te arrancan la piel a tiras.

Lo cierto era que me apetecía beber. No mucho quizá, me dije, sólo un par de chupitos y una cerveza para bajarlos. Sólo lo

suficiente para apagar el fuego que ardía dentro de mí. O en caso contrario, cargar mi escopeta de repetición recortada, o poner mi AR-5 en posición de tiro automático y salir a rocanrolear en *mi* mayor.

Al atardecer me asomé a la ventana de la fachada principal justo en el momento en que una ayudante del sheriff, negra y de uniforme, subía por el camino de entrada al volante de un coche patrulla. Catín Segura descendió del vehículo y echó un vistazo a los árboles del jardín y a los macizos dorados y rojos del dondiego de noche, que ya empezaban a abrirse.

—Qué bonita casa tiene.

—Es verdad —contesté.

—Estaba por acabar mi turno y pensé que debía informarle de una cosa —dijo—. Mientras patrullaba por el «Barrio Francés» de Loreauville vi a Otis Baylor hablando con una familia en el porche de una barraca. Era la barraca contigua a la de Elizabeth Crochet, la dueña del coche que embistió al Rolls y huyó. Diez minutos más tarde volví a pasar por allí y Baylor estaba a una calle de distancia, llamando a la puerta de otra barraca.

»Le pregunté si podía ayudarle en algo. Me contestó que no, que él sólo era empleado de una empresa de seguros y que visitaba a unos clientes. Le dije que yo era la misma ayudante de sheriff que había investigado el coche que embistió al Rolls y se dio a la fuga. Y le aclaré que creía que él estaba ahí por otras razones.

—¿Y qué te contestó?

—«Gracias por ofrecerme su ayuda». Luego se subió a su coche y se marchó. ¿Qué busca ese hombre, Dave?

—Busca a un tipo llamado Bertrand Melancon.

Cogí el móvil y llamé al hogar de los Baylor. Cuando oí la voz de Otis, colgué. Molly y Alafair tenían planeado ir al cine, así que esperé a que se marcharan para acercarme hasta Old Jeanerette Road. Aparqué en la entrada para coches. Otis bajó los escalones del porche con una servilleta metida en el cuello de la camisa.

—¿Fue usted quien telefoneó hace un cuarto de hora? —me dijo apenas me vio.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque parece que usted no quiere dejarnos en paz.

—Ése no es el problema, señor Baylor. El problema es que usted

estuvo en el «Barrio Francés» de Loreauville. Usted sabía quién conducía el coche que embistió al Rolls y recurrió a sus conocidos del mundo de los seguros para averiguar quién era el dueño y dónde vivía. Usted fue al «Barrio Francés» en busca de Bertrand Melancon, y como no lo encontró, fue a hablar con sus vecinos.

—Si ya sabe todo esto, ¿para qué se molesta en contármelo?

—Yo no me haría el listo, señor Baylor. Lo que no entiendo es su motivación. Melancon le ha hecho un daño enorme a su hija y a su familia, pero evidentemente ha intentado repararlo. ¿Usted sigue queriendo cargárselo?

—¿Qué quiere decir con «repararlo»?

—He hablado con Melancon y me dijo que intentó compensarlos. No creo que me mintiera. No le cabe la menor duda de que acabará muerto y arrojado a un vertedero.

Creo que nunca he visto a un hombre más atónito que Otis Baylor. Al oír mis palabras, se me quedó mirando largo rato.

—Señor Robicheaux, por favor, no se exprese de esa manera vaga y errática.

—Lo que acabo de decirle es cierto. Por si le sirve de algo, creo que Melancon está arrepentido de lo que hizo. Además, sabe que es sólo cuestión de tiempo el que lo manden al otro barrio. Y si tiene suerte, no lo chamuscarán con un soplete antes de liquidarlo. Y no crea que exagero. Antes de morir, André Rochon sufrió como un condenado en el infierno.

—Dios bendito —dijo consternado y poniéndose pálido.

—¿Qué ha hecho, señor Baylor?

Negó con un gesto al tiempo que los ojos se le nublaban.

—Cuéntemelo, señor Baylor —insistí—. Éste es el momento de hacerlo.

—No he hecho nada —me contestó—. Discúlpeme, por favor, tenemos que acabar de cenar. Tengo que ayudar a mi mujer con la vajilla y a mi hija con sus deberes. Por favor, discúlpeme, señor Robicheaux.

Entró en la casa y echó el cerrojo. Pero yo no me marché del jardín. Me quedé un largo rato en la penumbra, al abrigo del sonido de los pájaros congregados en las copas de los árboles y de unos niños que jugaban en una piragua en el *bayou*. El viento sacudía las contraventanas y barría suavemente las hojas acumuladas en los

aleros. Las persianas de la casa estaban bajadas, pero por los marcos de las ventanas se filtraba la luz amarillenta del interior. En otras circunstancias, aquella casa habría sido la viva imagen de la calidez familiar al caer la noche. Pero de la casa no salía sonido alguno y, a mi parecer, entre aquellas paredes sólo habitaba la miseria.

El domingo por la mañana convencí a Molly y a Alafair para que me acompañaran a la cabaña de pescadores que había alquilado a orillas del dique del pantano Henderson. Era una construcción de pino estupenda, elevada en parte sobre pilotes. La galería rodeada de mosquitero daba a una bahía punteada de cipreses e islotes de sauces. El viento apenas soplaba y seguramente picarían las percas blancas. Además, yo quería largarme de la ciudad y alejarme de las preocupaciones que me estaba causando Ronald Bledsoe, al menos por un día. Enganchamos el bote al remolque, cargamos comida y bebidas frías en la nevera y con sendos pulpos fijamos las cañas de pescar y los salvavidas que llevábamos en el fondo del bote. Eché un vistazo al cielo, hacia el sur, y volví a entrar en casa a buscar los chubasqueros. Alafair me siguió al interior.

—No tenemos por qué hacerlo, Dave.

—¿Hacer qué?

—Huir de ese tío.

—Los criminales caen. Sólo hay que esperar y caen solitos.

—¿Cuánto tiempo estuvo Hitler matando gente? ¿Doce años?

Ya caían algunas gotas en las bahías cuando llegamos al pantano. Los pescadores mañaneros que habían salido a pescar percas —o *sa-a-lait*, como las llamamos en el sur de Luisiana— ya estaban regresando. Recorrimos el camino que discurría a lo largo del dique, dejando atrás botes de alquiler, tiendas de venta de cebos y restaurantes que anuncian en francés y en inglés excursiones por el pantano. Finalmente, accedimos a un tramo de verde terreno costero en el que no había rastro alguno de basura, viviendas o cabañas de pescadores de fin de semana como la que yo había alquilado.

Alafair y yo bajamos el bote al agua, encendimos el motor eléctrico y salimos a pescar junto a una serie de islotes de sauces que se extendían entre el dique y la bahía. Utilizamos cucharillas y señuelos zambullidores, pero con ninguno de ellos tuvimos éxito. Se había levantado viento y el agua estaba crecida y turbia; además, ya

había pasado la hora de las percas. Pero no me importaba: yo sólo quería estar con Alafair y Molly lejos de la ciudad, de mi trabajo, de la codicia y el engaño, de quienes estafaban a otras personas y se beneficiaban de la desesperación y la desgracia de sus compatriotas.

En el aire ya se percibía el cambio de estación. Las hojas de los cipreses se habían tornado doradas y con la brisa llegaba el olor a gas de los pantanos. Los bosques inundados a lo largo de la costa estaban en penumbras y los nenúfares, cuyas flores amarillas habían florecido durante el verano, ya se iban tornando marrones en los bordes, antes de convertirse en cáscaras secas. Aunque no llegaba a ver por debajo de la oscura superficie del agua, sí podía oler los bancos de peces como si se tratara del aroma seminal del nacimiento. Tenía la sensación de que alguien le extirpaba otro ciclo vital a mi existencia.

En lo alto del dique, por el camino que llevaba al atracadero, pasaron una familia completa traqueteando en una camioneta abollada, un chico en una motocicleta y un Humvee con los cristales ahumados medio bajados.

Un buitre solitario planeaba suavemente, como heraldo de una muerte que aún no había ocurrido. Su silueta se recortaba contra el cielo, se inclinó y luego se alejó hacia el exterior de la bahía, quizá en busca de carroña en algún otro apartado lugar, quizá en busca de descanso, ¿cómo saberlo? No me gustaba pensar en lo que la Biblia decía acerca de alcanzar los setenta años. Pero a partir de cierta edad, la certeza de la propia muerte es una asignatura obligatoria.

—Te preocupas demasiado por Molly y por mí —dijo Alafair sin que yo le preguntase nada.

—¿Eso crees?

No habíamos echado el ancla y noté que el viento empujaba el bote.

—Pasará lo que tenga que pasar. Y no tenemos miedo, ¿por qué habríamos de tenerlo?

Porque yo vivo dentro de ti, pensé. Porque si mueres yo también moriré.

—¿Qué has dicho? —me preguntó.

—Nada, a veces hablo solo. Es lo pasa cuando uno lleva siete décadas jugando este juego de locos.

—Eres la leche.

Al cabo de un rato, un chaparrón cayó sobre el pantano. Después, el aire se tornó frío y el cielo se despejó. Regresamos por el camino del dique a comer en un restaurante construido sobre el agua. No habíamos pescado nada, pero había sido un buen día. Al regresar, ordenamos la cabaña, fregamos y guardamos los platos, y cerramos todas las ventanas. En el centro de la bahía, el sol parecía escurrirse por el acuoso borde del mundo. Un pescador con sombrero de paja había echado el ancla resueltamente entre los islotes de sauces, justo en medio de las nubes de mosquitos que siempre se formaban allí y que antes del anochecer solían atraer a la superficie a las *sac-a-lait*. El pescador no paraba de espantarse los mosquitos de la cara ni de mover la caña; estaba nervioso, como si intentara darle un giro mágico a un intento vano. El sedal se le enganchó en un árbol y entonces tuvo tiempo suficiente para embadurnarse de insecticida antes de ponerse a pescar de nuevo.

—Dame las llaves de la camioneta, y así voy acercando el remolque —me dijo Alafair.

—¿Os apetece un trozo de pastel de pacana antes de irnos? —le dijo Molly.

—Me gustaría ponerme a trabajar un poco en mi novela antes de irme a la cama —contestó Alafair.

Le entregué las llaves y la observé por la ventana trasera de la cabaña. Alafair arrancó la camioneta y, con el remolque vacío traqueteando, la condujo hasta la rampa de ladrillo molido por donde solíamos subir el bote. Quité la cafetera de la estufa y me serví la última taza que quedaba, le añadí una cucharilla de azúcar y me lo bebí. Por la ventana vi a Alafair acercarse haciendo marcha atrás hacia la rampa, hasta que el agua cubrió las ruedas, los tapacubos y las luces traseras. Entonces sacó unas botas de goma que había sacado de la caja de la camioneta, se las puso y vadeó hacia la orilla.

Pensé que iba a esperarme. Por lo general, para subir el bote uno de los dos hacía descender el remolque hasta el agua mientras el otro arrancaba el motor del bote y lo hacía avanzar hasta los rodillos, para que el conductor enganchara la proa y sujetara bien el bote dando un par de giros a la manivela del torno.

A lo lejos, entre los sauces inundados, vi a un pescador solitario agacharse y coger algo del fondo de su bote. Se quitó el sombrero

para ver mejor, alzó un rifle y se lo apoyó en el hombro. No conseguí distinguir sus rasgos, pero ya había salido la luna y en medio de la oscuridad percibí el reflejo de su cabeza calva.

Yo ya había salido por la puerta mosquitera y corría pendiente abajo cuando sonó el primer disparo.

28

Quizá su bote se bamboleó por una ráfaga de viento, o lo sobresaltó mi ruidosa salida por la puerta mosquitera. El hecho es que la bala falló por unos cinco centímetros, dio contra la carcasa del motor fueraborda y rebotó con un zumbido. El rifle parecía una carabina semiautomática con silenciador, quizá de calibre 223. El segundo y el tercer disparo salieron del cañón acompañados de fogonazos y sonaron igual que el primero: como alguien que escupe un carozo al suelo. Alafair había huido a cuatro patas a protegerse detrás de la proa del bote, pero enseguida regresó a parapetarse detrás de la camioneta. La mitad trasera de ésta estaba sumergida, por lo que el tirador no podía apuntar por debajo de ella.

Cuando volví a guarecerme en la cabaña, el tipo me disparó y la bala arrancó un pedazo de la jamba, dejando un hueco de madera más claro, e hizo estallar un cristal del dormitorio. Caí de bruces al suelo y vi a Molly acurrucada debajo del escurreplatos, intentando acercarse a mí.

—¿Le ha dado a Alafair? —me preguntó.

—No, está detrás de la camioneta. No podrá apuntarle si no mueve su bote.

Sonaron dos nuevos disparos que hicieron estallar los cristales de la ventana de la cocina y un tiesto de flores, que cubrió de tierra la cabeza y los hombros de Molly. Me arrastré hasta el dormitorio y busqué mi mochila en el rincón. Metí la mano en ella y tanteé hasta dar con la culata ajedrezada de mi 45. Desabroché la correa, lancé a un lado la cartuchera, busqué el cargador extra que siempre guardo en la mochila y me lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Tiré hacia atrás el cerrojo y al soltarlo introduje en la recámara un proyectil de 15 gramos, punta hueca y camisa de bronce.

Me arrastré hacia la cocina. Molly estaba acurrucada junto a la puerta, con el móvil en la mano, e intentaba ver dónde estaba

Alafair.

—Acabo de telefonear al Departamento del Sheriff de St. Martin —me dijo—. ¿Es Bledsoe?

—Debe de serlo. Oye, la respuesta de la policía a una llamada de emergencia suele tardar unos quince minutos. Voy a salir. Tú quédate aquí.

—Quiero ir a buscarla.

—No, no, no —le dije—. No lo hagas, quédate aquí. Y por favor, no discutas conmigo.

—No voy a dejarla ahí sola.

Iba a contestarle, pero sabía que estaba gastando saliva y que no podía perder más tiempo. Justo en ese momento el tirador volvió a abrir fuego: perforó la chapa de la camioneta, pinchó un neumático y abrió dos boquetes en la nevera. Salí por la puerta lo más agachado que pude, con el brazo derecho extendido hacia delante, disparando hacia los islotes de sauces.

Volví a ver el fogonazo del cañón y comprendí que el tirador había cambiado el ángulo de fuego. Sospeché que su bote tendría un motor eléctrico auxiliar y que se había desplazado hacia el borde de los sauces para poder tener una vista mejor de la bahía.

Caí de rodillas junto a Alafair. Tenía un corte debajo del ojo, y la ropa y los brazos manchados de barro.

—¿Estás herida?

—No, creo que lo que me dio fue un trozo de aluminio —me dijo—. Tiene un rifle semiautomático.

—¿Es Bledsoe?

—No pude verlo.

—Voy a por ese tío. Molly ya ha llamado al 911, así que quédate aquí hasta que llegue la policía de St. Martin. No intentes ir hacia la cabaña. No hay manera de que ese tipo pueda tocar tierra.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras cuando vi a Molly corriendo agachada hacia la camioneta. En una mano llevaba el móvil y en la otra un pequeño botiquín de primeros auxilios. Se sopló un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos y me miró; tenía las mejillas enrojecidas. Se llevó la mano al cuello y se lo tanteó con la punta de los dedos. Lo cruzaba una raya que ya empezaba a sangrar; era como la quemadura que produce una cuerda.

Estuve a punto de enojarme con ella por abandonar la cabaña y exponerse a un peligro todavía mayor. Pero ¿cómo se enoja uno con alguien que se juega la vida para traerles un botiquín a sus seres queridos?

Conseguí llegar hasta el morro de la camioneta y disparé tres disparos más al contorno difuso de los sauces. Una bala le dio a un árbol, la otra levantó una columna de agua y la otra atravesó el metal del bote. Los tres casquillos expulsados tintinearon en el suelo de ladrillo. El cerrojo se trabó, mostrándome la recámara vacía.

Liberé el cargador vacío, que cayó de la empuñadura de la 45 al suelo, cogí el cargador lleno del bolsillo trasero y lo metí en la empuñadura. Solté el cerrojo y éste empujó la munición al interior de la recámara. Pero antes de que pudiera dispararle, el tirador arrancó su fueraborda, enfiló la proa en dirección a la bahía y se alejó hacia aguas más profundas.

Bajé el bote del remolque de un empujón, me subí por la proa y arranqué el motor. Mi bote sólo tenía cinco metros de eslora y era un utilitario de apariencia común y corriente, pero el fueraborda Yamaha de 115 caballos montado en la popa le daba una potencia y una maniobrabilidad que superaban con creces al típico bote de pesca. Le di al acelerador y la hélice licuó el barro y las plantas muertas que tenía debajo. La proa se alzó en el aire, la popa coleó y pasé entre dos islotes de sauces. Segundos más tarde, el casco subía y bajaba sobre las olas de la bahía a la velocidad de una planeadora.

A menos de cien metros divisé al tirador dirigiéndose hacia un bosquecillo de cipreses muertos, junto al dique. Estaba en la popa, agachado y mirando hacia atrás por encima del hombro mientras entraba en una caleta de aguas estancadas e infestadas de algas. Viró para esquivar una rama, raspó contra unos troncos de ciprés curvos y se adentró aún más en la caleta. Volvió a mirar hacia atrás, quizá porque la hélice se había enredado en un macizo de raíces de jacinto. El tipo consiguió ocultarse entre los cipreses, pero oí que su motor gemía como una sierra que al cortar madera se topa con un clavo.

Por encima de la caleta, en el dique, vi las luces de un vehículo que se encendieron y se apagaron y ya no volvieron a encenderse. Enfilé directo hacia la caleta, deslizándome por encima de las copas

de los árboles caídos y golpeando contra el tronco hueco de un tupelo. Más adelante, al salir de entre los cipreses, divisé el verde terraplén del dique y arriba, recortado contra el cielo, el contorno cuadrado de un Humvee.

El tirador estaba en problemas. La basura que flotaba en el agua no le permitía llegar a la orilla del dique, aunque se encontrara a sólo veinte metros de ella. En medio de la penumbra, lo vi coger el rifle, aferrarse a una rama y saltar por la borda, con la esperanza de hacer pie en el agua.

Pero quedó con el agua hasta el pecho, y sus zapatos se hundieron en el fango, en capas y capas de vegetación podrida. Intentó trabajosamente vadear el bosquecillo inundado hacia la orilla. Su nuca calva brillaba a la luz de la luna. Junto a la orilla había un bote comercial semihundido. El casco estaba reblandecido y medio descompuesto, envuelto por la enredadera de unas campanillas; a popa, el improvisado camarote de contrachapado. La bodega inundada seguramente daba cobijo a pejelagartos y cocodrilos.

Si el tirador creía que su suerte no podía empeorar, se equivocaba: el Humvee en lo alto del dique arrancó y se largó, abandonándolo a su suerte. Con gran esfuerzo fue avanzando por el agua, intentando apartar las ramas con una mano mientras con la otra mantenía el rifle fuera del agua. Poco después lo perdí de vista detrás de un tronco.

Apagué el motor. Salté desde mi lancha a un tronco de ciprés en forma de L y después me deslicé al agua. Alejé de mí el bote, empujándolo hacia un claro. Lo vi deslizarse sobre la película de algas formada sobre el agua y golpear contra un tronco.

Desde atrás de la cabina del bote hundido chasqueó un único disparo.

Apoyé sobre una rama mi 45 con las dos manos y apunté al camarote. No sé por qué el desconocido se habría parapetado allí, el contrachapado debía de estar blando como corcho podrido y la protección que podía ofrecer no era más que una ilusión. Sospecho que a estas alturas aquel tipo no tenía muchas opciones. Creería que una estructura hecha por el hombre era un refugio natural en medio de aquel entorno aluvial donde nunca imaginó que acabaría, atrapado y solo.

Apreté el gatillo. Una llamarada iluminó la noche y el retroceso del arma me alzó las muñecas. Tras el segundo disparo lo oí gritar. Aún me quedaban seis tiros. Disparé una tercera vez y vi la madera de la parte posterior de la cabina estallar en pedazos.

El hombre salió vadeando por la marisma dique arriba, cojeando y con el rifle aún en la mano. Bajé la mira, le apunté a la cintura y volví a apretar el gatillo. Esta vez no dejé de disparar hasta vaciar el cargador. Los oídos me zumbaban por los estampidos.

Vadeé la zona más profunda de la caleta hasta sentir que mis zapatos se afirmaban en el fondo. Temblando todavía por la persecución y el intercambio de disparos, trepé por la parte de atrás de la embarcación medio hundida y salté al terraplén del dique. El desconocido se encontraba boca abajo en el césped con los brazos extendidos, como alguien que se hubiera estampado contra el suelo tras caer de una gran altura. Dejé mi 45 sobre el césped y le di la vuelta. En su pecho, los orificios de salida eran del tamaño de monedas de 25 centavos. Alrededor de las heridas la tela estaba rasgada hacia fuera.

Al principio no lo reconocí, debido a la cabeza rapada, las heridas suturadas en el cuero cabelludo y la expresión de estupefacción en la cara. Pero enseguida me di cuenta de que Ronald Bledsoe no sólo había intentado matar a mi familia, sino que además había traicionado a su compañero. Supongo que debería sentir pena por el hombre que acababa de matar, pero no era así. Supuse que había pasado la mayor parte de su vida adulta haciendo daño a otros; de hecho, estaba seguro de que la suya era una de esas vidas de cuyos pormenores preferiríamos no enterarnos jamás.

Parece que has tenido mala suerte, Bobby Mack, pensé. Pero quién sabe, quizá no todo esté perdido. Quizá jueguen al Texas Hold'Em en el infierno.

Otis Baylor se consideraba inexperto en muchas cosas, pero tenía una certeza sobre un aspecto de su vida: era un agente de seguros de pura cepa. Sabía cómo vender seguros a chicos y mayores, conocía a las personas, lo que éstas necesitaban, y sabía cómo había que tratarlas. Sabía cómo encontrarlas y averiguar sobre ellas lo que

hiciera falta, especialmente cuando habían presentado una reclamación.

No le costó mucho sonsacarle a los vecinos del «Barrio Francés» de Loreauville que Bertrand Melancon tenía una tía en el Ninth Ward. Y menos aún encontrar el nombre de la mujer en la base de datos que compartía con sus antiguos empleadores. La mujer había presentado una reclamación al seguro por daños por inundación, consecuencia de la crecida del lago Pontchartrain. La mujer no sabía que la sola mención de la palabra «inundación» casi garantizaba que no recibiría compensación alguna.

Pero a Otis Baylor no le importaba el infortunio de los parientes de Bertrand Melancon; le preocupaba que éste se hubiera presentado en su casa. La matrícula que vio tirada en el camino era una prueba irrefutable de que Melancon había estado en su casa. La razón de la visita seguía siendo una incógnita, pero el solo hecho de que se hubiera presentado ya justificaba cualquier cosa que Otis quisiera hacer a continuación.

Encima, aquel sábado por la noche, mientras estaba cenando con su familia, ese detective llamó a la puerta de su casa, y la información que le dio cambió por completo la opinión que Otis tenía de su esposa, que le había mentido, y del violador que le había robado el alma a su hija.

Otis no durmió aquella noche, y pasó el domingo poniendo en orden sus facturas. Las pagaría selectivamente: así no se quedaría sin los servicios esenciales ni se atrasaría con la letra de su casa de Nueva Orleans. Pero a media tarde supo que no descansaría hasta que pudiera enfrentarse al origen de su dolor.

Telefoneó a un amigo liquidador que trabajaba para la compañía a la que la tía de Melancon había contratado el seguro de su casa en el Ninth Ward.

—Se llama Clemmie Melancon —explicó Otis—. Sospecho que se ha marchado de allí hace tiempo. Pero como contrató una póliza vuestra, me figuré que quizá tenías su dirección o un teléfono de contacto.

—Fue evacuada al Superdome, pero ya ha vuelto a su casa —le contestó el liquidador.

—¿Al Ninth Ward?

—Su casa no está en la zona más afectada, así que debe de estar

allí. Tiene la enfermedad de Parkinson. Creo que los buldóceres acabarán derribando las casas de toda esa gente.

—¿Qué pinta tiene su póliza?

—No cobrará ni de coña.

—Gracias por tu ayuda —contestó Otis, y se dispuso a colgar.

—Oye, Otis, ¿es cierto lo que andan diciendo? ¿Estás ayudando a los solicitantes a colarnos reclamaciones?

—«Colar» no es la palabra indicada —dijo Otis—. Yo usaría algo así como «arrasar».

Y esta vez sí colgó.

Eran las 3:46 de la tarde. El cielo estaba gris y el fuerte viento pegaba las hojas mojadas contra las ventanas del despacho que Otis había montado en su casa. Del bolsillo de su pantalón sacó las llaves del coche y las hizo girar en un dedo.

—¿Adónde vas, papaíto? —preguntó Thelma.

Se plantó en el hueco de la puerta, con la cadera contra la jamba y una expresión inocente pero inquisitiva, igual que solía hacerlo antes de perderse con su amigo en aquel barrio que, en cuestión de minutos, se la tragó viva.

—Mi padre y mis tíos eran miembros del Ku Klux Klan —le dijo Otis a su hija—. Se unieron a esa odiosa organización porque les enseñaron a sentirse resentidos por ser lo que eran. Mi padre era un buen hombre, pero nunca entendió que su verdadero enemigo era el dragón que llevaba dentro. ¿No crees que ya es tiempo de que tú y yo nos enfrentemos a nuestros dragones?

Cuando Otis Baylor y su hija se internaron en el Ninth Ward de Nueva Orleans, la lluvia había amainado y el cielo nocturno lucía despejado. La topografía, las casas sin ventanas, las montañas de escombros, basura y desechos flotantes resecos, todo aquello resultaba irreal. Se parecía más bien a un plató de cine o a esas imágenes documentales en blanco y negro de las ciudades bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial. Las únicas luces provenían de las fogatas que los residentes que aún había por allí utilizaban para cocinar. Las llamas ardían protegidas por láminas de latón corrugado colocadas sobre bloques de cemento o pilas de ladrillos.

Durante la última hora su hija no había abierto la boca y Otis se preguntaba si no estaría pidiéndole demasiado, si no habría tomado una decisión que no le correspondía. Dio un volantazo y esquivó un tramo de calle que se había hundido hasta formar un canal.

—¿Papá?

—Dime.

—Si está allí, ¿qué vas a hacer?

—No estoy seguro. No sé si puedo fiarme de mí mismo.

—¿Le vas a hacer daño?

—No lo sé, puede que sí. Creo que me gustaría hacerlo. Pero hasta que el señor Robicheaux vino a casa, estaba casi seguro de que iba a matarlo.

—Me entristece oírte hablar así.

—¿Por qué?

—Porque tú no eres así.

Otis no respondió ni compartió lo que pensaba, no fuera que su hija viera un aspecto de su personalidad que incluso a él mismo le daba miedo.

Se sorprendió de lo fácil que le resultó encontrar la casa de la tía de Bertrand Melancon. Alguien había vuelto a plantar el buzón en el jardín delantero y limpiado el barro que cubría los números. En el Ninth Ward quizá no volvería a haber reparto postal durante meses, si es que alguna vez se reanudaba. El jardín estaba cubierto de pertenencias que en su momento contuvo la casa: sillas con fundas de tela y un sofá, una nevera, colchones, somieres, un televisor, ropa, comida, una cómoda cubierta de pegatinas de flores, moquetas y papel pintado arrancados, todo ello cubierto de un fango verdinegro, reseco y duro como el plástico. Las ventanas de la casa estaban tapiadas con planchas de contrachapado, y en vez de la puerta de calle había un biombo. En la entrada de coches dos personas negras, un joven y una mujer mayor con un vestido que le caía como un saco de patatas, contemplaban sentados cómo ardía una fogata dentro de un bidón de aceite. Al ver aproximarse a Otis, ninguno de ellos se molestó en levantar la vista. Encima del fuego, sobre una rejilla de nevera, se doraban seis rebanadas de pan con queso encima.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Otis a Bertrand.

Éste alzó la vista y volvió a bajarla. Después echó un vistazo al

coche aparcado y a la joven que esperaba en el asiento del acompañante.

—Sí, señor, no tengo ninguna duda de quién es usted.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Otis a la mujer.

—¿Y quién es usted que viene a plantarse en la entrada de mi casa y hace tantas preguntas? —respondió ella.

Su piel estaba arrugada como masilla vieja y sus pechos colgaban como ubres secas. Sus movimientos eran erráticos, como si no pudiese coordinar su capacidad motora. Tenía uno de los párpados caídos y el cabello tan ralo que parecía el plumaje de un pato.

—Me llamo Otis Baylor. La joven del coche es mi hija, se llama Thelma. Supongo que usted es la señorita Clemmie, la tía de Bertrand.

La mujer se quedó mirando cómo se derretía el queso sobre las rodajas de pan. Cogió una lata que tenía en el regazo, se indinó y escupió dentro su tabaco de mascar.

—¿Le ha dicho Bertrand lo que le ocurrió a mi hija, señorita Clemmie?

—Ella no tiene nada que ver con este asunto, señor Baylor —terció Bertrand.

—Si usted está en su casa y ella le está ofreciendo albergue, ciertamente tiene algo que ver con este asunto. ¿Dónde está su abuela?

—Dentro, descansando. Hoy hace fresco. Le pareció que debía descansar.

—El señor Robicheaux dice que vino a mi casa para intentar reparar lo que hizo —continuó Otis—. ¿Qué puede hacer un hombre como usted para reparar lo que hizo, señor Melancon?

—Quería entregarles los diamantes que le quité a un hombre que se los había quitado a otro.

—Eso es un insulto.

—Señor, no era mi intención hacerles más daño. Pensé que sería… —Entonces calló y abrió los ojos de par en par, como si le hubiera entrado humo en ellos—. No quiero hablar más. Llame a la policía o haga lo que ha venido a hacer.

Otis llevaba una camisa de manga corta que de pronto le resultaba chica. Sentía que le apretaba tanto el pecho y el cuello

que no podía respirar.

—Espere aquí —le dijo a Bertrand.

Entró en la casa sin llamar, estaba oscuro. En la habitación se oía el zumbido de los mosquitos. El suelo y las paredes estaban cubiertos del mismo fango o moho verdinegro que cubría los escombros del jardín. En un catre en el pasillo resollaba una mujer tumbada con una almohada debajo de la cabeza.

—¿Eres tú, Bertrand? —dijo la anciana.

—No, me llamo Otis Baylor.

La anciana tenía vendadas las palmas de las manos.

—¿Y dónde está Bertrand?

—Afuera, en la entrada de coches.

—¿Es usted uno de los hombres que me disparó en mi barraca?

—No.

—¿Es policía?

—No, no lo soy.

—¿Entonces a qué ha venido?

—Soy agente de seguros.

—¿Ha venido por la reclamación de Clemmie?

—No, no he venido por eso.

—¿Me ayudaría a levantarme?

Otis se agachó para cogerla del brazo, y entonces oyó abrirse la puerta mosquitera a sus espaldas.

—No se moleste, señor Baylor —dijo Bertrand, que traía un pequeño cuenco blanco—. Se quemó con la parrilla y tengo que ayudarla a tomar la sopa.

—Estas mujeres no deberían estar aquí.

—No hay adónde llevarlas —respondió Bertrand.

Otis se quedó mirando cómo Bertrand alimentaba a su abuela. Mientras se apartaba los mosquitos de la cara, cambió el viento. Por la puerta trasera entró una brisa cargada de olor a heces y le dio de lleno en las narices.

—Quiero hablar con usted —dijo Otis a Bertrand.

—Tengo que terminar de darle de comer.

—No. Salga ahora mismo a hablar conmigo.

Bertrand dejó el cuenco en el suelo, junto al catre, y siguió a Otis al exterior.

—Tengo ganas de despedazarte —espetó Otis.

—Imagino que sí.

—Ahora ve al coche y pídele perdón.

—¿Cómo ha dicho?

—Ya me has oído. Ahora ve, mira a mi hija a la cara y pídele disculpas, hijo de puta. Hazlo antes de que haga algo horrible.

Bertrand fue andando hasta el coche y se detuvo frente a la portezuela del acompañante, impidiendo que Otis pudiese ver la cara de su hija. Mientras hablaba, Bertrand mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza vuelta hacia un lado. Visto desde atrás era como si no tuviera brazos, como un poste de madera pintada.

Bertrand regresó del coche, pasó junto a Otis y se dirigió a la puerta de la casa. Se estaba limpiando la nariz con el dorso de la mano.

—Ven aquí —le dijo Otis.

—¿Para qué?

—¿Me has oído? —dijo Otis. Agarró a Bertrand del brazo y casi lo alzó en el aire.

—¿Qué más quiere que haga? Ya he hecho todo lo que podía —dijo Bertrand—. ¿Qué cree que pasará si los hombres que mataron a André y torturaron a Eddy encuentran a mi tía y a mi abuela? Contésteme a eso, señor Baylor.

La pregunta de Bertrand era legítima. ¿Qué quería Otis? ¿Infundirle nueva vida al cáncer espiritual que ya había carcomido su corazón de padre? ¿Utilizar el sufrimiento de su hija para justificar cómo iba a hacer papilla con sus puños a ese hombre?

—¿Papá? —oyó decir a Thelma.

Otis se volvió y le estudió la cara.

—Estoy bien, papá. Deja que se vaya.

—Hijita…

—Estoy bien, papá. Volvamos a casa.

Con sus manos cogió la inmensa manaza de él y le sonrió.

—Vámonos, papá. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Bertrand Melancon se quedó en el jardín, inmóvil, viendo cómo se alejaban. No estaba muy seguro de lo que acaba de ocurrir entre Otis Baylor y su hija, ni de qué debía hacer de ahora en adelante. De hecho, no estaba seguro de nada. Se preguntó si la sopa de su abuela se habría enfriado, si su tía y su abuela tenían idea de los

crímenes que él había cometido. Se preguntó si su madre estaría viva y si alguna vez pensaría en él o en Eddy. Se preguntó por qué cada cosa que sucedía en su vida nunca salía como él la planeaba. ¿Cómo podía ser?

Por un instante, Bertrand se preguntó si el cura que había matado hubiera podido ofrecerle una respuesta. Ese pensamiento le hizo arder el estómago y acabó escupiendo sangre en el jardín de su tía.

29

El problema del subidón de adrenalina, diferente del que provoca el alcohol, es que no se puede mantener. Cuando el corazón deja de latir como un tambor, cuando el viento ya se ha llevado el característico aroma de la cordita quemada, entonces uno se encuentra en esa especie de zona muerta en la que viven los ebrios. Uno se despierta por la mañana en medio de un ruido blanco que es como una televisión con la pantalla rayada y el volumen al máximo. Las calles parecen vacías, el cielo inestable y el aire cargado de olores industriales que uno no suele asociar con la mañana. El sol es blanco y cegador, como una bombilla eléctrica, y los árboles no dan sombra ni abrigo a los pájaros cantores. Cualquier cosa que uno toca parece estar afilada, y todos los pensamientos resultan torpes y están teñidos de remordimiento. El mundo se convierte en una prisión implacable y las imágenes del error de un instante no desaparecen con el sueño sino que nos persiguen a dondequiera que vayamos. Uno continúa racionalizando y justificando sus acciones, hasta que al final se convierte en una persona irreconocible. Es como doblar la esquina y dar con una calle en la que no hay nadie. No es una experiencia de la que se regrese con facilidad.

El lunes por la mañana Helen entró en mi despacho y se sentó frente a mí.

—¿Te sientes bien, *bwana*?

—Como nuevo.

Sus mandíbulas mascaban el chicle con regularidad.

—¿Por qué crees que Bobby Mack Rydel fue a por ti?

—Bledsoe lo indujo a ello. Usó a Rydel de la misma forma que usa a todo el mundo.

—¿Estás seguro de que no viste a Bledsoe en el Humvee encima del dique?

Sé lo que Helen quería que le dijera.

—No, no vi a Bledsoe en el Humvee —respondí.

—Qué putada. Oye, se supone que no debes estar de servicio hasta que Asuntos Internos haya investigado el tiroteo, pero supongo que habrán acabado antes de irnos a casa. Tenemos que encerrar a Bledsoe. Cuentas con todo mi apoyo en este asunto, colega, y no me importa cómo lo hagamos. Ese cabrón nos ha tomado el pelo una y otra vez y se ha salido con la suya. Entrémosle por otro lado.

—¿Cómo?

—¿Quién dijo aquello de: «Cuando se dice que algo no tiene nada que ver con el dinero, es precisamente porque tiene que ver con él»?

—H.L. Mencken.

—Pues tiene que ver con esos diamantes de sangre. Han metido un montón de escorpiones en una caja y la han sacudido.

—Lo de Bledsoe es personal. Lo hace porque lo disfruta. Si no le pagaran por su trabajo, él mismo pagaría por hacerlo.

—Empecemos de nuevo —me dijo—. Presiona a Otis Baylor.

—Sería una pérdida de tiempo.

—¿De veras? ¿Entonces por qué está en la planta baja?

Telefoneé a Wally y le pedí que hiciera subir a Otis Baylor. Me figuraba que Wally me haría uno de sus típicos comentarios graciosos, pero me sorprendió.

—Me alegro de que tú y tu familia estéis bien, Dave. Y también de que te cargaras a ese tío. Fue un tiroteo en toda regla. Todos sabemos que así fue. ¿Me oyes?

—Claro que te oigo, Wally. Gracias.

Dos minutos más tarde, Otis golpeó el cristal de mi puerta y lo hice pasar. Llevaba un traje azul marino, camisa blanca y corbata y los zapatos lustrados a medias. Colocó una hoja de papel rayado encima de mi escritorio.

—Ésta es la dirección de Bertrand Melancon en el Ninth Ward. Si lo quiere, es todo suyo.

—Tome asiento, señor Baylor.

No discutió. Se sentó frente a mí y echó un vistazo a mi despacho.

—Le pasaré esta información al DPNO y al FBI de Baton Rouge —dije—. Quizá algún día tengan tiempo de detenerlo, pero no va a ocurrir en un futuro cercano. Creo que otros van a encontrar a Bertrand antes, y cuando lo hagan lo van a asar como a un cerdo.

—Eso ya es asunto de ustedes —me respondió—. Mi familia y yo ya no tenemos cuentas pendientes con él.

—Tengo la sensación de que ha ocurrido algo desde la última vez que lo vi. ¿Por qué no me lo cuenta?

Y entonces me lo contó, con gran lujo de detalles, sin olvidarse de nada. No obvió ni la tentación de despedazar a Bertrand Melancon delante de su tía ni la piadosa intervención de su hija.

—Admiro lo que ha hecho, señor Baylor, pero ayer tuve que matar a un hombre llamado Bobby Mack Rydel. Lo maté porque intentó matarnos a mi hija, a mi esposa y a mí. Y lo intentó porque Ronald Bledsoe se lo pidió. ¿Estaba enterado de todo esto? Porque tengo la impresión de que no lo sabía.

—No, no lo sabía. Llegamos de Nueva Orleans ayer por la noche tarde, y esta mañana no he visto ni el telediario ni el periódico. Vine directamente a su oficina. Lamento lo que le ha ocurrido.

Me pareció que era hora de utilizar la información que la ayudante del sheriff, Catín Segura, me había facilitado acerca de la esposa de Otis Baylor.

—Usted no mató a esos saqueadores, señor Baylor. Creo que lo hizo su mujer. Creo que antes de que ustedes dos se conocieran, ella sufrió abusos sexuales, probablemente por parte de alguien con tendencias sádicas, quizá un adicto al porno sádico. Creo que al ver que los saqueadores se aproximaban a su casa, se asustó y les disparó.

Baylor se quedó callado durante unos segundos.

—¿Quién le dio esa información acerca de mi esposa?

—Qué importa. Su esposa cogió el rifle Springfield y disparó desde la puerta de la calle. Probablemente estuviera asustada, ¿quién no lo estaría? Un jurado seguramente lo comprenderá. Creo que es una tontería proteger a alguien que quizá no necesite ser protegido.

Se quedó mirándome a los ojos. Estaba reflexionando sobre la frase que acababa de oír. Yo había dicho: un jurado «seguramente lo comprenderá». Como la mayoría de las personas inteligentes, Otis

distinguía las evasivas y los matices a la primera. También sabía que un fiscal subrayaría que quien disparó aquella noche fue más que certero, pues había conseguido tumbar de un disparo no a uno, sino a dos saqueadores. Era obvio que el tirador no había disparado con la simple intención de asustar a los intrusos.

Pero a estas alturas ya no me importaba si Otis Baylor iba a solucionar sus problemas familiares.

—Bertrand me dijo que había intentado reparar el daño que le había causado a su familia —proseguí—. Creo que intentó entregarle parte de los diamantes de sangre que robó de la casa de Kovick. Así que necesito saber dónde están.

—No tenemos nada que ver son eso.

—¿Sabe su mujer dónde están?

—No.

Me quedé en silencio y empecé a dibujar círculos en mi cartapacio, dejándole cargar con el peso de explicar lo ocurrido.

—Oiga, Melancon llegó a mi casa con una carta —explicó Baylor —. Había escrito de su puño y letra una disculpa y quiso leérsela a mi mujer. Al final de la carta ponía dónde había ocultado los diamantes. Pero mi mujer se la lanzó a la cara. Yo la encontré en el jardín. Estaba escrita en una toallita de papel y el agua había emborronado la tinta.

—¿Dónde está esa carta?

—Seguramente sigue en el cubo donde echo los residuos cuando limpio el jardín.

—Con su permiso, voy a enviar a alguien a recogerla.

—Haga lo que le parezca.

Baylor me indicó la situación exacta del cubo de basura, y yo telefoneé de inmediato al laboratorio criminológico de Arcadia. Después de colgar, me quedé mirando a Otis un buen rato.

—Lamento que no me haya informado de esto antes —le dije—. Su falta de cooperación no ha beneficiado a nadie, señor Baylor, y a usted menos aún. Si me lo permite, quiero compartir un poco de mi experiencia policial con usted: cargar con la culpa de otra persona es una pretensión inútil.

—No estoy muy al tanto de la jerga policial. ¿Puede decirme qué significa lo que acaba de decir?

—Si permitimos que otros nos conviertan en víctimas para

demostrarnos a nosotros mismos cuánto valemos, estamos dejando entrar un cáncer en nuestras vidas.

—¿Hemos acabado, señor Robicheaux?

Sentí a mi vieja amiga, la ira, estallar en mi pecho. Tan sólo veinticuatro horas antes, mi hija y mi esposa casi habían perdido la vida y yo me había visto forzado a matar al atacante. Independientemente de lo que Otis Baylor hubiera sufrido, ya me estaba cansando de sus salidas recalcitrantes.

Él estaba estudiando mi expresión, comprendiendo quizá que los demás también tienen sus límites.

—No, no hemos acabado —le contesté—. Y además, es «detective Robicheaux». ¿Por qué cree que fuimos por usted con todo el peso de la ley?

—¿Mala suerte?

—Porque su vecino lo denunció.

—¿Tom Claggart? —Nos dijo que la noche del disparo usted mencionó algo acerca de «colgar un trofeo negro en la pared». ¿Recuerda haberlo dicho?

—Sí, lo recuerdo. Pero no culpo a Tom por contarle eso. Tom es un tipo bastante simple que siempre busca complacer a la autoridad. Estudió en el Instituto Militar de Virginia, en Citadel o en otra de esas escuelas militares. No entiendo qué tiene que ver con este asunto.

Tiene que ver con el hecho de que usted es incapaz de aprender nada, pensé. Pero me lo callé.

Creía que Ronald Bledsoe ya se habría largado de la ciudad, pero me había vuelto a equivocar. El lunes a primera hora de la mañana, dos detectives fueron a buscarlo a su motel, pero el encargado les informó de que el señor Bledsoe se encontraba en un centro asistencial contiguo al Hospital General de Nueva Iberia.

Uno de los detectives, Lukas Cormier, me telefoneó desde su móvil una vez que él y su compañero salieron del centro. Cormier era licenciado en administración de empresas, había estudiado sicología y era un buen investigador.

—¿Por qué no te pasas por aquí? —me dijo.

—Porque tengo que quedarme en mi despacho hasta que

Asuntos Internos me dé permiso para salir —dije—. ¿Qué ocurre?

—Cuando entramos, nos encontramos al tipo leyendo un libro de Harry Potter en voz alta a una sala llena de viejecitos con alzhéimer. Su cara me recordó un tubo de dentífrico apretado por el centro. Me dijo: «Hola, me llamo Ronald. ¿Y usted?».

—¿Qué coartada tenía para el día de ayer?

—Dice que estuvo en la sucursal de Barnes & Noble de Lafayette, comprando libros para sus amigos con alzhéimer.

—¿Tiene recibos de compra?

—No. Ya se lo pregunté.

—¿Y qué me dices del Humvee? ¿Has averiguado algo?

—Cero. Investigamos todas las agencias de alquiler de coches y hablamos con un par de concesionarios. Pero sin una matrícula no llegaremos muy lejos. ¿Quieres que lo detengamos?

—No, deja que crea que nos la ha jugado.

—¿Dices que no tiene antecedentes de ningún tipo? ¿Ni de instituciones mentales ni nada por el estilo?

—No. Bledsoe parece haber salido de la nada. Ni siquiera tiene una multa de tráfico.

Hubo un silencio y supe lo que vendría a continuación.

—Oye, Dave, no quiero parecer irrespetuoso respecto a tu experiencia con este personaje, pero ¿estás seguro de que no nos equivocamos? Este tío no me ha parecido el asesino BTK de Nueva Iberia. Los tipos que intentan asesinar a un poli y a su familia no se quedan a ver qué ocurre, y además suelen tener antecedentes. Incluso tú admites que su perfil no cuadra con el del típico sicópata.

—BTK tenía una licenciatura en justicia criminal y trabajaba como funcionario de la Sociedad Protectora de Animales de Wichita, Kansas. Instalaba sistemas de seguridad en viviendas particulares y era un miembro destacado de su parroquia. Además, se dedicaba a torturar a sus víctimas hasta matarlas, niños incluidos. Y lo hizo durante veinte años. Que te vaya bien, Lukas.

Y colgué, supongo que más enfadado de lo que hubiera debido. Pero cuando eres tú el que recibe el puñetazo, tiendes a ser menos comprensivo con aquellos que se dan el lujo de ser inocentes a tu costa.

Telefoneé a la floristería de Sidney. Me contestó Eunice.

—¿Ya ha vuelto Sidney de Nueva Iberia? —pregunté.

—Nunca te dije que estuviera en Nueva Iberia —me respondió.

—Claro, me había olvidado —repuse—. Desde la última vez que hablé con Sidney, un amigo de Ronald Bledsoe intentó matarme a mí y a mi familia. Intenté convencer a Sidney de que se encargara él mismo de Bledsoe. Pero lo quiero vivo, y quiero a la gente que lo contrató. Por favor, dile a tu marido que me llame.

Le llevó unos instantes comprender lo que le había insinuado.

—¿Querías que Sidney te hiciera el trabajo sucio?

—No exactamente, pero no me habría importado.

—Entonces debería darte vergüenza.

Sentí que me ardía la cara.

—¿Le darás mi mensaje? —continué.

—A veces me da la impresión de que no tienes ni idea de lo que ocurre. Es Sidney el que necesita tu ayuda. Me acaba de llamar. Está preocupado por Marco y Charlie. El sábado fueron al pantano de Atchafalaya y no regresaron a su motel, y tampoco contestan a sus móviles.

—¿Qué hacían Marco y Charlie en el pantano de Atchafalaya?

—No estoy segura.

Tú misma, pensé.

—Quizá se perdieron —continué—. Ya sabes que a Marco Scarlotti y Charlie Weiss les costaría encontrar nieve en la Antártida. Dime, ¿vas a decirme la verdad o esperarás a ver a Sidney en una caja?

—Estaban siguiendo a Ronald Bledsoe.

—Estoy en el Departamento del Sheriff de Iberia. Dile a Sidney que venga o que me telefonee. Tú eres una persona razonable, Eunice. Así que quiero que pienses bien en la siguiente pregunta. No me contestes, sólo reflexiona sobre ella…

Eunice se había criado en el feudo del distrito de Planquemines y sabía por experiencia que la justicia es realmente ciega, sobre todo cuando se trata de ver la corrupción política. Di cuerda al muelle hasta que estuvo bien tenso, y después utilicé el truco clásico del interrogador: la pregunta que parece estar basada en una certeza.

—Cuando Bo Wiggins caiga en desgracia, ¿crees que va a cargar con toda la culpa? —le pregunté—. Justamente Bo, que recibe millones de dólares en contratos del gobierno. Cuando se trata de

dinero y estatus, Bo Wiggins tiene la humanidad de un pitbull salvaje. ¿Qué crees que va a hacerle a Sidney?

—No lo sé, Dave. No conozco a ese Bo y creo que Sidney tampoco. Le diré que te llame. No necesitas volver a llamar aquí.

Mi estancia en la zona gris parecía estirarse indefinidamente.

Pero Sidney no me telefoneó y empecé a pensar que Eunice y él eran más vulnerables de lo que yo pensaba. Como he dicho antes, nunca he comprendido del todo a Sidney. Históricamente, los jefes de la mafia accedían al poder por medio de la traición, la delación de sus amigos o el asesinato de sus superiores. Su destreza consistía en la habilidad de manipular a los demás, especialmente a aquellos «buenos soldados» dotados del feroz coraje físico que sus líderes no tenían.

Pero no era ése el caso de Sidney. Él no tenía miedo y nunca lo vi traicionar a uno de los suyos. De hecho, creo que se guiaba por una suerte de teología laica, similar en muchos aspectos a la de aquellos que saben combinar nacionalismo, religión y negocios. Para Sidney, «pecado», «fracaso» y «pobreza» formaban una trinidad impía. Y si existía la perdición, ésta era el hogar de la calle North Villiere donde había crecido.

Lamentablemente para él, y para los hombres que trabajaban para él, el mal a veces viene en un paquete sin destinatario.

Clete Purcel representaba el otro extremo del espectro. Clete había crecido entre las mismas privaciones que Sidney y, peor aún, fue víctima del rechazo y la crueldad innecesaria de su padre. ¿Por qué un hombre se convierte en un gánster y otro en un caballero andante proletario y borrachín? Desconozco la respuesta. Sólo me sentía afortunado de que Clete fuera mi amigo.

Cuando se enteró del tiroteo, Clete apareció por mi casa. Se quedó hasta medianoche y después, en vez de irse como prometió, aparcó el Cadillac a la entrada y se tumbó a dormir en el asiento de atrás, resuelto a que Bledsoe no fuera a sorprendernos de nuevo. Tuvimos que convencerlo de que entrara y se echara a dormir en nuestro sofá.

El lunes por la mañana, poco después de mi charla con Eunice Kovick, Clete acudió a mi despacho.

—Así que Sidney no te ha telefoneado, ¿eh?

—No quiere admitir que se ha metido en camisa de once varas —contesté.

Hacía un día luminoso y fresco. Bajé las persianas para disminuir el resplandor dentro del despacho. Cerré los ojos y fue como si unos círculos rojos retrocedieran hasta el fondo de mi cerebro. Durante un segundo me pareció ver los fogonazos de un rifle semiautomático. Entonces noté que Clete me seguía con la mirada por la habitación.

—Déjalo ya —dije.

—Si no he dicho ni mu.

—Sidney quiere lo que le pertenece. Seguramente cree que Melancon aún se encuentra en Nueva Iberia, o que Bledsoe acabará por llevarlo hasta él.

—¿No piensas que Bledsoe trabajaba para Sidney?

—Si trabajaba para él, no creo que lo haga ya.

—¿Y qué tiene que ver Bo Diddley Wiggins en todo esto?

—Creo que está metido hasta el cuello. Pero la cuestión es ésta: Bo Diddley es un hombre de negocios, mientras que Sidney cree que lo es. En cambio, Ronald Bledsoe y Bobby Mack Rydel son harina de otro costal. Quizá me equivoque, pero tengo la sensación de que Bo y Sidney se metieron en algo que les venía grande.

Noté que el cabreo de Clete iba en aumento.

—Los Bledsoe y los Rydel de este mundo no actúan sin órdenes. Hacen el trabajo sucio de tipos como Kovick y Wiggins, como secuestrar y asfixiar a Courtney Degravelle. Me arrepiento de dos cosas, colega: de haber involucrado a Courtney y de no haber sido yo quien le metiera un par de plomos en el pecho a Rydel.

Afortunadamente sonó el teléfono. Era Mack Bertrand, del laboratorio criminológico de Arcadiana.

—Recogimos la carta de la casa de Otis Baylor —me dijo Mack —. Estaba en el cubo de basura, tal como dijo él. El problema es que la nota fue escrita en un papel de baja calidad que ha estado sumergido en agua desde entonces. Cuando lo sacamos estaba casi hecho pulpa, pero he conseguido recomponerlo por ordenador. ¿Qué estás buscando exactamente?

—Las indicaciones para encontrar ciertos bienes robados. ¿Ha quedado legible?

—¿Comías sopa de letras cuando eras niño?

Colgué y con la mano aún apoyada en el auricular miré a Clete sin saber qué hacer a continuación. Clete era persona non grata en la oficina del sheriff. En el mejor de los casos, lo toleraban porque él y yo éramos amigos; en el peor, lo veían como un poli caído en desgracia que se ganaba la vida persiguiendo a escoria a cambio de dinero.

—Tengo que ir al laboratorio criminológico —comenté.

Clete esperó sin decir nada.

—¿Quieres venir? —le dije.

El laboratorio criminológico se encontraba en las afueras de Nueva Iberia, en una zona casi rural. De camino hacia allí, un cervatillo se nos cruzó por la carretera, brincó por encima de un charco y se alejó trotando por una plantación de caña de azúcar arruinada por las inundaciones y vendavales. Íbamos en mi camioneta. Clete se volvió a mirar al cervatillo por la ventana trasera, para verlo saltar por encima de una alambrada hacia un bosquecillo de robles acuáticos. Después volvió a concentrar su atención en la carretera.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En algo que tú comentaste antes. La razón de que este caso no tenga ni pies ni cabeza es que nos enfrentamos a una mezcla de hombres de negocios, mafiosos y sociópatas, todos juntos y revueltos. Y los impredecibles son los que no aparecen en el radar, los criminales amateurs. Esos que van a hacer negocios a Irán y a recibir mamadas a Nigeria, y que después acuden a la Primera Iglesia Baptista de su barrio, en Dallas. Uno cree que persigue a Charlie Manson y en realidad estás tratando con Daniel el Travieso.

—¿Qué intentas decirme?

—Que no tenemos la capacidad para acabar con estos tipos. Me alegro de que te cargaras a Rydel cuando tuviste la oportunidad.

—Él se la buscó.

—No me has entendido. A ese tipo lo protegían. Durante años fue una máquina de matar y siempre ha tenido a alguien poderoso cubriéndole el culo.

—¿Crees que por eso Bledsoe nunca acabó fichado?

—No, ésa es la parte que no tiene sentido. Bledsoe no es un mercenario, es un depredador en serie, un tipo al que no le gusta recibir órdenes. Quizá alguien lo trajo para un trabajito. No se me ocurre nada más. Todos estos tipos deberían haber acabado hechos jabón hace tiempo.

Y durante todo el camino al laboratorio no dijo nada más.

Técnicamente, yo seguía confinado en mi despacho, pero, técnicamente también, mi despacho se extendía hasta el laboratorio. El jefe de técnicos forenses era Mack Bertrand, un padre de familia delgado, bien parecido y siempre muy atildado, que llevaba su pipa en un estuche sujeto al cinturón. Dondequiera que fuera, Mack dejaba tras de sí un rastro de tabaco con aroma a manzana. Me di cuenta de que Mack no estaba del todo cómodo con Clete dentro de su laboratorio. Clete también lo notó y prefirió esperar fuera.

—¿He dicho algo que le molestara? —preguntó Mack.

—No te preocupes. Cuéntame lo que hayas averiguado.

Mack había creado imágenes virtuales en su ordenador de la toalla de papel deshecha donde Bertrand Melancon había escrito su carta de desagravio. En nuestra conversación telefónica, Mack había utilizado la metáfora de la sopa de letras. No podía resultar más apropiada.

Logré distinguir varias palabras en la parte central de la carta. Pero al llegar al final, sólo podían leerse unas pocas letras reconstruidas a partir de las manchas de tinta y la presión del bolígrafo:

Lo am s anaba delos a riyosalot ado del ay.

—¿Te sirve? —me preguntó Mack.

—En principio no. Pero quizá dentro de un tiempo tenga sentido.

—Dile a Purcel que no tengo nada en contra de él. Siempre me ha parecido un tío legal, pero aquí sólo puede entrar personal autorizado.

—Es culpa mía, no debí decirle que me acompañara.

—¿Llevas bien lo de ayer?

—Perfectamente.

—Así me gusta. Si ellos se lo han buscado, hay que cerrar el capítulo y archivar el caso, ¿no es cierto? —Tan consciente de su mentira como de la mía, añadió—: No pienses en ello.

Al día siguiente, un hombre negro estaba pescando con un sedal y un trozo de caña en un bosquecillo inundado en la cuenca de Atchafalaya. Lo que llamó su atención no fue el coche de alquiler abandonado en lo alto del dique, sino la nube gris de jejenes que zumbaba encima de una vieja choza al pie del terraplén. La estructura en forma de caja, hecha de contrachapado y papel de alquitrán, había llegado hasta allí años atrás empujada por la corriente o por un huracán. En varias ocasiones, el hombre negro se había refugiado en ella en medio de una tormenta eléctrica, y sabía que el interior estaba seco y no contenía ni animales muertos ni restos de comida.

Remando, hizo avanzar su piragua entre los árboles y dejó caer sus boyas y anzuelos con cebo en oscuros remansos al abrigo del viento del canal. Entonces oyó el zumbido de los insectos y vio unas sombras proyectadas sobre el césped del terraplén del dique. Al alzar la vista, vio tres buitres planeando en círculo.

Dando la espalda al dique, alzó su caña y lanzó el sedal en dirección al canal; el gusano cayó junto al tronco de un ciprés. En ese momento, el viento cambió de dirección y de repente llegó una peste desde el terraplén que le provocó arcadas.

El pescador enrolló el sedal en la caña y remó entre los árboles inundados hasta la marisma, donde el viento soplaba de cara. Arrastró la piragua hasta el césped y trepó por el terraplén. Después descendió de nuevo, para tener el viento a sus espaldas. La puerta de la choza estaba entreabierta. El hombre cogió un palo para abrirla del todo, aunque se sintió un poco tonto por actuar así. Aferró el borde de la puerta y, aunque ésta raspara contra el suelo, la abrió sin dificultad.

—¡Dios mío! —fueron las palabras que escaparon de sus labios.

Cuando llegamos Helen Soileau y yo, el Departamento del Sheriff de St. Mary ya había acordonado la escena del crimen con cinta

amarilla desde los árboles inundados hasta la cima del dique, cerrando el acceso a la choza. El sheriff del distrito de St. Mary estaba de viaje, por lo que el detective a cargo de la investigación era Lamar Fuselier. Lamar llevaba el pelo rubio cortado muy corto y cuadrado en la nuca, un chubasquero azul, pantalones caquis almidonados y zapatos negros lustrados como espejos. Yo lo conocía del gimnasio Red's, en Lafayette, donde solía verlo levantar ciento cincuenta kilos sin ayuda mecánica. Era la época en que Lamar estudiaba derecho penal en la universidad. Fue en ese mismo vestuario donde también lo vi comprar las respuestas de un examen a un alumno. La asociación de estudiantes guardaba un archivo completo de ésa y muchas otras pruebas.

—¿Qué hay de nuevo, Lamar? —lo saludé.

El detective apuntaba algo en un bloc de notas, concentrado y con el ceño fruncido. Levantó la cabeza, miró hacia un costado y frunciendo la nariz resopló.

—¿No lo hueles?

—Difícil no olerlo —contesté.

—Todavía estamos esperando al forense. El que nos llamó es aquel tipo negro de allí. ¿Qué hacéis vosotros por aquí?

—Estamos buscando a dos tipos desaparecidos.

—Pues yo diría que estos tipos venían del casino. Quizá alguien los siguió, o se les metió en el coche, y los obligó a conducir hasta el dique.

—¿Para robarles?

—Ajá. No tienen ni carteras ni nada que los identifique. Ahí dentro encontramos cuatro cartuchos vacíos del 12.

—¿Y en el coche de alquiler qué encontrasteis?

—Nada. Pero alguien vació la guantera, y eso me resulta extraño. ¿Por qué querría el asesino llevarse los documentos del coche?

—Para dificultarnos la tarea, probablemente.

—El vómito que encontrarás en la choza es del viejo —dijo riéndose por lo bajo—. Se descompuso al entrar.

—¿Te importa que echemos un vistazo? —intervino Helen.

—Faltaría más —dijo Lamar mirándola de arriba abajo, cuando hasta entonces la había ignorado—. Tenemos bolsas para vómitos en el coche patrulla, si las necesitas…

—Mejor guárdalas para tu esposa —dijo ella.

Habían abierto la puerta de la choza hacia el exterior con una palanca, para permitir que entrase la luz. Saqué un pañuelo y me cubrí la nariz. Al hedor a podrido había que añadir la naturaleza de las heridas: ambos hombres habían recibido disparos de escopeta a bocajarro en la tripa y en la cara. Sus vísceras quedaron expuestas, dejándolos irreconocibles. Restos de masa encefálica salpicaban toda la pared. Ambos hombres llevaban americana, camisa de seda y caros zapatos italianos con borlas. Los dos yacían tumbados de costado, y en lo que quedaba de sus ojos había un cierto brillo.

Salí a la luz y volví a respirar. Helen me miró.

—Estoy casi seguro de que son Charlie Weiss y Marco Scarlotti —dije.

—¿Los matones de Kovick?

—Lo que queda de ellos.

—¿Crees que pudo haberlo hecho Bledsoe?

—Creo que Bledsoe es capaz de cualquier cosa.

Entonces vi a Clete Purcel observándonos desde lo alto del dique. Debió de enterarse del doble homicidio por su radio de frecuencias policiales. Lamar Fuselier también lo vio.

—Esta escena del crimen no es asunto tuyo, Purcel. Así que será mejor que arrastres ese culo gordinflón y te largues de aquí.

Sin moverse ni un milímetro, Clete encendió un pitillo y lanzó la cerilla apagada dique abajo. El viento arrastró el humo que salía de su boca.

30

Si has pasado algún tiempo en chirona, si has cruzado el país cargando balas de heno y cosechando melones, si has trabajado en la oficina de empleo de Manpower Inc. en un barrio de mala muerte, seguramente sabrás ya que los seres humanos son infinitamente complejos y nada proclives a las generalizaciones sencillas. Lo que nunca deja de asombrarme es que las mayores complejidades y el mayor coraje personal puedan hallarse en nuestros congéneres más anodinos. Personas que parecen menos interesantes que un muro de adobe cargan con historias personales dignas de un héroe de la Grecia clásica. A veces creo que si las vicisitudes de estas personas se convirtieran en fuego, bastarían para achicharrar la carne hasta los huesos. Supongo que la palabra que estoy buscando es «empatía», y solemos encontrarla en esas personas que no tienen en absoluto el aspecto de ser portadores de la llama.

Del dique del distrito de St. Mary fui directo a casa, fundamentalmente porque temía el próximo movimiento de Ronald Bledsoe. El detective a cargo de la escena del crimen levantaría todas las huellas dactilares posibles de los cartuchos de escopeta y de la choza de papel de alquitrán, pero yo dudaba que sus pesquisas fuesen a proporcionar resultados. En mi opinión Bledsoe era el asesino, y Bledsoe no iba a dejarse atrapar por un detective que había tenido que comprar el examen de un curso de derecho penal.

A las 4:41, Sidney y Eunice Kovick subían por el camino de entrada a mi casa. Conducía Sidney, pero ambos tenían el aspecto de quienes acaban de descubrir la magnitud de sus errores de cálculo. Sidney se apeó y se acodó en el techo del coche.

—Me he enterado de que liquidaron a dos tíos en Atchafalaya.

—Es cierto —respondí.

—¿Quiénes eran?

—No llevaban identificación. Pero sospecho que esta noche o mañana por la mañana la policía de St. Mary ya tendrá información definitiva al respecto.

—Me enteré por la radio. Fui a tu oficina y nadie quiso decirme nada. Me dijeron que podría encontrarte aquí.

—Te he dicho lo que sé, Sidney.

—Dave… —insistió suavemente Eunice.

Me miraba desde el asiento del acompañante, con el cinturón de seguridad todavía puesto.

—Los tipos conducían un Toyota Avalon de alquiler.

—¿Viste los cuerpos?

—El asesino usó una escopeta del doce. No pude reconocer los rasgos, pero las víctimas parecían ser Charlie y Marco.

Sidney apretó al puño que tenía encima del coche.

—¿Dónde está Ronald Bledsoe? —dijo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Desde el comienzo no has hecho más que marear la perdiz, Sidney. Quizá es hora de que empieces a expresarte con un poco más de claridad.

—No lo entiendes, Dave —intervino Eunice—. Nunca has entendido lo que ocurre…

—¿Cómo puedo entenderlo si no compartís lo que sabéis conmigo? Sidney cree que el trabajo de la policía es recuperar sus bienes, los bienes que él les ha robado a otros.

—Aquí va la primicia del día —me dijo Sidney—. No le he robado nada a nadie. Hice un trato para hacer entrar cierta mercancía en el país y la pagué. Después averigüé que los encargados de traerme esa mercancía eran un par de paletos que se limpian el culo con la mano. Así que cancelé la operación y confisqué la mercancía. Es probable que un par de tipos volvieran a Mierdanistán con malos recuerdos.

—¿Tu socio era Bo Wiggins?

—¿De qué Bo me hablas? —me contestó.

—Esta conversación ha llegado a su fin, Sidney. Si quieres dejar constancia de tus trolas, te espero en mi despacho mañana.

—Ahora escúchame tú a mí, Dave. Marco se comió un navajazo en el brazo para protegerme cuando éramos chavales en los apartamentos de protección oficial, y el padre de Charlie Weiss boxeaba con mi padre por dinero a cinco pavos por pelea, para

darnos de comer durante la Depresión. Charlie pasó 38 meses en el Campo J de la prisión de Angola en vez de chivarse.

—¿Por qué siguieron a Bledsoe hasta la cuenca del Atchafalaya?

—No lo sé. Lo seguían por todos lados, queríamos encontrar al chaval negro que saqueó mi casa. Pensamos que Bledsoe nos llevaría a él. Me siento culpable.

Sidney tenía la cara cubierta por las sombras y las hojas que caían de los árboles sobre el techo encerado de su coche ocultaban aún más su expresión. Creo que estaba a punto de llorar.

Esa noche, en la cocina, intenté dilucidar la combinación de letras que había en los restos ilegibles de la carta que Bertrand Melancon escribió a los Baylor. En realidad, ya no me importaba que aparecieran los diamantes de sangre. Mi único interés a estas alturas era averiguar quién había contratado a Ronald Bledsoe. Yo seguía creyendo que Bledsoe había trabajado para Sidney. Pero si Sidney decía la verdad, el único sospechoso que quedaba era Bo Diddley Wiggins.

—¿Qué haces? —preguntó Alafair, mirando por encima de mi hombro.

—Perder el tiempo, supongo —respondí.

—¿Esto es parte de la nota que estaba en el jardín de los Baylor?

—Así es.

Alafair levantó el papel amarillo a rayas en el que yo había impreso las letras inconexas.

—Déjame probar algunas combinaciones en el ordenador.

—¿De qué va a servir eso?

—Si las palabras hubieran sido impresas en vez de ser escritas a mano, sería muy sencillo. El problema de los escritos a mano es que no tienen un espaciado uniforme, así que para compensar hay que ser imaginativo.

—¿De veras?

—Deja esa actitud sardónica.

Bajé por la pendiente del jardín hasta el *bayou*. El aire era húmedo y el firmamento nocturno estaba iluminado por las hogueras del molino azucarero. Me sentía más cansado que nunca. Tal vez fuera mi imaginación, pero casi podía sentir un gran peso

oprimiendo la tierra, una oscuridad que recorría furtivamente su superficie, una ausencia de luz sin origen aparente. ¿Era esta sensación parte de mi fantasía de que el mundo iba a acabar? ¿La misma que me acompañaba durante mi niñez, que me siguió hasta Vietnam y me arrastró por todos los bares de Oriente? ¿O es que el tigre de William Blake era mucho más grande de lo que imaginábamos y ahora se preparaba para echársenos encima?

Telefoneé al móvil de Clete.

—¿Dónde andas? —pregunté.

—En el motel.

—¿Alguna señal de Bledsoe?

—No.

—Oye, no quiero alejarme de casa. Vente para aquí.

—¿Para qué?

—Para nada. Eso es lo que pasa. No pasa nada, y no puedo hacer nada al respecto.

—¿Al respecto de qué?

—No lo sé. Y ésa es la cuestión, que no lo sé. El domingo le agujereé el pecho a un tipo. Y me gustó hacerlo. Hasta tuve la fantasía de que el tipo iría al infierno.

—¿Y?

—Estamos todos salpicados de sangre, Clete.

—Eso se convierte en un problema cuando es la nuestra, no cuando es la de ellos.

—Te equivocas.

—Relájate. Cojo el coche y voy para allá.

Y yo le había dicho a Sidney Kovick que dejara entrar un poco de luz en su vida. Qué vergüenza.

El miércoles por la mañana fui testigo de una de esas situaciones en las que los ciudadanos de clase media acuden a las fuerzas de la ley y en un instante ponen sus vidas en manos de una burocracia que opera con la misma compasión que unos dados saliendo de un cubilete.

Por casualidad, me encontraba mirando por la ventana cuando llegaron Melanie, Otis y Thelma Baylor. Intuí la razón de su visita y no quería verme involucrado. Contrariamente a lo que se cree, la

mayor parte del trabajo policial es de naturaleza administrativa, burocrática. Ocasionalmente conseguimos poner a la sombra a personajes cuyas condenas representan sólo una parte ínfima de sus crímenes, y sentimos satisfacción al separarlos del resto de nosotros. Pero a veces uno se ve obligado a sentarse frente a delincuentes que no son muy distintos de uno mismo. Personas que aún no dan crédito de hasta qué punto han arruinado sus vidas, que no van a poder superar las consecuencias institucionales. Yo había llegado a la conclusión de que la familia Baylor pertenecía a esta última categoría y no quería ayudarlos a autodestruirse.

Tal como me figuraba, Wally llamó a mi extensión y me dijo que los Baylor querían verme.

—Que me esperen ahí —le dije.

—Pensé que te llevabas bien con el señor Baylor, así que los hice subir…

—Vale, Wally. No te preocupes.

Los recibí en la puerta de mi despacho. Otis quiso hablar, pero no le di tiempo.

—Creo que deberían dirigirse al fiscal de distrito o a la sheriff Soileau —dije.

—No. Queremos hablar con usted, señor Robicheaux. No hemos sido sinceros y queremos aclarar todo este asunto.

Y, por supuesto, no habían venido acompañados de un abogado.

—Señor Baylor —le dije—, quiero que entienda lo siguiente: el Departamento del Sheriff del Distrito de Iberia no tiene ninguna relación directa con el procedimiento criminal de su caso. Somos agentes cedidos temporálmente que realizamos una tarea de enlace para otras instituciones. Si nos vimos involucrados fue sólo a causa del huracán Katrina. Usted debe dirigirse al FBI y a la oficina del fiscal de distrito de Nueva Orleans. Y piense muy bien lo que va a hacer.

—¡Cierre el pico, señor Robicheaux! —espetó Melanie Baylor.

—¿Cómo ha dicho?

—Usted nos va a recomendar que consigamos un abogado, pero ya tenemos uno. Además, he permitido que acose a mi marido y tengo que asumir la responsabilidad de lo que hecho. Yo disparé a esos dos hombres negros y ni mi marido ni mi hijastra tienen nada que ver con ello.

Melanie Baylor estaba ojerosa y del fondo de sus pulmones brotaba el olor a whisky y cigarrillos. Sospeché que en su inocencia creía que admitir su culpa haría desaparecer de súbito a los que la perseguían a ella y a su familia, y que la culpa y la condena serían el bálsamo que la transformaría en una mártir.

—¿Quiere sentarse? —le dije.

—¿Para qué? —me respondió.

Cogí un bloc de papel amarillo y un bolígrafo de un estante y los dejé caer sobre mi escritorio.

—Escriba lo que ocurrió la noche en que disparó a esos muchachos al otro lado de la calle —le contesté.

—No veo para qué. Acabo de decirle lo que ocurrió.

—Desde ahora está detenida, señora Baylor. Puede llamar a un abogado si así lo desea. Usted no está obligada a hablar conmigo ni a escribir en ese bloc. Todo lo que diga de ahora en adelante puede ser usado en su contra. A partir de este momento queda detenida y lo más probable es que no regrese a casa hoy. Pero usted ha acudido a mi oficina por voluntad propia y creo que ese hecho tendrá un efecto positivo en la marcha de su caso. Yo procuraría no estropear ese gesto con actitudes ofuscadas y recalcitrantes.

Melanie Baylor miró a su esposo y a su hijastra.

—Haz lo que te dice —le dijo Otis.

Entonces la cara de la mujer empezó a aflojarse, como una figura de cera junto a una llama.

La señora Baylor no era una mujer agradable. Creo que apuntó deliberada y alevosamente al cuello de Eddy Melancon con la intención de quitarle la vida. También creo que él y Kevin Rochon no suponían amenaza alguna para su seguridad y que las muertes pudieron evitarse. Pero en ese momento, mientras Melanie Baylor se derrumbaba en mi despacho, ¿quién iba a querer erigirse en su juez y cargar con la culpa?

Le pasé una caja de pañuelos de papel y ella se puso a escribir en el bloc. Luego me quedé mirando el expreso Sunset Limited traquetear vía abajo.

Clete me recogió al mediodía y regresamos a mi casa en su Cadillac, con la capota bajada. Molly estaba en el trabajo y Alafair en la

biblioteca de la Universidad de Lafayette, documentándose para su novela. Y Ronald Bledsoe aún no había regresado a su bungaló del motel. Le comenté a Clete la confesión de Melanie Baylor.

—¿Qué crees que ocurrirá? —me preguntó.

—¿Recuerdas a aquel estudiante de intercambio que una noche de Halloween se metió en el jardín de una casa de Baton Rouge? ¿El japonés que llamó a la puerta para preguntar cómo llegar a una fiesta?

—Sí, la mujer se asustó y el marido mató al chaval con un Magnum 44.

—Sí, y no fue a la cárcel.

—Eso fue porque no estaban involucrados los federales, pero esta vez sí lo están. Mira, Dave, lo principal es pillar a los tipos que quisieron matar a tu familia —dijo, y se volvió hacia East Main. Una trama de luz y sombra le recorrió la cara—. Hemos pasado algo por alto y no sé qué es. Ayer tuve un sueño muy extraño. Caminaba por el bosque, podía oler el otoño en el aire, había hojas y setas por el suelo y de los árboles pendían las lianas. Al salir de aquel bosque, estabas tú, de pie a la orilla de un arroyo, con una maleta, como si te fueras a ir de viaje. Me dijiste: «Has pisado una tumba, Clete. ¿No la has visto?». Y dicho esto, cruzaste el arroyo vadeándolo.

Las connotaciones del sueño me produjeron un vacío en el pecho, algo así como una piedra cayendo en un aljibe.

—¿Qué crees que significa? —me preguntó.

—Nada —respondí—. Un sueño no es más que un sueño.

—No. Se nos ha escapado algo. He pisado una tumba y no la he visto. Hemos estado persiguiendo diamantes de sangre y rateros, hemos lidiado con Dagwood y Blondie, mientras Bledsoe se limpiaba el culo en nuestras cortinas. Bledsoe es la clave. ¿Cómo es que un tipo así nunca ha sido detenido por ningún crimen? Aquí hay gato encerrado, colega.

Subimos por la entrada de coches y aparcamos. Abrí la puerta delantera y comprobé todos los cerrojos y ventanas de la casa. Fui hasta el jardín trasero a ver si Trípode y Snuggs estaban bien. Incluso me agaché para mirar bajo el piso de la casa, en busca de paquetes, mecanismos o cables que no hubiesen estado allí antes. Así reacciona uno cuando le meten el miedo en el cuerpo. Sin necesidad de salir de su salón, tu enemigo te convierte en su

prisionero y controla cada segundo de tu vida.

Cuando volví a entrar, Clete me esperaba en la cocina.

—Cuando te conté mi sueño, cuando te dije que entrabas en el agua, pusiste una cara extraña. ¿Por qué pusiste esa cara, Dave?

—No me acuerdo —respondí esquivando su mirada—. Preparemos la comida, tengo que volver al trabajo.

Esa tarde Wally entró en mi despacho, resoplando por el esfuerzo de subir las escaleras. En la mano llevaba un folio con renglones doblado por la mitad.

—Ha llegado esta carta de las celdas de detención —me dijo—. Es para ti.

Cuando Wally se marchó, me senté a leerla. Nadie sabe a ciencia cierta cuál es el motor que impulsa a un alcohólico. Según los folletos de Alcohólicos Anónimos es una mezcla de «miedo congénito», «voluntad descontrolada» e «insensatez moral y psicológica». Algunas personas creen que se debe a un desorden de la personalidad y una neurosis profunda. Pero independientemente de su origen, una de las características más destacadas es el orgullo.

Al detective Robicheaux:

Deseo aclarar lo que dije esta mañana en su despacho. Disparé en la oscuridad con la intención de disuadir a los saqueadores de que entraran en nuestro hogar. Desde luego soy responsable de ello, aunque creo que uno de ellos se situó en la trayectoria de la bala, seguramente debido a la naturaleza autodestructiva de esa clase de individuos. Pero eso no puedo asegurarlo.

Confesé mi crimen porque usted ha estado acosando sin piedad a mi marido y a mi hijastra, a nuestra familia. Compañeras de mi clase de gimnasia aeróbica me han dicho que durante mucho tiempo usted fue alcohólico y que sus intromisiones en las vidas de los demás son su forma de no pasar el día borracho.

Si quiere saber la verdad de lo ocurrido aquella noche terrible, se lo contaré, y luego podrá adjuntar esta declaración a la que hice anteriormente. Estamos a merced

de animales depravados. Nuestro vecino y sus amigos dijeron que iban a protegernos. Pero nuestro vecino, pese a su supuesto entrenamiento militar y a haber sido educado como un «caballero sureño», es un farsante y un borracho igual que usted. Así que cuando mi marido se durmió exhausto, tuve que hacerme cargo de la situación y disparar a ciegas en la oscuridad antes de que los saqueadores (que eran los mismos hombres que violaron a nuestra hija) echaran las puertas abajo e irrumpieran en nuestro hogar.

Lo perdono por lo que hizo. Su ineptitud y poca inteligencia seguramente no son culpa suya, pero su personalidad alcohólica sí lo es. Si yo fuera usted, buscaría ayuda. Y si no quiere hacerlo por usted, hágalo por el bien de quienes están obligados a vivir alrededor suyo.

Sin más,

Melanie Baylor

Hice una fotocopia de la carta y envié el original a la oficina del fiscal de distrito, con la esperanza de no tener que oír nunca más el nombre de Melanie Baylor.

31

Más tarde telefoneé a Betsy Mossbacher a la oficina del FBI en Baton Rouge. Le había dejado un mensaje tras averiguar que Bertrand Melancon se encontraba en el Ninth Ward. Y otro más después de que Bobby Mack Rydel intentara matar a mi familia. Pero ella no había contestado a mis llamadas. Esta vez me atendió.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—Por todo el estado. ¿Qué ocurre?

—Te dejé un mensaje sobre Bertrand Melancon. Otis Baylor lo encontró. Está en casa de su tía, en el Ninth Ward. También te dejé un mensaje sobre Bobby Mack Rydel.

—Sí, siento mucho lo ocurrido. Me alegro de que estés bien.

Esperé a que continuara, pero no lo hizo.

—¿Habéis estado muy ocupados? —continué.

—Dame la dirección de Melancon. Veré lo que puedo hacer.

Sentí que se me acaban las energías. El FBI nos había pedido intervenir en una jurisdicción que no nos correspondía y pringar con un trabajo que era responsabilidad de otras agencias gubernamentales. Ahora el FBI me estaba mandando un mensaje: te estás convirtiendo en un incordio. Dicté a Betsy la dirección de la tía de Melancon en el Ninth Ward.

—Esta mañana Melanie Baylor confesó que había disparado a los saqueadores —dije—. Su marido la estaba encubriendo.

—La sheriff Soileau nos envió esa información por fax hace una hora.

—Melancon escribió una carta en la que pedía perdón a la familia Baylor. Les dijo dónde estaban los diamantes de sangre. El problema es que la carta se mojó y hasta ahora no nos ha servido de nada. Y en el ínterin, dos de los matones de Kovick aparecieron muertos en la cuenca de Atchafalaya.

—Sí, nos hemos enterado.

—Oye, Betsy… Se supone que debo compartir esta información contigo. Si no te interesa que siga, dime que me pierda y ya está.

—Estamos hasta arriba de trabajo. Quizá algún día todo esto se arregle, pero va a tardar mucho. ¿Tienes idea de cuántos casos abiertos de homicidio tenemos en Nueva Orleans? La ciudad es un depósito de cadáveres gigante. Y no hablo de pandilleros muertos, sino de pacientes abandonados que acabaron ahogados en hogares de ancianos y clínicas. ¿Te haces una idea del número de denuncias por tiroteos policiales injustificados que tenemos que investigar? Ni siquiera nuestra propia gente nos facilita información. Creo que algunos comandos de los SEAL se cargaron a unos francotiradores de los que todavía no hemos podido averiguar nada.

Pero a mí no me interesaban los problemas del FBI.

—Tengo que atrapar a Ronald Bledsoe, porque nos está arruinando la vida —dije.

La oí resoplar por la nariz, pero no la dejé hablar y proseguí:

—Digamos que Sidney Kovick «me confirmó» que había robado los diamantes a unos tipos de Oriente Medio. Tú misma me has dicho que él se considera un patriota, quizá esos tipos pertenecieran a Al-Qaeda. Cuando se trata de asuntos de seguridad nacional, tú tienes acceso electrónico ilimitado, ¿no es cierto? Bledsoe es el hilo suelto del jersey, Betsy. Ayúdame a tirar para desarmarlo.

—Buen intento, pero no hay premio.

—Adiós, Betsy. Creo que te va de maravilla trabajar con esa gentuza —gruñí, y estampé el auricular en la horquilla.

La mañana del miércoles fue excepcionalmente hermosa, como si el cielo y la tierra hubiesen decidido unir fuerzas para recrear el sur de Luisiana tal como era antes de ser arrasado por el Katrina y el Rita. El cielo lucía azul e intenso, el lucero brillaba en el oeste y una luna grande y marrón surgía por detrás de los cañaverales. Las lluvias habían oscurecido el verdor de los robles y alimentado el caudal del Bayou Teche, cuyas aguas llegaban hasta los bordes de nuestros jardines. De City Park llegaba el olor de las barbacoas, del tanino de los crisantemos y un aroma límpido y prometedor que anunciaba de una manera agradable la llegada del invierno. Sin ninguna razón aparente, sentí una gran paz, como si me hubieran

invitado a una guerra pero en el último momento hubiese decidido no acudir.

Alafair decidió regresar a la biblioteca de la universidad para acabar de documentar su novela y Molly se disponía a acompañarla en coche.

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —exclamó Molly desde la entrada para coches.

—Prefiero quedarme a leer un poco y dar un paseo —dije.

—Creo que ya he conseguido adivinar el último renglón de la carta que aquel tipo dejó a los Baylor —me dijo Alafair—. Se trata de dar con la combinación adecuada, pero no de letras sino de palabras, hasta conseguir que formen una frase coherente.

Intenté no dejar entrever mi falta de entusiasmo.

—Genial —respondí.

—¿Significaría algo la palabra «ladrillos»?

Pensé en ello.

—Sí, es posible —dije.

—Pues ya te contaré qué más se me ocurre. La verdad es que todo este asunto es un material buenísimo para mi novela. Me gustaría usarlo.

Se despidieron de mí y se dirigieron hacia la puerta. Alafair chasqueó los dedos.

—Me he olvidado el monedero —me dijo—. No llevo dinero y quería comprarme un postre.

—Toma —le dije sacando de mi cartera veinte dólares—. Te lo descontaré de tu paga.

—No llegaremos muy tarde —me dijo.

—Estaré despierto —respondí.

Y levanté el pulgar en señal de aprobación, como solía hacerlo cuando ella era una niña.

Media hora más tarde el Cadillac de Clete subió por la entrada. Salí a esperarlo en la galería. Clete se sentó en los escalones con su sombrerito inclinado sobre la frente y arrancó la anilla de una lata de cerveza. Se puso un pitillo en la boca, lo encendió y echó el humo hacia el jardín. Aún no había dicho nada, excepto comentar el precio de la gasolina. Le quité el cigarrillo de la boca, fui hasta el

bordillo y lo lancé a la alcantarilla.

—Deja de tocar las narices, Dave. Estar contigo es como estar casado.

—¿Qué estás rumiando, Cletus?

—Estaba pensando si es que he estado viviendo en mi propio mundo o si he desarrollado el síndrome de gilipollas mental.

Me senté a su lado. Las farolas ya se habían apagado y las copas de los robles, arqueadas sobre la calle, susurraban con la brisa.

—¿Recuerdas cuando estábamos registrando la propiedad de Baylor y un vecino salió a preguntarnos qué hacíamos allí?

—Sí. Se llama Tom Claggart.

—¿Recuerdas que te dije que lo había visto en alguna parte?

—Lo recuerdo.

—El año pasado llevé a una churri a dar una vuelta en bote por la cuenca. Hacía un frío del demonio y nos quedamos sin gasolina. A unos trescientos metros de Atchafalaya, en una cabaña en una isla, había unos cazadores. Me acerqué justo cuando estaban descuartizando un ciervo. Lo tenían colgado de un árbol, por las patas traseras. Todo el suelo estaba lleno de tripas y trozos de cuero. Los tipos parecían sentirse muy incómodos. Después me acordé de que la temporada de caza había acabado dos o tres días antes.

—Uno de los cazadores me dijo: «A este macho de seis puntas lo cazamos la semana pasada, lo acabamos de descongelar».

—Simulé no entender lo que me decían, o parecer desinteresado. Me dieron ocho litros de gasolina y no me dejaron pagárselos. Entonces, cuando estaba a punto de irme, un tipo con cabeza puntiaguda y un bigotón se acercó a la puerta y me miró. Creo que ese tipo era Claggart.

—Entonces Claggart caza ciervos o tiene una cabaña en la cuenca… —dije.

—Por la puerta de la cabaña, vi que había un ordenador portátil abierto detrás de Claggart. En la pantalla, un montón de cartas volaban hacia uno de esos sombreros negros que usan los magos. Creo que era un juego de ordenador para apostadores. Bledsoe juega a esos juegos todo el tiempo.

Cerré los ojos para visualizar lo que recordaba y los volví a abrir.

—Bledsoe no juega a esos juegos —exclamé—. Sólo juega a *ese* juego.

—¿Eh?

—Cuando estuve en el bungaló de Bledsoe, vi ese programa en funcionamiento en su ordenador.

—Joder, sí que pisamos la tumba —me respondió Clete—. ¿Adónde vas?

—A pedir disculpas al FBI —respondí.

Fui a la cocina y telefoneé a Betsy Mossbacher por el móvil.

—Hola, Dave.

—Olvidemos la conversación que tuvimos esta tarde. Necesito tu ayuda.

—Me arrinconas, me tratas fatal y después te disculpas. Nunca sé quién va a salir de esa caja de sorpresas. Esto empieza a ser un coñazo, Dave.

Oí una voz en mi cabeza. Me decía: no discutas, no compitas.

—Hemos estado buscando información sobre Bledsoe en los lugares equivocados. Hemos buscado unos antecedentes criminales que no existían y nos culpábamos por no encontrarlos. El truco con tipos como Bledsoe es su fachada de normalidad.

—Me he perdido —repuso Betsy.

—La razón por la que tipos como BTK, John Wayne Gracy y el tipo de Green River, ese Gary Ridgway, pueden matar gente durante décadas, es que están protegidos. Sus familias niegan todo lo que ven porque no pueden creer que vivan con un monstruo, que se acuesten con él, que tengan hijos con él. ¿Te gustaría despertarte un día y averiguar que tu padre es Norman Bates?

—Entiendo. ¿Qué necesitas?

—Todo lo que puedas conseguir acerca de un tipo llamado Tom Claggart. Tiene una casa junto a la de Otis Baylor en Nueva Orleans.

—¿Y cuál es la conexión?

—Se dedica a importar y exportar. Baylor dice que estudió en la Escuela Militar de Virginia o en Citadel. Citadel está en Carolina del Sur, que es de donde es oriundo Bledsoe.

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Ahora mismo.

—Veré lo que puedo hacer.

—Betsy, Bledsoe envió a Bobby Mack Rydel a por mi hija. No la

mató por un par centímetros. Hemos cumplido con vosotros. Me lo debes.

Hubo un silencio.

—Creo que sí —respondió.

El cielo se había suavizado y tornado de un azul oscuro. Molly y Alafair aparcaron el coche junto a Burke Hall, el viejo centro de Bellas Artes y Artes Escénicas, situado junto a un lago poblado de cipreses anegados. Molly llevaba una pegatina de visitante de la facultad en el coche y casi siempre aparcaba en el mismo sitio, pues en Burke Hall no había clases nocturnas y la explanada entre el edificio y el lago quedaba algo apartada y, por lo tanto, libre. Molly dejó su bolso debajo del asiento, cerró el coche con llave y después ella y Alafair cruzaron el campus hacia la biblioteca.

Acababan de cortar el césped del patio interior del edificio y el aire olía a capullos en flor y heno mojado, a hojas y cáscaras de pacanas húmedas ardiendo en alguna hoguera. Los pasillos techados que rodeaban el patio interior estaban llenos de estudiantes. El resplandor de las ventanas de las aulas y dormitorios resaltaba el musgo que cubría los robles de Virginia. Para recaudar dinero, una hermandad femenina de estudiantes vendía tartas a la entrada de la biblioteca. Las jóvenes, abrigadas con jerséis a causa del aire frío, irradiaban esa aura de inocencia que uno asocia a las películas de los años cuarenta. Esta comparación no es un recuerdo nostálgico; esas escenas existieron, lo creamos o no. Creo que para todos nosotros los momentos como ésos deberían permanecer inmaculados.

Lamentablemente, las cosas no son así.

Después de que Molly y Alafair entraran en el edificio, un hombre con impermeable se detuvo en la mesa de las tartas y compró un bollo. Llevaba un sombrero para lluvia demasiado grande que le tapaba las orejas, como un sombrero de hongo sobre la fina cabeza de un maniquí; también lucía un bigote canoso. Parecía nervioso, y desprendía un olor que recordaba una mezcla de desodorante y tela mohosa o unos calcetines mojados olvidados en un casillero de gimnasio.

Pagó con un billete de cinco dólares y no cogió el cambio. Luego

se metió el bollo en la boca con los dedos, sin apartar los ojos del interior de la biblioteca. La estudiante le ofreció una servilleta, él la cogió y entró en el edificio limpiándose la boca. En la mano derecha todavía llevaba la servilleta y el celofán que antes envolvía el bollo. Amenos de un metro había una papelera, pero el hombre hizo un rebujo con el celofán y la servilleta y se lo metió en el bolsillo. Después subió la escalera que llevaba a la primera planta de la biblioteca. Iba mirando hacia el techo, como un cazador observando las copas de los árboles.

No esperé a que Betsy Mossbacher me volviera a llamar para informarme acerca de Tom Claggart. Por si Betsy intentaba comunicarse por la línea fija, telefoneé desde el móvil a la policía estatal de Virginia y a la de Carolina del Sur. Los efectivos de guardia que me atendieron tenían el mismo problema que yo, a saber: todas las oficinas gubernamentales que podrían contestar a nuestras preguntas sobre Tom Claggart estaban cerradas.

Entonces utilicé el recurso de investigación más valioso y menos apreciado de Estados Unidos: el humilde bibliotecario. Cobran unos salarios míseros y jamás se les reconoce su labor. Sus escritorios suelen estar escondidos entre pilas de libros, en algún rincón alejado desde el que deben hacer callar a estudiantes escandalosos. A veces tienen que aguantar que los sin techo les suelten su aliento de vino peleón o se tumben a roncar en los sillones. Sin embargo, el humilde bibliotecario posee una habilidad sorprendente para dar con la información más recóndita y es perseverante como un guerrero espartano.

Oír el acento marismeño de la bibliotecaria de Citadel me produjo un verdadero placer. Se llamaba Iris Rosencrans y sospeché que si recitara el listín telefónico lo haría sonar como un soneto de Shakespeare. Le expliqué quién era yo y pregunté si podría buscar en sus registros a un exalumno llamado Tom Claggart.

—Como se imaginará, señor Robicheaux —me dijo—, la oficina de registros está cerrada hasta mañana por la mañana. A pesar de ello, creo que podría revisar alguno de los anuarios y tal vez serle de utilidad.

—Señorita Rosencrans, necesito cualquier información que

pueda facilitarme sobre ese hombre. Es muy urgente. No quiero preocuparla con mi situación ni parecer melodramático, pero alguien ha intentado matar a mi hija y creo que la persona responsable se llama Ronald Bledsoe. Creo que Ronald Bledsoe puede tener algún tipo de relación con Tom Claggart.

Ella hizo una pausa.

—Deletréeme Bledsoe, por favor.

Veinte minutos más tarde me volvió a llamar.

—Thomas S. Claggart cursó el primer y el segundo curso en los años 1977 y 1978. Según consta aquí, su ciudad natal es Camden. Después de 1978 no aparece en los anuarios. En cuento a Ronald Bledsoe, aparentemente nunca estudió aquí.

—Muchas gracias por su…

Oí un crujido de papeles, como si la bibliotecaria estuviera ojeando folios en un sujetapapeles.

—He conseguido otra información, señor Robicheaux.

—Adelante, por favor.

—Hablé con la bibliotecaria de referencia de Camden. Ella revisó los viejos listines telefónicos del 76 al 79, y dio con un T.S. Claggart. Telefoneé a la comisaría local, y nadie había oído hablar de esa familia. Pero el agente con el que hablé era muy amable y me dio el número del jefe de policía de entonces, ahora retirado. Así que llamé a su casa. ¿Quiere su nombre?

—No, no… Dígame qué dijo.

—El jefe de policía recordaba muy bien al señor Claggart. Dijo que había sido sargento del ejército, destacado en Fort Jackson. Su mujer había muerto unos años antes, pero tenía un hijo, Tom júnior. Y quizá un hijo adoptivo, un chaval llamado Ronald.

—¿Bledsoe?

—El exjefe de policía no estaba seguro del apellido, pero sabía que Claggart no era. Dijo que aquel chico tenía un aspecto y un comportamiento extraños. Dijo tener la impresión de que Ronald había estado en centros de acogida para chavales con problemas. Y eso es lo único que he podido averiguar. ¿Le interesaría que investigara un poco más mañana? Es que estamos a punto de cerrar. No sería ninguna molestia…

—Lo que me gustaría, señorita Rosencrans, es comprarle una isla en el Caribe, o quizá pedirle al Vaticano que la canonice en vida.

—Es usted muy amable —me contestó.

Informé a Clete de lo que la señorita Rosencrans acababa de averiguar. Él estaba comiendo un bocadillo en el salón, mirando el History Channel.

—¿Crees que todos estos años Claggart ha estado cubriéndole las espaldas a Bledsoe? —me dijo.

—Puede ser, o quizá trabajen en equipo. ¿Recuerdas el caso del Estrangulador de la Colina, en California? Los asesinos eran primos. Explícame cómo puede haber dos tipos así en una familia…

Clete iba a contestarme, pero abrí mi móvil y empecé a teclear.

—¿A quién llamas? —me preguntó.

—A Molly.

—Están en la universidad. Así que tranquilo, gran jefe, que sólo de verte ya se me están poniendo los pelos de punta.

Al contestarme el buzón de voz caí en la cuenta de que Molly debió de dejar el móvil en el coche o quizá lo apagó para entrar en la biblioteca. Telefoneé a Alafair y obtuve la misma respuesta, y entonces recordé que se había olvidado el monedero.

Su teléfono sonó en la cocina de mi casa.

Alafair había extendido las fichas de apuntes en una mesa, junto a las estanterías de libros especializados en la flora y fauna del noroeste americano. Estaba tomando notas de los árboles y piedras característicos de la escarpadura que bordea el desfiladero del río Columbia, al norte de Mount Hood. Entonces empezaron a escocerle los ojos por la fatiga del día y por las noches insomnes que había pasado desde que Bobby Mack Rydel, alguien a quien nunca había visto antes, había intentado matarla.

En sus primeros intentos de escribir ficción, Alafair había averiguado que había muchas cosas que una persona puede hacer aunque se sienta cansada, pero imaginar tramas, crear diálogos, imaginarse personajes inventados y escribir bien no se contaban entre ellas.

Recogió las fichas de apuntes y las metió en su mochila de libros. Después sacó el bloc de papel amarillo donde yo había escrito los fragmentos de palabras que aparecían al pie de la carta de Bertrand.

El hombre del sombrero grande llevaba ahora el impermeable doblado sobre el brazo y ojeaba con curiosidad los títulos de las estanterías. Extrajo un pesado volumen y tomó asiento a tres sillas de Alafair, en la misma mesa pero en el lado opuesto. No la miró. Parecía concentrado en el contenido de su libro, una colección de placas fotográficas de escenas típicas del estado de Colorado. Entonces pareció acordarse de que aún llevaba puesto el sombrero. Se lo quitó y lo colocó sobre la mesa con la copa hacia abajo. Bajo las raíces de su melena recién afeitada, su cuero cabelludo era de tono blanco hueso.

—Buenas noches —dijo a Alafair y la saludó con un gesto.

—Buenas noches —respondió ella.

El hombre abrió el libro y comenzó a leer con el ceño fruncido. Alafair volvió a intentar descifrar las indicaciones de Bertrand Melancon para encontrar los diamantes de Kovick. Molly regresó del baño y echó un vistazo por encima del hombro. Las letras copiadas de la nota desteñida eran *Lo am s an aba de los a riyos al ot ado de l ay*. Alafair las había copiado diez veces aplicándoles diez espaciados distintos, intentando rellenar los espacios con distintas combinaciones de letras. Al llegar al décimo renglón, había conseguido crear una frase que tenía cierto sentido sintáctico y visual.

—Deberías dedicarte a la criptografía —le dijo Molly.

—El desafío es la ortografía —respondió Alafair—. Seguramente ese Melancon escribe las palabras polisilábicas tal como suenan. Así que si la primera palabra es *Los*, y nos inventamos un *amantes*, ya tenemos una ventaja a la hora de armar la frase entera. Si la tercera palabra no coincide con el número de la palabra *amantes*, cambiamos *está* por *están*, y enseguida empieza a tomar forma.

El hombre del bigote canoso y la cabeza afeitada dejó de leer, se puso de espaldas a Alafair y Molly y reprimió un bostezo. Sus ojos buscaron el destello de un posible relámpago en las altas ventanas, después fijó la vista en un alto muchacho negro que llevaba un jersey del equipo de baloncesto y finalmente volvió a centrar su atención en el libro.

—Convertimos *aba* en *abajo*, dejamos *de* como está, añadimos una *l* y una *d* y ya tenemos *ladrillos*. *Al* queda como está y *ot* se convierte en *otro*. *De* queda como está y convertimos la *l* en *la*. Y lo

que nos queda es: «*Los amantes están abajo de los ladriyos al otro lado del…*» Pero no he conseguido adivinar que es *ay…*

Molly pensó un rato.

—Ponle una *c* delante y una *o* detrás.

—*Cayo*, eso es —dijo Alafair—. «*Los amantes están abajo de los ladriyos al otro lado del cayo*». ¿Qué te parece?

El hombre que miraba las escenas alpinas cogió el libro de gran formato por las tapas y lo apoyó por el lomo en la mesa. Volvió a mirar su reloj y devolvió el libro a su estante. Después se acercó hasta la estantería de los periódicos y empezó a ojear una revista, echando de vez en cuando un vistazo por la ventana al cielo oscuro.

A las 9:53, Molly y Alafair salieron de la biblioteca y se dirigieron al coche.

Cuando el teléfono sonó en la cocina de casa, eran las 9:12. Deseé que fuese Molly. Me fijé en el identificador de llamadas, pero se trataba de un número rio identificado. Levanté el auricular.

—¿Diga?

—Tuve que engatusar a un par de personas —me dijo Betsy—, pero mira lo que averigüé: Tom Claggart estudió en Citadel a finales de los setenta. Su padre estaba destinado en Fort Jackson, era viudo y sólo tenía un hijo que llevaba su apellido. Pero en varias ocasiones, en su declaración de la renta indicó que tenía a su cargo a dos menores: su hijo, Tom júnior, y un hijo adoptivo llamado Ronald Bledsoe.

—Vale, eso ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes? ¿Cómo lo has averiguado?

—Lo investigó una bibliotecaria de Citadel.

—¿Una bibliotecaria? Gracias por restregármelo por la cara.

—Venga, Betsy, dime el resto.

—Dave, intenta comprender que un agente de Columbia, en Carolina del Sur, fue hasta Camden, a 45 kilómetros de distancia, a buscar a quienes pudieran acordarse de la familia Claggart. Lo hizo como un favor, porque entrenamos juntos en Quantico. Así que ten un poco de paciencia, ¿vale?

—Entiendo —respondí sintiendo cómo se me tensaba el cuero cabelludo.

—Claggart padre era oriundo de Myrtle Beach. Al parecer, tuvo un hijo ilegítimo con una mujer llamada Yvonne Bledsoe. Ella

provenía de una familia tradicional venida a menos. Evidentemente, ella se creía una aristócrata sureña forzada a vivir por debajo del nivel que le correspondía. Según averiguó mi amigo, un par de familias la acusaron de abusar de los niños que cuidaba. Tom Claggart júnior recorrió el país de base militar en base militar con su padre, pero Ronald Bledsoe se quedó con su madre hasta los quince o dieciséis años.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

—Murió quemada. Su casa se incendió por causas desconocidas.

Colgué y sentí que un lado de mi cabeza se entumecía. Volví a telefonear a Molly, pero no cogía el móvil. Clete me miró con una expresión extraña.

—¿Qué pasa? —me dijo.

—Vamos a dar una vuelta.

Molly y Alafair cruzaron el trecho de césped que separaba dos edificios de ladrillos apenas visibles en la penumbra, luego cruzaron el bulevar y pasaron por una zona sin iluminación junto a Burke Hall.

El viento empezó a soplar más frío, trazando surcos sobre la espesa capa de algas del lago. Los vehículos que antes flanqueaban el coche de Molly se habían marchado del aparcamiento y las ventanas de Burke Hall estaban oscuras.

Molly abrió la portezuela del conductor, se puso tras el volante y se estiró para abrir la del acompañante. Por un instante creyó ver en la parte trasera del edificio a un hombre apoyado contra la pared de ladrillos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Volvió a mirar, pero no vio nada.

Alafair se acomodó en el asiento del acompañante y cerró la puerta.

—Estoy cansada —le dijo a Molly—. ¿Y si pasamos de ir comprar el postre?

—Por mí, bien.

Molly sacó el bolso de debajo del asiento y lo colocó a su lado. Metió la llave de contacto y la giró, pero el arranque no emitió sonido alguno, ni siquiera el clic seco que se oye cuando la batería está descargada. Tampoco se iluminaron los controles del

salpicadero. Era como si la batería estuviera totalmente desconectada del sistema eléctrico.

—¡Pero si compre una batería nueva en AutoZone hace apenas tres semanas! —se quejó.

—Préstame tu móvil —dijo Alafair—. Llamaré a Dave.

Una racha de viento y lluvia sopló a través de los cipreses del lago y dejó una marca húmeda sobre el parabrisas. De repente, junto a la ventanilla de Molly apareció el hombre de la biblioteca, con su impermeable y el sombrero cubriéndole las orejas. Les sonrió, al tiempo que hacía una seña circular para que Molly bajase la ventanilla. Fue entonces cuando Molly notó la rendija de más de dos centímetros que había entre el cristal y el marco. Una rendija que ella no recordaba haber dejado cuando salió del coche.

Molly bajó la ventanilla otros quince centímetros.

—¿Qué hay? —dijo Molly.

—Las vi allí arriba, en la biblioteca —respondió el hombre.

—Lo sé. ¿Qué quiere?

—Parece que tiene problemas con su coche. Si quiere, puedo telefonear a la Asociación Americana del Automóvil o llevarla a donde usted quiera.

—¿Por qué cree que tenemos problemas con el coche? —dijo Molly.

—Porque no arranca —dijo el hombre medio sonriendo.

—¿Cómo puede saberlo si el coche no ha hecho ningún ruido?

—Vi que le dio un par de veces a la llave, nada más.

—Pues no tenemos ningún problema. Gracias por su ayuda.

Sin dejar de sujetarse el cuello del impermeable, el hombre miró hacia la oscuridad, hacia el edificio. Su cara estaba húmeda a causa de la bruma que soplaba desde los cipreses.

—Hace un tiempo pésimo para estar aquí fuera. Creo que se avecina una tormenta —dijo el hombre.

Alafair lanzó una mirada a Molly y atrajo hacia sí el bolso de ésta, acomodándolo junto a sus pies.

El hombre del sombrero grande y el bigote canoso se acercó aún más a la ventanilla.

—Quiero decirles algo, señoras. Esto no ha sido idea mía. Lo siento por ustedes, yo no soy esa clase de hombre.

—Quítese las patatas de la boca y, sea lo que sea, suéltelo de

una vez —lo increpó Molly.

Pero antes de que el hombre pudiera contestar, la ventanilla de Alafair estalló en pedazos rociando el interior del coche de fragmentos de vidrio. Alafair se estremeció e hizo una mueca. Su pelo y su camisa estaban cubiertos de cristales. La mano que blandía el ladrillo raspó el marco de metal, quitando los restos de vidrio que aún quedaban en los bordes.

De repente, Alafair y Molly se vieron frente a frente con un sonriente Ronald Bledsoe, que en su mano derecha aferraba un ladrillo y en la izquierda una automática pavonada del calibre 25. Bledsoe colocó el cañón de la pistola debajo de la barbilla de Alafair e hizo fuerza hasta que la joven alzó la cabeza y cerró los ojos.

—Señora Robicheaux —dijo Bledsoe—, abra el capó para que Tom pueda volver a conectar la batería. Después estírese por encima del asiento de atrás y ábrame la puerta. Vamos a dar una vuelta y ustedes dos se van a portar muy bien. —Entonces se inclinó para oler la melena de Alafair—. Vaya por Dios, señorita Alafair, cómo me gusta… Es usted una jovencita encantadora. Y sé muy bien de lo que estoy hablando porque he catado a las mejores.

Molly dudaba.

—Señora Robicheaux —dijo Bledsoe—. ¿Quiere ver los sesos de su hija sobre el salpicadero?

Molly tiró del asa del abrecapó, luego se estiró por encima del asiento y abrió la puerta a Bledsoe. Éste entró a toda prisa para que la luz interior se apagara lo antes posible. Molly seguía estirada por encima del asiento, con la cara a pocos centímetros de la de Bledsoe. La camisa de seda azul de éste se ondulaba como una superficie de agua helada. Molly olió la humedad de su piel, el jabón que había utilizado para afeitarse la cabeza y un olor parecido a la orina de gato que le surgía de las axilas. El hombre del impermeable cerró el capó de un golpe.

—Arranque —ordenó Bledsoe, poniendo la luz interior en posición de apagada.

—Creo que no deberíamos hacer esto —le contestó Molly.

Evitando mirar a las mujeres a la cara, el otro hombre abrió la portezuela trasera y subió, bregando un poco con los faldones de su impermeable antes de cerrarla.

—¿Quiere causarle la muerte a esta muchachita? —amenazó

Bledsoe—. ¿Quiere causar su propia muerte por ser tan testaruda? Usted no actúa como una monja en absoluto. Más bien se comporta como alguien muy orgulloso.

Con mano temblorosa, Molly giró la llave de contacto.

—Mi marido lo va a colgar de donde ya sabe, malnacido.

—Eso quisiera él, pero hasta ahora no lo ha hecho nada bien, ¿verdad? —dijo Bledsoe, colocando el cañón de la pistola debajo de la oreja de Alafair y presionando un poco—. Salga hacia la calle, señora Robicheaux.

Molly encendió los faros y empezó a retroceder, girando el cuello para atisbar por la ventana trasera. La zona de aceras y jardines delante de Burke Hall estaba despoblada. Un roble tapaba la luz que llegaba desde la intersección sur.

—Señorita Alafair —dijo Bledsoe—, rebusque en su mochila y deme ese bloc en el que estaba escribiendo. Muy bien, sáquelo y démelo. Qué buena chica es. Si hace lo que le digo, quién sabe lo que puede ocurrir, quizá hasta salga de este trance de una pieza.

Sin dejar de apuntarle a la cabeza, Bledsoe le quitó a Alafair el bloc y estudió la primera página.

—Señorita Alafair, acaba usted de hacer feliz a mucha gente —la felicitó Bledsoe—. ¿No crees, Tom? Durante todo este tiempo, las piedras estaban en tu jardín, apuesto a que debajo de ese gran generador. Hizo falta que una mujer instruida lo averiguara. ¿Me ha oído, señorita Alafair? Usted es una chica especial, y así la voy a tratar. Cuando lleguemos, se lo voy a hacer pasar bomba.

Le quitó un trozo de vidrio del pelo y lo lanzó por la ventana. Pero no explicó adónde las llevaba.

Salieron al bulevar, pasaron junto a uno de los dormitorios de muchachas y llegaron hasta al límite del campus. Entonces torcieron por University Avenue y se dirigieron a las afueras de la ciudad.

Unos momentos más tarde, en un tramo del cementerio judío oculto entre cedros y robles umbrosos y una vieja fábrica de hielo convertida en bar de *topless*, un corredor tuvo que dar un salto para no ser atropellado por un coche que había salido de su carril y volado por encima de la mediana, quizá embestido por otro

vehículo. Debido a la bruma, el corredor no había llegado a ver a los pasajeros. Pero al llamar al 911 le dijo al operador que había oído unas detonaciones apagadas y visto algo así como una serie de fogonazos en el interior del coche.

Fijé la sirena de emergencia al techo de mi camioneta y dejé que Clete condujera. Cuando por fin cruzamos el pequeño poblado de Broussard, la autovía estaba húmeda, el cielo encapotado, y el tráfico empezaba a atascarse debido a las obras en la afueras de Lafayette. Atravesamos un buen trecho de urbanizaciones que en mi época de universitario habían sido cañaverales y huertos de pacanas atravesados por una carretera bordeada de robles de Virginia. Pero nada de eso existía ya.

Eran casi las diez de la noche. Durante el trayecto había seguido telefoneando a Molly a su móvil y cada vez me contestó el buzón de voz.

—Te preocupas demasiado —dijo Clete—. Seguramente ya están regresando a casa.

—Molly siempre revisa los mensajes. Para ella es casi una obsesión —respondí.

—Piénsalo un segundo, Dave. Nada ha cambiado desde esta tarde, salvo que hemos averiguado que Claggart es el hermano del Carapolla. Eso no significa que Molly y Alafair corran más peligro. ¿Sabes lo que te preocupa a ti?

—A que vas a decírmelo…

—Liquidaste a Rydel y ahora te apetece echar un trago.

Al ver que no le contestaba, añadió:

—¿Recuerdas cuando nos cargamos a aquella pandilla de colombianos? En mi vida había pasado tanto miedo. Esa noche me pimplé una docena de whiskys dobles y ni lo noté.

—Oye, Clete…

—¿Qué?

—Cierra el pico, anda.

Me miró a la luz del salpicadero y pisó el acelerador a fondo. Al cruzar la doble raya continua para adelantar a un tractor con remolque, nos sacudió a ambos contra las puertas.

Tecleé el 911 y me atendió la radio operadora del distrito de

Lafayette.

—¿Cuál es la naturaleza de su emergencia? —dijo la voz de la mujer negra.

—Soy el detective Dave Robicheaux, del Departamento del Sheriff de Iberia —respondí—. Estoy de camino al campus de la Universidad de Luisiana a buscar a mi mujer y a mi hija. Suelen aparcar cerca de Cypress Lake, junto a Burke Hall. No responden a mis llamadas y creo que pueden estar en peligro. ¿Podría enviar un coche patrulla al campus, por favor, para comprobar si su vehículo sigue allí?

Le indiqué la marca y el modelo del coche de Molly.

—Tenemos un accidente múltiple de cinco coches en University Avenue, pero en cuanto podamos enviaremos a alguien al campus —dijo—. ¿Quiere que me ponga en contacto con los agentes de seguridad del campus?

—Sí, por favor.

—No me ha dicho la naturaleza de su emergencia.

—El domingo, unos tipos intentaron matar a mi familia. Y aún andan por aquí.

—Deme su número y lo llamaré cada diez minutos, hasta que sepamos que están a salvo.

—Gracias —le dije.

Como he dicho antes, son los miembros más humildes de nuestra familia humana quienes nos recuerdan aquella advertencia de Orwell de que la gente suele ser mejor de lo que uno cree.

Clete aprovechó un tramo de cuatro carriles sin tráfico y pisó el acelerador a fondo. Pasamos por un barrio comercial muy iluminado y entramos en el casco viejo de Lafayette, donde las copas de los robles de Virginia y su musgo colgante aún formaban arcos encima de las calles. Giramos en University Avenue y pasamos junto al choque múltiple que la radio operadora del 911 había mencionado. De la bruma grisácea emergían los árboles, arbustos y setos de la universidad. En dirección contraria pasaron un autobús de una iglesia, un camión cisterna, una limusina larguísima y un pequeño turismo del que sólo vimos un atisbo porque circulaba detrás de la limusina.

El techo del turismo tenía el mismo tono oxidado que el de Molly. Me giré en el asiento para echarle otro vistazo por la ventana

trasera, pero lo perdí de vista.

—¿Ése no era el coche de Molly y Alafair? —preguntó Clete.

—No lo sé —respondí.

—¿Quieres que dé la vuelta?

Lo pensé un segundo.

—No —le dije—. Primero pasemos por Burke Hall.

—A la orden, gran jefe.

Cuando el coche de Molly dejaba atrás el accidente múltiple de cinco coches en University Avenue, Ronald Bledsoe bajó los brazos tras la butaca de Alafair para ocultar la automática calibre 25 que le estaba hundiendo en la columna vertebral. Volvió a olerle la melena y le hizo cosquillas con la uña en la nuca. Cuando ella se echó hacia delante para quitárselo de encima, él le enganchó el cuello de la camisa con el dedo.

—¿Por qué me pateó en el parque? —le preguntó.

—¿Adónde vamos? —intervino Molly.

—Siga recto, ya le diré lo que debe hacer. Y no vuelva a hablar hasta que se lo diga —respondió Bledsoe, y aguijoneando a la joven con la automática continuó—: No ha contestado a mi pregunta, cariño…

—Lo pateé en la boca porque usted se lo buscó —respondió Alafair.

—Yo no he hecho tal cosa. No debería decir mentiras.

La expresión de Alafair era cada vez más tensa y sus rasgos más duros. Bledsoe posó sus labios en la nuca y, con la otra mano, le despeinó el cabello.

—¿Te puedes creer —le dijo Alafair a Molly— que le hayamos permitido a este enfermo de mierda tomar el control de nuestro coche?

—Señorita, no le hable a Ronald de ese modo —dijo Tom Claggart—. No le conviene.

—Nos van a matar, ¿no? ¿Qué más pueden hacernos? —exclamó Alafair—. Mírense, son patéticos. Sus cabezas parecen dos prepucios. A su madre debieron de preñarla con un puñado de levadura podrida…

El efecto de aquellas palabras en los hombres fue distinto del

que ella esperaba. Bledsoe la cogió por la barbilla, se la acercó a la boca y después le mordió el pelo. Sin embargo, el que estaba perdiendo el control era Claggart, como si estuviera presenciando el preludio de algo muy conocido, unos acontecimientos que no quería volver a presenciar. Empezó a ponerse nervioso, a parpadear frenéticamente y a frotarse las manos en los muslos. Después cayó en la cuenta de que su abrigo continuaba enganchado en la portezuela y empezó a tironear, como si se alegrara de tener algo con qué distraerse.

—Detenga el coche. El impermeable se me ha enganchado en la puerta —dijo.

—Detrás tengo un camión con tráiler que va a setenta y cinco kilómetros por hora —le contestó Molly.

—Me da igual. Detenga el coche ahora mismo —dijo Claggart—. ¡Haz que detenga el coche, Ronald!

Con el coche todavía en movimiento, Claggart abrió la puerta y Molly aprovechó para dar un volantazo y hacerlo caerse de lado. Bledsoe no entendía lo que estaba ocurriendo. En cuestión de segundos, una situación que tenía perfectamente controlada se había salido de madre. Escupió el mechón de Alafair que estaba chupando y cogió a Claggart del brazo, justo cuando un coche que venía en dirección contraria embistió la portezuela abierta.

Alafair se agachó y con un solo movimiento cogió la pistola Ruger calibre 22 que Molly llevaba en la cartera, tiró del cerrojo y le plantó el arma frente la cara a Bledsoe. Éste puso unos ojos como platos. No daba crédito a lo que estaba pasando. Pero su mayor problema era que, al estar forcejeando con su hermano a causa del impermeable, en una posición forzada y con el hombro encajado contra el asiento, no podía dispararle a Alafair. El segundo siguiente fue quizá el más largo de la vida de Ronald Bledsoe.

—Eh, tarado —le siseó Alafair—, ¿por qué no te chupas ésta?

Apretó el gatillo cuatro veces. El primer proyectil le entró a Bledsoe por la boca y le salió por la mejilla. El segundo se hundió en el antebrazo, cuando lo alzó para protegerse. El tercero le voló limpiamente un dedo. Y el cuarto le destrozó la barbilla, salpicando de sangre y saliva todo el asiento y la ventana trasera.

Ensordecida por los estampidos de la Ruger, Molly miró por el retrovisor y vio a Bledsoe devolviéndole la mirada. Tenía la boca

destrozada, retorcida como un pedazo de goma quemada, su cara cóncava era la expresión de un dibujo animado incapaz de asimilar el daño que acababa de sufrir.

El coche dio contra el bordillo y finalmente se detuvo, mientras los demás vehículos lo esquivaban y le pitaban con sus cláxones. Alafair bajó del coche de un salto, sacó a Bledsoe del asiento trasero de un tirón y lo dejó caer al asfalto. Se agachó a través de la portezuela trasera, cogió la pistola de Bledsoe del suelo y la lanzó entre los arbustos que bordeaban el cementerio. Tom Claggart se había quedado congelado en su asiento, con el impermeable salpicado de sangre.

Junto a la alcantarilla, un Bledsoe profundamente desconcertado alzó la vista, como una criatura observando la inmensa presencia de su madre desde la cuna. Alafair sujetó la Ruger con ambas manos, extendió los brazos y le apuntó al centro de la frente.

—Alafair… —dijo Molly casi en un susurro.

Los nudillos de Alafair estaban blancos de apretar la empuñadura de la pistola.

—Eh, niña… —repitió Molly.

—¿Qué? —repuso Alafair encolerizada.

—Nunca les des ventaja.

—Pero sabes que volverá…

—Lo dudo. Y aunque vuelva, nunca les des ventaja.

Como si saliera de un sueño, Alafair abrió los ojos y respiró profundamente. Dio un paso atrás y con el pulgar le puso el seguro a la Ruger. Tragó saliva y miró a Molly, a punto de romper a llorar.

Cuando Clete y yo por fin llegamos, Alafair y Molly ya se encontraban en el asiento trasero de un coche patrulla; un detective les hablaba desde el asiento del conductor. Tras la reja protectora de un segundo coche patrulla estaba Tom Claggart, esposado. Dos sanitarios estaban metiendo a Ronald Bledsoe en una ambulancia del distrito de Arcadia.

Cuando me vio bajar de la camioneta, Alafair salió del coche patrulla. El detective le había dado unas toallas de papel con las que ella se estaba limpiando el cabello y la barbilla, mientras se quitaba un mechón de los ojos. Estaba hermosísima, como una niña

recién salida de un chaparrón de verano.

—¿Qué hay de nuevo, machote?

—Cero patatero, Alf.

—Odio ese estúpido mote.

Molly se inclinó en el asiento trasero del coche patrulla y con una sonrisa radiante me mostró sus dos pulgares levantados.

—¿Por qué has tardado tanto? —me dijo.

EPÍLOGO

Desde hace tiempo opino que los muertos tienen una fuerte relación con los vivos, que es cierto que sus espíritus vagan entre nosotros a plena luz del día, que nos susurran palabras cuando menos nos lo esperamos. Muchos años atrás, durante una época muy difícil de mi vida, mi mujer asesinada solía hablarme en medio de la lluvia, y miembros de mi pelotón que yo había visto morir en acción solían telefonearme durante las tormentas eléctricas. Entre la interferencia electrostática podía distinguir sus voces, en ocasiones como cacofonías, asustadas, diciendo cosas sin sentido; y otras veces entrecortadas, como una transmisión por *walkie-talkie* cuyo emisor se encontrara demasiado lejos.

Un sicoterapeuta me dijo que se debía a ciertos episodios sicóticos que yo sufría. Yo preferí no discutir con él.

Pero si usted ha vivido alguna vez una de ésas experiencias en carne propia, estoy seguro de que habrá llegado a la misma conclusión que yo: sabe lo que oyó y lo que vio, y duda de la veracidad de su experiencia tanto como duda de la existencia del amanecer. Usted sufrió un gran cambio, y ese cambio radica en que ya no necesita intentar convencer a nadie de su visión del mundo. Ni de la de éste, ni de la del otro.

Nueva Orleans era una canción que sucumbió bajo las olas. A veces veo en sueños una ciudad submarina. En ella, los tranvías de 1910 todavía avanzan pesadamente por la zona neutral del Garden District, recorriendo, una tras otra, las manzanas de casas victorianas de antes de la Guerra Civil, pasando junto a las palmeras y los robles gigantescos, las casas de huéspedes, las terrazas de los cafés y los restaurantes modernistas cuyos rótulos luminosos de neones violetas, rosas y verdes resplandecen en la bruma como bengalas.

En mis sueños, cada hotel de Canal Street sigue teniendo su

banda de música en la terraza, donde las personas bailan bajo las estrellas y se convencen unas a otras de que el buen clima es eterno y fue creado especialmente para ellas. A lo lejos, el lago Pontchartrain se ve oscuro como el vino, flanqueado por palmeras y por pelícanos que se deslizan sobre sus aguas picadas. Las luces blancas del parque de atracciones siguen refulgiendo contra el cielo. Irving Fazola continúa tocando en el Famous Door, y Pete Fountain en su propio local de Bourbon Street. Jackson Square sigue pareciéndose a un mercado medieval donde malabaristas, mimos, grupos de instrumentos de cuerdas y muchachos con sombreros-paraguas actúan en sus monociclos frente a la catedral de St. Louis. Todo el mundo sigue ignorando los relojes y la ciudad continúa siendo tan religiosa como sibarita. Y hasta la muerte es una excusa para la celebración.

Quizá con su muerte la ciudad haya alcanzado la inmortalidad. Como la Atlántida, atrapada para siempre bajo las aguas, iluminada por un sol siempre tenue, filtrado por el verde tono de un océano que no permite que ni el óxido, ni las polillas, ni la descomposición mancillen su imagen.

Éste es mi sueño. Pero la realidad es distinta. Los huracanes de fuerza 5 no perdonan a nadie y los cerdos que se comen a sus crías no consienten que la piedad se anteponga a sus intereses.

Nueva Orleans fue destruida sistemáticamente, y esa destrucción comenzó en los años ochenta, cuando los fondos de financiación federal que recibía fueron reducidos intencionadamente a la mitad y, al mismo tiempo, se introdujo el *crack* en los barrios de protección oficial. La imposibilidad de reparar los diques antes de la llegada del huracán Katrina y el abandono de decenas de miles de personas a su suerte tras el desastre son hechos cuyas razones deberán dilucidarotros, no yo. Pero, desde mi punto de vista, lo innegable sigue siendo que hemos visto una ciudad costera del sur de Estados Unidos convertirse en Bagdad. Si existe un precedente histórico de lo ocurrido, lo desconozco.

Bledsoe fue condenado a veinte años de reclusión en la prisión de Angola por el secuestro de mi esposa y mi hija. Creo que fueron él, Bobby Mack Rydel y algunos más quienes asesinaron a André Rochon, a Courtney Degravelle y a los hombres de Sidney Kovick. Pero Ronald Bledsoe no delató a nadie.

No creo que Bledsoe sea uno de esos presos considerados «insobornables» o «duros». Más bien, pertenece a ese grupo de reos que se llevan sus secretos a la tumba, que no revelan jamás las razones de su compulsión, ni sus motivaciones, ni los métodos que utilizan. Paradójicamente, los siquiatras, los funcionarios de prisiones y los periodistas acaban por creer en un supuesto comportamiento sicopático que otorga al criminal una «personalidad» y a ellos cierta paz de espíritu. En lo personal, opino que personajes como Ronald Bledsoe plantean cuestiones teológicas que los sicólogos no pueden responder.

Mi único temor es que algún día Bledsoe sea puesto en libertad. Si eso ocurre, lo estaré esperando. Me gustaría afirmar que eso me consuela, pero no es así. A veces tengo pesadillas con Bledsoe. En esas ocasiones me despierto en la madrugada, salgo al jardín, me siento en nuestra mesa de secuoya y me quedo bebiendo café hasta que amanece. Después el día retoma su ritmo normal y yo me dedico a las tareas normales que realiza la gente normal.

Tom Claggart, el medio hermano de Bledsoe, intentó implicar a todos menos a él mismo. Si lo que dijo era cierto, se había visto involucrado en una operación de contrabando de diamantes en Buenos Aires, dirigida por agentes provenientes de Oriente Medio y financiada con el capital de Sidney Kovick y Bo Diddley. En un ataque de patriotismo, Sidney le había quitado los diamantes, la coca, el revólver y miles de dólares falsos a un mensajero llegado de Oriente Medio. Pero el fervor patriótico de Sidney nunca llegó al extremo de querer entregar los diamantes y los billetes falsos al Departamento del Tesoro, al de Seguridad Nacional, o al de Aduanas.

¿Qué lectura positiva puede sacar uno?

Pues adivínenlo.

Tom Claggart se dedica ahora a darle al azadón en una plantación de soja propiedad del estado de Luisiana. Sidney sigue con su floristería y Bo Diddley y la vaca de su mujer siguen golpeando pelotas de golf en un club de campo de Lafayette, rodeados de celebridades de la televisión pasadas de moda. Hace tres días volví a ver a Bo en un centro comercial; iba cargado de paquetes. Me estrechó la mano con entusiasmo y gesto cálido. Su apretón fue húmedo pero firme. En sus ojos no vi ni el más mínimo

trazo de incomodidad ni de culpa. Quizá habría debido devolverle el saludo y alejarme, pero habían pasado demasiadas cosas y demasiada gente había salido lastimada.

—Bo, esa mujer, Degravelle, fue torturada hasta morir —le dije.

El párpado inferior pareció temblarle durante un instante.

—No sé a qué te refieres. Pero los federales me explicaron que esa mujer estaba pasando dinero falso.

—Te deseo lo mejor, Bo —contesté—. Es probable que no vuelva a verte, pero espero que todo te vaya bien. Por cierto, si alguna vez ves a mi hija, ni te le acerques.

Intentó que no se le cayeran los paquetes, pero uno casi se le escapa.

—Vale, ya nos veremos —se despidió.

Creo que no entendió el significado de lo que había oído.

Melanie Baylor no fue acusada de homicidio, pero tuvo que cumplir un año por un delito contra los derechos civiles. Suelo recibir postales suyas cada dos o tres semanas. Siempre me sugiere formas de mejorar mi espiritualidad a través de distintos programas de doce pasos. Mi postal favorita incluía estas líneas: *Detective Robicheaux, hay algunos entre nosotros que son psicológicamente incapaces de practicar la honestidad. Pero incluso para ellos hay esperanza. No se desanime, señor Robicheaux. Otras personas y yo rezamos por usted*.

Otis Baylor abrió una compañía de seguros independiente y una tienda de comestibles con un socio laosiano que, en su juventud, cultivó opio y fue mercenario de la CIA. Si es que existe un purgatorio, creo que Nuestro Señor salvará el matrimonio de los Baylor, y Otis pagará con creces todas sus deudas.

Clete sigue siendo el mismo Clete de siempre. Da la impresión de haber aceptado la destrucción de la ciudad que lo vio nacer, pero ya no la llama la «Ciudad del Vicio». Aunque preferiría que lo hiciera, porque significaría que la ciudad sumergida de mis sueños sigue viva. Después de todo lo ocurrido, Clete ha experimentado un gran cambio, pero no le interesa ni comentarlo ni explicarlo.

Regresé al Ninth Ward a buscar a la abuela y a la tía de Bertrand Melancon. También quise averiguar su paradero, pues tenía la impresión de que Clete aún quería detenerlo y entregarlo a las autoridades por saltarse su libertad bajo fianza. Pero la casa de la

tía Clemmie estaba deshabitada, y el jardín, cubierto por los restos de los desescombros de la manzana. Cuando pregunté a los vecinos qué había ocurrido con las ancianas, me contaron que un hombre blanco en un Cadillac azul descapotable había venido con gente de la AFGE y se las había llevado a un hospital de Luisiana.

—¿Y adónde fue Bertrand? —pregunté.

Nadie lo sabía. Cuando estaba a punto de partir, un viejo con la espalda terriblemente encorvada que andaba con la ayuda de dos bastones se abrió camino hasta mi camioneta. Su piel era tan oscura que parecía un esqueleto embadurnado de alquitrán.

—¿Piensa detener a ese muchacho?

—Es posible.

—No digo que no se lo merezca, pero creo que ya le ha ocurrido algo malo.

—¿Qué?

—Una noche, después de que su abuela y su tía se marcharan, apareció con un remolque y un bote de remos. Le pregunté: «Qué piensas hacer con ese bote de remos». Él señaló al sur y me dijo: «Largarme hacia allá».

»Hacia allá no hay más que agua. No hay árboles ni tierra, no queda nada. Sólo hay agua hasta donde alcanza la vista. Y en toda esa agua no hay más que gente muerta.

»"No me importa, me voy hacia allá", me contestó.

—¿Entonces no dijo adónde iba? —pregunté al anciano.

—Qué importa adónde fuera. Ese chico nunca tuvo paz y tampoco va a tenerla ahora.

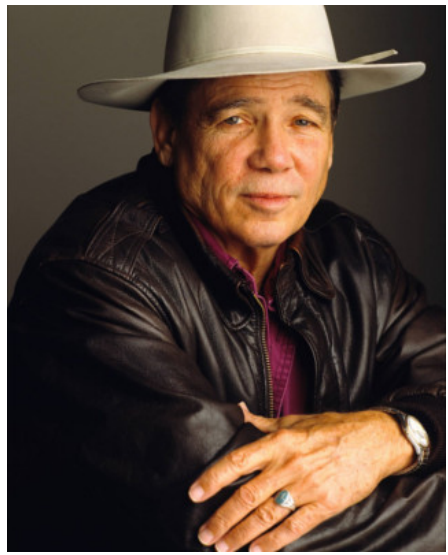
Le di las gracias y me marché en mi camioneta. Durante un rato seguí viéndolo por el retrovisor, apoyado en sus bastones y rodeado de una cantidad de escombros imposible de describir, mientras el polvo que levantaban mis neumáticos le daba en la cara.

No me gustaba Bertrand Melancon o, mejor dicho, no me gustaba el mundo que él representaba. Pero a diario debo recordarme que la gente con la que trato no escoge el mundo en que nace. Algunos intentan escapar de él; otros se adaptan, y muchos acaban abrumados y enterrados por él. Creo que, después de que su hermano recibiera aquel disparo, Bertrand intentó convertirse en la persona que habría sido de haberle tocado una vida distinta. ¿Pero quién puede saberlo? Como suele decir Clete:

«Por más que subas o bajes, la vida sigue siendo puro rock and roll». Pero Bertrand consiguió hacer un par de cosas muy nobles antes de desaparecer, que es bastante más de lo que uno espera de alguien que tuvo una vida como la suya.

A veces, a la hora del crepúsculo, cuando Clete y yo salimos al mar y miramos hacia el norte, hacia la brumosa y gris costa de Luisiana, pienso en Bertrand Melancon y en mi viejo amigo, el padre Jude LeBlanc, cuyo único temor en la vida era que el temblor incontrolable de sus manos le hiciese tirar el cáliz mientras daba la comunión.

En mi fantasía, veo a Bertrand a lo lejos, remando en su bote, con los brazos hinchados por el esfuerzo, mientras la Nueva Orleans devastada desaparece poco a poco en la distancia cubierta por la oscuridad del atardecer. Los callos de las manos de Bertrand se convierten en llagas que manchan los remos de sangre. Y entonces se levanta el viento y el agua se enturbia aún más, y Bertrand ve cientos, quizá miles de luces destellando bajo la superficie. Entonces cae en la cuenta de que no son luces en absoluto, sino hostias de comunión rotas y que la luminosidad que irradian es el resultado de haber sido rechazadas, de estar rotas. Y así, de una manera que no llega a entender, Bertrand comprende que todas ellas, y él también, ya han sido salvadas por un cáliz de peltre tan grande como la mano de Dios.



JAMES LEE BURKE nació el 5 de diciembre del año 1936 en la ciudad de Houston (Texas), es un conocido escritor norteamericano de novela negra.

Graduado en Lengua Inglesa por la Universidad de Missouri. Ha sido premiado en dos ocasiones con el Edgar Award, recibió el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio de América en 2009, y ha sido nominado al Premio Pulitzer.

Sus novelas más conocidas son las protagonizadas por el detective Dave Robicheaux, quien nació como personaje literario a finales de los años 80 en el libro *La Lluvia De Neón* (1987), su libro más popular. Dos obras suyas han sido llevadas a la gran pantalla: *En el centro de la tormenta*, protagonizada por Tommy Lee Jones, y *Prisioneros del cielo*, con Alec Baldwin a la cabeza del reparto.